BIBLIOTECA CLÁSICA.

Biblioteca Pública de Teruel

Estante C-4

Signatura 133/2

FA 4084/3
R-8-2985
1933
83

BIBLIOTECA PÚBLICA
TERUEL

HEINE.

CUADROS DE VIAJE.

PARTE SEGUNDA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO DE
TERUEL

ルーシャ

F. A. 4084/3

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO CXXVI

CUADROS DE VIAJE

DE

ENRIQUE HEINE

PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA HECHA DIRECTAMENTE
DEL ALEMÁN CON ARREGLO AL TEXTO REVISTO Y COMPLETADO
POR ADOLFO STRODTMANN, ANOTADA Y COMPARADA
CON LA VERSIÓN FRANCESA DEL AUTOR

POR

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS

con un ensayo biografico y critico acerca del autor y sus obras.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO DE TERUEL
BIBLIOTECA PÚBLICA
TERUEL

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1916

R-6985
MR-12.003
R. 1.923

CUADROS DE VIAJE.

(REISEBILDER.)

PARTE SEGUNDA.

ITALIA.

(1828-1829.)

De Ulrico y Hafís los reales
A la lucha prontos se hallan;
De gris y azul, cual cristianos,
Los míos contra ellos marchan.

GOETHE.

I.

VIAJE DE MUNICH Á GÉNOVA.

No contasteis jamás con un alma noble,
y por tanto hoy fracasa vuestra previsión.
(*Abre su mesa-escritorio, saca dos pistolas,*
deja sobre ella una y carga la otra.)

ROBERT. «*Poder de las conveniencias*» (1).

(1) *Macht der Verhältnisse*, drama.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE TRUJILLO

CAPÍTULO PRIMERO.

Soy el hombre más cortés de la tierra. Puedo enva-necerme de no haber sido nunca grosero en este mundo, donde existe tanto bellaco insoportable que le asedia á uno refiriéndole sus penas ó declamándole sus versos. Siempre he escuchado tranquilo, con verdadera paciencia cristiana, tales miserias, sin que un solo gesto delatara el hastío de mi alma. Como un penitente Brahman que entrega su cuerpo á la voracidad de los gusanos, para que se sacien también estas criaturas de Dios, he sido víctima con frecuencia, durante días enteros, de las más crueles sabandijas humanas; he escuchado con calma, y mis internos suspiros sólo eran perceptibles para Aquél que recompensa la virtud.

Pero hasta el arte de vivir nos manda ser corteses, no guardar enojoso silencio, ni replicar con mal humor, cuando un esponjoso consejero de comercio ó un seco vendedor de queso se sienta á nuestro lado, y comienza una conversación, generalmente europea, con las palabras: «Hoy hace un hermoso día.» Quién sabe si volverá uno á encontrarse con semejante filisteo, y si acaso le hará pasar un mal rato, por no haberle respondido

cortesmente: «Hace un hermoso tiempo.» Hasta puede ocurrir, querido lector, que vayas á sentarte, en Cassel, á la mesa redonda, junto al dicho filisteo, quizá á su izquierda, y sea él precisamente quien tiene ante sí la fuente de las carpas en escabeche y las reparte con aire placentero;—que tenga entonces contigo algún antiguo pique—hará dar la vuelta al plato siempre hacia la derecha, y no quedará para tí el más pequeño trocito de cola; porque ¡ay! serás el número trece á la mesa, lo cual es siempre arriesgado, cuando se sienta uno á la izquierda del que trincha, y el plato da la vuelta por la derecha. Y es una gran desgracia que no le llegue á uno una pizca de carpa; quizá la mayor que puede ocurrirle después de la pérdida de la escarapela nacional. Todavía el filisteo que te prepara este disgusto, se burla de tí por contera, ofreciéndote los laureles que han quedado flotando en la obscura salsa.—¡Ah! ¡de qué sirven los laureles todos, cuando no llevan consigo carpa alguna! Mas el filisteo guiña los ojillos, se ríe á cada paso, y murmura: «Hoy hace un hermoso día.»

¡Oh, alma querida, hasta puede ocurrir que vayas á descansar en algún cementerio al lado del mismo filisteo, y cuando oigas sonar la trompeta en el día del juicio final y digas á tu vecino: «Buen amigo, tenga usted la bondad de darme la mano, para que pueda levantarme, que se me ha dormido la pierna izquierda de estar tanto tiempo en esta condenada postura»—repares de pronto en la bien conocida sonrisa del filisteo y le oigas decir con acento burlón: «¡Hoy hace un hermoso día!»

CAPÍTULO II.

«¡Hoy hace un hermoso día!»

Si hubieras oído, querido lector, el tono inimitable de bajo falsete con que estas palabras fueron pronunciadas, si vieras también al que las emitía, su rostro archi-prosaico de caja de viudas, sus ojillos llenos de maliciosa necedad, su nariz remangada y astuta, reconocieras al punto que no había brotado esta flor en vulgar arena, y que estos acentos son de la lengua de Charlottenburgo donde se habla el berlinés mejor aún que en el mismo Berlín.

Soy el hombre más cortés, gusto de las carpas en escabeche, creo á veces en la resurrección, y contesté:—«En efecto, hace un tiempo muy hermoso.»

Así que el hijo del Spree hubo roto el fuego en la dicha forma, cargó vivamente contra mí, y ya no hubo medio de librarme de sus preguntas, á que él mismo contestaba, y especialmente de sus paralelos entre Berlín y Munich, la nueva Atenas, en la que no dejó títere con cabeza (1).

(1) En este punto la versión francesa suprime seis páginas del original, que constituyen el resto de este capítulo, y pasa al principio del tercero, que se convierte en segundo en ella.

Mas yo tomé con calor su defensa, porque debo siempre alabar el lugar en que me encuentro. Que esta vez lo hiciera á costa de Berlín, gustoso me lo perdonarás, lector querido, si, por bajo de cuerda, te confieso que lo hice á lo más por pura política ; pues sé que tan luego como empiezo á alabar á mis buenos berlineses, acaba entre ellos mi gloria, se encogen de hombros y murmuran para sí: — Por más que nos alaba, el hombre vale poca cosa.

Ninguna ciudad tiene menos espíritu local que Berlín. Millares de miserables escritores la han celebrado en prosa y verso, y ningún gallo ha cacareado en Berlín, ni se les ha cocido en recompensa ninguna gallina, antes bien, se les ha seguido teniendo bajo los tilos por miserables poetas; pero tampoco se ha hecho el menor caso de él cuando algún poetastro la ha emprendido contra Berlín. ¡ Que se atreviera alguien á escribir cosa injuriosa contra Polkwitz, Insbruck, Schilda, Posen, Krähwinkel y otras capitales, vería como estallaba su respectivo patriotismo (1).

Y la razón de esto es, que Berlín no es una ciudad, sino que Berlín da meramente el lugar donde se reune una multitud de hombres, entre los cuales hay seguramente muchos de genio, pero á los que el lugar es indi-

(1) Estas poblaciones no son grandes capitales, ni mucho menos, y hasta alguna de ellas, como Krähwinkel es víctima de todas las chanzonetas de Alemania, á la manera de Móstoles con su célebre órgano, Batuecas y otras entre nosotros.

ferente de todo punto; y éstos son los que forman el Berlín ilustrado. El forastero que la recorre no ve más que largas hileras de uniformes casas, largas y espaciosas calles tiradas á cordel, y las más veces construídas según el capricho de cada uno, que no dan idea alguna de la manera de pensar de la mayoría. Sólo algunos afortunados logran adivinar algo del pensamiento individual de sus moradores, al contemplar las largas series de casas que, como los hombres, se esfuerzan por mantenerse á distancia, irguiéndose animadas de mutua aversión.

Sólo una vez, una noche de luna en que volvía algo tarde, tambaleándome al peso del alcohol (1), vi que aquella disposición hostil se había resuelto en una dulce melancolía, y que las casas que con tal ceño se miraban mutuamente, se contemplaban con emoción cristiana, é inclinándose, querían reconciliarse y precipitarse unas en brazos de otras; de modo que yo, pobre de mí, que iba por medio de la calle, temía ser magullado. Muchos encuentran risible este temor, y aun yo mismo me reí de él cuando á la mañana siguiente me paseé, con la vista ya clara, por aquella misma calle, y las calles bostezaban de nuevo tan prosaicamente unas frente á otras.

Se necesitan, en verdad, muchas botellas de poesía para ver en Berlín otra cosa que edificios muertos y berlineses. Aquí es difícil ver aparecidos. La ciudad contiene tan poca arqueología, ¡es tan nueva, y lo nuevo tan viejo, tan marchito, tan amortiguado! Pues, como

(1) *Von Lutter und Wegener* (*Wägener*).

dicho queda, en su mayor parte no ha nacido del pensamiento de la masa, sino del de algunos.

El gran Federico es seguramente entre estos pocos el principal; lo que él encontró no era más que un cimiento firme, él dió á la ciudad su carácter propio, y cual si desde su muerte nada más en ella se hubiese erigido, continuó siendo un monumento histórico del genio de aquel héroe de extraño prosaismo, cuya refinada insipidez y brillante libertad de espíritu, acabara de desarrollar en toda su gallardía alemana la superficialidad y la pedantería de su tiempo.

Potsdam, por ejemplo, aparece á nuestros ojos como un monumento de esta clase; nos paseamos á lo largo de sus desiertas calles como por las páginas de las olvidadas obras del filósofo de *Sans-souci;* pertenece á sus *œuvres posthumes*, y aunque ya no es más que un viejo libro de piedra que contiene bastantes cosas risibles, le contemplamos con serio interés, y reprimimos de cuando en cuando las ganas de reir que cada vez con más fuerza nos acometen, como si temiéramos recibir de pronto en la espalda un golpe, dado con el junquillo del viejo Federico. Pero jamás nos asalta en Berlín semejante miedo, porque tenemos la convicción de que allí no tienen ya poder alguno el viejo Fritz (1) ni su junquillo (2); pues

(1) Abreviación familiar de Federico. Se refiere, sin duda, al gran Federico II de Prusia.

(2) No es flojo el bastón con que suele representarse á este señor, pero Heine le llama *spanische Röhrchen* (lit.: *cañita española*), esto es: *junquillo*.

de otro modo no se asomarían á las ventanas llenas de luz de la saludable ciudad de la sensatez, como espantados, tantos enfermizos semblantes obscurantistas, ni se hubieran escondido entre las viejas casas filosófico-escépticas tantos absurdos y supersticiosos edificios.

Pero no quiero ser mal comprendido, y advertiré francamente que no zahiero en modo alguno á la nueva iglesia de Werder, cuyo gótico domo en miniatura parece colocado irónicamente entre los edificios modernos, para mostrar de alegórico modo cuán pueril y necio sería querer resucitar bajo las nuevas formas de la época moderna instituciones de la Edad Media que tanto tiempo hace tocaron en su ocaso.

Lo anteriormente expuesto se refiere puramente al aspecto exterior de Berlín, y si en este sentido quisiera compararse á Munich con él, con razón podría afirmarse que éste forma completo contraste con Berlín. Munich es una ciudad edificada por el pueblo mismo, y seguramente por generaciones sucesivas, cuyo espíritu es siempre visible en sus edificios, de modo que en ella, como en la escena de las brujas de Macbeth, se ve una serie cronológica de espíritus, desde el espíritu rojo sombrío de la Edad Media, que surge armado de punta en blanco de las góticas puertas del templo, hasta el espíritu culto y lúcido de nuestra propia edad, que nos presenta un espejo en el que todos se miran con placer. En esta misma serie de capas descansa precisamente la conciliación: la bárbara ya no nos subleva, y la insulsa no nos hiere, si las consideramos como un comienzo y una transición necesaria. Nos

ponemos serios, pero no tristes, al mirar aquel bárbaro domo que continúa elevándose por encima de toda la ciudad, en forma de calzador, y que alberga en su cima la sombra y los fantasmas de la Edad Media.

Con bien poca tristeza, antes bien con burlona calma, contemplamos los disparatados castillos de los últimos períodos, los toscos remedos del brillante y contranatural gusto francés, la insipidez de esas pomposas construcciones, todo volutas por fuera y por dentro profusamente decoradas con chillonas y abigarradas alegorías, dorados arabescos, estucados y aquellas figuras con que las ya muertas residencias señoriales están adornadas: los caballeros de abotargados y estúpidos semblantes, sobre los que caen las largas pelucas á manera de empolvadas melenas de león; las damas con sus tiesos tupés y sus corsés acerados, que acordonan su corazón, y su disforme guarda-infante, que las hace tanto más prosaicas con su excesivo volumen.

Como digo, este espectáculo no nos perturba, más bien nos atrae, para hacernos sentir con más viveza, el presente y su valor real; y cuando contemplamos las obras nuevas que se levantan entre las antiguas, parece como si nos quitaran una pesada peluca de la cabeza y se librara el corazón de una férrea cadena. Me refiero aquí á los serenos templos del arte y á los nobles palacios, que en atrevida abundancia brotan del genio del gran maestro Klenze.

CAPÍTULO III.

Pero, dicho sea entre nosotros, es algo ridículo llamar á toda la ciudad una nueva Atenas, y es cosa que me cuesta mucho trabajo el tener que defenderla en este sentido. Me convencí profundamente de ello en el diálogo que mantuve con el filisteo berlinés, quien, aun después de largo rato de discusión, fué lo bastante descortés para echar de menos en la nueva Atenas todo género de sal ática.

—Ésa—exclamó en voz bastante alta—sólo la hay en Berlín. Solamente allí hay ingenio é ironía. Aquí habrá buena cerveza blanca, pero seguramente no hay ironía.

—No tenemos ironía—exclamó Nannerl, la esbelta botillera, que en aquel momento cruzaba como un ave;—pero puedo servir á usted cualquiera otra cerveza.

Me hizo mucho daño el que Nannerl hubiera tomado la ironía por una especie de cerveza, quizá por la mejor de Stettin, y para que, al menos en adelante, no se volviese á ver en semejante descubierto, comencé á aleccionarla del siguiente modo.

—Bella Nannerl, la ironía no es ninguna cerveza, sino una invención de los berlineses, que son las gentes

más despaviladas del mundo, y tan pesarosas estaban de haber venido á él demasiado tarde para poder inventar la pólvora, que por lo mismo trataron de hacer un descubrimiento igualmente importante y, al mismo tiempo, muy útil á los que no han inventado la pólvora. En otro tiempo, querida niña, cuando uno llevaba á cabo una necedad, ¿qué se había de hacer? Lo ocurrido, ocurrido quedaba, y las gentes decían: «¡El pobre hombre es un bestia!» Pero esto era desagradable, y en Berlín, donde la gente es muy lista y, no obstante, se cometen las mayores necedades, el desagrado que se sentía era profundísimo. El Ministerio (1) decidió, por tanto, dictar serias medidas: únicamente las grandes tonterías podrían imprimirse, las pequeñas serían sólo permitidas en la conversación, concediéndose únicamente este permiso á los profesores y altos funcionarios del Estado, pues las gentecillas sólo podrían emitir en secreto sus necedades. Pero (2) de nada sirvieron todas estas precauciones; las comprimidas estupideces salían á flote con mayor fuerza en circunstancias solemnes, porque hasta fueron secretamente protegidas en las altas esferas, y se elevaban públicamente desde las bajas. El apuro era grande, hasta que, por fin, se encontró un medio retroactivo, por el cual se podía deshacer, por decirlo así, toda necedad escapada, y hasta convertirla en cosa razonable. Este medio es sencillísimo, y consiste en declarar que la

(1) En la versión francesa: *El Ministerio de Instrucción pública.*

(2) La versión francesa añade: *desgraciadamente*

necedad se ha hecho ó dicho sólo por ironía. Así, querida niña, todo adelanta en este mundo: la necedad se convierte en ironía, la baja adulación fallida en sátira (1), la tosquedad natural en refinada burla, la locura real en humorismo, la ignorancia en brillante ingenio, y hasta tú vendrás á ser la Aspasia de la nueva Atenas.

Más le hubiera dicho aún, pero la bella Nannerl, á quien retenía entretanto por el extremo del delantal, se desprendió violentamente al oir que por todas partes gritaban tumultuosamente: «¡Eh, cerveza, cerveza!» Pero el berlinés parecía la ironía personificada (2), al contemplar con qué entusiasmo eran recibidos los talludos y espumantes vasos; y, señalándome un grupo de bebedores que saboreaban con delicia el néctar de lúpulo, y disputaban cerca de su excelencia, me dijo sonriendo: ¿Y éstos quieren ser atenienses?

Las observaciones que en esta ocasión ensartó el hombre me hicieron naturalmente mal efecto, puesto

---

(1) La versión francesa dice: *la flagornerie, manquée satire*, esto es: *la chismografía en sátira fallida*, cuando la frase del original es: *verfehlte speichelleckerei wird Satire*, donde la *fallida* es la *adulación;* pero ¡qué adulación! la más baja (*speichel*, saliva, y *lecker*, el que lame), para expresar la cual es muy floja palabra *flagornerie*. Tal vez en la versión francesa está mal colocada la coma.

(2) También este inciso está mal entendido en la versión francesa, que traduce: *Quant au Berlinois, il avait l'air de l'ironie, même en considerant*, etc.; cuando el original dice: *sah aus wie die Ironie selbst, parecía la ironía misma.* Hasta los *Gläser* (vasos *de cristal*) se han convertido al pasar al francés en *grands pots.*

que no es una predilección así como se quiera la que siento hacia nuestra nueva Atenas, y por tanto, me esforcé en dar á entender al crítico taravilla, que hacía muy poco se nos ocurriera la idea de erigirnos en nuevos atenienses; que apenas éramos más que noveles principiantes, y que nuestros grandes ingenios y aun nuestro cultísimo público no se hallaban todavía en condiciones de dejarse ver de cerca.—Todo está aún en mantillas, aun no estamos completos.

—Querido amigo—añadí—sólo están cubiertos los puestos de última fila, pues no se le habrá escapado que no carecemos, por ejemplo, de buhos, sicofantas y Frinés. Lo que nos falta es el alto personal, y algunos individuos tienen que desempeñar á la vez varios papeles. Por ejemplo, nuestro poeta, que canta el tierno amor griego de los jóvenes (1), ha tenido también que encargarse de la insolencia aristofanesca; pero él puede hacerlo todo, él tiene cuanto necesita un gran poeta, quizá excepto fantasía é ingenio, y, si tuviera mucho dinero, sería hombre rico. Pero lo que nos falta en cantidad lo compensamos con la cualidad. No tenemos más que un gran escultor, pero éste es un «¡León!» No tenemos más que un gran orador, pero convencido estoy de que Demóstenes no hubiera tronado tan bien como él en Ática contra la carestía de la malta (2). Si aun no he-

(1) Alude al Conde de Platen, á quien más adelante da soberbia paliza.

(2) *Heces de cebada*, que han servido para hacer cerveza. La versión francesa dice: *sur l'impôt de la dréche en l'Attique*,

mos envenenado á ningún Sócrates, no es en verdad lo que nos falta el veneno. Y si no poseemos aún un *demos* propiamente tal, un pueblo entero de demagogos, podemos obsequiarle con un ejemplar de lujo de esta especie, con un demagogo de profesión que vale él solo por todo un *demos*, y con toda una cáfila de charlatanes, papamoscas, poltrones y otros harapientos canallas análogos..... Pero, ¡véale usted en persona!

No puedo resistir á la tentación de dibujar con rasgos más precisos el ente que se nos aparece en este momento. Si puede con razón afirmarse de él que su cabeza tiene algo de humana, y si es lícito en derecho, por tanto, considerarle como hombre, cosa es que no me atrevo á decidir. Yo consideraría más bien esta cabeza como de un mono; sólo por cortesía la hago pasar por humana. Su tocado consistía en un gorro de paño, de forma parecida al yelmo de Mambrino, y sus crespos y negros cabellos le colgaban en melena por detrás, al paso que por delante los partía una raya infantil.

Sobre la parte anterior de la cabeza, que presumía de ser una cara, la diosa de la vulgaridad había impreso su sello, pero con tal fuerza, que la nariz, que se encontraba en ella había sido casi aplastada; sus ojos bajos parecían buscarla en vano, y como si estuvieran en-

---

pero *Aufschlag*, literalmente, *golpe hacia arriba*, indica aquí *subida*, *encarecimiento*, y es la verdadera expresión de la idea satírica, de la defensa del alimento, por más que el impuesto también pudiera ser la causa de la carestía; pero si hubiera querido decir *impuesto* hubiera empleado *Malzschätzung* y no *Malzaufschlag*.

tristecidos por no encontrarla; una mal oliente sonrisa jugaba en torno de su boca, que era muy graciosa, y que por cierta notable semejanza podía inspirar á nuestro poetastro las más tiernas gacelas (1).

Su traje consistía en un sayo teutónico, si bien ya algo modificado, con arreglo á las más imperiosas exigencias de la moderna civilización europea, pero su corte seguía recordando al que llevó Armin en la selva de Teutoburgo, cuya forma primitiva se ha conservado en una patriótica sociedad de sastres, tan tradicional y misteriosamente como un día la arquitectura gótica en una de místicos masones. Un almidonado jirón que contrastaba de un modo profundamente significativo con el desnudo y teutónico cuello, cubría el escote del famoso sayo, fuera de cuyas largas mangas pendían unas largas y sucias manos, entre éstas se mostraba un larguirucho cuerpo, al que bamboleaban á su vez dos cortas piernecillas.....; su continente todo era la más risible (2) parodia del Apolo de Belvedere.

—Y ¿es ese el demagogo de la nueva Atenas—preguntó riendo burlonamente el berlinés? ¡Vive Dios, si es un compatriota mio! Apenas doy crédito á mis corporales ojos!..... Sí, es él, seguramente; él, que..... ¡Es posible! (3).

---

(1) Poesías, á imitación de la literatura persa. Este último inciso falta en la versión francesa.

(2) *Katzenjammerliche*, esto es, como *algarabía de gatos*.

(3) Este párrafo está en dialecto berlinés, para dar idea de cuya pronunciación escribe: *jute Jott* en vez de *gute Gott*, etc.

—Sí, cegados berlineses—dije, no sin cierto fuego—vosotros desconocéis vuestros genios nacionales, y lapidáis vuestros profetas. Mas nosotros sabemos utilizarlo todo.

—Y ¿en qué podéis serviros de esa desdichada mosca?

—Se le puede emplear en todo aquello en que se necesite saltar, arrastrarse, ser sensible, voraz, piadoso, mucha teutomanía, poco latín y ningún griego. Salta realmente muy bien por encima de la barra; hace tablas de todos los saltos posibles y catálogos de todas las variantes imaginables de las antiguas poesías alemanas. Además, representa el amor patrio, sin ser peligroso en lo más mínimo; pues es cosa perfectamente sabida que se retiró á tiempo de los demagogos teutómanos, entre los que un día se hallara por casualidad, así que su causa empezó á ofrecer algún peligro, y dejó, por tanto, de estar conforme con los cristianos sentimientos de su tierno corazón. Pero tan luego como el peligro pasó, los mártires sufrieron por sus opiniones, renunciando á ellas casi todos espontáneamente, y hasta nuestros más fogosos barberos se despojaron de su teutónico sayo, comenzó época floreciente de nuestro prudente salvador de la patria; él solo lleva todavía el demagógico traje y conserva la imprescindible jerga; sigue ensalzando al cherusco Armin y á su esposa Thusnelda, como si él fuera su blondo descendiente; sigue abrigando su odio de patriota germánico contra la Babilonia italiana (1), contra la

(1) La versión francesa dice: *contre la Babylone française* pero el original consigna : *welsches Babelthum*.

¡nvención del jabón, contra la pagana gramática griega de Thiersch, contra Quintilio Varo, contra los guantes y contra todos los hombres que tienen una nariz decente. Ahí está cual errante monumento de una época ya pasada, y cual el último Mohicano es también el último resto de toda una horda intrépida (1), el último demagogo.

Ve usted, pues, que en la nueva Atenas, donde aun estamos completamente faltos de demagogos, podemos utilizar este hombre; tenemos en él un demagogo muy bueno, que al mismo tiempo es tan manso que lame cualquier escudilla (2), y come en la mano avellanas, castañas, queso, salchicha, en fin, devora todo cuanto se le da; y como ahora es único en su especie, hasta tenemos la ventaja especial de que, más tarde, cuando se muera, le podemos hacer rellenar, conservando á la posteridad, con su piel y sus cabellos, al último demagogo.

Ruego á usted, por lo tanto, que no diga nada al profesor Lichtenstein de Berlín, pues acaso le haría reclamar para el museo zoológico, lo que podía dar ocasión á una guerra entre Prusia y Baviera, porque de ningún modo hemos de entregarle. Ya le han echado el ojo los ingleses y han ofrecido por él dos mil setecientas setenta y siete guineas (3); ya los austriacos le han querido cam-

---

(1) *Thatkräftigen;* la versión francesa dice: *sauvage et sanguenue.*

(2) *Speichelnapf*, escupidera.

(3) En la versión francesa sube de precio hasta 7.777; en alemán sólo son: *zweitausend*, dos mil.....

biar por la girafa; pero nuestro Ministerio creo que ha manifestado: el último demagogo no será cedido por ningún precio, un dia será el orgullo de nuestro gabinete de historia natural y el ornamento de nuestra ciudad (1).

El berlinés parecía escucharme algo distraidamente; más bellos objetos habían cautivado su atención, hasta que al fin me interrumpió con estas palabras:—Perdone usted que le interrumpa; pero dígame: ¿qué diablo de perro es aquél que va allí corriendo?

—Ese es otro perro.

—¡Ah! no me entiende usted; me refiero á aquel perrazo de lanas blancas y sin cola.

—¡Oh, caballero! ese es el perro del nuevo Alcibiades.

—Pero—observó el berlinés—dígame usted, ¿y dónde está ese nuevo Alcibiades?

—Hablando ingenuamente—contesté—ese puesto no está provisto todavía, y no tenemos más que el perro.

---

(1) No nos atrevemos á determinar el nombre de este personaje, pero sin duda es uno de los poetas políticos militantes de que hablamos en el prólogo.

CAPÍTULO IV.

El lugar en que esta conversación se verificaba se llama Bogenhausen ó Neuburghausen, ó *villa* Hompesch, ó jardín de Montgelas, ó el Schlössel, ni siquiera es preciso nombrarle cuando quiere uno que le lleven á él, pues el cochero nos comprende á cierto imperceptible guiño de ojos, á cierto movimiento satisfecho de cabeza ú otro análogo gesto de indicación. El árabe tiene mil palabras para expresar la espada, el francés para el amor, el inglés para la horca, el alemán para la acción de beber, y el nuevo ateniense para los lugares en donde bebe. En este sitio la cerveza es realmente muy buena, no la hay mejor en el Pritáneo, vulgo Bockkeller, y tiene un gusto soberano, sobre todo en aquella terraza en forma de gradería, desde donde se ven de frente los Alpes del Tirol. Allí me sentaba yo con frecuencia el pasado invierno, y contemplaba las montañas cubiertas de nieve, que al brillar á los rayos del sol parecían fundidas en plata pura.

Era entonces también invierno en mi alma; pensamientos y sentimientos estaban como sepultados en la nieve; tan decaído, tan muerto estaba de ánimo, á lo

que contribuía la deplorable política, la tristeza de la pérdida de una niña adorada, un antiguo dejo de tristeza y el constipado. Fuera de esto, bebía yo mucha cerveza, porque me aseguraban que aligeraba la sangre; pero la mejor *breihahn* ática no podía hacerme efecto alguno, porque me había acostumbrado al *porter* en Inglaterra (1).

Por fin llegó el día en que todo cambió por completo; el sol rompió impetuosamente las nubes y abrevó la tierra, ese viejo niño, con la leche de sus rayos; las montañas se estremecieron de alegría, y corrieron en abundancia sus lágrimas de nieve; crujieron y se rompieron las cubiertas de hielo de los lagos; abrió la tierra sus azules ojos, de su seno brotaron las flores amantes y los bosques sonoros, verdes palacios de los ruiseñores: la Naturaleza toda sonrió, y esta sonrisa se llama la primavera.

Entonces una nueva primavera comenzó también en mí; nuevas flores abrieron sus botoncillos en mi corazón, sentimientos de libertad brotaron como rosas, y secretos deseos, como tempranas violetas, entre las que no faltaba seguramente alguna inútil ortiga. Sobre la tumba

---

(1) *Breihahn*, ó *Broihahn*, que de ambas maneras se ve escrito (literalmente: *cebo de pollo*), es una especie de cerveza blanca de trigo y cebada; y el *porter* otra cerveza fuerte, muy usada en Londres, negra de color, y llamada así, de *porter*, *portador*, *mozo de cuerda*, sin duda porque se necesita un paladar digno de uno de estos individuos para poder atravesarla; como aquí llamamos *coraceros* á ciertas tagarninas.

de mis deseos extendió de nuevo la esperanza su apacible verdor, volvieron las melodías poéticas, cual las aves de paso que, después de haber invernado en el cálido Mediodía, vuelven á visitar el abandonado nido del Norte, y el abandonado corazón del Norte resuena y florece como en otro tiempo.....; solamente yo ignoro cómo ocurrió todo esto.

¿Fué un sol moreno ó un sol rubio el que volvió á despertar en mi pecho la primavera, el que despertó con sus besos todas las flores en él adormecidas, é hizo con sus sonrisas que volvieran á cantar en él los ruiseñores? ¿Fué la misma Naturaleza la que por afinidad electiva buscó en mi pecho su eco y se miró gustosa en su espejo con sus nuevas galas primaverales?

Yo no lo sé; pero creo que en la terraza de Bogenhausen, á la vista de los Alpes tiroleses, sintió mi corazón un nuevo encanto. Cuando iba allí á sentarme pensativo, parecíame á veces que por encima de aquellas montañas veía un admirable rostro juvenil que espiaba, y entonces deseaba tener alas para volar á Italia, al país en que residía. Me sentía embriagado á veces por el aroma de los limoneros y los naranjos, que á oleadas descendía de los montes, acariciando y prometiendo para atraerme hacia Italia. Hasta una tarde, á los dorados rayos del crepúsculo, vi sobre la cima de uno de los Alpes, clara y distintamente, radiante de vida, al joven dios de la primavera, la alegre cabeza coronada de flores y laureles, que con risueños ojos y abriendo como una flor su boca, exclamó: ¡Yo te amo, ven á mi seno, á Italia!

CAPÍTULO V.

Sin duda debió brillar en mis ojos cierta ansiedad, cuando, desesperado con la interminable conversación del filisteo, dirigí la vista hacia las bellas montañas del Tirol y lancé un profundo suspiro. Pero mi filisteo berlinés tomó precisamente esta mirada y este suspiro como nuevo asunto de conversación, y suspiró á su vez:—«¡Ah, sí, también quisiera yo estar ahora en Constantinopla! ¡Ah! ver Constantinopla fué siempre el único deseo de mi vida, y á estas horas ¡ay! seguramente ya han entrado en ella los rusos! ¿Ha visto usted San Petersburgo?» Le dije que no, y le supliqué me hablase acerca de dicha ciudad; pero no era él, sino su cuñado, el consejero de justicia quien había estado en ella el verano anterior: debía ser una ciudad excepcional.—«¿Ha visto usted Copenhague?» Y como también contestase á esta pregunta negativamente, exigiéndole una descripción de esta ciudad, sonrió ladinamente, moviendo á un lado y á otro la cabeza con aire satisfecho, y me aseguró, bajo palabra de honor, que no podría formarme idea de ella si no iba á verla en persona.—«Eso—repliqué—no está ahora en mi mano, pues voy á emprender

otro viaje que he proyectado esta primavera: voy á partir para Italia.»

Apenas hubo el hombre escuchado esta palabra, saltó repentinamente de la silla, y giró tres veces sobre un pie, cantando: «*¡Tirili! ¡tirili! ¡tirili!*»

Esto fué para mí el último espolazo.—¡Mañana mismo parto!—decidí en aquel momento. No más demora; quiero ver, cuanto antes sea posible, un país que puede extasiar de tal manera al más insensible de los filisteos, que á su sola mención se pone á cantar como una codorniz.

Mientras me ocupaba en casa en hacer mi maleta, el tono de aquel *¡tirili!* sonaba continuamente en mi oído, y mi hermano Maximiliano Heine, que al otro día me acompañó hasta el Tirol, no podía comprender por qué no hablé en todo el camino una palabra sensata y *tirilizaba* continuamente.

CAPITULO VI.

¡Tirili! ¡tirili! yo vivo, yo siento el dulce dolor de la existencia; siento todas las alegrías y las penas del mundo; sufro por la salud de la humanidad entera; expío sus pecados, pero también me aprovecho de ellos.

Y no sólo simpatizo con los hombres, sino también con las plantas, cuyas mil verdes lenguas me refieren amorosísimas historias, pues saben que no tengo humano orgullo, y lo mismo converso gustoso con las más humildes florecillas de la pradera que con los abetos más altos. ¡Ah! ¡bien sé lo que pasa á semejantes abetos! De lo profundo del valle elévanse hacia el cielo, y sobrepujan casi á las más atrevidas cumbres de las rocas. Pero ¿cuánto dura esta grandeza? A lo más, un par de miserables siglos, tras los que crujiendo se derrumban agobiados por la vejez y se pudren en el suelo. Por la noche salen los maliciosos buhos de las quebraduras de las rocas, y se burlan de ellos por añadidura, gritando: «¡Ved, oh fuertes abetos, que creíais poder mediros con las montañas; ahora yacéis allá abajo destrozados, en tanto que ellas siguen inmóviles y erguidas!»

Un águila que se posa sobre su querida roca solitaria

debe sentir mucha compasión al escuchar semejante burla. Piensa sin duda en su propio destino. Aun no sabe á qué profundidad irá un día á caer. Pero las estrellas centellean de un modo tan tranquilizador, las aguas del bosque susurran tan consoladoramente, y la propia alma domina tan altiva todos los pusilánimes pensamientos, que pronto los olvida de nuevo. Sale el sol, y vuelve á sentirse como siempre; se remonta volando hacia él, y cuando está suficientemente elevada, le canta sus goces y sus penas. Sus cofrades los animales, y en especial el hombre, creen que el águila no puede cantar, y no saben que canta solamente cuando está fuera de su alcance, y que, en su orgullo, sólo quiere ser por el sol escuchada.

Y tiene razón; pudiera ocurrírsele á alguno de la emplumada familia publicar aquí abajo un juicio de su canto, y sé por propia experiencia lo que dicen tales críticas. La gallina se yergue sobre una de sus patas y cacarea:—El cantor no tiene inspiración. El pavo cloquea:—Le falta verdadero entusiasmo. La paloma arrulla:—No conoce el verdadero amor. El ganso grazna:—No es instruído. El capón chilla:—No es moral. El frailecillo gorjea:—Carece de religión. El gorrión pía:—No es bastante fecundo. Y abubillas, maricas, buhos, todo grazna, gime y tartajea. Sólo el ruiseñor deja de tomar parte en esta crítica; indiferente al resto del mundo, su único pensamiento es la purpúrea rosa, y su único canto para ella; revolotea anhelante en torno suyo, y se precipita en su entusiasmo sobre las amadas espinas, vierte sangre y canta.

CAPÍTULO VII (1).

Hay en la patria alemana un águila cuyo himno al sol con tal poder resuena, que aquí abajo se oye y hasta los ruiseñores le escuchan, pese á sus melódicos dolores. Eres tú, Carlos Immerman, y en tí pensaba á cada momento en el país que tan bellamente cantaste. ¿Cómo habría de atravesar el Tirol, sin pensar en tu *Tragedia?*

Verdad es que he visto de otro color las cosas; pero aun he admirado al poeta cuya exuberancia de imaginación supo crear tan semejantes á las reales cosas que nunca viera. Lo que más me deleitó es que la *Tragedia en el Tirol* está en el Tirol prohibida, pues pensaba en las palabras que me escribiera mi amigo Moser al participarme que se había prohibido el segundo tomo de los *Reisebilder*: «No necesitaba el Gobierno prohibir el libro, sin ello aún se hubiera leído.»

En el Aguila de Oro de Insbruck, donde hospedara Andrés Hofer, y en cada uno de cuyos rincones están aún pegadas sus efigies y sus recuerdos, pregunté al huésped, señor Niederkirchner, si podría referirme aún muchas cosas del antiguo hospedero. Estuvo el viejo locuaz hasta dejarlo

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

de sobra, y me confió, recomendándome prudencia con la mirada, que fuera andaba ya la historia completamente impresa, pero que en el país estaba totalmente prohibida, y llevándome á un cuartucho obscuro, donde guardaba sus reliquias de la guerra del Tirol, desenvolvió, de un sucio papel azul, un librito verde ya muy usado, en el que, con admiración mía, reconocí la *Tragedia en el Tirol* de Immerman.

Le dije, no sin enrojecer de orgullo:—«El hombre que ha escrito eso es amigo mío. El señor Niederkirchner quiso entonces saber cuanto pudiera acerca del hombre, y le dije que era un hombre de pro, de complexión robusta, muy honrado y muy hábil en cuestión de escribir, hasta el punto de que muy pocos le igualaban. Pero lo que el señor Niederkirchner no quería creer es que fuese prusiano, y exclamaba, sonriendo compasivamente:—«¡Por qué no ha de serlo!» No hubo medio de disuadirle de que Immerman no era un tirolés, y un tirolés que había tomado parte en la guerra..... «porque si no, ¿cómo podía saberlo todo?»

¡Extraño capricho el del pueblo! Apetece su historia de manos del poeta y no de manos del historiador. No le gusta la fiel narración de los hechos desnudos, sino estos hechos disueltos de nuevo en la primitiva poesía de que proceden. Esto lo saben los poetas, y no sin cierta secreta malicia modelan arbitrariamente los recuerdos de los pueblos, acaso para burlarse de la pedantesca aridez de los historiógrafos y de los apergaminados archivos oficiales.

No me divertí poco, al ver colgada en un puesto de la última feria, en cuadros iluminados con colores chillones, la historia de Belisario, mas no con arreglo á Procopio, sino ajustada con toda fidelidad á la tragedia de Schenk.—«Así se falsifica la historia—exclamó un erudito amigo que me acompañaba;—¡nada sabe ella de esa venganza de una esposa ofendida, de ese hijo prisionero, de esa hija amorosa, y de esas explosiones de sentimiento moderno!» Pero ¿es esto realmente una falta? ¿Debe acusarse igualmente al poeta por esta falsedad? No, pues yo protesto de la acusación.

El poeta no falsea nunca la historia, él traduce con toda fidelidad su sentido aun bajo formas y circunstancias de su propia creación. Pueblos hay que sólo han transmitido su historia bajo esta forma poética, los indios, por ejemplo, y, sin embargo, cantos como el Mahabarata revelan mejor el espíritu de la historia india que ningún escribe-compendios con todas sus fechas. Desde este punto de vista me atrevería á afirmar que las novelas de Walter Scott traducen á veces con más fidelidad que Hume el espíritu de la historia inglesa; á lo menos, tiene mucha razón Sartorius, cuando en sus apéndices á Spittler considera dichas novelas como muy cercanas á las fuentes de la historia de Inglaterra.

Sucede á los poetas lo que á los que sueñan, que enmascaran en el ensueño la interna emoción que, por causas reales y externas, agita su alma, en cuanto, en vez de estas causas, sueñan otras completamente distintas, pero tan adecuadas, como si brotaran del mismo senti-

miento. Así hay también en la *Tragedia* de Immermann algunas exterioridades del todo arbitrariamente creadas, aun el héroe mismo, el centro del sentimiento, es idénticamente soñado, y aunque esta forma de sueño parece hasta quimérica, es, no obstante, conforme á la verdad. El barón Hormayr, que puede ser el juez más competente en este punto, me hizo fijar en dicha circunstancia, cuando hace poco tuve el gusto de hablarle. La vida mística del alma, la religiosidad supersticiosa, lo épico del hombre, todo lo ha expuesto Immermann con fidelidad completa. Representó fidelísimamente á aquella fiel paloma, que con el cortante acero en el pico, como el Amor guerrero, se cernía con tan heroico valor sobre las tirolesas montañas hasta que las balas de Mantua atravesaron su fiel corazón.

Pero lo que más gloria da al poeta es precisamente la fiel pintura del vencedor, del cual no ha hecho un furioso Gessler, para realzar mucho más á su Hofer; como éste es una paloma con espada, aquél es un águila con rama de oliva.

CAPÍTULO VIII.

En el cuarto de la hospedería del señor Niederkirchner, en Insbruk, veíanse colgados, unos al lado de otros, en buena inteligencia, los retratos de Andrés Hofer, Napoleón Bonaparte y Luis de Baviera (1).

La propia Insbruk es una ciudad inhabitable y aburrida. Tal vez en invierno parece algo más poética y agradable, cuando las altas montañas que la circuyen están cubiertas de nieve, los aludes producen sordo rumor y el hielo cruje y centellea por todas partes.

Encontré las cimas de aquellos montes ceñidas por nubes á manera de grises turbantes. Allí se ve la roca de San Martín, teatro de la más deliciosa leyenda imperial, y, sobre todo, la memoria del caballeresco Maximiliano vive y resuena aún en el Tirol.

En la iglesia de la corte están las tan celebradas estatuas de los príncipes y princesas de la casa de Aus-

(1) Este capítulo es el VI de la versión francesa, en la que este primer párrafo ha desaparecido, comenzando del modo siguiente:

.....

«Sonando estaban las doce, cuando entré en Innsbrück» (sic).

tria y de sus mayores, entre los cuales se cuentan muchos que, seguramente hasta ahora, no han podido comprender cómo han logrado honor semejante. Son mucho más que de tamaño natural, fundidas en hierro, y están colocadas en torno del sepulcro de Maximiliano. Pero la iglesia es pequeña y baja de techumbre, de modo que le parece á uno estar viendo figuras negras de cera en algún puesto de feria. En el pedestal de la mayor parte de ellas se lee el nombre de cada uno de los altos personajes á quienes representan.

Hallábame contemplando las estatuas, cuando entraron unos ingleses en el templo. Un hombre flaco y de abobada fisonomía, con los pulgares enganchados en las aberturas de brazos de su chaleco blanco, y con una *Guide des voyageurs*, en pasta, entre los dientes; detrás de él la larga compañera de su vida, señora, ya no muy joven, algo descarnada, pero todavía bastante bella (1); trás ella un colorado semblante de *porter* con vuelillos blancos de polvo, marchando muy tieso en un traje de tal, y con las huesudas manos cargadas con los guantes de *milady*, flores de los Alpes y el doguillo.

La hoja de trébol subió como tirada á cordel hacia el extremo superior de la iglesia, donde el hijo de Albión empezó á explicar á su esposa las estatuas, con arreglo á su *Guide des voyageurs*, en la que iba leyendo minuciosamente:—«La primera estatua es la del rey Clovis, de

(1) En la versión francesa: *señora en la flor de su decadencia, pero aún suficientemente (épaisse) gruesa*, mientras el original dice (*schöne*) *bella*.

Francia; la segunda del rey Arturo, de Inglaterra; la tercera de Rodolfo de Habsburgo, y así sucesivamente. Pero el pobre inglés había comenzado la fila por arriba, en vez de comenzarla por abajo, según lo exigiera la *Guide de voyageurs*, y así incurría en los más chistosos trueques, que se hacían aún más cómicos, cuando al llegar ante una estatua de mujer la tomaba por la de un hombre y viceversa, así que no comprendía por qué razón habrían representado á Rodolfo de Habsburgo en traje de mujer, y al contrario, á la reina María con férreas perneras y dilatadísima barba.

Yo, que presto gustoso el auxilio de mi saber, hice de paso la observación de que tal vez aquello fuera una exigencia de la indumentaria de la época, y hasta pudiera haber sido voluntad expresa de los mismos augustos personajes que se les vaciara en aquella forma y no en otra, como también se le podía ocurrir al actual emperador hacerse representar con guarda-infante y hasta en mantillas. ¿Quién podría afirmar lo contrario?

El dogo ladró en son de crítica; el lacayo abrió desmesuradamente los ojos; su señor se rascó la nariz, y *milady* exclamó:—«*¡A feine exhibition, very fine indeed!*» (1).

---

(1) *¡Bonita exposición, muy bonita, en verdad!*

CAPÍTULO IX.

Brixen fué la segunda ciudad más grande del Tirol que visité. Está situada en un valle, y cuando llegué á ella se hallaba sumergida en los vapores y las sombras de la tarde. En la calma del crepúsculo, al melancólico son de las campanas, los rebaños volvían á sus apriscos, los hombres á las iglesias; respirábase por doquier asfixiante olor de ridículas efigies de santos y de heno seco.

Poco antes había leído en el *Hesperus:* «Los jesuítas están en Brixen.» Los busqué en torno mío por todas las calles, pero á nadie vi que me pareciera jesuita, á no ser cierto hombre grueso con sombrero clerical de tres picos y negro casacón de corte eclesiástico, que por lo viejo y raído contrastaba extraordinariamente con su calzón nuevo y brillante.

Ese no puede ser un jesuíta, dije al fin, hablando conmigo mismo, pues yo siempre me he figurado que los jesuítas eran algo flacos. Pero ¿hay realmente todavía jesuítas? Tentado estoy muchas veces de creer que su existencia es sólo una quimera, que los crea en nuestra imaginación no más que el miedo que les tenemos, aun mucho después de pasado el peligro, y toda la ojeriza

que tenemos á los jesuítas me recuerda entonces á esas personas que cuando ya hace tiempo que cesara de llover, aun van por la calle con el paraguas abierto. Sí, á veces se me ocurre que el diablo, la nobleza y los jesuítas sólo existen durante el tiempo que en ellos se cree. En cuanto al diablo podemos afirmarlo con entera seguridad, pues hasta ahora sólo le han visto los creyentes. Por lo que respecta á la nobleza, transcurrido algún tiempo podemos abrigar la esperanza de que la *buena sociedad* dejará de ser la *buena sociedad*, tan pronto como el buen burgués no tenga ya la bondad de tenerla en semejante concepto.

Pero ¿y los jesuítas? ¡Al menos ya no usan calzones viejos! Los antiguos jesuitas descansan en la tumba con sus viejos calzones, su codicia, sus planes universales, sus ardides, distingos, reservas y venenos, y lo que ahora vemos deslizarse por el mundo, con flamantes calzones, es, más bien que su espíritu, su espectro, un absurdo é imbécil espectro que diariamente trata de probarnos con palabras y obras cuán poco temible es, y en efecto, nos recuerda la historia de un espectro análogo del bosque de Thuringia, que, en otro tiempo, quitaba el miedo á las gentes que de él se asustaban, separándose, á vista de todo el mundo, la calavera de los hombros, y mostrándoles así que estaba interiormente hueco y vacío.

Por último, no puedo menos de referir que hallé ocasión de observar más de cerca al hombre grueso de los flamantes calzones, para convencerme de que no era un jesuíta sino todo un ordinario borrego de Dios; pues le

encontré en el comedor de mi posada, donde iba á cenar en compañía de un hombre alto y flaco á quien llamaba Excelencia, tan semejante al viejo hidalgo solterón pintado por Shakespeare, que parecía que la naturaleza había cometido un plagio.

Ambos sazonaban su comida asediando á la sirviente con sus caricias, que á la amable y gentil muchacha parecían fastidiarle no poco, hasta que, como el uno le diera palmaditas en el dorso y el otro hasta intentara abrazarla, se desprendió de ellos con violencia. Entonces le dijeron las más obscenas palabrotas, sabiendo que la infeliz no tenía más remedio que escucharlas, pues había de permanecer en la habitación para servir á los huéspedes y ponerme la mesa. No obstante, cuando tal inconveniencia se hizo insoportable, de pronto, abandonándolo todo la joven, salió precipitadamente, y minutos después reapareció en el comedor con un pequeñuelo en los brazos, conservándole en ellos durante todo el tiempo que sus ocupaciones la obligaron á permanecer allí, á pesar de que así le era más difícil acudir al servicio. Mas los dos camaradas, el eclesiástico y el señor aristócrata, no se atrevieron á volver á molestar en lo más mínimo á la joven, quien á su vez siguió sirviéndoles sin rencor, pero con extraña seriedad.

La conversación tomó otro giro, charlaron ambos sobre el manoseado tema de la gran conjuración contra el altar y el trono, se entendieron acerca de la necesidad de adoptar rigurosas medidas, y se estrecharon más de una vez la mano en señal de santa alianza.

CAPÍTULO X.

Para conocer la historia del Tirol son indispensables las obras de José de Hormayr; es el mejor narrador de su historia novísima, á veces la única fuente (1). Es éste para el Tirol lo que Juan de Müller para Suiza, y el paralelo entre ambos historiadores es cosa que se ocurre espontáneamente. Ambos están, por decirlo así, pared por medio: ambos en su juventud sintieron el mismo entusiasmo por sus natales Alpes; ambos fueron diligentes investigadores de recuerdos históricos y levantados sentimientos; Juan de Müller da forma épica al espíritu que late en la historia del pasado, José de Hormayr, de sentimiento pronto, se fija más en el presente, y arriesga desinteresadamente la vida por lo que ama.

La *Guerra de los campesinos tiroleses en el año de* 1809, de Bartholdy, es un libro entusiasta y bellamente escrito, y si se le notan algunos defectos, son los que naturalmente resultan de que el autor, cosa propia de toda alma elevada, sentía por el partido vencido una

(1) El resto del párrafo falta en la versión francesa.

predilección visible, y de que cuando él los describió aun envolvía los hechos el humo de la pólvora.

Muchos hechos notables de aquel tiempo no se han descrito aún, y sólo viven en la memoria del pueblo que ahora no habla de ellos con gusto, pues le despiertan el recuerdo de alguna esperanza frustrada. Los pobres tiroleses han tenido que hacer todo género de experiencias, y cuando se les pregunta si han obtenido en premio de su lealtad lo que en momentos de apuro se les prometiera, se encogen tranquilamente de hombros y dicen con la mayor sencillez: «Quizás no se tomó en serio, y luego, como el Emperador tiene mucho en qué pensar, ha de olvidársele algo.»

¡Consolaos, pobres diablos! No sois los únicos á quienes se ha hecho alguna promesa. Con frecuencia ocurre en los grandes buques negreros, que, durante una horrible tempestad, cuando se ve en peligro el buque, se demanda el auxilio de los mismos negros que yacen amontonados en el fondo de la obscura cala. Se rompen sus férreas cadenas y se les promete santa y lealmente otorgarles la libertad, si con su esfuerzo se llega á salvar el barco. Los miopes negros al verse arriba, á la luz del día, gritan: *¡hurrah!*, corren á las bombas, bregan con todas sus fuerzas, ayudan donde hay que ayudar, trepan, saltan, desmochan los mástiles, enrollan los cables, trabajan, en fin, hasta que el peligro ha pasado. Entonces, como es de suponer, los vuelven á bajar á la cala, los vuelven á encadenar convenientemente, y en su obscura miseria hacen demagógicas consideraciones acerca de las

promesas de los traficantes en almas, cuyo único cuidado, una vez que el peligro pasa, es cambiar algunas almas más.

¡O navis, referent in mare te novi
Fluctus! etc. (1).

Cuando mi viejo profesor explicaba esta oda de Horacio en que se compara el Estado (2) á un buque, tenía que hacer toda clase de consideraciones políticas, que suspendió bien pronto, así que se dió la batalla de Leipzig, y se dispersó toda la clase.

Mi viejo maestro lo había previsto todo. Cuando recibimos la primera noticia de la batalla, meneó su cana cabeza: ahora sé lo que esto significaba. Pronto llegaron las narraciones circunstanciadas, y se mostraban misteriosamente unos á otros las abigarradas cuanto edificantes pinturas, en que se representaba á los generales en jefe de los ejércitos dando gracias á Dios arrodillados en el campo de batalla.

—Sí, bien pueden dar gracias á Dios—decía mi maestro, y sonreía como solía hacerlo cuando explicaba á Salustio;—con tanta frecuencia los ha zurrado el emperador Napoleón, que al fin tenían que aprender ellos á hacerlo.

Entonces vinieron los aliados, las detestables poesías á la independencia, Hermann y Tusnelda, los *¡hurrah!*

---

(1) *¡Oh nave, nuevas olas te vuelven á alta mar!*
(2) El original dice: *der Senat*, quizás por errata.

la sociedad de damas, las encinas patrias y las eternas fanfarronadas de la batalla de Leipzig, y dale y vuelta con la batalla de Leipzig.

—Les sucede á estas gentes— hacía notar mi maestro—lo que á los tebanos, cuando lograron al fin batir una vez en Leuctra á los invencibles espartanos, que siempre estaban jactándose de la tal batalla (1), hasta que Antístenes les dijo:—«Hacéis lo que los niños, que se ponen fuera de sí de alegría cuando una vez logran vapulear al maestro.» ¡Más valía, hijos míos, que nosotros hubiéramos recibido el vapuleo!

Poco después murió el pobre anciano; sobre su tumba crece la hierba de Prusia, y allí van á pacerla los nobles corceles de nuestros renovados caballeros.

---

(1) Como los portugueses de la de Aljubarrota.

CAPÍTULO XI.

Los tiroleses son bien conformados, pacíficos, honrados, valientes, y de una limitación de espíritu inconcebible. Son una raza de hombres sanos, tal vez porque son demasiado estúpidos para estar enfermos. Aun me atrevería á llamarles raza aristocrática, porque son muy remilgados en cuestión de alimentos y muy pulcros en sus costumbres; solamente carecen por completo del sentimiento de la dignidad personal.

Tiene el tirolés una especie de servilismo sonriente y humorístico, con cierto tinte casi irónico, pero en el fondo, de honradas intenciones. Las mujeres te saludan, desde luego, en el Tirol amigablemente, y los hombres te estrechan la mano con tal fuerza, y gesticulan con tan aparatosa cordialidad, que te tratan como á un pariente próximo, ó al menos como á su igual; más, á pesar de esto, están muy lejos de echar en olvido que ellos no son más que unas pobres gentes y que tú eres un distinguido caballero, que seguramente ves con gusto que las pobres gentes se ponen sin cortedad á tu nivel. Y en este punto poseen un certero instinto natural, que los estirados aristócratas se alegran de encontrar ocasión de humani-

zarse, pues esto mismo les proporciona el placer de apreciar la altura á que se hallan colocados.

En su país ejercen los tiroleses este servilismo gratis, pero en el extranjero procuran lucrar con él, y ponen precio á su persona y á su nacionalidad.

Esos abigarrados vendedores de mantas, esos avispados *bua* tiroleses, que vemos vagar, vistiendo su traje nacional, siempre tienen á mano una chanzoneta, pero has de comprarle alguna cosa. Los hermanos Rainer, que estuvieron en Inglaterra, lo entendían aún mejor, y tenían, sobre todo, un buen consejero, como es el conocer bien el espíritu de la nobleza inglesa: de aquí su buena acogida en el foco de la aristocracia europea en *the west end of the town* (1).

Cuando el verano pasado vi á estos cantantes tiroleses, vistiendo el traje de su país, pisar las tablas del brillante salón de conciertos del mundo elegante de Londres, y escuché aquellas canciones, cuyos sonidos de falsete (2), con tanta sencillez y dulzura, repercuten en los Alpes del Tirol, y resuenan con tal atractivo en nuestros corazones alemanes del Norte, sentí que toda mi alma era presa de la mayor amargura. Las plácidas sonrisas de aquellos distinguidos labios me mordían cual serpientes; me parecía ver insultada con las mayores obscenidades la castidad de la palabra alemana, y profanados por ex-

(1) El extremo Oeste de la ciudad.

(2) Los tiroleses cantan en falsete, como los aragoneses entre nosotros.

trañas gentes los más dulces misterios de su vida afectiva. No pude aplaudir como los demás aquella desvergonzada prostitución de lo que hay de más pudibundo, y un suizo que abandonaba el salón, presa de los mismos sentimientos que yo, hizo esta observación exactísima:

—«Nosotros los suizos vendemos muchas cosas, nuestros mejores quesos y lo mejor de nuestra sangre, pero no podemos oir en país extraño el sonido del cuerno de los Alpes, y mucho menos hacerle sonar nosotros mismos por dinero» (1).

---

(1) En la versión francesa, donde este capítulo resulta muy maltratado, sobre todo en el primer párrafo, en vez del *cuerno de los Alpes* (*Alphorn*) se lee, *le Ranz des vaches*, aire suizo, que sin duda sería uno de los cantados por los hermanos Rainer, que oído por los suizos fuera de su país, despierta en ellos la nostalgia del mismo (*heimweh*), y que estaba prohibido por esta razón en los cuarteles de tropas suizas en Francia. Lo mismo sucede entre nosotros á los gallegos y vascongados y á todos los montañeses.

CAPÍTULO XII.

El Tirol es muy bello, pero los más hermosos paisajes no pueden embelesarnos cuando la atmósfera está anubarrada y el ánimo en una disposición parecida, y esto es en mi consecuencia de aquello; así que como llovía fuera, hacía también en mi interior mal tiempo. Sólo de cuando en cuando me atrevía á sacar la cabeza fuera de la ventanilla del coche, y entonces veía montañas que llegaban al cielo, que me contemplaban seriamente, y, con sus monstruosas cabezas y largas barbas de nubes, se inclinaban á mi paso, deseándome feliz viaje. Observaba acá y allá algún montecillo azulado por la distancia, que parecía alzarse sobre las puntas de los pies y mirar, con gran curiosidad por encima de los hombros de las demás montañas, probablemente para verme. Al mismo tiempo regañaban por doquiera los arroyos del bosque, precipitándose de las alturas como locos para ir á juntarse en los obscuros remolinos del valle.

Los hombres se estaban metidos en sus lindas y limpias casitas, que yacían diseminadas sobre las colinas, en las más abruptas pendientes y hasta sobre las cimas de los montes; lindas y limpias casitas, provistas general-

mente de una larga galería abalconada, adornada á su vez con ropa blanca, imágenes de santos, tiestos de flores y rostros de muchachas. Dichas casitas están además bonitamente pintadas, por lo menos de blanco y verde, como si también vistieran el traje tirolés, compuesto de calzón verde y camisa blanca.

Cuando veía yo tales casitas en medio de la solitaria lluvia, deseaba mi corazón á veces subir y llegar hasta aquellos hombres, que de seguro se hallaban secos y cómodamente sentados. Allá adentro, pensaba, se debe vivir en amable intimidad, y la decrépita abuela, de seguro refiere los más maravillosos cuentos. Mientras el coche proseguía su inexorable marcha, volvía yo con frecuencia la vista atrás, para ver elevarse las azuladas columnas de humo de las pequeñas chimeneas, y llovía cada vez más recio, fuera y dentro de mí, hasta caerme casi de los ojos las gotas.

Alzábase con frecuencia mi corazón, y, á pesar del mal tiempo, trepaba hasta aquellas gentes que viven encaramadas en las montañas y apenas si descienden de ellas una vez en la vida, y saben poco de lo que aquí abajo sucede, pero que no por eso son menos piadosas y felices. De política no saben más que tienen un emperador que viste casaca blanca sobre calzones rojos, según han oído referir al anciano tío, que á su vez lo oyó en Insbruck á Sepperl, el negro, que estuvo en Viena. Si ahora trepasen los patriotas hasta sus moradas y les hiciesen saber de elocuente manera, que van á tener un príncipe que usa casaca azul y calzón blanco, echarían mano á

sus carabinas, besarían á sus mujeres é hijos, descenderían de sus montañas, y se dejarían matar por la casaca blanca y el antiguo y querido calzón rojo (1).

En el fondo, igual da morir por una cosa que por otra, con tal que se muera por algo que nos es querido, y más vale una muerte entusiasta y leal, que una vida fría y desleal, puesto que solamente los cantos dedicados á semejante muerte, sus dulces rimas y brillantes frases caldean nuestro corazón, cuando el aire húmedo de la niebla y los importunos cuidados pretenden enfriarle y entristecerle.

Muchos de estos cantos sonaban en mi corazón al cruzar las montañas tirolesas. Los familiares bosques de abetos traían con su murmullo á mi memoria cierta frase de amor ya olvidada; especialmente cuando los grandes lagos azules de la montaña me miraban con insondable anhelo, pensaba en los dos niños que se amaron tanto y murieron juntos. Es una historia harto antigua, en la que ya hoy no cree nadie, y de cuya canción yo mismo apenas sé más que algunas rimas:

«Eran ambos dos hijos de reyes,
Enlazados por bien dulce afecto,
Y reunirse los dos no podían,
Que era el agua profunda en extremo.....»

Estas palabras comenzaron á sonar espontáneamente en mi interior, al ver á orillas de aquellos azules lagos,

(1) Como nuestros vascongados.

á la parte de allá un niño, y á la de acá una niña, ambos en el pintoresco traje del país, con sus puntiagudos sombrerillos verdes, con cintas en la cabeza, lindísimamente vestidos, que se enviaban y devolvían saludos.....

«Y reunirse los dos no podían,
Que era el agua profunda en extremo.»

CAPÍTULO XIII.

En el Tirol meridional aclaró el tiempo; el sol de Italia dejó ya sentir su cercanía; fueron haciéndose más templadas y brillantes las montañas; vi ya cepas que trepaban, enredándose á los árboles, y pude alargar con más frecuencia la cabeza fuera del coche; pero cuando sacaba la cabeza, se iba mi corazón tras ella, y con mi corazón todo su amor, su melancolía y su locura. Sucedió con frecuencia que mi pobre corazón se viera desgarrado por las espinas al acercarse á las zarzarrosas que florecían en el camino, y las rosas del Tirol no tienen nada de feas.

Al pasar por Steinach vi la plaza en que Immermann pone en escena al hostelero Hofer y sus colegas, y noté que era harto pequeña para una reunión de insurgentes, si bien continúa siendo bastante grande para enamorarse uno en ella. Allí no hay más que un par de casitas blancas, y desde una ventanilla acechaba una joven hostelera, que apuntó é hizo fuego con sus grandes ojos. Si con tal rapidez no rodara el carruaje y hubiera tenido tiempo de cargar nuevamente, hubiera sido hombre muerto.—¡Arrea, cochero—exclamé;—no hay que gas

tar bromas con semejante bella sílfide, que le lanza á uno la casa ardiendo á la cabeza! (1).

Á fuer de viajero formal, debo hacer constar que la señora hostelera de Sterzing es ciertamente una señora de edad; pero, en cambio, tiene dos hijas jóvenes que, no bien se acaba uno de apearse, le caldean el corazón con su presencia bienhechora. ¡Pero no me es dado olvidarte á tí, la más bella de todas, á tí, bella hilandera de la frontera de Italia! ¡Ah, si tú me hubieras dado, como Ariadna á Teseo, el hilo de tu huso, para guiarme en el laberinto de esta vida, á estas horas el Minotauro estuviera vencido, y yo eternamente á tu lado, brindándote mi amor y mis caricias!

Es buena señal que sonrían las mujeres, dice un escritor chino, y un escritor alemán era también de esta opinión, cuando, en el Tirol meridional, donde comienza Italia, pasó por delante de una montaña, á cuyo pie, sobre un dique no muy alto de piedra, hallábase una de esas casitas que con su familiar galería y sus sencillas pinturas nos contemplan tan cariñosamente. Á un lado veíase un gran crucifijo de madera, que servía como de apoyo á una cepa nueva, de modo que ofrecía cierta horrible apacibilidad el ver cómo abrazaba la vida á la muerte, los verdes y frondosos pámpanos los brazos y piernas del crucificado Salvador. Al otro lado de la casita veíase un redondo palomar, cuyos alados moradores revoloteaban de un lado á otro, y una lindísima

(1) En la versión francesa falta este punto.

paloma blanca se posó sobre la punta del airoso tejadillo que se adelantaba á manera de piadoso dosel que corona la efigie de un santo, sobre la cabeza de bella hilandera.

Hallábase ésta sentada en la pequeña galería, é hilaba, no con arreglo al procedimiento de las hilanderas alemanas, sino según aquella primitiva manera en que se sujeta debajo del brazo la rueca henchida de cáñamo, y el hilo se va liando en torno del huso, suspendido en el aire. Así hilaron las hijas de los reyes en Grecia; así hilan aún las Parcas y todas las italianas. Ella hilaba y sonreía; la paloma permanecía inmóvil sobre su cabeza, y á su vez se elevaban tras de la casa las altas montañas, cuyas nevadas cumbres abrillantaba el sol, dándoles la apariencia de una sombría guardia de gigantes con las cabezas cubiertas con bruñidos cascos.

Ella hilaba y sonreía, y yo creo que hiló también mi corazón, en tanto que el carruaje cruzaba con alguna más lentitud la ancha corriente del Eisach, que se precipitaba del otro lado del camino. En todo el día no se apartaron de mi memoria sus amados rasgos, que parecía que un escultor griego los hubiera modelado con el perfume de una rosa blanca, tan tiernísimamente aéreos, con nobleza tan archidivina, como si los hubiera soñado allá en su juventud en una florida noche de primavera.

Seguro es que ningún griego hubiera soñado sus ojos, y mucho menos los hubiera comprendido; mas yo los vi, y comprendí á aquellas estrellas románticas que iluminaban con mágica luz aquella magnificencia antigua. Du-

rante todo el día me persiguieron aquellos ojos, y con ellos soñé la noche siguiente.

Continuaba sentada y sonriendo; las palomas revoloteaban de un lado para otro, cual ángeles de amor; la del blanco plumaje movía místicamente las alas sobre su cabeza; alzábanse tras ella, cada vez más imponentes, los encasquetados guardias; ante ella corría el arroyo, cada vez más torrencial y salvaje; las cepas estrechaban con más angustiosa precipitación la crucificada imagen que se movía dolorosamente, abría los dolientes ojos y sangraba por sus heridas.....; pero ella hilaba y sonreía, y al extremo del hilo que partía de su rueca, á guisa de huso que voltea sin reposo, pendía mi propio corazón.

CAPÍTULO XIV.

Á medida que el sol resplandecía en el cielo, cada vez con más belleza y magnificencia, y envolvía en velos de oro montañas y castillos, iba habiendo más calor y más luz en mi corazón, mi pecho todo volvía á llenarse de flores, éstas brotaban y crecían lozanamente hasta llegar más arriba de mi cabeza, y entre estas flores, surgidas de mi corazón, sonreía de nuevo con expresión celeste la hermosa hilandera. Sumido en semejante ensueño, yo que soy otro tal, llegué á Italia, y como en el camino había casi olvidado que á ella me dirigía, casi me asusté cuando me contemplaron por doquiera los grandes ojos italianos, y cuando la pintoresca vida de Italia salió á mi encuentro en tropel, corpórea, ardiente y rumorosa.

Tuvo esto lugar en la ciudad de Trento, donde llegué un hermoso domingo por la tarde, á la hora en que el calor cede y los italianos se levantan y pasean las calles de arriba abajo. Esta ciudad, vieja y destrozada, está rodeada por un extenso círculo de verdes y floridas montañas, que cual divinidades eternamente jóvenes, contemplan desde sus alturas la frágil obra de los hombres.

Quebradiza y frágil yace á su lado la altiva fortaleza, que en otro tiempo dominara la ciudad, fabuloso edificio de fabulosos tiempos, con agujas, resaltos, almenas y una voluminosa torre redonda, en que sólo moran al presente buhos é inválidos austriacos. También la ciudad misma es de fabulosa construcción, y queda uno admirado, á primera vista, ante estos primitivos edificios, con sus frescos borrosos, sus mutiladas imágenes de santos, sus torrecillas, balconadas, ventanillas con reja y aquellos frontones voleados que en forma de soportal descansan en grises, viejos y débiles pilares que á su vez necesitan de apoyo.

Tal aspecto sería en extremo melancólico si la naturaleza no hubiera refrescado aquellas piedras inertes con nueva vida, si la dulce vid no abrazara íntima y tiernamente aquellos ruinosos pilares, como abraza la juventud á la vejez, y si no se asomaran á los sombríos arcos de aquellas ventanas dulces rostros de doncellas que se ríen del alemán recién llegado, que, cual un sonámbulo en su pesadilla, va topeteando entre las ruinas cubiertas de flores.

Era realmente víctima de un sueño, pero de un sueño en que quería uno recordar lo que otra vez había soñado. Contemplaba uno por uno los edificios y los hombres, y estaba por creer que estas casas las había yo visto en sus días mejores, cuando sus lindas pinturas estaban aún brillantes de color, cuando los dorados ornamentos de los frisos de sus ventanas no estaban aún tan ennegrecidos, y cuando la marmórea Madonna, que tiene el niño

en brazos, aún ostentaba su hermosísima cabeza, que ahora el tiempo iconoclasta tan brutalmente ha destrozado.

Los rostros de las mujeres ancianas me parecían conocidos, me hacían el efecto de como si hubieran sido arrancados de aquellos antiguos cuadros italianos que un día, siendo muchacho, viera en la galería de Düsseldorf. También los ancianos me parecían conocidos tiempo ha olvidados, que me miraban severamente desde el fondo de un siglo. Las traviesas muchachas tenían á su vez algo de seres que murieron ya hace una centuria, y que han resucitado, recobrando su lozanía, hasta el punto de producirme calofrío, pero un dulce calofrío, como el que una vez sentí cuando en la solitaria media noche imprimí mis labios en los labios de María, mujer admirablemente hermosa, cuyo único defecto entonces era el estar muerta.

Pero al fin tuve que reirme de mí mismo, y llegué á pensar en que toda la ciudad no era otra cosa que una linda novela que había leído en otro tiempo, ó más bien, que yo mismo había compuesto, y ahora me hallaba bajo el encanto de mi propia poesía, y me asustaba de los seres que yo mismo creara. Quizá también, pensaba, todo esto no es más que un sueño, y de buena gana hubiera dado un *thaler* (1) por recibir un bofetón, solamente por convencerme, mediante él, de si estaba despierto ó dormido.

Poco faltó para que obtuviese este artículo á más

(1) Moneda de plata de unos 15 reales.

ínfimo precio, cuando en un ángulo de la plaza fuí á tropezar con una gruesa vendedora de frutas. Pero se contentó con arrojarme á la cabeza algunos higos nada fantásticos, con lo cual adquirí la convicción de hallarme en plena realidad, en medio de la plaza del mercado de Trento, junto á la gran fuente, de cuyos tritones y delfines de cobre brotaban con fuerza argentados surtidores de agua, á propósito para despertarle á uno deliciosamente (1).

Hallábase á la izquierda un antiguo palacio cuyos muros estaban decorados con figuras alegóricas, y sobre cuya terraza se adiestraban en el heroísmo algunos encanecidos soldados austriacos (2). A la derecha habia una caprichosa casita gótico-lombarda, en cuyo interior resonaba dulce y ligera una voz de muchacha tan traviesa y alegremente, que los desmoronados muros se estremecían de placer ó de puro viejos, en tanto que arriba se asomaba á una ventana ojival una cabellera negra laberínticamente rizada, á estilo de comedianta, y bajo la cual adelantábase un rostro flaco, de contornos duramente acusados y cubierto de carmín sólo en la me-

(1) Este punto ofrece en la versión francesa algunas variantes: en vez de *se contentó con arrojarme á la cabeza algunos higos nada fantásticos*, se lee: *se contentó con devorarme (m'engueuler) á fuerza de improperios (jurons)*. Y al fin, *.... junto á la gran fuente*, etc., dice: *cuyos tritones y delfines de cobre lanzaban de una manera muy apetitosa su agua clara como de plata;* pero el texto dice: *gar lieblich ermuternd* (completamente deliciosa para despertar).

(2) En la versión francesa falta el adjetivo *encanecido (grau)*.

jilla izquierda, como un buñuelo que no se ha frito más que por un lado. Y ante mí, se elevaba la antiquísima catedral, ni grande ni sombría, sino semejante á un anciano apacible, que inspira confianza y atrae por su misma vejez (1).

(1) En la versión francesa el final de este punto no traslada bien la idea del original, pero en cambio no está falto de consonantes: *ni grand, ni sombre, barbon riant, vieilli à point, aimable et engageant.*

CAPÍTULO XV.

Apenas eché á mi espalda el cortinón de seda verde que cubría la entrada del domo, y penetré en la casa de Dios, sentí refrescarse agradablemente mi cuerpo y mi corazón en el delicioso ambiente que allí se respiraba, y á la tibia y mágica luz que á través de las pintadas vidrieras se derramaba sobre el devoto concurso. En su mayoría estaba compuesto de mujeres, arrodilladas en largas filas é inclinadas sobre bajos reclinatorios. Oraban no más que con un leve movimiento de labios y se echaban aire continuamente con grandes abanicos verdes, de modo que no se oía más que un casi imperceptible seseo, ni se veía más que abanicazos y velos ondulantes.

El crujido de mis botas turbó más de una bella devoción, grandes ojos católicos me miraron entre curiosos y enamorados, y de buena gana me aconsejaran arrodillarme de igual modo y echar una siesta espiritual.

Verdaderamente, semejante catedral, con su amortiguada luz y su fresco ambiente es una agradable mansión, cuando fuera de ella ciega el resplandor del sol y el calor asfixia. No se puede uno formar idea de esto en

nuestra protestante Alemania del Norte, donde las iglesias no están construídas con tales comodidades, donde la luz penetra tan descaradamente á través de las racionales é incoloras vidrieras, y hasta los frescos sermones no protegen suficientemente del calor.

Dígase lo que se quiera, el catolicismo es una buena religión de verano. Se encuentra uno bien reclinado sobre los bancos de este antiguo domo, se disfruta allí de una fresca devoción, de un santo *dolce far niente;* se ora, sueña y peca con el pensamiento; las *madonnas* miran tan misericordiosamente desde sus hornacinas, hasta, pensando como mujeres, perdonan que hayamos mezclado sus divinos rasgos en pecaminosos pensamientos, y por último, hasta hay en cada ángulo un obscuro asiento (1) para las necesidades de la conciencia, donde puede uno descargarse de sus culpas.

En una de estas sillas estaba sentado un joven religioso de serio continente; el rostro de la dama que confesaba sus culpas se ocultaba á mis ojos, en parte por el velo, y en parte por la tabla lateral del confesonario; pero quedaba fuera de ella una mano visible, cuyo aspecto me llenó de estupor. No podía apartar mis ojos de aquella mano; la azulada red de sus venas y el aristocrático brillo de sus blancos dedos me eran extraordinariamente familiares, y toda la potencia soñadora de

---

(1) La versión francesa dice: *un établissement en bois brun.* Y más abajo: *dans un semblable boutique.* Pero la palabra del original es *Nothstuhl.*

mi espíritu se puso en actividad á fin de crear un rostro que pudiese corresponder á aquella mano.

Era una hermosa mano, no como esas que se ven en las muchachas jóvenes, medio cordero, medio rosa, pero desprovistas de idealismo, manos mixtas de animal y vegetal; aquélla tenía más bien algo de espiritual, cierto atractivo histórico, como las manos de las personas bellas muy bien educadas ó que han sufrido mucho. Aquella mano tenía además un no sé qué de conmovedora inocencia, pues parecía no necesitar confesarse y hasta no querer oir lo que su dueña confesaba, parecía como esperar á la parte de afuera á que aquella terminase. Pero la cosa se prolongaba; la dama debía tener muchas culpas que confesar. No pude esperar más tiempo; mi alma imprimió sobre la hermosa mano un invisible beso de despedida, y en el mismo momento se estremeció, exactamente como la mano de la difunta María solía estremecerse cuando yo la tocaba.

—¡Poder de Dios!—pensé.—¿Qué hace en Trento la difunta María? Y me apresuré á salir de la catedral.

CAPÍTULO XVI.

Cuando volví á pasar por la plaza del Mercado, en uno de sus ángulos, me saludó amistosa y familiarmente la susodicha frutera, como si fuéramos antiguos conocidos. Es indiferente, pensé, la manera como se ponen en relación las personas, con tal que lleguen á conocerse. Un par de higos arrojados á la cara, cierto es que no son la mejor introducción; pero yo y la frutera nos miramos esta vez tan amistosamente como si de una y otra parte se hubieran cambiado las mejores cartas de recomendación.

La mujer no tenía mal aspecto ni mucho menos; verdad es que se hallaba ya casi en esa edad en que los años de servicio se consignan en la frente con fatales surcos; no obstante, estaba en cambio bastante corpulenta, y lo que había perdido en juventud lo había ganado en peso Además, su rostro conservaba vestigios de una extraordinaria belleza, y se veía en él escrito, como en la antigua vajilla: «Amar y ser amado es la mayor felicidad de la tierra.» Pero lo que le prestaba mayor atractivo era su peinado; sus ensortijados bucles empolvados, cubiertos de abundante pomada é idílicamente entretejidos de blancas campanillas.

Contemplaba á aquella mujer con la misma atención, con que un anticuario contempla sus recién descubiertos torsos de mármol; podía estudiar mucho más en aquella ruina humana viviente, podía comprobar en ella las huellas de todas las civilizaciones de Italia : la etrusca, la romana, la gótica, la lombarda, hasta descender á la empolvada moderna; y era para mí bien interesante el contraste que existía entre las cultas maneras de esta mujer y su profesión é inconsiderados hábitos.

No me despertaban menos interés los artículos de su comercio, las frescas almendras, que jamás había yo visto envueltas en su primitiva cáscara verde, los olorosos y frescos higos, que veía amontonados, como entre nosotros las peras. También me regocijaban las grandes cestas con frescos limones y naranjas; y ¡oh espectáculo admirable!—al lado, en una cesta vacía, estaba reclinado un hermosísimo niño, que tenía una pequeña campanilla en la mano, y cuando sonaban las grandes campanas de la catedral, entre campanada y campanada, hacía él sonar la suya diminuta, y con tan feliz y completo olvido del mundo sonreía al cielo azul, que á mí mismo se me ocurrió, á mi vez, el más infantil de los caprichos, y me quedé parado como otro niño ante la cesta riente, me acerqué, y trabé conversación con la frutera.

A causa de mi tartamuda charla italiana, al principio me tomó por un inglés, pero le confesé que era alemán. Entonces me hizo mil preguntas geográficas, económicas, hortológicas y climatéricas sobre Alemania, y se quedó

admirada cuando le confesé también que entre nosotros no se criaban limones, que los pocos que recibíamos de Italia, los teníamos que exprimir mucho para hacer ponche, y que, desesperados, les sustituíamos con el ron.

—¡Ah, querida señora! — le dije—nuestro país es muy frío y húmedo, nuestro verano es sólo un invierno embadurnado de verde, hasta el sol tiene que usar entre nosotros una camiseta de franela si no quiere resfriarse; bajo este sol de franela amarilla no pueden nunca madurar nuestros frutos y están desabridos y verdes. Dicho sea entre nosotros, el único fruto maduro que poseemos son las manzánas asadas. Respecto á los higos, lo mismo que los limones y las naranjas, tenemos que traerlos de países extranjeros, y á consecuencia de lo largo del viaje se ponen insípidos y harinosos; sólo podemos adquirirlos frescos y de primera mano, de la peor clase, esto es, tan amargos, que el que los recibe de balde todavía os entabla una querella por verdadera injuria. En cuanto á almendras sólo tenemos las amígdalas, y esas infartadas (1). Carecemos en fin, de toda clase de frutas distinguidas, y sólo poseemos grosellas, peras, nueces, ciruelas y demás vulgacho.

---

(1) La frase alemana, traducida literalmente, dice: *en cuanto á almendras sólo tenemos las infartadas*, que así sería ininteligible, porque hay un juego de palabra hecho con la voz *mandel*, que significa á la vez *almendra* y *amígdala*, ó *glándula salival*, cuyo juego no resulta en castellano, donde, aunque ambas son en su origen la misma palabra, se usa la forma vulgar para el fruto y la clásica latina para la glándula.

CAPÍTULO XVII.

Me alegré verdaderamente de haber hecho una buena amistad, apenas llegado á Italia, y si sentimientos poderosos no me impulsaran hacia el Sur, me hubiera quedado con preferencia en Trento, al lado de la buena frutera, de los buenos higos y almendras, del pequeño campanero, y, si he de decir la verdad, al lado de las bellas muchachas, que á bandadas cruzaban ante mí.

No sé si otros viajeros asentirán al calificativo «bellas»; pero á mí me cayeron extraordinariamente en gracia las tridentinas.

Eran precisamente de la especie que á mí me gusta; pues yo amo esos rostros pálidos, elegiacos, en que los ojos negros lanzan rayos de febril amor; yo amo también la morena tez de aquellos altivos cuellos, que ya Febo amara y con sus besos obscureciera; amo también aquellas nucas harto maduras en que se advierten rojos puntitos como si golosos pájaros hubieran picoteado en ellas; pero amo, ante todo, aquel andar genial, aquella muda música del cuerpo, aquellos miembros, que se mueven con el más dulce de los ritmos, voluptuosos, flexibles, con divina languidez, con el abandono de la muerte,

y no obstante, con una elevación etérea, siempre poética hasta lo sublime. Amo todo esto, como amo la poesía misma, y estos miembros melódicamente movidos, este admirable concierto humano, que se elevaba en torno mío, hallaba su eco en mi corazón, y despertaba tonos con él en armonía (1).

Ya no era el mágico poder de la primer sorpresa, lo quiméricamente romancesco de una extraordinaria aparición, era ya el tranquilo espíritu con que un verdadero crítico lee un poema, el que contemplaba á aquellas hermosas mujeres con ojos entusiastas pero prudentes. Y en tal contemplación se descubría mucho, muchas cosas tristes: la riqueza del pasado, la pobreza del presente y el orgullo que sobreviviera.

De buena gana adornaríanse aún las hijas de Trento como en tiempo del Concilio, en que por doquier brillaban en la ciudad el terciopelo y la seda; pero el Concilio dió pocos resultados, el terciopelo se chafó, la seda se grieteó, y á las pobres muchachas no les quedó más que un miserable oropel, que limpian ansiosamente durante la semana, para adornarse con él los domingos. Mas algunas tienen que arreglárselas sin este resto de un lujo que ya pasó, y tienen que recurrir á toda clase de ordinarios y baratos productos de nuestra época. Hasta se dan conmovedores contrastes entre el cuerpo y el vestido; boca elegantemente cortada como para dictar órdenes de príncipe, se ve injuriosamente protegida por un miserable

(1) Este punto está bastante alterado en la versión francesa.

sombrero de corteza, adornado con flores de papel; el más altivo seno se hincha bajo una ridícula gorguera de imitación de encaje, y el talle más gentil se envuelve en la más vulgar indiana.

¡Oh dolor, su nombre es indiana, y quizá indiana con rayas obscuras! Pero ¡ah! nada me ha impresionado nunca más dolorosamente que el ver á una tridentina cuyas formas y color del rostro le hacían asemejarse á una diosa de mármol, y que sobre su cuerpo clásico y noble llevaba un vestidillo de indiana á rayas obscuras; de modo que no parecía sino que á la marmórea Niobe le había dado de pronto la humorada de disfrazarse con nuestro moderno traje y recorrer las calles de Trento (1) cual orgullosa mendiga, enredándosele la falda á los pies de una manera grandiosa.

---

(1) La versión francesa dice: *de una ciudad del Tirol italiana.*

CAPÍTULO XVIII.

Cuando regresé á la *locanda della Grande Europa* (1), en la que había mandado preparar un buen *pranzo* (2), estaba realmente con el ánimo tan contristado, que no pude comer, lo cual quiere decir mucho. Me senté á la puerta de la *botega* (3) vecina, me refresqué con un sorbete y me dije á mí mismo:

—¡Oh corazón caprichoso! Ahora que estás en Italia, ¿por qué no entonas el *tirili?* ¿Es acaso que las antiguas penas alemanas, ocultas en tu fondo cual sierpecillas, se han venido contigo á Italia, se regocijan ahora, y precisamente su júbilo corporativo produce en el pecho este pintoresco dolor, que en él punza, salta y silba de un modo tan extraño? Y ¿por qué no han de regocijarse alguna vez los antiguos dolores? Aquí, en Italia, todo es, en efecto, tan bello, que hasta las mismas penas lo son; en estos ruinosos palacios de mármol resuenan los suspiros mucho más románticamente que en nuestras limpias casitas de ladrillo; bajo estos lau-

(1) En italiano, *Hospederia*, etc.
(2) En ídem, *una buena comida*.
(3) Mejor escrito *bottega, tienda*.

reles se puede llorar de modo más gozoso que bajo nuestros regañones y puntiagudos abetos, y puede uno languidecer más dulcemente siguiendo con enamorados ojos las ideales formas de las nubes del azul cielo italiano que contemplando el cielo alemán siempre de color gris ceniciento, en el que hasta las nubes recortan las honradas muecas de los burguesillos y bostezan aburridas desde su altura. ¡Permaneced en mi pecho, oh dolores, que en ninguna parte hallaréis mejor alojamiento! Me sois queridos y preciados, y nadie sabe manteneros y cuidaros como yo, pues os confieso que me causáis placer. Y, después de todo, ¿qué es el placer, si el placer no es más que un dolor muy agradable?

Creo que la música, que sin que me fijara en ello, sonaba ante la puerta de la *botega*, y había atraído en torno un círculo de oyentes, había acompañado melodramáticamente mi anterior monólogo.

Consistía ésta en un trío singularísimo, compuesto por dos hombres y una muchacha que tocaba el arpa. Uno de los hombres, vestido de invierno con un levitón de castor blanco, era un robusto individuo con cara de bandido redonda y colorada, que bajo su cabellera y barba negra surgía ardiente como un cometa amenazador, y entre sus piernas sostenía un disforme violón, al que frotaba tan furiosamente como si hubiera derribado en los Abruzzos á algún pobre viajero y tratase de segarle cuanto antes el cuello. El otro era un viejo alto y flaco, cuyas débiles piernas temblaban bajo un derrotadísimo traje, y cuyos cabellos blancos como la nieve contrasta-

ban dolorosamente con su canto bufo y sus extravagantes cabriolas.

¡Ya es triste que un anciano tenga necesidad de vender el respeto debido á sus años y hacerse bufón callejero; pero es más triste todavía que lo haga en presencia ó en compañía de su hija! Y aquella muchacha era hija del viejo bufo y acompañaba con el arpa las más indignas muecas de su anciano padre, ó bien dejaba á un lado el instrumento y cantaba con él un *duetto* cómico en que aquél representaba un viejo loco enamorado y ésta su amada joven y coqueta.

Añádase á esto que la muchacha parecia haber llegado apenas á la pubertad, y que seguramente se había convertido la niña en mujer antes de ser adolescente, y de fijo en una mujer nada pudorosa. De aquí la marchita palidez y el febril malestar del bello rostro, cuyas formas dotadas de altivos movimientos, apartaban al punto toda inquieta compasión; de aquí la secreta tristeza de los ojos, que brillaban provocativamente bajo sus negros arcos de triunfo; de aquí el acento profundamente doloroso de la voz, en tan desagradable contraste con los sonrientes labios de que se escapaba; de aquí lo enfermizo de aquellos delicadísimos miembros, que cubría, cuanto le era posible, cuidadosamente un corto vestidillo de seda color violeta. Cintas de satén de chillones colores ondeaban en su viejo sombrero de paja, y adornaba su pecho, harto simbólicamente, un abierto botoncillo de rosa, que más parecia haber sido abierto á la fuerza que haberse desplegado por impulso propio del interior de su verde capullo.

No obstante, en aquella infeliz muchacha, en aquella primavera, herida ya por el hálito destructor de la muerte, había un encanto indescriptible, una gracia que se revelaba en cada gesto, en cada movimiento, en cada una de sus notas; que ni aun quedaba del todo desmentido, cuando con el cuerpecillo hacia adelante y con irónica voluptuosidad, bailaba en dirección á su padre, que balanceándose de un modo indecoroso, venía hacia ella, presentando su esqueleto de vientre.

Cuanto más desvergonzadamente gesticulaba más profunda compasión hacia ella brotaba en mí, y cuando su canto se elevaba tierno y admirable de su pecho, como demandando perdón, estremecíanse de gozo las sierpecillas en mi seno y se mordían de placer la cola. También la rosa me parecía que miraba suplicante, y hasta una vez la vi temblar y palidecer; pero en el mismo momento los trinos de la muchacha resonaron tan alegres y agudos, el viejo berreó aun más amorosamente, el del rojo semblante de cometa martirizó su violón con tal cólera, que le hizo exhalar los sonidos más grotescos concebibles, y los oyentes prorrumpieron en locos gritos de júbilo.

CAPÍTULO XIX.

Era un verdadero trozo de música italiana de alguna aplaudida ópera bufa, de ese extraño género que abre el más vasto campo al humorismo, y en el que puede abandonarse este á toda su danzadora alegría, á toda su loca sensibilidad, su melancolía risueña, y sus inspiraciones de muerte sedientas de vida..... Era en un todo la manera de Rossini que se revela espléndidamente en el *Barbero de Sevilla*.

Los detractores de la música italiana que rompen lanzas contra este género, no escaparán un día en el infierno á su condigno castigo, y serán probablemente condenados por toda una eternidad á no oir otra cosa que fugas de Sebastián Bach. Lástima me dan algunos de mis colegas, tales como Rellstab, que tampoco podrá evitar dicha condenación, si antes de su muerte no se convierte á Rossini.

¡Rossini, divino maestro, sol (1) de Italia, que has difundido tus sonoros rayos por todo el mundo, perdona á mis compatriotas, que blasfeman de tí en papel de es-

(1) El original usa la palabra griega *helios*.

cribir y en papel de estraza! (1). Yo, por mi parte, me regocijo en tus aureos acordes, en tus fulgores melódicos, en tus centelleantes ensueños de mariposa que me envuelven con fantástico velo y besan mi corazón cual con los labios de las Gracias! *¡Divino maestro*, perdona á mis pobres conterraneos, que no ven tu profundidad porque la cubres con rosas, y para los que no eres bastante cargado de pensamiento, bastante fundamental, porque tan fácilmente elevas el vuelo de tus divinas alas!

Verdad es que para amar la actual música italiana, y por este mismo amor entenderla, es preciso tener á la vista el pueblo mismo, su cielo, su carácter, su fisonomía, sus dolores, sus alegrías, toda su historia, en fin, desde Rómulo, el fundador del Santo Imperio Romano, hasta los novísimos tiempos en que vino á tierra bajo Rómulo Augústulo II.

A la pobre Italia esclava le está prohibido hablar, y sólo por medio de la música puede exteriorizar los sentimientos de su corazón. Todo su odio contra la dominación extranjera, todo su entusiasmo por la libertad, toda la rabia que le inspira el sentimiento de su impotencia, la tristeza del recuerdo de su grandeza pasada, y á más de esto su débil esperanza, su expectativa, su sed de auxilio, todo esto se oculta en esas melodías, que pasan insensiblemente de la más grotesca embriaguez de vida á la ternura más elegiaca, y en esas pantomimas, en que

(1) La versión francesa dice: *en papel gris como la piel del asno.*

de las caricias halagüeñas, se pasa locamente á la ira amenazadora.

Este es el sentido esotérico de la ópera bufa. El exotérico centinela (1), en cuya presencia se cantan y representan, jamás llegará á sospechar lo que significan esas apacibles historias, esos conflictos y coqueterías de amor, bajo las cuales encubre el italiano sus más mortíferos pensamientos de independencia, como Harmodio y Aristogiton sus puñales bajo una corona de mirto.

¡Qué asunto tan necio!—dice el exotérico centinela, y es bueno que nada eche de ver, porque de otro modo, el *impressario*, juntamente con la *prima donna* y el *primo uomo*, pronto pisarían una escena que representara una prisión; serían sometidos á una comisión inquisitorial todos los gorgoritos peligrosos para el Estado y sujetos á un proceso todos los revolucionarios *fiorituri*; se pondría á buen recaudo á una porción de arlequines, complicados en las vastas ramificaciones, como haraganes peligrosos, y también detendrían á Tartaglia, á Brighella y hasta al viejo y circunspecto Pantalon; serían secuestrados los papeles al *dottore di Bologna*, él mismo vendría á ser considerado como uno de los más sospechosos, y Colombina se pondría los ojos enrojecidos de llorar esta desgracia de familia.

Pero yo creo que semejante desdicha no caerá jamás sobre estas buenas gentes, porque los demagogos ita-

(1) La versión francesa dice: *El centinela exótico y austriaco.*

lianos son más astutos que los pobres alemanes, quienes á tener la misma idea, se disfrazaran de payasos negros con negras caperuzas (1); pero siempre tendrían aspecto atribulado, y en las piruetas principales, que éllos llamaran *turns* (2) pondrían tan peligrosas posturas y semblantes tan serios, que al fin los gobiernos lo notarían y tendrían que echarlos el guante.

(1) La versión francesa dice: *caperuzas de locos teutómanos.*
(2) La versión francesa dice: *patriotismo gimnástico.*

CAPÍTULO XX.

Hubo al fin de notar la pequeña arpista que mientras ella cantaba y tocaba, dirigía yo la vista con frecuencia hacia la rosa de su seno, y al acercarme al platillo de estaño en que recogía sus honorarios, y arrojar en él una moneda (1), que no era de las más pequeñas, sonrió maliciosamente, y me preguntó en tono misterioso, si deseaba la flor.

Entonces, yo que soy el hombre mas cortés del munmundo, y que ¡por nada del mundo! quisiera ofender á una rosa, aunque ésta sea una rosa que ya ha perdido algo de su perfume, pensé:

— Si ya no está completamente fresca, ni tampoco tiene ya aroma de virtud, como acaso le tenía la rosa de Saron, ¡qué me importa, si precisamente tengo la nariz acatarrada! Además que sólo los hombres tienen tantos escrúpulos. La mariposa no pregunta previamente á la flor: ¿Te ha besado ya alguna otra? Ni ésta le contesta: ¿Has revoloteado ya en torno de otra? Añádase á esto que estaba anocheciendo, y pensé: de

(1) La versión francesa añade: *de plata.*

noche todas las flores son pardas, lo mismo la rosa más pecadora que el más virtuoso perejil. Para acabar de una vez, sin demasiadas vacilaciones, le dije á la pequeña arpista: *Si, signora.....*

No vayas á pensar mal, querido lector. Había anochecido, y las estrellas lanzaban sus claros y píos destellos en mi corazón, en el que aun se agitaba el recuerdo de la difunta María. Pensaba de nuevo en aquella noche, que me hallaba al pie del lecho en que yacían sus pálidos restos, con sus dulces labios enmudecidos. Pensaba de nuevo en la extraña mirada que me lanzó la anciana que debía velar el cadáver y me cedió su cargo por algunas horas. Pensaba de nuevo en la juliana (1) que estaba en un vaso sobre la mesa y exhalaba tan extraño perfume. Y de nuevo volvió á asaltarme esta duda: ¿fué realmente una ráfaga de viento la que apagó la lámpara, ó había en el cuarto una tercera persona?

---

(1) Viola matronal, especie de *alheli*. La versión francesa dice *hesperis*, amarillo.

CAPÍTULO XXI.

Me recogí pronto, no tardé en dormirme y me engolfé en extravagantes ensueños. Retrocedí bajo su influjo algunas horas, y volví á entrar en Trento, á admirarme como antes, y mucho más ahora que por doquiera cruzaban por las calles flores en vez de personas.

Allá pasaban lozanos claveles que voluptuosamente se abanicaban, coquetonas balsaminas, jacintos con sus lindas cabezas vacías en forma de campanillas, y en pos de ellos venía una turba de bigotudos narcisos y de vulgares espuelas de caballero. En una esquina disputaban dos margaritas. A la ventana de antigua casa de aspecto caduco se asomaba un jaspeado alhelí, engalanado con extraños colores, y tras él resonaba una voz de violeta de exquisito perfume. En el balcón del gran palacio que se hallaba en el mercado, estaba reunida toda la aristocracia, la alta nobleza, esos lirios que ni trabajan ni hilan, y no obstante, se juzgan tan magníficos como el rey Salomón en toda su grandeza.

También creí ver allí á la obesa frutera: pero cuando fijé más la atención, vi que era un ranúnculo de invierno, que al punto se desató en tales denuestos contra mí:

—« ¿Qué quiere usted, flor incipiente, pepino indigesto, flor ordinaria de un solo estambre? ¡ Todavía le voy á regar ! » (1)

Me metí inquieto y apresuradamente en la catedral y casi aplasté á una pobre viejecita coja que se hacia llevar el libro de devociones por una pequeña margarita.

Volví á encontrarme perfectamente en el templo: estaban sentados, formando largas filas, tulipanes de todos colores que movían devotamente la cabeza. En el confesonario estaba sentado un rábano negro, y ante él se arrodillaba una flor cuyo rostro no podia ver, pero exhalaba un aroma para mí tan familiar, que me hizo estremecer, y volver á pensar, de extraña manera, en el alhelí que estaba en el cuarto donde yacía el cadáver de María.

Cuando volví á salir de la iglesia me encontré con un cortejo fúnebre compuesto de rosas cubiertas de negros crespones y provistas de blancos pañuelos, y ¡ah! sobre el féretro la rosa acabada de cortar, que yo viera sobre el seno de la joven arpista; ahora tenia un aspecto más conmovedor, pero estaba pálida como la cera, era el blanco cadáver de una rosa. Depositaron el féretro en una pequeña capilla; allí no habia más que lágrimas y sollozos; por último, se adelantó una vieja amapola

(1) La versión francesa dice: *¿Qué quiere usted, cardo del Norte, pepino prusiano, flor ordinaria, flor de un solo estambre?* — En el original está, al parecer, en jerga plazuelesca: *eenen* por *einen* y *Jurke* por *Gurke*, etc.; pero no hay *cardos* ni *prusianos*.

y pronunció una larga oración fúnebre, en que charló mucho acerca de las virtudes de la difunta, de un terrestre valle de lágrimas (1), de una existencia mejor, de la caridad, de la esperanza y de la fe, todo esto en un tono de nasal canturía, un discurso tan lloron, tan largo y tan inacabable, que al fin me despertó.

---

(1) *Valle de lágrimas*, en el sentido místico de esta frase, se dice en alemán *Jammerthal;* pero Heine dice: *Katzenjammerthal*, es decir, *valle de lágrimas felinas*, de *algarabía* ó *maullería de gatos*.

CAPÍTULO XXII.

Mi *vetturino* (1) había enganchado sus caballos antes que Febo (2), y á eso de mediodía llegamos á Ala. Aquí suelen estos conductores hacer una parada de una hora para cambiar de carruaje.

Ala es ya un verdadero nido italiano. Su posición es pintoresca, á la falda de un monte; un río pasa murmurando, vides de un verde claro trepan acá y allá por encima de aquellos palacios de mendigos que topetean entre sí, como si estuvieran cosidos unos á otros. En la esquina de la destartalada plaza, que es tan pequeña como un corral de gallinas, se lee en grandísimas, en gigantescas letras: *Piazza di San Marco.*

Sobre un trozo de piedra de un grande y antiguo blasón nobiliario estaba un chiquillo haciendo sus necesidades. El espléndido sol iluminaba su inocente parte posterior; en sus manos tenía una hoja de papel con la imagen de un santo, la que besaba fervoroso antes de

(1) Francés *voiturin*, conductor de un carruaje, cochero, calesero, etc.

(2) El original dice: *Helios.*

usarla, y al lado suyo estaba una hermosísima niña, absorta en su contemplación, que de cuando en cuando soplaba, á guisa de acompañamiento, en una gaitilla de juguete.

La hostería en que me apeé y donde comí estaba ya igualmente montada á la italiana. En el piso principal tenía una *strada* al aire libre con vistas al patio, donde se veían carruajes destrozados y montones de estiércol en descomposición (1), pavos comunes con sus desairadas y carnosas barbas rojas, pavos reales que se paseaban cual orgullosos mendigos, y una media docena de andrajosos muchachos, tostados por el sol, que se despulgaban con arreglo al método de Bell y Lancaster. Sobre dicha *estrada*, á lo largo de una destrozada rampa de hierro, se llegaba á una extensa habitación cubierta. Su pavimento era de mármol, en el centro había un extenso lecho, en el que las pulgas celebraban sus bodas; por doquiera la suciedad más extraordinaria.

El hostelero, que saltaba de acá para allá, con objeto de comunicar mis deseos, vestía un sobretodo de color verde, á primera vista, y un rugoso y móvil semblante, en el centro del cual se asentaba una larga nariz acaballada, provista de una cerdosa y roja berruga, semejante á una mona con casaca colorada puesta sobre el dorso de un camello. Saltaba de acá para allá, y entonces parecía que la monita roja saltaba también de un lado para otro. Pero pasó una hora antes de que me sirviese

(1) *Sehnsüchtige.*

cosa alguna, y como me quejara de ello, me aseguró que hablaba ya muy bien en italiano.

Tuve que contentarme durante largo tiempo con el agradable olor del asado que llegaba hasta mí desde la cocina sin puerta, en que madre é hija, sentadas una al lado de otra, cantaban y desplumaban gallinas.

La primera era notablemente corpulenta; sus pechos, que se encabritaban de un modo extraordinario, no eran nada en comparación con el colosal juego posterior (1), de modo que si ya aquéllos se parecian á la *Instituta*, éste era como su vasto desenvolvimiento en *Pandectas*.

La hija no era muy gruesa, pero sí una persona de robusta conformación, y parecía tender también á la corpulencia; aunque su florida grasa no podía compararse en modo alguno con el viejo sebo de la madre. Los rasgos de su fisonomía no tenían la dulzura y el atractivo de la juventud, pero eran de hermosas proporciones, nobles y clásicas; los cabellos y los ojos eran negros como el carbón. La madre, al contrario, presentaba en su rostro rasgos inconsistentes, indecisos, una nariz roseolada, ojos azules, como violetas cocidas en leche, y cabellos empolvados de un blanco de azucena.

De cuando en cuando venía el hostelero, *il signor padre*, dando saltitos, y preguntaba por algún utensilio ó algún plato, recibiendo una tranquila invitación en forma recitativa para que él mismo lo buscara. Entonces chasqueaba la lengua, revolvía los armarios, goloseaba las

(1) *Hintergestell.*

ollas puestas al fuego, se escaldaba el hocico, y continuaba saltando y con él su nariz de camello y la monita roja. Apenas volvía la espalda estallaban las más alegres risas, burlas cariñosas, bromas de familia.

Pero este buen humor, esta hospitalidad casi idílica fue repentinamente turbada por un trueno de tempestad. Un granujilla cuadrado y de encendido rostro de asesino, entró precipitadamente, y gritó algo que no pude entender. Cuando las dos mujeres movieron la cabeza en significación de negativa, montó en cólera rayana en la locura y vomitó fuego y lava, como un pequeño Vesubio que se subleva. La hostelera parecía aconsejar con inquietud y murmuraba palabras conciliadoras, que no obstante produjeron efecto contrario, pues el muchacho rabioso asió una paleta de hierro y destrozó con ella algunos desventurados platos y botellas, y hasta golpeara á la pobre mujer, si la hija no hubiera empuñado un largo cuchillo de cocina y amenazado apuñalarle si no se retiraba al momento.

¡Era un espectáculo magnífico! La joven estaba en pie, pálida, amarillenta, rígida de cólera, como una estátua de mármol, con los labios descoloridos, y los ojos de mirar profundo y matador; una vena azul hinchada surcaba su frente, sus negros cabellos parecían sierpes ondulantes, y su mano apretaba el sangriento cuchillo! (1) Yo me estremecía de placer; veía ante mí de

(1) Este punto está falto en la versión francesa, que no traduce al principio más que: *La joven estaba en pie, inmóvil como*

carne y hueso el tipo de Medea, que con frecuencia soñara en las noches de mi juventud, cuando me adormía sobre el amado seno de Melpómene, bella y sombría divinidad.

Durante esta escena, el *signor padre* no salió en lo más mínimo de su paso; con hacendosa tranquilidad de espíritu, recogió del suelo los fragmentos, reunió los platos que habían quedado con vida, y me trajo al instante: *zuppa* con queso parmesano, un asado sólido y firme como la fidelidad alemana, cangrejos rojos como el amor, espinacas verdes como la esperanza, con huevos, y, por vía de postre, cebollas estofadas que arrancaron á mis ojos lágrimas de emoción.

—Eso no significa nada, es el método habitual de *Pietro*—díjome cuando yo admirado le hice seña en dirección á la cocina; y en efecto, en cuanto se alejó el autor de la camorra, no pareció sino que nada hubiera sucedido, madre é hija volvieron á sentarse tan tranquilas como antes, y siguieron cantando y desplumando gallinas.

La cuenta me convenció de que también el *signor padre* se daba buena maña para desplumar, y como, no obstante, después de pagarle, añadiera algo en concepto de propina (1), estornudó con tal fuerza, en el exceso de su satisfacción, que no sé cómo la monilla no cayó precipitada de su asiento.

Después hice un saludo amistoso en dirección á la co-

una estatua de mármol, suprimiendo *blasgelb und vor Zorn erstarrend*, que da color al cuadro.

(1) *Für die gute Hand* (por la buena mano).

cina, que me le devolvió también en la misma forma, é inmediatamente monté en el nuevo carruaje, que avanzó con rapidez por las llanuras lombardas, y por la tarde llegué á la antiquísima y famosa ciudad de Verona.

CAPÍTULO XXIII.

Esa impresión múltiple de los espectáculos nuevos, sólo me subyugó en Trento, á la hora del crepúsculo, llena de presentimientos como las medrosa consejas; pero en Verona se apoderó de mí cual tenaz y febril pesadilla sembrada de ardientes coloraciones, formas duramente recortadas, fantásticos sones de trompetería y lejano estruendo de armas.

Había allí desmoronado palacio que con tanta fijeza me miraba cual si quisiera confiarme algún antiguo secreto, y sólo se detenía ante la molesta muchedumbre de gentes que circula durante el día, rogándome que volviera á su lado á favor de las sombras de la noche. No obstante, á pesar del ruido de la gente y del implacable sol que derramaba su rojiza luz, de trecho en trecho alguna obscura torre me deslizaba una significativa frase, comprendía acá y allá los cuchicheos de las mutiladas estatuas, y hasta al subir una escalerilla que conducía á la *Piazza dei Signori*, las piedras me contaron una terrible y sangrienta historia y leí en la esquina (1) estas palabras: *Scala Ammazzati.*

(1) La versión francesa añade: *de una callejuela.*

Verona, la antiquísima y famosa ciudad, asentada en las dos orillas del *Adigio*, continuaba siendo, por decirlo así, la primera mansión de los emigrantes pueblos, que abandonando sus frios bosques del Norte, treparon á los Alpes para gozar de la dorada luz del sol de la amorosa Italia. Algunos descendieron más allá; otros se hallaron bastante bien en este sitio y se establecieron en él cómodamente, se vistieron ligeros trajes de seda y pasaron una vida pacífica entre flores y cipreses, hasta que nuevos emigrantes, envueltos aún en sus frías y férreas vestiduras vinieron del Norte y les hicieron abandonarle; historia con frecuencia repetida y que los historiadores llaman la emigración de los pueblos (1).

Cuando, aun ahora, se recorre el recinto de Verona, se encuentran por doquiera las singulares huellas de aquellos días, como también las de las más antiguas y modernas épocas. A la romana pertenecen especialmente el anfiteatro y el arco de triunfo; á la de Theodorico, el Dietrich de Berna, que los alemanes aún rimamos y cantamos, y recuerdan los fabulosos restos de muchos edificios bizantinos y pregóticos (2); vastas ruinas (3) nos recuerdan al rey Alboin y á sus furiosos longobardos; legendarios monumentos representan á Carlo Magno, cuyos paladines se ven cincelados en las puertas de la catedral, francos tan rudos como seguramente lo fueron

(1) La versión francesa dice: *de los Bárbaros.*
(2) Esta palabra falta en la versión francesa.
(3) Para traducir el adjetivo *toll* (loco, vasto) dice la versión francesa: *audaces y casi frenéticas.*

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE TERUEL

en vida. Le parece á uno la ciudad una inmensa hostería de pueblos, pues como en estos establecimientos suele escribir cada uno su nombre en paredes y ventanas, cada pueblo ha dejado aquí las huellas de su paso, no con frecuencia, es verdad, en escritura legible, porque muchas de las tribus germánicas no sabían aún escribir, y tenían que valerse de la destrucción para dejar algún recuerdo, lo cual era suficiente, pues estas ruinas hablan con más claridad que los elegantes caracteres. Y los bárbaros que ahora habitan la antigua hostería, no se han de quedar cortos en dejar tales monumentos que atestigüen su amable presencia, puesto que carecen de escultores y poetas que puedan eternizarlos en la memoria de los hombres por más dulces medios.

No estuve más que un día en Verona, y éste en una continua admiración de cosas nunca vistas, ya extático ante arqueológicos edificios, ya ante las personas que con misteriosa precipitación hormigueaban entre ellos, y finalmente, ante aquel cielo de un azul divino, que cual precioso marco cerraba aquel extraño conjunto; elevándole, por decirlo así, á la categoría de cuadro. Pero es cosa singular esto de formar uno mismo parte del cuadro que contempla, y ver que acá y allá le sonríen á uno sus figuras, hasta las de mujer, tan cariñosamente, como me ocurría en la *Piazza delle Erbe*.

Es ésta el mercado de legumbres, y en él se veían multitud de talles encantadores de mujeres y muchachas, con rostros iluminados por grandes ojos lánguidos, cuerpos dulces de habitar, de una amarillez atractiva, senci-

llamente desaseados, creados más bien para la noche que para el día.

Los velos blancos ó negros que las mujeres de la ciudad prendían á su cabeza, iban tan hábilmente adaptados en torno de su seno, que, en vez de ocultarlas, ponían de manifiesto sus bellas formas. Las criadas llevaban un moño atravesado por una ó varias flechas de oro, ó también por un agujón de plata con cabeza de bellota, y las campesinas, en su mayor parte, sombreritos de paja, en forma de platos, con coquetonas plumas é inclinados á un lado de la cabeza. El traje de los hombres se apartaba menos del nuestro, y sólo las disformes patillas negras, que cual un ramillete salían de la corbata, aquí, donde por vez primera reparé en esta moda, me parecían algo chocantes.

Pero, observando con más atención á estas gentes, tanto hombres como mujeres, se descubría en sus semblantes y en todo su ser el rastro de una civilización que difiere tanto de la nuestra, como que no procede de la barbarie medioeval, sino que se deriva de la época romana, nunca aniquilada por completo, y sólo modificada con arreglo al carácter de los dominadores sucesivos del país.

La civilización no tiene entre estos hombres ningún nuevo pulimento tan notable como entre nosotros, donde los troncos de encina están cepillados de ayer mañana, y todo huele aún al barniz. Le parèce á uno que esta muchedumbre de la *Piazza delle Erbe* sólo ha cambiado en el transcurso de los tiempos, y esto muy lentamente,

de traje y modo de hablar, pero que el fondo de su cultura ha variado poco. Mas, si los edificios que rodean esta plaza no podían tan fácilmente hallarse en estado de progresar con el tiempo, no por eso parecen menos agradables y su aspecto conmueve el ánimo de extraña manera.

Allí se ven elevados palacios de estilo lombardo-veneto, con innumerables balcones y rientes pinturas al fresco; en el centro se eleva una solitaria y monumental columna, una fuente con su surtidor y una santa de piedra; aquí se ve el palacio del *podestà*, ridiculamente embadurnado á rayas rojas y blancas, que se eleva tras una poderosa puerta decorada con columnas; allá se divisa un viejo campanario cuadrado, en cuya parte superior las manecillas y la esfera del reloj están medio destrozadas, de modo que no parece sino que el tiempo haya querido aniquilarse á sí propio. En toda la plaza existe el mismo romántico encanto que tan agradablemente se respira en los fantásticos poemas de Ludovico Ariosto ó de Ludovico Tieck.

Cerca de esta plaza hay una casa, que, por ostentar un sombrero esculpido en lo alto de la puerta interior, se la tiene por el palacio de los *Capuletti* y es hoy una sucia taberna de cocheros y gente de tralla, ante la cual pende, á guisa de muestra, un herrumbroso y agujereado sombrero de hoja de lata. No lejos, en una iglesia, se enseña todavía la capilla en que, según la tradición, fué enlazada la infeliz pareja (1). Un poeta gusta de

(1) Julieta y Romeo.

visitar tales lugares, aunque él mismo se ría de la credulidad de su corazón, y yo encontré en esta capilla á una mujer solitaria (1), un ser cuya palidez entristecía, que después de haber estado largo tiempo arrodillada y en oración, se levantó suspirando, me miró extrañada, con sus tranquilos y enfermizos ojos, y por fin, se alejó vacilante, cual si sus miembros estuviesen quebrantados.

También los monumentos fúnebres de los Scaligeros están cerca de la *Piazza delle Erbe*, y son extraordinariamente pomposos, como lo fuera esta misma orgullosa familia. Lástima es que estén situados en un estrecho rincón, donde, por decirlo así, tienen que empujarse uno á otro, para ocupar el menor espacio posible, sin que quede al espectador mucho sitio para poderlos contemplar á su gusto. No parece sino que se ha querido aquí representar la aparición histórica de esta raza, que igualmente sólo llena un pequeño rincón en la historia general de Italia; pero este rincón está completamente lleno de brillantes hechos, pensamientos pomposos y soberana arrogancia. Como en la historia, se les ve en sus monumentos, altivos y férreos caballeros sobre férreos corceles, dominando sobre todos *Can-Grande*, el tio, y *Mastino*, el sobrino.

(1) La versión francesa añade: *pobre y raquítica criatura*

CAPÍTULO XXIV.

Muchos han hablado del anfiteatro de Verona; hay allí bastante lugar para consideraciones, y no hay consideraciones que no puedan encerrarse en el círculo de este famoso edificio.

Está en su totalidad construído en ese estilo seriamente positivo, cuya belleza consiste en la perfecta solidez, y, como todos los edificios públicos de los romanos, revela un espíritu que no es otro que el de la misma Roma.

¿Y Roma? ¿Quién es tan saludablemente ignorante, que sólo al nombrarla no se le estremezca secretamente el corazón, ó que al menos un tradicional temor no sacuda las fuerzas de su pensamiento? Por lo que á mí toca, confieso que mi emoción contenía más inquietud que regocijo, al pensar en que pronto hollaría el suelo de la antigua Roma.

La antigua Roma ha muerto ya—le decía por lo bajo á mi alma atribulada—y tienes el placer de contemplar sin peligro su hermoso cadáver. Y entonces me asaltaba un pensamiento digno de Falstaff: —Pero ¿y si no hubiera muerto del todo, si solamente lo hubiera

fingido y se levantara otra vez de repente? ¡Sería una cosa horrible!

Cuando visité el anfiteatro, precisamente se representaban comedias en él. Se había erigido en su centro un pequeño cajón de madera, en el cual se desarrollaba una farsa italiana, y los espectadores se sentaban, parte en sillas pequeñas y parte en los elevados bancos de piedra del antiguo anfiteatro. En éstos me senté yo y vi los desplantes de Brighella y de Tartaglia desde el mismo sitio en que un día se sentaron los romanos á ver los combates de sus gladiadores y sus fieras.

El cielo que se extendía sobre mí, cual bóveda de azulado cristal, era aún el mismo de entonces. Anochecía poco á poco, y las estrellas empezaban á brillar. Truffaldino reía, Smeraldina se lamentaba; por fin, llegó Pantalon y enlazó sus manos. El pueblo aplaudió y salió de allí gozoso. Todo el juego no había costado una gota de sangre; pero no era más que un juego. Los juegos de los romanos, al contrario, no tenían nada de juego, pues aquellos hombres no podían jamás regocijarse con meras apariencias, les faltaba para ello la jovialidad de alma del niño, y, siendo tan serios como eran, se mostraba en sus juegos la seriedad más efectiva, la más sangrienta. No eran ningunos grandes hombres, pero, gracias á su posición, eran más grandes que los restantes hijos de la tierra, pues se hallaban sobre Roma; pero así que bajaban de las siete colinas eran pequeños.

De aquí la pequeñez que descubrimos allí donde se

manifiesta su vida privada; y Herculano y Pompeya, esos palimpsestos naturales, cuyos antiguos textos de piedra son ahora desenterrados, muestran al viajero la vida privada romana en pequeña casita de es trechas habitaciones, que tan notablemente contrasta con aquellos edificios colosales que manifiestan la vida pública, con aquellos teatros, acueductos, fuentes, vías y puentes, cuyas ruinas aun hoy nos dejan estupefactos.

Pero lo mismo ocurre por doquiera: como el griego es grande por la idea del arte, y el hebreo por la idea de un Dios santísimo, así los romanos son grandes por la idea de su eterna Roma, grandes por doquiera donde bajo la inspiración de esta idea pelearon, escribieron ó edificaron. Cuanto más grande se hizo Roma, tanto más se agrandó esta idea, el individuo se perdió en ella, los grandes, que aun sobresalen, sólo lo han conseguido mediante esta idea, y ella hace aún mas notable la pequeñez de los pequeños.

Por esta razón han sido al mismo tiempo los romanos los más grandes héroes y los más grandes satíricos; héroes cuando obraban pensando en Roma; satíricos, cuando pensaban en Roma al juzgar los actos de sus contemporáneos, pues medida con tan monstruoso patrón como la idea de Roma, aun la más saliente individualidad tenía que parecer raquítica y tenía que ser presa de la satírica vena. Tácito es el más cruel maestro en este género de sátira, precisamente porque sentía del modo más profundo la grandeza de Roma y la pequeñez de los hombres; se halla en su elemento cuando tiene que

dar cuenta de lo que las maliciosas lenguas dicen en el *forum* sobre algún escándalo imperial; está en el ápice de su felicidad colérica, cuando tiene que contar alguna senatorial censura, alguna adulación fallida.

Largo tiempo estuve aún paseando sobre los altos asientos del anfiteatro, con el pensamiento vuelto á lo que fué; y como todos los edificios revelan más claramente á la luz del crepúsculo el espíritu que los habita, así aquellos muros me refirieron las más profundas cosas en su incompleto y lapidario estilo (1). Me hablaron de los hombres de la Roma antigua, y me pareció verlos á ellos mismos vagar como blancas sombras á mis pies por el obscuro circo.

Me parecía ver á los Graccos con sus inspirados ojos de mártires: Tiberio Sempronio — exclamé — ¡yo votaría contigo en pro de la ley agraria! También vi á César que paseaba del brazo de Marco Bruto. — ¿Os habéis reconciliado! — exclamé. — Ambos creíamos tener razón — me replicó César, sonriendo. — Yo no sabía que aun quedaba un romano, y me creí, por tanto, autorizado á meterme á Roma en el bolsillo, y porque el romano era mi hijo Marco, se creyó autorizado á su vez á quitarme la vida.

Detrás de ambos se deslizó Tiberio Nerón con sus piernas vaporosas y sus indecisos gestos. También vi

(1) La versión francesa dice: *sus fragmentos de estilo lapidario;* pero en el original no hay un sustantivo *Fragmente*, sino el adjetivo *fragmentarisch.*

errar por allí algunas mujeres, entre ellas Agrippina, con su bello é imperioso semblante, que tenía un aspecto maravillosamente conmovedor, como una antigua estatua de mármol, en cuyos rasgos el dolor se ha petrificado. ¿A quién buscas tú, hija de Germánico? Hasta la oí quejarse..... Pero entonces de pronto sonaron las lúgubres campanadas del toque de oraciones y el redoble fatal de la retreta (1). Desvaneciéronse los altivos espíritus romanos, y me encontré nuevamente de lleno en el presente cristiano y austriaco (2).

---

(1) La versión francesa dice el *estúpido redoble*. Es curiosa la palabra con que en alemán se designa la retreta. *Zapfenstreichs*, de *zapfen, sacar vino por la espita*, y *streichen*, vulgarmente *largarse, marcharse, dejar de*. De modo que es como si dijéramos el toque de *¡no más vino!*

(2) La versión francesa dice: *católico*, *apostólico* y *austriaco*.

CAPÍTULO XXV.

Así que anochece, la gente elegante de Verona comienza su paseo por la plaza *La Bra*, ó bien toma asiento en diminutas sillas ante los cafés portátiles (1), y saborea el sorbete, el fresco de la noche y la música. Da gusto sentarse allí, el corazón se aduerme bajo la influencia de los dulces acordes que en él despiertan un eco. A veces, cuando está adormecido, al sonar los instrumentos de metal, se exalta, y canta con la orquesta toda; entonces despierta el espíritu cual herido por un rayo de sol, se entreabren los sentimientos como grandes flores, y los recuerdos, cual negros y profundos ojos y cual errantes nubes, cruzan por encima los altivos, lentos y eternos pensamientos.

Estuve paseando hasta muy tarde, hasta eso de media noche, por las calles de Verona, que poco á poco se iban quedando solitarias y devolvían extraños ecos. A la vaga luz de la luna se evaporaban los edificios y las

(1) La versión francesa dice: *cafés*, solamente: pero esta traducción exigiría que en el texto se empleara la palabra *Kaffe haus* (casa-café), y la que se emplea es, *Kaffebude* (puesto portátil de café).

estatuas, y más de un marmóreo semblante me miró pálido y doloroso. Crucé apresuradamente por delante de las tumbas de los Scalígeros, y me pareció que *Can-Grande*, amable, como siempre lo fué con los poetas, quería descender de su corcel y servirme de guía. — No te apees — le dije — no te necesito; mi corazón es el mejor *cicerone*, me cuenta por doquiera los sucesos que en estos edificios han ocurrido, y hasta me refiere con bastante fidelidad los nombres y las fechas.

Al llegar al arco de triunfo romano, un monje negro cruzó como una sombra, y á poco resonó un regañón— ¿Quién va?— en alemán. — ¡Amigo!—sollozó una deliciosa voz de tiple (1).

Pero, ¿á qué mujer pertenecía la voz que penetró en mi alma de un modo tan dulce y misterioso, al subir la *Scala Ammazzati?* Era un canto como el que brotaría del pecho de un moribundo ruiseñor, dolorosamente tierno, que repitió el eco sobre los edificios de piedra como si pidiera auxilio. En este lugar asesinó *Antonio della Scala* á su hermano *Bartolomeo*, precisamente cuando éste se dirigía á casa de su amor. Mi corazón me decía que ella seguía aún sentada en su cámara, esperando á su amado, y que cantaba no más que por ahogar su inquieto presentimiento. Mas pronto me pa-

(1) La versión francesa deja la pregunta en alemán: *Wer da?* y pone la contestación en italiano: *Amico!* Como en el original, pregunta y respuesta (*Gut Freund!*) están en el idioma del texto, las traduzco. Además, dicha versión emplea con poco acierto el adjetivo *joyeux*, para calificar la voz.

recieron canción y voz harto conocidas; yo había oído antes aquellos sonidos sedosos, temblorosos, que vertían sangre; me enlazaron como tiernos y vehementes recuerdos y....—¡oh necio corazón!—me dije, ¿no conoces ya la canción del rey moro enfermo, que la difunta María cantaba con frecuencia? Y la voz misma..... ¿No conoces ya la voz de la difunta María?

Aquellas notas prolongadas me siguieron por todas las calles, hasta la hostería de las *Due Torre*, hasta el dormitorio, hasta en sueños..... Y allí volví á ver á mi dulce y amada muerta, bella é inmóvil; la anciana que la velaba alejábase de nuevo, mirándome enigmáticamente de través, la juliana exhalaba su aroma, yo besaba de nuevo los amados labios, y el amoroso cadáver se levantaba lentamente para devolverme el beso.

¡Si al menos supiera quién apagó la luz!

CAPÍTULO XXVI.

«¿Viste el país donde el limón florece?» (1)

¿Conoces la canción? Toda Italia está en ella retratada, mas con los suspirantes colores del deseo. Pero Goethe la ha cantado más circunstanciadamente en su *Viaje á Italia*, y como cuando pinta tiene siempre ante sus ojos el original, puede uno fiarse por completo de la fidelidad del contorno y del colorido. Me parece lo más cómodo remitir al lector de una vez para siempre al *Viaje á Italia*, de Goethe, con tanto más motivo, cuanto que el hizo el mismo viaje hasta Verona, pasando por el Tirol.

Ya he hablado en otra ocasión de este libro (2), antes de serme conocida la materia que trata, y ahora veo completamente confirmado mi presentido juicio. Veo por todas partes en él hechos arrancados al mundo real y la tranquilidad de la Naturaleza. Goethe la presenta el espejo, ó mejor dicho, él mismo es el espejo de la Naturaleza. Esta quiso saber qué aspecto tenía, y creó á Goethe, que hasta ha logrado reflejarnos sus pensamien-

(1) Canto de Mignón, en el *Wilhelm Meister*, de Goethe, novela, de donde está tomado el asunto de la ópera *Mignon*, de A. Thomas.

(2) Tomo I de los *Cuadros de viaje*, pág. 138.

tos é intenciones, y no es cosa de reprochar á un entusiasta del poeta, y mucho menos en los días caniculares, que admire tanto la identidad de la imagen y el objeto mismo, que llegue á conceder al espejo una fuerza creadora, el poder de crear objetos semejantes.

Cierto Sr. Eckermann escribió un libro sobre Goethe en el que afirma con toda seriedad : Si Dios, al ocuparse en la creación del mundo, hubiera dicho á Goethe: «Amado Goethe, esto ya está listo, gracias á Dios; ya lo he creado todo menos las aves y los árboles, y me harías un favor, si quisieras crear por mí estas bagatelas.» Goethe hubiera creado, tan bien como Dios, estos animales y plantas, completamente dentro del espíritu de la creación, esto es, dichos animales con pluma y los árboles con verdor.

Hay verdad en estas palabras, y yo hasta soy de opinión de que Goethe hubiera desempeñado el encargo mejor que el mismo Dios, en algún detalle, que, por ejemplo, hubiera creado, con mejor acuerdo, al señor Eckermann con plumas y verdura. Es verdaderamente un defecto de la creación, que no crecieran sobre la cabeza de dicho señor unas plumas verdes, y Goethe procuró por lo mismo remediar esta falta, y escribió á Jena pidiendo para él un bonete de doctor y se lo puso por su propia mano (1).

Después del *Viaje á Italia*, de Goethe, merecen recomendarse: la *Italia*, de Mad. de Morgan y la *Corinna*,

(1) Aquí termina el capitulo en la versión francesa.

de Mad. Staël. Lo que faltó en talento á estas señoras, para no aparecer insignificantes al lado de Goethe, lo suplieron con pensamientos viriles que á él le faltan. Pues Mad. de Morgan habló como un hombre, dijo sapos y culebras contra desvergonzados mercenarios, y fueron animosos y dulces los trinos de este alado ruiseñor de la libertad. Asimismo, como todos saben, fué Mad. Staël una amable vivandera del ejército liberal, y corrió animosa por entre las filas de los combatientes con su barrilillo de entusiasmo, dió fuerzas á los fatigados, y peleó con ellos, mejor que los mejores.

Tiempo hace ya que W. Müller dió en el *Hermes* una sinopsis de todo lo referente á descripciones de viaje de Italia, y su número es inacabable. Entre los antiguos escritores alemanes se han distinguido en primer término en este punto, por su ingenio y propiedad: Moritz, Archenholz, Bartels, el bravo Seume, Arndt, Meyer, Benkowitz y Rehfues. De los modernos conozco menos, y muy pocas de sus obras me han procurado recreo y enseñanza. Entre éstas citaré: *Roma, romanos y romanas*, del malogrado W. Müller, que era ¡ay! un poeta alemán; el *Viaje de Kephalides*, que es un bocado seco; más tarde *Las hojas cisalpinas*, algo fluidas, y por fin, los *Viajes á Italia desde* 1822, de Federico Thiersch, Lud. Schorn, Eduard, Gerhardt y Leo de Klenze; de esta obra había ya aparecido una parte, y contenía la mayoría de las comunicaciones de mi querido y noble Thiersch, cuyos ojos humanos se dejaban ver en cada línea.

CAPÍTULO XXVII.

«¿Viste el país donde el limón florece,
La naranja en la fronda se enrojece,
Un áura suave el cielo azul envía,
El mirto humilde y el laurel se cría?
¿Sabes cuál es?
¡Allí, allí!
Verme quisiera, amado, junto á ti.» (1)

..... Pero no viajes á primeros de Agosto, época en que de día le asa á uno el sol y por la noche le devoran las pulgas. Además te aconsejo, querido lector, que no vayas en diligencia de Verona á Milán (2).

---

(1) La versión francesa traduce estos versos de Goethe libérrimamente, algo más en verso que otros anteriores, si bien aun no tienen más que intención de estar metrificados y rimados. Nuestra traducción es trasunto fiel en cuanto al metro y orden de las rimas, y en cuanto á las palabras, para ser idéntica al original, sólo le faltan tres adjetivos; dos en el 2.º verso *áurea* (naranja) y *obscura* (fronda), y uno en el 4.º *alto* (laurel) que no pueden entrar en los endecasílabos castellanos, cuyas palabras son más largas que las de los correspondientes alemanes:

2.º Im *dunkeln* Laub die *Gold* orangen glühn,
4.º Die Myrte still und *hoch* der Lorber steht.

Los cuatro versos restantes son idénticos á los del original. Véase la 1.ª nota al pie del principio del capítulo anterior.

(2) Los alemanes escriben Milán, *Mailand*, convirtiendo así al antiguo *Mediolanum* en *país de Mayo* (*Mai-land*).

Partí en compañía de seis bandidos, en un pesado carruaje, que, á causa del densísimo polvo, hubo que cerrarle cuidadosamente por todos lados, de modo que poco pude observar acerca de la belleza del país. Sólo dos veces antes de llegar á Brescia levantó mi vecino la cortinilla lateral de cuero para escupir al exterior. La primera vez no vi más que algunos sudorosos abetos que en su verde traje de invierno parecían sufrir mucho á causa del sofocante calor del sol; la otra vi un trozo de lago de un azul maravilloso, en el que se miraban, como en un espejo, el sol y un granadero flaco. Este último, especie de Narciso de Austria, admiraba con infantil alegría, cómo su imagen le copiaba fielmente en todo, cuando presentaba el arma, se la echaba al hombro ó se disponía á hacer fuego.

Aun de la misma Brescia tengo poco que contar, pues aproveché el tiempo que permanecí en ella para tomar un buen *pranzo;* creo que no se pueda vituperar á un pobre viajero que acalle el hambre del cuerpo antes que la del espíritu. No obstante, antes de volver á subir al carruaje, tuve la suficiente conciencia de pedir á la *cameriere* algunas noticias acerca de Brescia, y de este modo supe, entre otras cosas, que la ciudad tiene cuarenta mil habitantes, una casa consistorial, veintiún cafés, veinte iglesias católicas, una casa de locos, una sinagoga, una casa de fieras, un correccional, un hospital, un teatro tan bueno como él, y una horca para los ladrones que roban menos de cien mil *thalers.*

A eso de media noche llegué á Milán y me apeé en

casa del Sr. Reichmann, un germano cuya fonda estaba completamente montada á la alemana. Me dijeron algunos conocidos que volví á encontrar allí, que era la mejor hospedería de toda Italia y hablaron bastante mal de los hosteleros italianos y de las pulgas. No oí allí más que enfadosas anécdotas de fullerías itálicas, y especialmente Sir William juró y perjuró que si Europa era la cabeza del mundo, Italia era el órgano del latrocinio de esta cabeza.

El pobre *baronet* había tenido que pagar en la *Locanda croce bianco* de Padua, nada menos que doce francos, por un mezquino almuerzo, y en *Vicenza* hubo quien le exigió una propina por levantarle un pañuelo que se le cayó al subir al carruaje. Su primo Tom decía: «Todos los italianos son ladrones, salvo únicamente que no roban.» Si hubiera mirado amorosamente, habría hecho también la observación de que todas las italianas son ladronas (1).

El tercero de la gavilla era un *mister* Liver, á quien había yo dejado en Brighton como un ternero y volvía á encontrarle en Milán como un *beuf à la mode*. Estaba vestido completamente como un *dandy*, y nunca he visto un hombre que se diera mejor traza para hacer ángulos con toda su persona. Si enganchaba los pulgares en las aberturas de brazo de su chaleco, formaba ángulo con el cuerpo y con cada uno de los dedos; hasta

(1) Los tres puntos precedentes, desde *y de las pulgas*, faltan en la versión francesa.

su boca se abría en forma cuadrangular. Añádase á esto una cabeza cuadrada, estrecha en su parte posterior, y por arriba terminada en punta, reducida de frente y muy larga de la barba. También se hallaba entre los ingleses conocidos, que volví á ver en Milán, la gruesa tía de Liver, que había descendido de los Alpes como un alud de grasa, en compañía de *miss Polly* y *miss Molly*, dos onocrótalos (1) tan blancos y fríos como la nieve.

No me acuses, querido lector, de anglomanía, si hablo con gran frecuencia de ingleses en este libro; son ahora en Italia harto numerosos para dejar de reparar en ellos, pues atraviesan el país completamente en enjambres, acampan en todas las hospederías, circulan por doquiera para verlo todo, y ni aun se puede pensar en un limonero italiano sin una inglesa que le huela, ni en una galería sin unos sesenta ingleses, que, con su guía en la mano, la recorran y examinen si aun existe todo cuanto en el libro se indica como notable.

Cuando se ve á ese pueblo rubio, de rubicundas mejillas, con sus brillantes coches, abigarrados lacayos, sus relinchadores caballos de carrera, sus señoritas de compañía con sus velos verdes y demás costosos trebejos, pasar los Alpes curioso y engalanado y atravesar la Italia, se cree ver una elegante invasión de bárbaros. Y, en efecto, el hijo de Albión, á pesar de vestir ropa blanca y pagarlo todo al contado, es todavía un bárbaro civilizado en comparación con el italiano, que

(1) Aves parecidas al cisne.

revela más bien una civilización que tiende á la barbarie.

Aquél muestra en sus costumbres una grosería reprimida, éste una finura exagerada (1), y hasta los pálidos semblantes italianos, los ojos de mirada triste, los labios de una ternura enfermiza, ¡qué inexplicable distinción tienen frente á esos rígidos semblantes británicos rebosando salud en su vulgar rubicundez! Todo el pueblo italiano padece una enfermedad interna, y los hombres enfermos son siempre verdaderamente más distinguidos que los sanos; pues sólo el hombre enfermo es hombre, sus miembros revelan una historia de dolores, están saturados de espíritu. Yo hasta creo que á fuerza de luchar con el sufrimiento pueden los animales convertirse en hombres; vi una vez á un perro moribundo que en su agonía me dirigió una mirada casi humana.

La expresión de dolor en el semblante se hace en extremo visible en los italianos, cuando se habla con ellos de la desventura de su patria, y en Milán no faltan ocasiones de hacerlo. Esta es la herida más dolorosa del pecho italiano, y se estremecen por completo en cuanto se la toca por dulcemente que sea. Agitan entonces los hombros de una manera que inspira singular compasión.

Uno de mis ingleses consideraba á los italianos como indiferentes en política, porque parecían escucharnos sin interés alguno, cuando, como extranjeros, politiqueába-

(1) La versión francesa dice: *Aquél muestra en sus hábitos una grosería contenida, barnizada; éste manifiesta una delicadeza adulterada, casi fétida por exuberancia.*

mos sobre la emancipación católica (1) y la guerra de Turquía; y fué suficientemente injusto para decirlo en tono burlón en presencia de un pálido italiano de barba negra como la pez.

La noche anterior habíamos asistido á la representación de una ópera nueva en la *Scala* y oído el estruendo (2) que en tales casos se promueve habitualmente.—Vosotros los italianos—dijo el inglés al pálido—parecéis haber muerto para todo, excepto para la música, y sólo ésta logra reanimaros.—Es usted injusto con nosotros—dijo el pálido encogiéndose de hombros. ¡Ah! suspiró y añadió:—Italia yace presa de elegiaco ensueño, sobre sus ruinas, y cuando alguna vez se despierta de pronto y salta impetuosamente, al oir la melodía de algun canto, no produce su entusiasmo el canto en sí, sino más bien antiguos recuerdos y sentimientos que tal vez ha despertado, que Italia siempre llevó en su corazón y que ahora se desbordan con fuerza... Esta es la significación del loco estruendo que usted ha oído en la *Scala* (3).

Acaso esta explicación venga á arrojar alguna luz sobre las causas del entusiasmo que despiertan por doquiera allende los Alpes las óperas de Rossini ó de Meyerbeer. Jamás he visto á los hombres volverse locos como en una representación del *Crociato in Egitto*, cuando

(1) De los Irlandese..
(2) *Mordspektakel* (espectáculo asesino).
(3) Aquí termina el capítulo de la versión francesa.

la música á veces pasaba de repente de las notas tiernas y melancólicas á otras de clamoroso dolor. Aquel arrebato se llama en Italia *furore* (1).

(1) Esta explicación ha sido confirmada por el Gobierno italiano al nombrar senador á Verdi, por considerarle uno de los que han ayudado á la independencia y á la unidad de Italia por medio de sus óperas, cantando todos los heroísmos.

CAPÍTULO XXVIII.

Aun cuando, al citar la Brera y la Ambrosiana, tendría ahora ocasión de poner sobre el tapete mis juicios artísticos, quiero apartar de tí, lector, semejante cáliz, y contentarme con la observación de que vi en las calles de Milán algunas bellezas lombardas, con esa barba puntiaguda que da á las figuras de esta escuela pictórica ese aspecto de sentimentalismo.

Ha sido siempre para mí cosa extraordinariamente instructiva el poder comparar con las obras de una escuela los originales que le han servido de modelo; entonces puedo concebir más claramente el carácter de aquélla. De este modo, en la feria de Rotterdan llegué de pronto á comprender á Juan Steen en su divina serenidad; así más tarde, en el Long-Arno, aprendí á formarme idea de la verdad de las formas y del hábil ingenio de los florentinos, y en la plaza de San Marcos de la verdad de color y la soñadora superficialidad de los venecianos. Ve á Roma, alma querida, y tal vez allí te eleves á la contemplación de la idealidad y á la comprensión de Rafael (1).

---

(1) La versión francesa dice: *á concebir el ideal que se llama Rafael.*

Entretanto, no puedo dejar de citar una cosa notable de Milán, la que lo es más en este respecto, la catedral. Vista de lejos, parece estar recortada en papel blanco, más de cerca se aterra uno al ver que esta obra de recorte es de incontestable mármol. Las innumerables imágenes de santos que cubren todo el edificio, que por doquier se asoman á las góticas hornacinas, y están como posadas sobre todas las agujas, esta población de piedra, le trastorna á uno casi el sentido. Si se considera más detenidamente toda la obra, la encuentra uno aun muy bonita, colosalmente linda, cual un juguete hecho para los hijos de un gigante.

A la media noche, á la luz de la luna presenta aún su mejor aspecto; entonces van descendiendo todos aquellos hombres de piedra de la altura en que hormiguean (1), pasean con uno por la *piazza*, y le cuentan al oído viejas historias, santamente decoradas (2), historias completamente íntimas de *Galeazzo Visconti*, que comenzó la construcción del domo y de Napoleón Bonaparte, que la continuó mucho después.

Ve—me dijo no sé qué extravante santo, que había sido esculpido en mármol en época muy moderna—ve, mis antiguos camaradas no aciertan á comprender, por

(1) La versión francesa dice: *de en medio de su muchedumbre aerea (du milieu de leur foule aérienne)*; pero esto no da el sentido; *wimmelnden* (que hormiguea) es una forma gerundiva que no debe traducirse como nombre y *Höhe* (altura, elevación) no puede convertirse en el adjetivo *aerea*.

(2) *Putzig heilige*, no *santas* á secas, como dice la versión francesa.

qué el emperador Napoleón ha tomado tan á pecho la construcción del domo. Pero yo sé muy bien que ha previsto que esta gran casa de piedra será en todo caso un edificio muy útil, que hasta podrá aprovecharse en los días en que el cristianismo haya pasado.

¡En los días en que el cristianismo haya pasado!.....

Me asusté casi al oir que había santos en Italia que usaban semejante lenguaje, y esto en una plaza donde paseaban de arriba abajo centinelas austriacos con morrión de pelo y mochila. Después de todo, el buho (1) de piedra tenía razón hasta cierto punto, pues el interior del domo es lindamente fresco en verano, y hasta apacible y agradable, y conservaría su valor aun variando de destino.

La conclusión de la catedral era uno de los pensamientos favoritos de Napoleón, y no se hallaba muy lejos de realizarle cuando vino á tierra su poder. Ahora completan la obra los austriacos. Además se trabaja en el famoso arco de triunfo que debía terminar la vía del Simplón. Cierto es que ya no se colocará, como se dispusiera al principio, la estatua de Napoleón en lo alto del arco. ¡Enhorabuena! el gran Emperador ha dejado tras sí una estatua mejor y más duradera que la de mármol y que ningún austriaco podrá sustraer á nuestras miradas. Mucho tiempo después de que hayamos sido segados por la guadaña del tiempo y arrastrados por el aire como las pajitas del campo, alzaráse esta-

(1) *Kauz;* la versión francesa dice: *original.*

tua aún intacta; nuevas generaciones brotarán de la tierra, sentirán vértigos al contemplarla y volverán á hundirse en ella..... y el tiempo, impotente para destruir tal simulacro, tratará de envolverle en legendarias nieblas, y su gigantesca historia se convertirá al fin en un mito.

Acaso después de millares de años venga un perspicuo maestro de escuela á probar irrefragablemente en una eruditísima disertación, que el tal Napoleón Bonaparte es completamente idéntico á aquel otro titán que arrebató á los dioses la luz, y por tal delito fué aherrojado sobre una solitaria montaña en medio del mar, entregado á la voracidad de un cuervo que diariamente le desgarraba el corazón.

CAPÍTULO XXIX.

Ruégote, querido lector, que no me tengas por un bonapartista incondicional; no rindo homenaje á los hechos, sino sólo al genio del hombre, ya se llame éste Alejandro, César ó Napoleón (1). A este último le amo incondicionalmente sólo hasta el diez y ocho de Brumario..... en que volvió grupa á la libertad. Y no lo hizo porque le fuere necesario, sino por secreta predilección por la aristocracia, pues Napoleón Bonaparte era un aristócrata, un noble enemigo de la igualdad de los ciudadanos y fué un error colosal que la aristocracia europea, representada por Inglaterra, le declarara la guerra con tan mortal enemiga; pues aunque él tuviera el designio de introducir algunas modificaciones en el personal de esta aristocracia, hubiera mantenido á una gran parte de él y aun sus principios genuinos, hubiera regenerado esta aristocracia, y no yaciera hoy por tierra con la decrepitud, anemia y fatiga de su última y seguramente postrera victoria.

(1) Desde aquí salta la versión francesa al párrafo siguiente, segundo punto: *Yo jamás elogio el hecho*, suprimiendo cuanto media entre ambas citas (15 ½ líneas).

Querido lector, ahora nos vamos á entender de una vez para siempre. Yo jamás elogio el hecho, sino solamente al espíritu humano; el hecho es tan sólo su vestidura, y la historia no es más que el antiguo guardarropa del humano espíritu. No obstante, el amor ama á veces los viejos trajes, y yo amo la capa de Marengo.

—Nos hallamos en el campo de batalla de Marengo.

¡Cómo gozó mi pecho al pronunciar el postillón estas palabras!

Había partido de Milán por la tarde en compañía de un livonio muy cortés, que más bien se la echaba de ruso, y á la mañana siguiente vi elevarse el sol sobre el famoso campo de batalla.

Aquí fué donde el general Bonaparte apuró tan buen trago de la copa de la gloria, que en la embriaguez se hizo cónsul, emperador y conquistador del mundo, y sólo pudo volver á ver claro en Santa Elena. No hemos estado nosotros mismos mucho más cuerdos, hemos participado de su embriaguez, hemos soñado cuanto él soñara, hemos despertado igualmente, y en la tristeza del despertar nos hacemos toda clase de cuerdas reflexiones (1). Hasta se nos ocurre á veces pensar que la gloria militar es un deleite arqueológico, que las guerras han tenido más noble significado, y que Napoleón es probablemente el último conquistador.

No parece, en verdad, sino que ahora se han defen-

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo cuatro líneas.

dido intereses morales más bien que materiales, y que la historia del mundo no ha de ser ya una historia de bandidos sino una historia de espíritus (1). La palanca principal que los ambiciosos y codiciosos príncipes tan eficazmente sabían poner un día en movimiento, esto es, la nacionalidad, con su vanidad y sus odios, está ya desgastada é inútil; cada día desaparecen más y más necios prejuicios nacionales, todas las ásperas singularidades desaparecen bajo la generalidad de la civilización europea.

Ya no hay en Europa naciones, sino solamente partidos, y es admirable ver cómo éstos, á pesar de la multiplicidad de sus colores se reconocen perfectamente, y á pesar de la diversidad de lenguas se entienden á maravilla (2). Así como existía un Estado político material, ahora existe un partido político espiritual; y como los Estados políticos tenían que mezclarse todos, tanto en la más pequeña guerra que estallaba entre dos de las más insignificantes potencias, cuanto si hubiera de entablarse una guerra general europea, con más ó menos celo, pero siempre con interés, tampoco ahora puede sobrevenir la menor lucha en el mundo, á la que dichos partidos políticos no reconozcan al instante una general importancia espiritual, y en que los partidos más lejanos y heterogéneos no se vean obligados á tomar parte en pro ó en contra.

(1) Este punto falta en la versión francesa (4 líneas).

(2) Desde aquí salta la versión francesa á: *mas aun cuando las cabezas divaguen.....* (21 $^1/_2$ líneas).

Acaso en estos partidos políticos, que yo llamo un espíritu político, porque sus intereses son espirituales y sus *ultimæ rationes* no son de metal, se forman ahora, como entre los Estados políticos, dos grandes masas, que se afrontan en actitud hostil y pelean entre sí con discursos y miradas. Estas dos grandes masas de partido se cambian diariamente consignas y representantes; no faltan embrollos; con frecuencia existen las peores inteligencias, que vienen á ser más bien aumentadas que disminuídas por los diplomáticos y escritores de este espíritu político; más aun cuando la cabezas divaguen, no por eso los corazones sienten menos lo que quieren, y el tiempo se abre paso con su gran misión.

Pero ¿cuál es la gran misión de nuestro tiempo?

Es la emancipación. No solamente la de los irlandeses, la de los griegos, la de los judíos de Franfort, la de los negros de América, y la de otros pueblos oprimidos, sino la emancipación del mundo todo, y especialmente la de Europa, que ha llegado á la mayor edad, y se desembaraza ya de los férreos andadores de los privilegiados, de la aristocracia. Sigan en buen hora algunos filósofos renegados de la libertad forjando las más sutiles cadenas de silogismos para probarnos que millones de hombres han nacido para ser bestias de carga de algunos millares de privilegiados caballeros, que no podrán convencernos de ello, mientras no nos prueben, como dice Voltaire, que aquéllos vinieron al mundo con sillas en la espalda y éstos con espuelas en los talones.

Cada época tiene su misión y para cumplirla adelanta

la humanidad. La antigua desigualdad establecida en Europa por el feudalismo, quizá era necesaria, ó una condición imprescindible para el progreso de la civilización; pero ahora le estorba, subleva los corazones civilizados. Al francés, el más social de los pueblos, hubo, sin duda, de irritarle profundamente esta desigualdad, que pugna del modo más insufrible con el principio de asociación, y procuró obtener la igualdad á viva fuerza, aun teniendo que cortar benignamente las cabezas de los que querían sobresalir á toda costa, y la revolución fué la señal de la guerra libertadora del género humano (1).

¡Loor á los franceses! ¡Ellos se han cuidado de las dos mayores necesidades de la sociedad humana, de la buena comida y de la igualdad de los ciudadanos; han realizado los más grandes progresos tanto en el arte

(1) La versión francesa dice: *Los franceses, pueblo social y democrático por excelencia*, etc. El adjetivo *democrático* no aparece en el original, aunque sí existe en él el giro, ya desusado entre nosotros, por más que le empleara el mismo Cervantes, del colectivo *pueblo*, en singular, concordado con *los franceses*, en plural; más en este punto existe sin duda una de las faltas gramaticales que nota Strodtmann en el texto de Heine, pues, á parte de la concordancia discordante de: *Los franceses, el pueblo eminentemente social*, parece que, tal vez, hubiera estado mejor poner el primer nominativo en dativo, diciendo: *Den Franzosen, das Volk.....* en vez de: *Die Franzosen, das Volk..... hat..... erbittert..... (diese ungleichheit). A los franceses, pueblo..... hubo..... de irritar, esta desigualdad.* Hemos procurado salvar en la traducción ambos inconvenientes, y conservado la frase burlona *gelinde abschnitten* (cortar benignamente) que no conserva la versión francesa.

culinario como en la libertad, y, si un día, todos, cual invitados iguales, celebramos el gran banquete de la reconciliación, y estamos contentos—pues ¿qué puede haber mejor que una sociedad de *pares* sentados ante una bien servida mesa?—entonces dedicaremos el primer *toast* (1) á los franceses! ¡Verdad es que algún tiempo ha de transcurrir todavía antes de que pueda celebrarse esta festividad, antes de que la emancipación llegue á ser un hecho; pero al fin llegará este día, al fin nos sentaremos completamente iguales y reconciliados á la misma mesa; entonces nos veremos unidos, y unidos combatiremos contra todos los males del mundo, acaso hasta contra la muerte, por fin, cuyo severo sistema igualitario no nos hace al menos tanto daño como las risueñas teorías de desigualdad del aristocratismo!

¡No te rías, lector del porvenir! Cada época cree que su lucha es la más importante de todas; ésta es la verdadera creencia del siglo; en ella vive y con ella muere, y nosotros queremos también vivir y morir en esta religión de libertad, que acaso es más digna de tal nombre que ese vacío y difunto espectro del espíritu que aun solemos denominar de aquel modo. Nuestra sagrada lucha nos parece la más importante de cuantas se libraran sobre la tierra, por más que un presentimiento histórico nos dice que un día nuestros nietos tal vez consideren

(1) Palabra inglesa, que significa literalmente *tostada*, pero que se usa en la acepción general de *brindis*, que es la que aquí tiene.

este combate con el mismo sentimiento de indiferencia con que nosotros consideramos los de los primeros hombres, que tuvieron que habérselas con monstruos, dragones y gigantes no menos rapaces y ávidos (1).

(1) Las supresiones, á veces bastante extensas (unas 50 líneas), hechas en este capítulo en la versión francesa, le quitan en ella mucho de su carácter, privando al lector de conocer el juicio de Heine acerca de Napoleón y acerca del estado político de Europa.

CAPÍTULO XXX.

En el campo de batalla de Marengo le salen á uno al paso volando en enjambres las consideraciones, de tal modo, que podría creerse que fueran las mismas que tantos tuvieron que dejar allí de pronto (1), y ahora vagan por él como perros sin dueño. Amo los campos de batalla, pues por terrible que la guerra sea, da á conocer, no obstante, la grandeza del espíritu humano, que se atreve á retar á la muerte, su más poderoso enemigo en la tierra; y mucho más este campo de batalla, donde la libertad danzó sobre rosas purpúreas su voluptuoso baile de boda. Pues Francia era entonces el novio y había invitado á todo el mundo á las nupcias, como dice la canción:

De la boda en la velada
Rompiéronse, por vasijas,
Cabezas aristocráticas.

Pero ¡ay! cada pulgada que adelanta la humanidad cuesta torrentes de sangre. ¿No es esto demasiado caro?

(1) La versión francesa traduce libremente: *que tantos hombres se vieron obligados á dejar allí con su vida en esta jornada.*

¿No vale tanto la vida del individuo como la de toda la especie? Puesto que cada hombre de por sí es ya un mundo, que con él nace y con él muere, bajo cada losa yace una historia universal..... ¡Silencio! así hablaran los muertos que aquí lo fueron; pero nosotros que vivimos sigamos combatiendo en la santa guerra por la libertad humana (1).

—¡Quién piensa ahora ya en Marengo!—dijo mi compañero de viaje, el livonio ruso, al tiempo que cruzábamos el desierto campo.—Ahora todos los ojos miran hacia los Balkanes, donde mi paisano Diebitsch arregla los turbantes á los turcos, y este mismo año ocuparemos á Constantinopla. ¿No se interesa usted por los rusos?

Era esta una pregunta á que en cualquier parte hubiera contestado de mejor gana que sobre el campo de batalla de Marengo. Vi entre la niebla matinal un hombre con sombrerito de tres picos y capote gris de campaña, que galopaba rápido como el pensamiento, como una aparición, y resonó á lo lejos dulce, temblorosamente: *Allons, enfants de la patrie.....* No obstante, repliqué:—Sí, me interesan los rusos.

Y, en efecto, en el admirable cambio de consigna y de representantes operado en la gran lucha, es ahora muy fácil que el más ferviente amigo de la revolución vea sólo la salvación del mundo en la victoria de Rusia, y que se deba considerar como *gonfalonière* de la liber-

(1) Aquí la versión francesa da un tremendo corte, pasándose al capítulo siguiente del original (XXXI), con el que termina su capítulo XXVIII.

tad al emperador Nicolás. ¡Extraño cambio! Dos años hace que aun conferíamos la investidura de dicho cargo á un ministro inglés, y era el aullar del inconciliable odio de los *torys* (1) contra Jorge Canning lo que entonces nos guiaba en la elección; en la insigne vulgaridad de las mortificaciones que sufría, veíamos las garantías de su lealtad, y cuando sufrió la muerte de los mártires, vestimos luto, y el 8 de Agosto vino á ser un día sagrado en el calendario de la libertad. Pero tomamos de nuevo la bandera y, avanzando desde *Downingstreet* (2), la enarbolamos en San Petersburgo, y elegimos para su portador al emperador Nicolás, al caballero de Europa, al que amparaba á las viudas y á los sabios de Grecia contra los bárbaros asiáticos, y había ganado sus espuelas en tan buena lid.

Otra vez se habían vendido en demasía á los enemigos de la libertad, y nosotros aprovechamos la suspicacia de su odio para reconocer nuestro provecho. De nuevo se presentó esta vez el fenómeno habitual de tener que agradecer nuestros representantes más bien á la mayoría de votos de nuestros enemigos que á la propia elección, y al ver la extraña unanimidad con que la cofradía elevaba al cielo sus fervientes plegarias pidiendo la salvación de turcos y la perdición de rusos, pronto reparamos en quién era nuestro amigo, ó más bien el terror de nuestros enemigos. ¡Cómo debía reir Dios en el cielo

(1) Partido conservador de Inglaterra.
(2) *Calle de la Duna*, sin duda en la que murió Canning.

al escuchar que al mismo tiempo oraban por la misma cosa, por la salvación de la media luna, Wellington, el gran mufti; el Papa, Rothschild I, Metternich, y toda una pandilla de caballeretes, jugadores de bolsa, presbíteros y turcos!

Necio es cuanto hasta ahora han inventado los alarmistas acerca del peligro que corremos con el engrandecimiento de Rusia. Al menos los alemanes nada hemos de arriesgar, no hemos de ser por ello más ó menos esclavos donde lo principal es conseguir libertarse de los restos del feudalismo y del clericanismo. Se nos amenaza con la dominación del *knut* (1), más sufriré con gusto algo de *knut*, sabiendo seguramente que nuestros enemigos han de participar de él. Pero yo apuesto á que, como hicieron siempre, aventados por el nuevo poder, sonreirán graciosamente, ofreciéndose á los más vergonzosos servicios, y una vez que hayan de ser azotados, se reservarán el privilegio de serlo de un modo honroso, como el noble de Siam, á quien, para castigarle, se le mete en un saco de seda y se le apalea con varas perfumadas, mientras que al simple ciudadano sólo se le concede un saco de lienzo y recibe una paliza nada bien oliente.

Ahora bien, puesto que es el único, otorguémosle, en caso de recibir la paliza, especialmente á la nobleza británica. Quizá se acuerden indignados de que esta misma

(1) Palabra rusa que significa *látigo*. Aquí el autor alude al suplicio ruso, que consiste en tremendos latigazos aplicados á la espalda de los reos políticos, etc.

nobleza es la que arrancó al despotismo la carta-magna; de que Inglaterra, aun conservando el estado de desigualdad de los ciudadanos, aseguró la libertad personal; de que Inglaterra fué el lugar de refugio para los espíritus libres, cuando el continente todo estaba oprimido. ¡Estos son *tempi passati!* Inglaterra se va al presente cada vez más á fondo con sus aristócratas; los espíritus libres, en caso de necesidad, tienen ahora mejor refugio; aunque toda Europa se convirtiera en una sola cárcel, siempre habría otro agujero para escapar, América, y ¡vive Dios! que el agujero es aún mayor que la cárcel misma.

Pero estos son caprichos ridículos; compárese, desde el punto de vista de la libertad, á Inglaterra con Rusia, y no le quedará al más medroso duda alguna acerca de á qué partido haya de asirse. La libertad ha nacido en Inglaterra de circunstancias históricas, y en Rusia de principios. Como aquellas circunstancias mismas, sus resultados morales llevan también el sello de la Edad Media; Inglaterra toda está agarrotada por irrejuvenescibles instituciones medioevales, tras las que se atrinchera la aristocracia aguardando el combate supremo. Pero los principios en que se funda la libertad rusa, ó más bien según los que cada día más se va desenvolviendo, son las ideas liberales de los tiempos modernos; el gobierno ruso está invadido por estas ideas, su ilimitado absolutismo es más bien dictadura, para traer inmediatamente á la vida aquellas ideas; este gobierno no tiene su raiz en el feudalismo y clericalismo, es el poder de la nobleza

y de la Iglesia que luchan frente á frente; ya Catalina puso límites á la Iglesia, y la nobleza rusa nace del servicio del Estado; Rusia es un Estado democrático, y hasta pudiera llamarle un estado cristiano, si quisiera aplicar esta palabra, con frecuencia mal empleada, en su más dulce, popular y universal sentido; pues los rusos están libres, dentro de los límites de su imperio, de la estrechez de miras de un sentimiento nacional pagano, son cosmopolitas ó al menos *sexti-cosmopolitas*, puesto que Rusia constituye casi la sexta parte del mundo habitado.

Y verdaderamente, cuando algún alemán-ruso, como mi livonio compañero de viaje, hace gala de jactancioso patriotismo, y habla de nuestra Rusia y de nuestro Diebitsch, me parece oir á una sardina arenque que llamara al mundo marítimo su patria, y á la ballena su compatriota.

CAPÍTULO XXXI.

—Soy partidario de los rusos—dije—sobre el campo de batalla de Marengo, y abandoné durante algunos minutos el vehículo para rezar mis oraciones matinales (1).

Como bajo un arco de triunfo trazado por colosales masas de nubes, elevábase el sol victorioso, sereno, tranquilo (2), prometiendo un hermoso día. Pero yo me sentía como la pobre luna que aun brillaba en el cielo, aunque cada vez más pálidamente. Había recorrido su órbita solitaria en la desierta noche, en tanto que la dicha dormía, y solamente espectros, buhos y pecados campaban por su respeto; y ahora que el nuevo día se levantaba con sus alegres rayos y su flotante púrpura matinal, le era preciso partir..... Dirigió, por fin, una

(1) Después de unos puntos suspensivos que encierran, á modo de enigma, cuanto hemos traducido desde la nota en que avisamos la suspensión de capítulo, reanuda la versión francesa la narración de su capítulo XXVIII, pero empieza: *Estamos en el campo de batalla de Marengo.....— y bajé durante algunos minutos, etc.*

(2) La versión francesa dice *azulado* (*azuré*), pero este extraño calificativo proviene quizá de una errata de imprenta, pues debía decir *asuré* y se cambió la *s* por la *z*.

melancólica mirada al gran luminar del mundo, y desapareció cual vaporosa niebla.

—Va á hacer un hermoso día—exclamó mi compañero de viaje, hablándome desde el coche.—Sí, va á hacer un hermoso día—repitió por lo bajo mi corazón orando, y se estremeció de pena y de alegría. Sí, va á hacer un hermoso día, el sol de la libertad calentará más felizmente la tierra que todas las estrellas de la aristocracia; brotará una nueva generación, engendrada entre los abrazos de una elección libérrima, no en el lecho de la córvea ni bajo la inspección de los aduaneros eclesiásticos; con el nacimiento libre surgirán también en los hombres pensamientos y sentimientos libres, que ni siquiera presentimos los nacidos en la servidumbre. ¡Oh! ¡no podrán concebir, ni mucho menos, lo horrible de la noche en cuya obscuridad tuvimos que vivir, y cuán espantosamente hubimos de luchar con ridículos espectros, estúpidos buhos y pecadores con aspecto de santos! ¡Oh infelices combatientes, los que tuvimos que dilapidar nuestra vida en semejante lucha, y estamos cansados y pálidos cuando ya alborea el día de la victoria! El fuego del sol naciente no podrá ya enrojecer nuestras mejillas ni caldear nuestros corazones; morimos aquí como esa luna que se desvanece. ¡Cuán corta es la carrera de la humana peregrinación en cuyo extremo se halla la inexorable tumba!

En realidad no sé si merezco que algún día se decore mi féretro con una corona de laurel. La poesía, por mucho que la haya amado, fué siempre para mí no más que

un sagrado juguete (1), ó un medio puesto al servicio de un fin celestial. Jamás asigné gran valor á la gloria poética, y poco me importa que se elogien ó censuren mis canciones. Mas debéis depositar sobre mi féretro una espada, pues fuí un bravo soldado en la guerra de liberación de la humanidad.

---

(1) Falta este inciso en la versión francesa.—El punto siguiente algo variado.

CAPÍTULO XXXII.

Durante el calor del mediodía buscamos abrigo en un convento de franciscanos, asentado en una considerable eminencia, y que, con sus sombríos cipreses y blancos monjes, como un alto de caza de la fe, contemplaba desde su altura los risueños y verdes valles de los Apeninos. Era un hermoso edificio; y, además de la cartuja de Monza, que sólo vi por fuera, he encontrado á mi paso muchas iglesias y conventos notables.

Muchas veces no sabía que debía admirar más, si la belleza de la comarca, la grandeza de los antiguos templos, ó bien el grande y sólido sentimiento de sus constructores, que bien podían prever que solamente sus tataranietos llegarían á acabar una edificación semejante, y sin preocuparse por ello, pusieron con la tranquilidad más completa la primera piedra, y apilaron una sobre otra, hasta que la muerte les hizo abandonar su trabajo y otros arquitectos continuaron la obra, para ir después á su vez á entregarse al reposo....., todos creyendo firmemente en la eternidad de la religión católica, y en la firme confianza de que las generaciones siguientes pensarían del mismo modo y continuarían construyendo, donde sus predecesores lo dejaran.

Esta era la fe de la época, y los antiguos arquitectos vivieron y murieron en ella. Allí yacen ahora ante las puertas de sus antiguos templos, y es cosa de desear, que su sueño sea bien profundo, y no les despierte la risa de los tiempos modernos. Especialmente para los que yacen ante alguno de los viejos domos no terminados, fuera muy triste que al despertarse de pronto, durante la noche, vieran, á la doliente luz de la luna su tarea no cumplida, y repararan bien pronto en que había pasado ya la época de continuar tales construcciones, en que su existencia toda había sido inútil y necia.

Así hablan los tiempos modernos, que tienen otra misión y otra fe.

En Colonia oí un día á un chiquillo preguntar á su madre, por qué no se acababan las catedrales á medio construir. Era un hermoso muchacho; besé sus ojos inteligentes, y como su madre no lograra contestarle con acierto, le dije que ahora tenían que hacer los hombres otras cosas completamente distintas (1).

No lejos de Génova, desde la cumbre de los Apeninos se divisa el mar; entre los verdes picachos de las montañas aparecen las azuladas olas, y los barcos que acá y allá se miran, parecen bogar á toda vela por encima de los montes. Pero cuando tal se le figura á uno, es á la hora del crepúsculo, cuando comienzan su admirable

(1) No obstante, por desgracia, no ha podido convencerse Heine de que les ha quedado tiempo para acabarlas, y que hoy ostenta la gigante catedral, en su frente, sus dos torres iguales y completas.

juego los últimos rayos del sol y las primeras sombras de la tarde, y colores y formas se entretejen vaporosos: entonces se sumerge uno involuntariamente en una especie de encanto, el carruaje rueda por la pendiente, remuévense en el alma los adormidos y dulcísimos recuerdos, para volver en ella á reclinarse, y acaba uno por soñar que se encuentra en Génova.

CAPÍTULO XXXIII.

Esta ciudad es antigua sin arqueología, estrecha sin familiaridad, y fea sobre toda ponderación. Está construída sobre una roca, al pie de unas montañas en forma de anfiteatro, que ciñen el más bello de los golfos. Los genoveses recibieron, por tanto, de la naturaleza el mejor y más seguro de los puertos.

Como, según queda dicho, toda la ciudad está situada sobre una sola roca, para aprovechar espacio, tuvieron que construirse las casas muy altas y las calles muy estrechas, así que casi todas ellas son sombrías, y solamente por dos puede pasar un carruaje. Pero las casas apenas sirven á sus moradores, que en su mayoría son comerciantes, más que de almacenes y de dormitorios durante la noche; en los días de tráfico recorren la ciudad ó se sientan ante la puerta de su respectiva casa, ó más bien en ella, pues á no hacerlo así tocarían las rodillas de uno con las del vecino de enfrente.

Por el lado del mar, especialmente por la tarde, ofrece la ciudad mejor aspecto. Extiéndese á la orilla como el blanquecino esqueleto de un gigantesco animal que el mar hubiera allí arrojado; hormigas negras, que se llaman

genoveses, pululan cual reptiles en torno suyo, las azuladas olas la bañan murmurando una especie de canto de nodriza, y la luna, el pálido ojo de la noche, la contempla desde su altura con tristeza.

En el jardín del *Palazzo Doria* está el viejo héroe del mar bajo la forma de Neptuno, en un gran pilón de agua. Pero la estatua está corroída y mutilada, el agua, se ha consumido, y las gaviotas anidan en los negros cipreses. Como un muchacho, que siempre lleva en la memoria sus comedias, al solo nombre de Doria pensé en Federico Schiller, el más noble, si no el más grande de los poetas de Alemania.

Aunque ruinosos, en su mayoría, los palacios de los en un tiempo poderosos de Génova, los *nobili*, son aún muy bellos y de un lujo recargado. Los más están en las dos grandes calles denominadas *Strada nuova* y *Balbi*. El palacio *Durazzo* es el más notable. En él hay buenos cuadros, entre ellos el Cristo de *Paul Veronese*, á quien la Magdalena enjuga los pies que acaba de lavar, y está tan bella, que de temer sería que alguna vez fuera seducida. Largo tiempo estuve ante ella; pero ¡ay! no levantó los ojos. ¡Cristo está allí como un Hamlet de la religión: *Go to a nunnery!* (1).

Encontré allí cuadros holandeses, algunos superiores

(1) ¡*Metido en un convento!* El autor alude á la frase de Hamlet á Ofelia: *Get thee to a nunnery* (vete á un convento), en el drama de Shakespeare, acto III escena 1.ª; poco después del célebre monólogo: *To be or not to be...* (Ser ó no ser: aquesto es el problema.)

de Rubens; estos últimos saturados de la colosal serenidad de este titán flamenco, cuyo genio estaba dotado de tan fuertes alas, que voló hasta el sol, aunque pendían de sus piernas cien quintales de queso de Holanda. No puedo pasar ante el más insignificante cuadro de este gran pintor, sin rendirle el tributo de mi admiración, y tanto más cuanto que se ha hecho moda contemplarlos encogiéndose de hombros, á causa de su falta de idealidad. La escuela histórica de Munich se muestra á extraordinaria altura en este punto. No hay más que ver, con qué soberano desprecio atraviesa la sala de Rubens el melenudo corneliano. Pero acaso es explicable el error del joven, si se considera el gran contraste que forman Pedro Cornelio y Pedro Pablo Rubens.

Apenas puede imaginarse contraste mayor..... y, á pesar de esto, se me antoja á veces que ambos tienen, no obstante, semejanzas, que más bien acierto á presentir que á ver. Acaso se ocultan en ellas cualidades nacionales que á un tercer conterráneo como yo, le hablan en casi imperceptibles acentos patrios (1). Pero este secreto parentesco no consiste en modo alguno en la jovialidad y lujo de colorido flamencos, que nos sonríen en todos

(1) La versión francesa parece explicar, más bien que traducir, tanto este punto como el fin del anterior, diciendo: *«y..... no obstante, se me ocurre que estos dos maestros tienen analogía, una analogía íntima de que tengo perfecta conciencia, pero que no podría definir. Acaso ocultan en ellas esas cualidades nacionales que se dan á entender á un tercer compatriota, á mí, por ejemplo, como las más ligeras entonaciones del acento en el idioma particular del país natal.*

los cuadros de Rubens, hasta el punto de hacernos creer que los ha pintado bajo el influjo de una alegre embriaguez de vino del Rhin, y del regocijo de la música de baile de una *kermesse* (1); mientras que los cuadros de Cornelio parecen más bien haber sido pintados en viernes santo, al son de las lúgubres psalmodias pasionales de la procesión que recorría las calles, y que repercutían en el estudio y en el corazón del pintor.

En cuanto á fecundidad, á atrevimiento en la creación, á originalidad genial, se parecen ambos más todavía. Ambos nacieron pintores y pertenecen al ciclo de los grandes maestros, que en su mayor parte florecieron en la época de Rafael, época que aun pudo ejercer inmediato influjo sobre Rubens, pero tan separada de la nuestra, que casi quedamos aterrados ante la aparición de Pedro Cornelio, pues se nos presenta á veces como el espíritu de uno de aquellos grandes pintores del período rafaelesco, que se hubiera alzado de la tumba para pintar aún algunos cuadros, como un muerto creador que se evoca á sí propio, mediante un conjuro en él inmanente y con él sepultado.

---

(1) En el original *Kirmes* (de *Kirche*, iglesia, y *Messe*, misa, función de iglesia, feria y regocijos que la acompañan). Traduzco *Kermesse*, porque es la palabra oída entre nosotros (flamenca de origen; de *Kerck*, alemán *Kirche*, inglés *Church* y *Messe*, idéntica en alemán y neerlandés), pero entre nosotros mal interpretada, como *fiesta de la caridad*, cuando es *la fiesta de una parroquia, acompañada de feria, bailes*, etc., en la que también suelen los pobres obtener algún beneficio. Pero no hay que tomar la parte por el todo.

Cuando contemplamos sus figuras, nos miran como con ojos del siglo XV; los trajes son cual de fantasmas que nos rozaran al pasar á eso de media noche; sus cuerpos, dotados de cierta fuerza mágica, están dibujados con la precisión de un sueño, con potente verdad, sólo les falta la sangre, las palpitaciones de la vida y el color. Sí, Cornelio es un creador; pero si examinamos sus criaturas, tenemos que convenir en que todas ellas no pudieron vivir mucho tiempo, en que hubieron de ser pintadas una hora antes de su muerte, como si todas llevaran consigo el triste presentimiento de su fin (1).

Un sentimiento análogo despiertan en nuestra alma, á despecho de su jovialidad, las figuras de Rubens; parecen también llevar en sí mismas un germen de muerte, pues se nos antoja que, á causa de su misma superabundancia de vida, de su misma plétora de sangre, van á ser repentinamente atacadas de apoplejía.

Este es tal vez el secreto parentesco que entrevemos de tan extraño modo, al comparar ambos maestros. La suprema alegría de algunas figuras de Rubens y la profundísima tristeza de las de Cornelio, quizá despiertan en nosotros el mismo sentimiento. Pero ¿por qué esta tristeza en un neerlandés? (2). Quizá es precisamente la triste convicción de que pertenecía á una época ya hacia mucho tiempo fenecida, y de que su vida era una mística

(1) *Próximo*, añade la versión francesa.

(2) La versión fracnesa amplifica. Pero *¿por qué esta tristeza en este último que es, no obstante, también hijo de los alegres neerlandeses?*

y póstuma misión (1), pues, él es, ¡ay! no solamente el único gran pintor hoy viviente, sino quizá el último que ha de pintar en este mundo. Antes de él, hasta el tiempo de los Carraccio, existe una larga obscuridad, y tras él vuelven á espesarse las sombras; su mano es la mano de un solitario espíritu luminoso en la noche del Arte, y las figuras que ella pintara llevan la misteriosa tristeza de tan severa y escarpada soledad.

Jamás he podido contemplar sin íntimo terror esta postrera mano de pintor, cuando veía (2) al hombre en persona, á aquel hombre pequeño y esquinudo, de ojos de mirar ardiente; y ahora, esta mano volvía á despertar en mí el sentimiento de la piedad más confiada, al acordarme de que en otro tiempo se posaba amorosa en mis deditos y me ayudaba á trazar algunos contornos de cara, cuando yo, siendo pequeñuelo, aprendía dibujo en la Academia (3) de Dusseldorf.

---

(1) En la versión francesa falta la palabra *mística*.
(2) La versión francesa añade, *en Munich*.
(3) La versión francesa añade, *de Bellas Artes*.

CAPÍTULO XXXIV.

De ningún modo debo pasar en silencio la colección de retratos de hermosas genovesas que se exhibe en el palacio *Durazzo*. Nada en el mundo puede entristecer tanto nuestra alma como aquella exposición de retratos de mujeres hermosas, que hace ya algunos siglos dejaron de existir. Nos asalta el melancólico pensamiento de que de los originales de aquellos retratos, de todas aquellas bellezas que tan amables, tan coquetas, tan chispeantes de ingenio, tan artificiosas y seductoras fueron; de todas aquellas cabecitas de Mayo con humoradas de Abril (1), de toda aquella primavera femenina, no ha quedado más que unas manchas de color, que un pintor, como ellas, ha tiempo asesinado, trazó sobre un frágil pedacito de lienzo, que también con el tiempo palidece y se convierte en polvo. ¡Así pasa todo en la vida, lo mismo la belleza que la fealdad, sin dejar huellas! Que la muerte, ese

(1) Según la versión francesa, estas humoradas se refieren á la inconstancia del tiempo, á sus chubascos de agua ó granizo (*giboulées*); más también pudieran referirse á bromas más ó menos pesadas que se usa dar en Alemania en este mes, tales como hacer buscar cosas que no han de encontrarse.

flaco pedante, no perdona á la rosa ni al cardo, ni olvida á la brizna de hierba (1) perdida en el remoto desierto. Él destruye de raíz y sin descanso, y vemos cómo pulveriza por doquiera plantas y animales, los hombres y sus obras, y hasta las mismas pirámides de Egipto, que parecen desafiar su destructora rabia, no son más que trofeos de su poder, monumentos de la instabilidad de las cosas humanas, antiquísimas tumbas de reyes,

Mas hay todavía algo peor que este sentimiento de una destrucción eterna, de una horrible sima con sus fauces eternamente abiertas para aniquilarnos, la idea que se apodera de nosotros de que no perecemos como originales, sino como copias de hombres que hace muchísimo desaparecieran, que eran espiritual y corporalmente iguales á nosotros, y que después nacerán otros que á su vez se nos parecerán en un todo, que sentirán y pensarán como nosotros para ser igualmente aniquilados..... Juego desolador y eternamente repetido, en el que la fecunda tierra tiene que procrear continuamente y procrear más de lo que la muerte alcanza á destruir; de modo que, en semejante apuro, ha de cuidar más de la conservación de las especies que de la originalidad de los individuos.

¡De qué extraña manera se apoderaron de mí los místicos terrores de este pensamiento, al ver en el palacio *Durazzo* los retratos de las hermosas genovesas, y entre

(1) La versión francesa dice *campanilla* (*clochette*), lo que quita gran parte de su fuerza de oposición á la frase.

éstos uno que levantó en mi alma una dulce tempestad, á consecuencia de la que, aun hoy, cuando en él pienso, se estremecen mis párpados! ¡Era el retrato de la difunta María!

El encargado de la galería creía, es verdad, que el cuadro representaba á una duquesa de Génova, y añadía después en tono de *cicerone:* «Le pintó *Giorgio Barbarelli del Castelfranco de Trevigiano*, llamado *Giorgione*, uno de los más grandes pintores de la escuela veneciana, que nació en el año de 1477 y murió en el año de 1511.»

—Está muy bien, *signor custode*. El retrato tiene mucho parecido, podrá haber sido pintado hace un par de siglos, pero eso no es falta; el dibujo es correcto, el colorido de primer orden, el plegado del ropaje sobre el seno perfectísimo. Tenga usted la bondad de descolgar el cuadro por un instante, no quiero más que soplar el polvo de los labios, y al mismo tiempo, desalojar á esa araña establecida en el ángulo del marco. María tuvo siempre horror á las arañas.

—Su Excelencia parece inteligente.

—Es cosa que ignoro, *signor custode*. Tengo el talento de emocionarme mucho ante ciertos cuadros, y entonces se me humedecen los ojos. ¡Pero, qué veo! ¿De quién es ese retrato de hombre cubierto con negra capa, que está allí colgado?

—También es del *Giorgione;* una obra maestra.

—Ruego á usted, *signor*, que tenga la bondad de descolgarle también, y de tenerle un momento aquí al lado

del espejo, á fin de poder comparar, y ver si me parezco al retrato.

—Su Excelencia no es tan pálido. El retrato es una obra maestra del *Giorgione;* éste era rival del *Tiziano;* nació en 1477 y murió en 1511.

Yo prefiero, querido lector, el *Giorgione* al *Tiziano*, y le estoy especialmente agradecido, por haber pintado á María para mí.

No dejarás de reconocer, tanto como yo, que el *Giorgione* ha pintado el cuadro para mí, y no para no sé qué viejo genovés. Está todo perfectamente reproducido, hasta el silencio de la muerte; ni aun falta la expresión del dolor en sus ojos, del dolor que expresa más bien un sufrimiento soñado que experimentado, y que era muy difícil de pintar. Todo el retrato está como suspirado sobre el lienzo. También el hombre de la capa negra está bien pintado, y sus labios, maliciosamente sentimentales, bien reproducidos, están hablando, como si fueran á referir alguna historia....; la historia del caballero que quiso resucitar á su amada con un beso, y cuando se apagó la luz.....

II.

LOS BAÑOS DE LÚCCA.

Soy cua la mujer al hombre.....

Conde Augusto de Platen Hallermünde.

Si el Conde quiere—bailar un poco
Decirlo puede,
Yo tocaré.

Figaro.

AL POETA

CARLOS IMMERMANN

dedica estas páginas, en prueba de su más

cariñoso respeto, el autor.

CAPÍTULO I.

Al entrar yo en el cuarto de Matilde, acababa ésta de abrochar el último botón de su amazona verde, é iba precisamente á ponerse un sombrero con plumas blancas; pero así que me vió, le arrojó bruscamente lejos de sí, y, dejando flotar su dorada cabellera, se precipitó á mi encuentro.

—¡Doctor del cielo y de la tierra!—exclamó—y, siguiendo su antigua costumbre, me asió de ambas orejas y me besó con la más cómica cordialidad.

—¿Cómo le va al más loco de los mortales? ¡Qué dichosa soy en volverle á ver! pues en ningún rincón de este vasto mundo podría encontrar un hombre más loco. Necios é imbéciles existen bastantes, y hasta se les hace el honor de tenerlos por locos; pero la verdadera locura es tan rara como la verdadera sabiduría, pues acaso no es otra cosa que la sabiduría hastiada, que lo sabe todo, todas las infamias de este mundo, y por lo mismo ha tomado la sabia resolución de volverse loca. Los orientales son gentes de talento, pues veneran á un loco como á un profeta, mas nosotros tenemos á todos los profetas por locos.

- Pero *milady*, ¿por qué no me ha escrito usted?

—Créame doctor, le he escrito una larga carta, en cuyo sobre anoté: «Para entregar en New-Bedlam.» Pero usted, contra toda previsión, no estaba allí; se envió la carta á St.-Luce, y tampoco estaba; se le envió después á otro establecimiento análogo; se le hizo dar la vuelta por todas las casas de locos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, hasta que me la remitieron con esta observación: «El *gentleman* que indica el sobre aún no ha sido encerrado.» Y, en efecto, ¿cómo se ha arreglado usted para andar suelto todavía?

—He obrado sagazmente, *milady*. Por doquiera fuí supe evitar las casas de locos, y creo lograré hacerlo también en Italia.

—¡Oh, amigo mío! aquí está usted completamente seguro, primero, porque no hay por aquí cerca casa de locos, y, segundo, porque aquí estamos en mayoría.

—¿Usted, *milady*? ¿Usted se cuenta también entre los nuestros? Permítame que imprima en su frente un ósculo fraternal.

—¡Ah! quiero decir, nosotros los bañistas, entre los que verdaderamente soy aún la más razonable. Fácilmente podrá formarse idea de la más loca, por ejemplo, de Julia Maxfield, que afirma constantemente que los ojos verdes significan la primavera del alma. Después aun tenemos dos jóvenes beldades.....

—Seguramente beldades inglesas, *milady*.

—Doctor, ¿qué significa ese tono burlesco? De tan buen gusto encontrará usted estos rostros llenos y páli-

dos de *macaroni* de Italia, que no le produzcan efecto alguno ya los británicos.....

—*Plumpuddins* (1) con ojos de uva, senos de *roast-beef* (2) festoneados con bandas de blancos rábanos (3), pasteles orgullosos.....

—Hubo un tiempo, doctor, en que usted se entusiasmaba siempre que veía una bella inglesa.....

—¡Sí, eso era en otro tiempo! Todavía estoy dispuesto á rendir homenaje á sus compatriotas; son bellas como soles, pero soles de hielo; son blancas como el mármol, pero como el mármol frías..... Sobre sus yertos corazones se hielan los pobres animalitos..... (4).

—¡Oh! yo conozco uno que todavía no se ha helado, y fresco y saludable se arrojó al mar; y era un gran alemán, impertinente.....

—Por lo menos se enfrió de tal modo al hielo de los corazones ingleses, que hoy todavía está constipado.

Milady pareció picarse ante esta réplica, cogió el latiguillo, que estaba entre las hojas de una novela, á guisa de señal, le restalló en torno de las orejas de su blanco perro de caza que gruñó sordamente, levantó con viveza su sombrero del suelo, le colocó gallardamente sobre su rizada cabellera, se miró un par de veces con satisfacción

---

(1) Pastas de ciruela.

(2) Vaca asada.

(3) El original, dice *Merretting* (rábanos de mar), la versión francesa *raifort* (rábano silvestre).

(4) La versión francesa añade: *animalitos de color de pulga.*

al espejo (1) y dijo con orgullo: ¡Todavía soy bella! Mas, de pronto, como penetrada por somlırío y doloroso sentimiento, se quedó pensativa (2), despojó su mano del blanco guante, me la tendió, y, sorprendiendo mi pensamiento con la rapidez de una flecha (3), dijo:

—¿No es verdad que esta mano no es ya tan bella como en Ramsgate? ¡Matilde ha sufrido mucho desde entonces!

Querido lector, rara vez puede verse en qué sitio se le ha hecho una raja á la campana, y sólo por el sonido se advierte que la tiene. Si hubieras oído el tono de voz con que las anteriores palabras fueron pronunciadas, supieras también que el corazón de *milady* es una campana del mejor metal, pero que una secreta hendidura apagó de un modo extraño sus más alegres tonos, velándolos al propio tiempo con misteriosa tristeza. Sin embargo, gusto de semejantes campanas, siempre hallan eco simpático en mi propio pecho, y besé la mano de *milady*, casi con más ternura que en otros días, aunque estaba menos lozana, y algunas venas, demasiado azules y abultadas, parecían decirme también:—«Matilde ha sufrido mucho desde entonces.»

Contempláronme sus ojos cual melancólicas y soli-

---

(1) La versión francesa dice: *varias veces*, pero en cambio suprime, *con satisfacción*.

(2) La versión francesa suprime *sombrío*, y *se quedó pensativa*.

(3) La versión francesa dice: *como un relámpago*.

tarias estrellas en un cielo de otoño, y con tierna intimidad me dijo:

—¡Parece que me quiere usted menos, doctor! Tan sólo de compasión, casi de limosna, es la lágrima que ha vertido usted en mi mano!

—¿Quién le manda á usted interpretar de un modo tan mezquino el mudo lenguaje de mis lágrimas? Apuesto á que el blanco lebrel, que ahora está pegado á usted, me comprende mejor; me mira y luego la mira, parece admirarse de que los hombres, los orgullosos dueños de la creación sean tan íntima y profundamente desgraciados. ¡Ay, *milady*, solamente los dolores análogos á los nuestros nos arrancan lágrimas, pues cada uno llora por sí propio!

—¡Basta, basta, doctor! Al menos bien es que seamos contemporáneos y nos hayamos encontrado en el mismo rincón de la tierra con nuestras necias lágrimas. ¡Ah, qué desgracia, si acaso usted hubiera vivido dos siglos antes, como me ha ocurrido con mi amigo Miguel de Cervantes Saavedra, ó bien si hubiera venido al mundo un siglo después que yo, como algún otro íntimo amigo mío, cuyo nombre ignoro, precisamente porque no le tendrá hasta que no nazca, allá por el año de 1900! Pero cuénteme usted, ¿cuál ha sido su vida desde que dejamos de vernos?

—He continuado en mi ordinaria ocupación, *milady;* he seguido rodando la gran piedra. Cuando la había subido hasta la mitad de la altura de la montaña, rodábase de pronto hasta abajo, y me era preciso tratar

de subirla nuevamente..... y este voltear montaña arriba y montaña abajo se repitió durante tanto tiempo, que al fin acabé por quedar bajo la gran piedra, y el maestro lapidario escribió sobre ella: «Aquí yace en Dios.....»

—¡Por vida de..... (1), doctor, aun no le he dejado descansar..... ¡Ea, no esté usted melancólico! Ría usted, ó yo.....

—¡No; no me haga cosquillas! prefiero reirme de mí mismo.

—Perfectamente. Me agrada usted tanto como en Ramsgate, donde nos aproximamos por vez primera.....

—Y al fin vamos aproximándonos cada vez más (2). Sí; quiero estar alegre. Bueno es que hayamos vuelto á encontrarnos, y el gran alemán..... tendría de nuevo un placer en arriesgar por usted su vida.

Los ojos de *milady* sonrieron como el rayo del sol después de un ligero chubasco, y volvía de nuevo á relampaguear su buen humor, cuando entró John, y en la más exquisita jerga lacayesca anunció á Su Excelencia *il Marchese Cristoforo di Gumpelino.*

—¡Bien venido sea! Y usted, doctor, va á conocer á un *par* de nuestro reino de locos. No le choque á usted su exterior, y sobre todo su nariz. Es hombre que posee excelentes cualidades, por ejemplo, mucho dinero, entendimiento sano, y el afán de reunir en sí todas las

---

(1) La versión francesa dice: *¡Corpo di Bacco!* Pero el original sólo dice: *Bei Leibe.*

(2) La versión francesa dice: *Esa fué, es verdad, nuestra primer aproximación.*

excentricidades de la época; además está enamorado de mi amiga la de los ojos verdes, de Julia Maxfield; le llama su Julieta, y él se llama su Romeo; declama y suspira, y Lord Maxfield, el cuñado, á quien ha confiado su esposo la fiel Julia, es un Argos.....

Ya iba yo á hacer la observación de que Argos guardaba una vaca, cuando se abrió la puerta de par en par, y con gran asombro mío entró balanceándose mi antiguo amigo el banquero Cristián Gumpel, con su sonrisa de satisfacción y su bienaventurado (1) abdomen. Cuando hubo refregado suficientemente sus gruesos y lucientes labios contra la mano de *milady*, y tartamudeado las preguntas sanitarias de rigor, me reconoció, y los amigos se arrojaron uno en brazos del otro.

(1) La versión francesa sólo dice: *grueso*, pero el original consigna *gottgefälligen* (agradable á Dios).

CAPÍTULO II.

La advertencia de Matilde de que no fuera a chocarme la nariz de este hombre, era completamente fundada, pues poco faltó, en efecto, para que me saltara un ojo con ella.

No voy á hablar mal de esta nariz; al contrario, tenía la más noble de las formas, y precisamente ella autorizaba á mi amigo, por lo menos, á decorarse con un título de marqués. Podía, por su nariz, verse, en efecto, que pertenecía á la buena nobleza, que descendía de una familia tan antigua como el mundo, con la que un tiempo emparentara el mismo Dios, sin temor de hacer una mala alianza.

Cierto es que desde entonces esta familia ha venido algo á menos, hasta el punto de que casi desde la época de Carlo-Magno ha tenido que ganarse la subsistencia comerciando en calzones viejos y con los billetes de la lotería de Hamburgo, sin que por esto haya renunciado á su altivo abolengo ni perdido nunca la esperanza de recobrar sus bienes ó de recibir al menos una cuantiosa indemnización de los emigrantes, cuando su antiguo y legítimo soberano lleve á cabo su prometida restaura-

ción, promesa con que hace ya dos siglos les pasea de la nariz por el mundo.

¿No se les habrá acaso alargado la nariz á causa de este dilatadísimo paseo asidos de dicha parte? ¿O serán estas largas narices una especie de uniforme (1), mediante el cual reconoce Jehovah, el Dios-Rey (2), á sus antiguos guardias de *Corps* hasta cuando han desertado?

El marqués *Gumpelino* era uno de estos desertores, pero llevaba siempre su uniforme, que era muy brillante, sembrado de pequeñas cruces y estrellitas de rubies, toda una orden del Aguila Roja en miniatura y otras condecoraciones.

—Vea usted—dijo *milady*—esa es mi nariz favorita; no conozco flor más bella en la tierra.

—Esta flor—dijo *Gumpelino*, largando desmensuradamente la boca para sonreir (3)—no puedo colocarla en su hermoso seno, sin poner con ella mi rubicundo semblante, y este aditamento le seria acaso algo molesto, dado el calor que hace hoy.

Al pronunciar estas palabras abrió el Marqués un cucurucho de papel que consigo traía, y con prolijos cuidados sacó de él un admirable tulipán.

Apenas vió *milady* la flor, gritó con todas sus fuer-

---

(1) La versión francesa dice *uniforme nazal*.

(2) La versión francesa dice, en vez de Jehovah, el Dios-Rey, *el dios* (sic) *Rey de Israel*.

(3) La versión francesa sólo dice: *dijo Gumpelino*, y suprime la voz *schmunzlächelte*, de *schmunz*, derivado de *mund* (boca) y *lächelte*, de *lachen* (sonreir).

zas:—¡Asesino! ¡asesino! ¿Usted quiere asesinarme? ¡Lejos, lejos de mí con ese horrible espectáculo!

Se agitó como si fueran á matarla; se cubrió el rostro con las manos; maldijo á *Gumpelino* y su tulipán; golpeó el suelo con el pie; golpeó al perro con el latiguillo, haciéndole aullar con fuerza, y cuando se presentó John, exclamó como Kean cuando hace de rey Ricardo (1):

¡Un corcel, un corcel, y ahí va mi reino! (2)

Y se precipitó como un torbellino fuera de la estancia.

—Curiosa mujer—dijo *Gumpelino*, inmóvil de asombro y siempre con el tulipán en la mano, lo que le hacia parecerse á uno de aquellos ídolos que se ven en los antiguos monumentos indios (3) con la flor del loto en

(1) La versión francesa dice: *como Kean en Ricardo III.*
(2) *Shakespeare.—King Richard* III, acto V, escena IV.
El texto alemán dice:

Ein Pferd! ein Pferd!
Ein Königthum für ein Pferd!

Cuya traducción sería:

¡Un corcel! ¡un corcel!
¡Un reino por un corcel!

Pero el original inglés dice:

«*¡A horse! ¡a horse! my kingdom for a horse.*»

que es lo traducido arriba, cual corresponde, en un endecasílabo.
(3) La versión francesa dice: *del Egipto.*

la mano. Pero yo que conocía mejor á la dama, y su idiosincrasia, me divertí sobre manera con esta comedia; abrí la ventana, y exclamé:—*¡Milady!* ¿qué debo pensar de usted? ¿Es esto cordura, conveniencia.....; sobre todo, es esto amor? (1)

Entonces se echó á reir, dándome esta extraña respuesta:

—Cuando á caballo esté, podré jurarte:
¡Mi amor es infinito!

---

(1) La versión francesa ofrece en la segunda mitad de este párrafo variantes y adiciones; dice así:

«En cuanto á mí, conocía la aversión de la dama por los tulipanes; idiosincrasia ignorada por el Marqués, quien se imaginaba obtener mejor éxito enviándole más tarde la flor con un criado. Cuesta mucho—decía—para no obligar á *milady* á que la acepte. Por más que la escena me hubiese divertido sobremanera, abrí la ventana y exclamé:—*¡Milady!* ¿qué debo pensar de usted? ¿Es esto razón, conveniencia; sobre todo, es esto amistad?»

CAPÍTULO III.

—¡Curiosa señora!—repetía Gumpelino, al paso que íbamos á visitar á sus dos amigas *signora Letizia* y *signora Francesca*, á las cuales quería presentarme. Pero la vivienda de estas señoras se hallaba situada en una eminencia algo lejana, y yo sentía tanto más reconocimiento por la bondad de mi corpulento amigo, cuanto que hallaba algo fatigosa la subida de la montaña, y en cada colina se detenía á tomar aliento y suspiraba un ¡Jesús!

En los baños de Lucca están situadas las casas, bien allá abajo, en una aldea rodeada de montañas, ó bien sobre esta montaña, no lejos del manantial principal, desde donde se divisa, abajo, en un valle encantador, un pintoresco grupo de ellas. Pero también hay algunas aisladas y esparcidas por los declives, á las que hay que trepar penosamente por entre viñas, mirtos, hojas de cabra, laureles, olivos, geráneos y otras distinguidas plantas y flores que forman un paraíso silvestre.

Jamás vi un valle más encantador, sobre todo cuando se mira hacia la aldea desde la terraza del baño superior, donde se elevan los cipreses de un verde sombrío. Desde

allí se ve el puente que salva un riachuelo llamado Lima, que dividiendo la aldea en dos partes, se precipita por los dos extremos en regulares cascadas sobre los fragmentos de roca, y promueve tal estruendo, como si quisiera decir las más agradables cosas y supiera que no habia de dominar con su palabra la múltiple charla del eco.

Pero el principal encanto de este valle consiste seguramente en la circunstancia de no ser demasiado grande ni demasiado pequeño; en que el alma del espectador no se siente violentamente dilatada, sino más bien equilibrada ante su magnífico aspecto; en que las mismas cimas de las montañas, como los Apeninos, sobre todo, no ofrecen extrañas, góticas y pronunciadas deformidades, como las caricaturas de montañas, que así como caricaturas de hombres, se encuentran en los países germánicos, sino que sus formas noblemente redondeadas, alegres y cubiertas de verdura, casi manifiestan una civilización artística, y hasta armonizan melódicamente con el cielo de un azul claro.

—¡Jesús!—gimió Gumpelino—cuando ya algo sofocados á causa de lo penoso de la subida y el sol de la mañana, llegamos á la precitada altura de los cipreses, y al mirar hacia la aldea, vimos á nuestra inglesa amiga, erguida sobre su corcel, como la romántica aparición de una conseja, atravesar á galope el puente y desaparecer como fugaz ensueño.

—¡Jesús! ¡qué curiosa señora!—repitió varias veces el Marqués.—Jamás he encontrado en la vida ordinaria

una señora semejante. Sólo se las encuentra en las comedias, y creo que la Holzbecher, por ejemplo, representaría bien este papel. Tiene algo de ondina. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que tiene usted razón, Gumpelino. Cuando fuí con ella de Lóndres á Rotterdam, dijo el capitán del buque que parecía una rosa espolvoreada con pimienta. Pues para darle gracias por esta picante comparación, así que le halló dormido en el camarote, le arrojó en la cabeza todo un tarro de pimienta, y no podía uno acercarse al pobre hombre sin estornudar.

—¡Curiosa señora!—volvió á decir Gumpelino.—Tan delicada como la seda blanca, y al mismo tiempo tan fuerte; monta á caballo tan bien como yo. ¡Con tal que no dé al traste con su salud! ¿No ha visto usted al inglés alto y flaco que sobre su escuálida bestia corría en pos de ella como una tísis (1) galopante? Ese pueblo monta por pasión, daría todo el dinero del mundo por un caballo. El blanco, de *Lady Maxfield*, cuesta trescientos luises de oro contantes y sonantes, ¡ay! y los luises de oro están muy caros y subirán todos los días.

—Sí, los luises de oro van á subir tanto, que un pobre letrado como yo no va á poder alcanzarlos.

—No puede usted formarse idea, señor doctor, del dinero que tengo que gastar, y eso que me contento con un solo criado, y solamente cuando estoy en Roma tengo

(1) La versión francesa dice indebidamente: *pulmonia*, que no es la traducción del *schwindsucht* del original.

un capellán para mi oratorio particular. Vea usted, ahí viene mi Jacinto.

La figurilla que hizo su aparición á la revuelta de una colina, merecía más bien el nombre de lirio rojo. Érase un amplio y flotante traje escarlata, recargado de galones de oro, que brillaba á los rayos del sol, y de toda esta roja pompa salía una sudorosa cabecita, que me saludó muy familiarmente. Y en verdad que cuando contemplé más de cerca aquella pálida y acuitada carilla y aquellos ojos inquietos y afanosos, reconocí á alguien á quien hubiera esperado encontrar más bien en el monte Sinaí que en los Apeninos, y que no era otro que el señor Hirsch, ciudadano amparado de Hamburgo, hombre que no se había reducido á ser un honrado expendedor de billetes de lotería, sino que entendía también de callos y de joyas, de manera que no solamente sabe distinguir los primeros de las últimas, sino también cortar habilísimamente los ojos de gallo y tasar con la mayor exactitud las joyas.

—Bien puedo esperar—dijo, cuando llegó cerca de mí—que me reconozca usted aún, aunque ya no me llame Hirsch. Ahora me llamo Jacinto, y soy el ayuda de cámara del Sr. Gumpel.

—¡Jacinto!—exclamó éste, lleno de asombro y cólera por la indiscreción del criado.

—Tranquilícese usted, señor Gumpel ó señor Gumpelino, ó señor Marqués, ó Su Excelencia, no tenemos necesidad de molestarnos en presencia de este señor; él me conoce, me ha tomado muchos billetes, y hasta pu-

diera jurar que me debe todavía de la última extracción siete marcos y nueve chelines..... Me alegro en verdad, de volverle á ver, señor doctor. ¿Tiene usted también por aquí asuntos de placer? ¿Qué otra cosa ha de hacerse aquí, con este calor, y donde además hay que andar subiendo y bajando montañas? Estoy más cansado por la tarde que si hubiera dado veinte carreras desde la puerta de Altona á la de Steinthor, sin haber sacado ningún provecho.

—¡Jesús!—exclamó el Marqués,—¡calla, calla! Tengo que procurarme otro criado.

—¿Por qué callar?—replicó Hirsch.—Aun me gusta, cuando puedo, hablar en buen alemán con alguna cara que algún día viera en Hamburgo, y pienso en Hamburgo.....

Aquí al recuerdo de su pequeña y madrastra patria brillaron algunas lágrimas en los ojillos del buen hombre, que dijo suspirando:

—¡Esto es el hombre! Va uno tan contento paseando por la puerta de Altona, en la montaña de Hamburgo (1) y ve allí mil curiosidades, los leones, las aves, los papagayos, los monos, los hombres extraordinarios, se hace uno llevar en *carrousel* ó electrizar, y entonces piensa uno: ¡De buena gana estaría yo ahora á doscientas leguas de Hamburgo, en el país donde crecen los limoneros y los naranjos, en Italia! ¡Esto es el hombre! ¡Está en la puerta de Altona y deseara estar en Italia,

(1) La versión francesa dice: *por la puerta de Altona.*

se encuentra en Italia y quisiera verse otra vez en la puerta de Altona! ¡Ah! si me encontrara de nuevo allí, y viera otra vez la torre de San Miguel, y en su parte alta el reloj con su esfera cubierta de grandes cifras de oro, grandes cifras que, con frecuencia, contemplaba yo después de mediodía, cuando brillaban alegremente al sol.....: muchas veces hubiera querido besarlas! ¡Ay! Ahora estoy en Italia, donde crecen los naranjos y limoneros; pero cuando veo madurarse las naranjas y los limones, pienso en el *Steinweg* (1) de Hamburgo, donde los hay á carretadas, cómodamente dispuestos, y donde sin esfuerzo se les puede tomar, sin verse precisado á trepar á tantos lugares peligrosos de la montaña, ni á soportar un calor tan sofocante. Así Dios me ayude, señor Marqués, que si no fuera por el honor y por la educación, no le hubiera yo seguido hasta aquí. Pero no puedo menos de convenir con usted, en que á su lado se honra uno y educa.

—Jacinto—dijo en este punto Gumpelino, que gracias á esta adulación, se había dulcificado algo.—Jacinto, ve al punto á casa.....

—Ya sé á.....

—No sabes nada, Jacinto, yo te lo digo.

—Pues yo digo á usted, señor Gumpel, que sé que Vuestra Excelencia me envía ahora á casa de *Lady Maxfield*. No necesito saber más. Leo sus pensamientos, y hasta lo que aún no ha pensado, y quizá no pensará

(1) *Camino de piedra* ó empedrado.

en los días de su vida. No encontrará usted fácilmente un criado como yo....., y yo lo soy por el honor y por la educación, porque es lo cierto que al lado de usted se honra y se educa uno.

Pronunciadas estas palabras se limpió la nariz con un blanquísimo pañuelo.

—Jacinto—dijo el Marqués—vete ahora á casa de *Lady* Julia Maxfield, á casa de mi Julieta, y llévale este tulipán. Cuídale, porque cuesta cinco *paoli*..... (1) y dile.....

—Ya sé.....

—Te digo que no sabes nada: El tulipán es entre las flores.....

—Ya sé, usted quiere decirle algo por medio de la flor. Yo mismo he adoptadotambién, en mis recibos de muchos billetes de lotería, una divisa.....

—Te digo, Jacinto, que no se trata de tus divisas. Lleva esta flor á *Lady* Maxfield, y dile:

El tulipán es entre las flores
Lo que entre los quesos el *strachino;*
¡Aun más que á flores y quesos,
Adórate Gumpelino! (2)

---

(1) Moneda de plata de Toscana, que vale la décima parte de un *francescone*, y como este vale 5 francos 61 céntimos, aquel viene á equivaler á nuestra media peseta.

(2) Los cuatro versos son trasunto fidelísimo en palabras y faltas rítmicas de los cuatro del original, como el autor los hizo ú oyó al banquero enamorado.

—Tan seguramente Dios me conceda todos sus dones, como que eso está bien—exclamó Jacinto.—No me haga usted señas, señor Marqués; lo que usted sabe lo sé yo, y lo que sé yo lo sabe usted. ¡Y á usted, señor doctor, que le vaya bien! No volveré á recordarle aquella bagatela.

—Dichas estas palabras volvió á descender de la colina, murmurando continuamente: Gumpelino, *strachino*..... *strachino*, Gumpelino.....

—Es un hombre adicto—dijo el Marqués—á no ser así, tiempo hace que le hubiera despedido, á causa de su falta de etiqueta. Delante de usted nada me importa, usted me entiende. ¿Qué le parece su librea? Tiene por valor de cuarenta *thalers* de galón más que las libreas de los criados de Rothschild. Tengo la satisfacción interior de que ese hombre se perfecciona á mi lado. De cuando en cuando le doy yo mismo lecciones instructivas. Le digo con frecuencia: ¿Qué es el dinero? El dinero es redondo y pronto rueda, pero la instrucción se queda. Sí, señor doctor, si yo, lo que Dios no quiera, llego á perder mi dinero, continuaré siendo un gran inteligente en arte, conocedor de la pintura, música y poesía. Puede usted vendarme los ojos y pasearme por la galería de Florencia, y diré á usted el nombre del pintor, ó al menos la escuela á que pertenece cada uno de los cuadros ante que usted me ponga. ¿Y en música? Tápeme usted los oídos y percibiré todas las notas falsas. ¿Y en poesía? Conozco á todas las comediantas de Alemania, y sé de memoria todos los poetas. ¿Y en la Naturaleza? He

viajado doscientas leguas, caminando día y noche, para ver en Escocia una sola montaña. Pero Italia es superior á todo. ¿Qué le parece á usted este paisaje? ¡Qué creación! Vea usted los árboles, las montañas, el cielo, y el agua allá abajo..... ¿no está todo como pintado? ¿Ha visto usted nunca cosa más bella en el teatro? ¡Se hace uno poeta, por decirlo así! Se le vienen á uno á la mente los versos (1), sin saber de donde:

En silencio, so el velo del crepúsculo
Yace el campo, del bosque la voz muere;
Aquí tan sólo entre los muros viejos
Un grillo triste su chirrido emprende.

Declamó el Marqués estas sublimes palabras con un verdadero desbordamiento de emoción, en tanto que como transfigurado, contemplaba el riente valle iluminado por la luz de la mañana (2).

---

(1) En la versión francesa faltan las últimas palabras.

(2) La versión francesa dice: *dirigiendo miradas elegiacas al riente valle*, etc. Pero en el original no hay *elegische*, sino *verklärt* aplicado á la persona, no á sus miradas.

CAPÍTULO IV.

Una hermosa mañana de primavera que me fuí á pasear bajo los tilos en Berlín, iban delante de mi dos mujeres, largo rato calladas, hasta que por fin una de ellas suspiró lánguidamente: ¡Ah! la verdura de los árboles! A lo que la otra, que era una muchacha joven, preguntó con inocente admiración:—¿Qué le importa á usted, madre, la verdura de los árboles?

No pude menos de observar que ambas personas no iban seguramente vestidas de seda, no obstante lo cual no pertenecían en modo alguno al populacho, porque, ante todo, no le hay en Berlín, á no ser en las más altas clases. Mas por lo que respecta á la inocente pregunta en sí, no se aparta jamás de mi memoria. Doquiera sorprendo un falso sentimiento de la Naturaleza, una verde mentira cruza por mi mente sonriendo con regocijo (1). Al escuchar la declamación del Marqués, la sentí reir en mi interior, y al adivinar la burla en mis labios exclamó éste incomodado:

(1) En el original, en la forma vulgar berlinesa: *¡Ah, die jrüne Bemee!* en vez de *¡Ah, die grüne Bäume!* que sería lo correcto.

— No me perturbe usted. No tiene usted el sentimiento de la pura naturalidad. Es usted un hombre desgarrado, una sensibilidad desgarrada, por decirlo así, un Byron.

¿Perteneces acaso, querido lector, á esas piadosas aves, que por ahí corean la canción de lo desgarrador de Byron, que me la han piado y gorjeado en todos los tonos en el transcurso de diez años, de modo que hasta en el meollo del Marqués, según acabas de oir, habia encontrado eco?

¡Ah, lector querido!, si quieres quejarte de lo desgarrador, quéjate más bien de que el mundo mismo se haya desgarrado por medio. Puesto que el corazón del poeta es el centro del mundo, ha tenido que desgarrarse dolorosamente en nuestros actuales tiempos. El que se gloria de que su corazón permanece entero, confiesa tan sólo que tiene un corazón prosaico y metido en su rincón. Atravesó el mio el gran desgarrón del mundo, y precisamente por esto sé que los grandes dioses me han favorecido con preferencia á otros muchos, y me han considerado digno del martirio de poeta

En otro tiempo el mundo estaba entero, así en la antigüedad como en la Edad Media; á despecho de las querellas exteriores, seguía existiendo la unidad del mundo, y habia poetas completos. Honremos á estos poetas y regocijémonos con ellos; pero toda imitación de su integridad es una mentira, una mentira que ve todo el que tiene ojos, y que no se libra del ridículo. Últimamente, acabo de procurarme, con mucho trabajo en Ber-

lín, las poesías de uno de esos poetas completos que tanto se han lamentado de mi desgarramiento byroniano, y entre mentidos verdores, tiernos sentimientos de la Naturaleza, que á veces me olían ya á heno fresco; mi pobre corazón, tanto tiempo há desgarrado, á poco si muere de risa, y hube de exclamar involuntariamente:

—Mi querido señor consejero de la Intendencia, Wilhelm Neumann, ¿qué le importa á usted la verdura de los árboles?

—Usted es un hombre desgarrado, es decir, un Byron—repitió el Marqués, mirando siempre, como transfigurado, al valle, y haciendo chasquear á veces su lengua contra el paladar en señal de piadosa admiración:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Todo esto parece pintado!

¡Pobre Byron! ¡qué goces te han sido negados! ¿Estaba tu corazón tan corrompido, que sólo pudieras ver la Naturaleza, retratarla, pero que no pudiera hacerte feliz? ¡O acaso tiene razón Bysshe Schelley, cuando dice que la sorprendiste en su casta desnudez y por esto fuiste destrozado por sus perros, como Acteon!

Pero dejemos este asunto; pasemos á otro mejor, esto es, á la morada de las *signoras Letizia* y *Francesca*, pequeño y blanco edificio, que parece estar aún en bata de mañana, que tiene en su frente dos ventanas redondas, ante las cuales deja caer una crecida parra sus largos pámpanos, cual si cayera verde cabellera de profusos rizos sobre los ojos de la casa. Apenas llegados á la puerta escuchamos una confusión de sonidos, trinos ondulantes, acordes de guitarra y risotadas.

CAPÍTULO V.

La *signora Letizia*, fresca rosa de cincuenta años, estaba en el lecho trinando y charlando con sus dos galanes, de los cuales el uno estaba sentado ante ella en un escabel bajo, y el otro, extendido en un gran sillón, punteaba la guitarra. En la cámara vecina hendían el aire de tiempo en tiempo también los giros de una dulce canción ó los de una carcajada aún más deliciosa.

Con cierta ironía superficial, que el Marqués adoptaba algunas veces, me presentó á la *signora* y á los dos caballeros, haciéndoles saber que yo era el mismo Juan Enrique Heine, doctor en Derecho, entonces célebre en la literatura jurídica alemana. Por desgracia, uno de aquellos señores era profesor de Bolonia, y precisamente jurisconsulto, aunque su abultado y redondo abdomen más bien aprecia calificarle de una figura de trigonometría esférica (1).

Aunque con cierto embarazo, hice la observación de que no escribía bajo mi propio nombre, sino bajo el

(1) La versión francesa, dice: ..... *aunque según su andar desmazalado y su muelle y redondeado abdomen, se le hubiera podido tomar más bien por un canónigo.*

nombre de Jarke; y lo dije por modestia, pues por casualidad me pasó por la imaginación el nombre de uno de los más insignificantes insectos de nuestra literatura jurídica. El boloñés lamentó en verdad no haber oído todavía este célebre nombre—lo que quizá te sucederá también á tí, querido lector;—pero no dudó de que su brillo se habría de extender pronto por toda la tierra. Después se arrellanó en su sillón, arrancó un acorde á la guitarra y cantó el ária de Assur.

«¡Escucha propicio,
Oh Brahma potente,
La voz balbuciente,
Del niño, del niño!.....»

En la cámara vecina resonó, á manera del eco dulce y provocativo de la voz del ruiseñor, una melodía semejante. Pero la *signora Letizia* gorjeaba entretanto en la más aguda voz de tiple:

«¡Por tí se arde mi mejilla,
Por tí el pulso da latido,
Y de dulce amor henchido
Me palpita el corazón!»

Y en seguida añadió en prosa y con un vozarrón muy grave:—«¡Bartolo, dame la escupidera!»

Levantóse entonces Bartolo de su taburete sobre sus piernas secas, cual si fuesen de madera, y presentó respetuosamente una vasija de porcelena azul algo sucia.

Este segundo galán, según en alemán me insinuó Gumpelino, era un poeta muy célebre, cuyos cantos, compuestos ya hacía veinte años, resuenan aún en toda Italia, y embriagan á viejos y jóvenes con el dulce fuego de amor que en ellos flamea, y, no obstante, ahora no es más que un pobre hombre envejecido, con los ojos marchitos en su ajado semblante, escasos cabellos blancos en su temblorosa cabeza y fría esterilidad en su apenado corazón.

Así un pobre y viejo poeta, con su fría demacración, se parece á las cepas que se ven en invierno sobre las frías montañas, secas y sin hojas, temblando á impulsos del viento y cubiertas de nieve, en tanto que el dulce mosto, que un día brotara de ellas, caldea en remotos países el corazón de tantos bebedores, que se embriagan cantando sus alabanzas.

¡Quién sabe si un día la imprenta, prensa del pensamiento, me habrá exprimido hasta la última gota, y sólo podrá encontrarse ya en la casa editorial de Hoffman y Campe, mi antiguo espíritu destilado; y si yo mismo no estaré acaso tan seco y entristecido como el pobre Bartolo, sentado en el escabel junto al lecho de una vieja *inamorata* y le alargue gustoso la escupidera!

La *signora Letizia* me dió sus disculpas, por estar en el lecho y hasta boca abajo, porque le había salido un abceso en la parte inferior del dorso, á causa de haber comido muchos higos, y esto le impedía estar reclinada de espalda como cumple á una señora honesta. Yacía, en verdad, en la posición de una esfinge; sus cabellos

rizados hacia arriba caían sobre sus dos brazos, entre los cuales se henchía su seno como un mar Rojo.

—¿Es usted alemán?—me preguntó.

—Soy demasiado honrado para mentir, señora—replicó mi humilde persona.

—¡Ah, los alemanes son bastante honrados! suspiró ella;—¡pero de qué sirve que las gentes sean honradas, si nos roban! Ellos arruinan á Italia. Mis mejores amigos están encarcelados en Milán; sólo esclavitud.....

—No, no—exclamó el Marqués—no se queje usted de los alemanes, que somos conquistadores conquistados, vencedores vencidos, así que llegamos á Italia: ver á usted, señora, verla, y caer á sus plantas, es todo uno..... —y sacando un pañuelo de seda amarilla se arrodilló, diciendo:—Aquí me tiene de hinojos rindiéndole homenaje en nombre de toda Alemania.

—*¡Cristoforo di Gumpelino!*—suspiró la *signora* lánguidamente y con profunda emoción;—levántese usted y abráceme.

Mas para que el tierno pastor no estropeara el peinado y el afeite de su amada, no le besó ésta en los ardientes labios, sino en la frente roja, de modo que sumergió profundamente su rostro, y la nariz, que era como su timón, fué á remar en el mar Rojo.

—*¡Signor Bartolo!*—exclamé yo—permita usted que me sirva de la escupidera.

El signor Bartolo sonrió tristemente, pero no dijo una sola palabra, por más que pasaba en Bolonia por el mejor profesor de lenguas, después de Mezzofanti. No nos

gusta hablar cuando tenemos el hablar por profesión. Servía á la *signora* como un caballero mudo, y sólo sabía de cuando en cuando recitarle la composición que hacía veinticinco años le arrojara á la escena, cuando se presentó en Bolonia por primera vez en el papel de Ariadna. Él mismo estaba quizá en aquel tiempo hojoso y florido, quizá semejante al mismo sagrado Baco, y su Letizia—Ariadna se precipitaría de seguro como una bacante (1) en sus lozanos brazos..... (2) *¡Evoe Bacche!* Componía él entonces muchas poesías amorosas, que ahora se conservan aún, como queda dicho, en la literatura italiana, en tanto que el poeta y su amada se han convertido en papel viejo.

Su fidelidad se ha conservado á través de veinticinco años, y creo que le encontrará su última hora sentado en el escabel, recitando gustoso sus versos ó alargando la escupidera (3). El profesor de jurisprudencia se arrastra también casi desde la misma época en los amorosos lazos de la *signora*, sigue haciéndole la corte con la misma asiduidad que á principios de este siglo, y hasta sigue teniendo que aplazar sin compasión sus lecciones académicas, cuando ella le exige que le acompañe á alguna parte; sigue aún cargado con todas las servidumbres de un verdadero *patito* (4).

La inquebrantable constancia de los dos adoradores

(1) La versión francesa añade: *desmelenada.*
(2) La versión francesa suprime: *lozanos.*
(3) La versión francesa añade: *ad libittum.*
(4) Palabra italiana: padecido; sufrido, aquí *apasionado.*

de una belleza ha mucho tiempo arruinada, quizá sea un hábito, acaso piedad hacia antiguos sentimientos, quizá sólo el sentimiento mismo que se ha hecho completamente independiente del estado actual de su objeto antiguo, al que contemplan sólo con los ojos del recuerdo.

Con frecuencia vemos gentes ancianas en las ciudades católicas, que se arrodillan en el ángulo de una calle ante la imagen de una *Madonna*, tan pálida y maltrecha que apenas han quedado algunas huellas y contornos del semblante, si es que ya no se ve tan sólo el nicho en que estaba pintada y la lámpara que colgaba de su parte superior; pero las gentes ancianas que con el rosario en sus manos temblorosas se arrodillan allí devotamente, vienen haciendo lo mismo desde su juventud; la costumbre les lleva siempre á la misma hora al mismo sitio; no reparan en la desaparición de la querida imágen, y como al fin la vejez debilita tanto y deja ciego, llega á ser completamente indiferente quizá que el objeto de nuestra adoración sea después de todo visible ó no.

Los que creen sin ver, son en todo caso más felices que los de vista penetrante que notan cada una de las arrugas más imperceptibles del rostro de su *Madonna*. Nada más terrible que tales observaciones. Hubo un tiempo, es verdad, en que yo creía que la infidelidad de las mujeres era la cosa más horrible, y para decirles yo lo más horrible, les llamaba serpientes. Pero ¡ah! ahora sé que es lo más terrible que no sean serpientes del todo, pues las serpientes se desnudan todos los años de su piel vieja y se rejuvenecen con otra nueva.

No pude notar si alguno de los dos viejos garzos estaba celoso de que el Marqués, ó más bien su nariz, nadara, como queda dicho, en las delicias (1). Bartolo permanecía tranquilo en su banquillo, con sus desecadas piernas cruzadas una sobre otra, y jugaba con el perrillo faldero de la *signora*, que era uno de esos lindos animalillos indígenas de Bolonia, conocidos con el nombre de boloñeses. El profesor no interrumpía por nada del mundo su canto, que á veces parodiaban alegremente los dulces tonos de las carcajadas del cuarto inmediato; mas de cuando en cuando interrumpía espontaneamente su canturreo, para agobiarme á preguntas jurídicas; y cuando no estábamos conformes en nuestros juicios, arrancaba un fuerte acorde y entonaba citas en apoyo de su opinión. En cuanto á mí, fundaba la mía en la autoridad de mi maestro el gran Hugo, muy célebre en Bolonia bajo el nombre de Ugone ó Ugolino.

—¡Es un gran hombre!—exclamó el profesor; después empezó á toquitear y cantó:

De su voz el dulce acento
En tu pecho hondo vibró,
Y el tormento que produjo,
Goce inmenso se trocó.

También se respeta mucho en Bolonia á **Thibaut**, á quien los italianos llaman Tibaldo; pero no se conocen

(1) La versión francesa añade: *del mar Rojo.*

allí tanto los escritos de estos grandes hombres, como sus opiniones principales y sus disidencias. Me encontré también con que Gans y Savigny sólo eran conocidos de nombre, creyendo el profesor que este último era una sabia señora.

—Sí, sí—dijo—cuando le hube sacado de este error muy excusable, tiene usted razón, no es una señora. Me han dado falsos informes. Hasta me dijeron que el señor Gans invitó en un baile á esta señora á danzar con él, sufrió un desaire, y por esto se originó entre ellos una enemistad literaria (1).

—En efecto, le han informado á usted mal. El señor Gans no bailaba, y esto por razones filantrópicas, por no producir un temblor de tierra. Esa invitación al baile es probablemente una alegoría mal entendida. La escuela histórica y la filosófica han sido simbolizadas por bailarines, y en este concepto se ha imaginado quizá un cuadro de baile compuesto de Ugone, Tibaldo, Gans y Savigny. Quizá en este sentido se dice que el señor Ugone, por más que sea el Diablo Cojuelo de la jurisprudencia, da tan lindos pasos de baile como la Lemière, y que el señor Gans ha ensayado en los últimos tiempos algunos grandes saltos, que le han convertido en el Hoguet de la escuela filosófica (2).

—El señor Gans—rectificó el profesor—baila, pues,

(1) La versión francesa dice: *y de esto había resultado una encarnizada enemistad de casuistas.*

(2) La versión francesa dice: *el Vestris.*

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE TOLEDO

de un modo puramente alegórico, ó por decirlo así, metafórico.

Después, de repente, en vez de seguir hablando, arpeó en las cuerdas de su guitarra, y tras el más extraño de los preludios (1) se puso á cantar como un loco:

Es verdad, su nombre amado
Dicha da á los corazones.
Que sus olas el mar enfurezca,
Triste el cielo doquier se ennegrezca,
Sólo se oiga Tarara exclamar,
Inclinándose el cielo y la tierra
Por su heroico nombre honrar (2).

En cuanto al señor Goeschen, no sabía si quiera el profesor que existiese. Pero esto tenía su natural explicación, en que la gloria del gran Goeschen no había llegado aún hasta Bolonia, sino solamente hasta Poggio, que dista aún cuatro leguas, y donde permanecerá aún algún tiempo por gusto. La misma Goettinga no es tan conocida en Bolonia como debía esperarse que lo fuera

(1) La versión francesa dice: *En medio de una confusión de los más extravagantes acordes.* El texto sólo dice: *bei dem tollsten Geklimper.*

(2) Los anteriores versos son iguales en número á los del original y reproducen con bastante fidelidad sus ritmos y rimas, aunque en el original no riman más que el 3.º y el 4.º, lo cual no ocurre en la versión francesa, que tiene ocho versos en vez de siete, á pesar de lo que no ofrecen combinación alguna métrica.

por gratitud, pues suele llamársela la Bolonia alemana (1).

No he de examinar aquí si esta denominación es justa; pero en todo caso las dos Universidades se distinguen en la sencilla circunstancia de que en Bolonia se encuentran los perros más pequeños y los sabios más grandes, mientras en Goettinga, al contrario, se encuentran los sabios más pequeños y los perros más grandes.

---

(1) La versión francesa dice: *Goettinga misma no es aún bastante conocida ó apreciada en Bolonia. Hubiera podido imaginarse lo contrario, y en esto hay una falta de cortesía: porque Geottinga se titula ordinariamente la Bolonia germánica.*

CAPÍTULO VI.

Cuando el marqués *Cristoforo di Gumpelino* sacó su nariz del mar Rojo, como el difunto rey Faraón, brillaba su semblante con una satisfacción sudorosa é íntima. Profundamente conmovido prometió á la *signora* que tan pronto como volviera á poder sentarse, la llevaría á Bolonia en su propio coche. Se convino además en que el profesor se marcharía primero, y Bartolo iría con ellos en el coche del Marqués, donde podría muy bien sentarse en el pescante y llevar el perrito en el regazo, y que por fin en unos catorce días estarían en Florencia, donde la *signora* Francesca, que iba á marcharse á Pisa, con *milady*, habría tenido ya tiempo de volver.

Mientras el Marqués contaba por los dedos el coste del viaje, canturreaba por lo bajo: *Di tanti palpiti*. La *signora* lanzaba por su parte los más brillantes gorgoritos, y el profesor recorría tempestuosamente las cuerdas de su guitarra y cantaba una letra tan ardiente, que gotas de sudor brotaban de su rostro, y las lágrimas corrían de sus ojos, reuniéndose en una sola corriente sobre su rostro encendido. En medio de estos cantos y acordes se abrió de pronto bruscamente la puerta del cuarto inmediato y penetró de un salto un ser.....

¡Oh musas del antiguo y del nuevo mundo, hasta vosotras musas aun no descubiertas que venerarán un día futuras generaciones, y que yo hace tiempo he presentido en los bosques y en los mares, yo os conjuro á que me deis colores con que pintar el ser que después de la virtud es la cosa más magnífica que existe en el mundo!

La virtud—de esto no hay que hablar—es la primera de todas las cosas soberanas, el Criador la adornó con tantos atractivos, que parecia que no pudiera producir nada más magnífico; pero reunió aún todas sus fuerzas, y en una hora feliz creó á la *signora* Francesca, la hermosa bailarina, la obra maestra más grande que él produjera después de la creación de la virtud, y en la cual no se repitió en lo más mínimo, como los maestros terrestres en cuyas últimas obras se nos aparecen, aunque embozadamente, las bellezas de las primeras.

No, la *signora* Francesca es completamente original, no tiene la menor semejanza con la virtud; pero hay inteligente que la tiene por tan soberana como ella, y no reconoce á la virtud más ventaja que la de la antigüedad, pues fué creada antes. Pero ¿es acaso un gran defecto que una bailarina tenga unos seis mil años menos?

¡Ah! me parece estarla viendo lanzarse de un salto desde la puerta, abierta con violencia, en medio de la habitación, describiendo al mismo tiempo sobre uno de sus pies una interminable pirueta, dejarse luego caer cuan larga era en el sofá, tapándose los ojos con las ma-

nos, y exclamar sin aliento: ¡Ah; qué cansada estoy de dormir!

Acercóse entonces el Marqués y pronunció un largo discurso en su irónico, vulgar y respetuoso estilo, que contrastaba de extraña manera con el breve y cortado que empleaba al sólo recuerdo de sus negocios prácticos y con el enfadoso y llorón de sus sentimentales arrebatos. Sin embargo, este estilo no dejaba de ser natural, quizá se había desarrollado naturalmente en él, precisamente porque carecía de atrevimiento para dar á conocer en un instante esa superioridad á que se creía con derecho por su dinero y por su ingenio, y que por lo mismo trataba de ocultar cobardemente bajo frases de la más exagerada humildad. Su eterna sonrisa tenía en ocasiones tales un no sé qué de desagradable ridiculez, y no se sabía si pegarle ó aplaudirle.

De este modo pronunció su discurso matinal ante la *signora* Francesca, que, todavía medio dormida, apenas si le había escuchado, y cuando por vía de conclusión le rogó le diera permiso para besar sus pies, ó á lo menos el pie izquierdo, para realizar lo cual, extendió con gran cuidado sobre el pavimento su pañuelo de seda amarilla, arrodillándose sobre él; ella le alargó indiferentemente el pie pedido, que estaba calzado con un lindísimo zapato rojo, en tanto que el derecho lo estaba con uno azul, intencionada coquetería, por medio de la cual se hacía notar más la delicada y linda forma de ambos.

Cuando hubo besado respetuosamente el piececito, le-

vantóse exhalando un ¡oh Jesús! y pidió permiso para presentarme como su amigo, el que le fué concedido también entre bostezos, y en cuyo acto no faltaron frases de encomio para mis excelentes cualidades, pues afirmó bajo palabra de caballero que yo había cantado á la perfección los amores desgraciados.

Por mi parte, pedí también por favor á la dama que tuviese á bien permitirme besarle el pie derecho, y en el momento en que iba á participar de esta honra, se despertó como de un profundo sueño, inclinóse sonriendo hacia mí, me contempló con asombrados ojos, saltó llena de regocijo al medio de la habitación, y dió de nuevo un sin fin de vueltas sobre uno de sus pies; sentí, con extrañeza, que mi corazón giraba continuamente con ella, hasta el punto de darme casi vértigos. Pero el profesor arpeó en este momento alegremente las cuerdas de su guitarra y cantó:

Me prendé de una artista famosa,
Fuí su esposo, al hacerla mi esposa;
Mas apenas casado me vi.....
¡Ay, pobre de mí!
Harto pronto del rudo calvario,
La vendí á un berberisco corsario;
Penetró la sospecha en su sien.....
¡Bravo, *Biscroma!* ¡bien, bien! (1).

---

(1) *Biscroma*, palabra italiana, que significa *semicorchea*. La versión francesa presenta la canción original, arriba fie-

Contemplóme una vez más la *signora* Francesca, sagaz y detenidamente de pies á cabeza, y con gesto satisfecho dió las gracias al Marqués, como si yo fuera un presente que le ofreciera por galantería. Encontró poco que censurar; sólo mis cabellos le parecían demasiado castaño-claros, los hubiera deseado más obscuros, como los cabellos del abate Cecco, y mis ojos le parecían demasiado pequeños y más verdes que azules. En desquite, querido lector, debía yo ahora señalar también los defectos de la *signora* Francesca; pero no tengo verdaderamente qué reprochar en aquella lindísima y casi vaporosa apostura de Gracia.

---

mente traducida, variada, amplificada y completada, así que he creído necesario traducirla íntegra en forma de romance octosílabo, pues en tales versos parece querer estarlo en francés:

La más célebre cantante
Hizo de mí, por capricho,
Un esposo de añagaza:
¡Ahí! ¡povero Calpigio!
Mis furores y mis celos
No enfrenando su extravío,
Era yo en mi casa un cero:
¡Ahí! ¡povero Calpigio!

—

Resolví de ella librarme,
Y á un corsario tripolino
Venido á este fin, venderla:
¡Ahí! ¡povero Calpigio!
Llegó el día, y el infame,
Sin darme lo convenido,
Átome al pie de su cama:
¡Ahí! ¡povero Calpigio!

Su rostro tenía todas las divinas proporciones que se encuentran en las estatuas griegas; frente y nariz formaban una sola línea recta, que constituía un dulce ángulo recto con la línea inferior de la nariz, que era admirablemente corta, como también era muy corta la distancia de la nariz á la boca, cuyos labios apenas se juntaban en los dos extremos, completándose con una sonrisa soñadora; debajo redondeábase una linda y llena barbilla, y el cuello.....

¡Ah, piadoso lector! voy ya muy lejos, y además, no tengo en esta descripción inaugural todavía ningún derecho á hablar de las dos silenciosas flores que, como blanca poesía, se dieron á luz cuando la *signora* desabrochó los botones de plata que cerraban junto al cuello su vestido de seda negra.

Amado lector, mejor es que volvamos á subir y continuemos la descripción del semblante, del cual habré de decir aun, por vía de apéndice, que era claro y de una palidez amarillenta, como la del ámbar, que recibía una redondez infantil de los negros cabellos que en brillantes y alisados óvalos cubrían sus sienes, estando iluminado por dos negros ojos de repentinos y mágicos fulgores.

Ya ves, querido lector, que de buena gana te daría una profunda descripción local de mi dicha, y, como otros viajeros insertan en sus obras mapas especiales de territorios de importancia histórica ó simplemente notables, quisiera yo haber hecho aquí retratar á Francesca. Pero ¡ah! ¿qué vale la muerta copia de los contornos ex-

teriores en formas, cuyo más divino atractivo consiste en la movilidad de la vida? Ni aun el mejor pintor puede darnos una idea de esto, pues la pintura no es, después de todo, más que una mentira vulgar. Más pudiera hacer el escultor; mediante una iluminación movible, podemos figurarnos en cierto modo que hay movimiento en las formas de una estatua, y la antorcha que le arroja solamente luz al exterior, parece vivificarla también interiormente. Sí, existe una estatua que pudiera darte, querido lector, una marmórea idea de la soberana belleza de Francesca, y ésta es la Venus del gran Canova, que encontrarás en una de las últimas salas del palacio Pitti, en Florencia.

Con frecuencia pienso ahora en dicha estatua; sueño á veces que descansa en mis brazos, se anima poco á poco y murmura, por último, á mi oído con la voz de Francesca. Pero el tono de esta voz era el que comunicaba á cada una de sus palabras la significación más amable y más infinita; si yo quisiera comunicarte sus palabras, te ofrecería solamente un herbario de flores secas cuyo supremo valor consistía en su aroma; también saltaba con frecuencia y bailaba al tiempo de hablar, y acaso era el baile su propio idioma; pues mi corazón bailaba siempre con ella, ejecutando los pasos más difíciles y mostrando en esto tanto talento coreográfico, cual yo jamás hubiera sospechado que tuviese.

De esta manera refería Francesca la historia del abate Cecco, muchacho joven á quien había amado, cuando todavía tejía en el valle del Arno sombreros de paja, y

aseguraba que yo había tenido la ventura de parecerme á él. Al mismo tiempo hacía las más tiernas pantomimas, oprimía contra su corazón, una después de otra, las yemas de sus dedos, pareciendo entonces que sacaba gota á gota con su ahuecada mano los más tiernos sentimientos; arrojábase, por fin, vacilante, de pechos en el sofá, escondía el rostro en los cojines, alzaba tras de sí en alto sus pies y los hacía moverse como muñecos de madera.

El pie azul debía representar al abate Cecco, y el encarnado á la pobre Francesca, y parodiando su propia historia, hacía que los dos enamorados pies se dieran mutua despedida, siendo un drama conmovedor y extravagante ver cómo ambos se besaban con las puntas y se decían las cosas más tiernas. Entonces la loca muchacha vertía entre alegres risotadas un torrente de lágrimas, que de vez en cuando, aunque ella no lo supiera, partían más profundamente del alma de lo que el papel exigía. Hacía también en este cómico desbordamiento de dolor que el abate Cecco pronunciara un largo discurso, en el que celebraba, con pedantescas metáforas, la belleza de la pobre Francesca; y la manera con que entonces contestaba, haciendo de pobre Francesca, imitando su propia voz con el sentimiento de otros días, tenía algo del melancólico juego de los autómatas, que me conmovía de una manera extraña.

—¡Adiós, Cecco! —¡Adiós, Francesca! era el continuo estribillo. Los dos amados piececitos no querían separarse, y al fin me alegraba de que el inexorable destino

los separara, porque un dulce presentimiento me decía por lo bajo que hubiera sido una desgracia para mí que hubieran seguido constantemente unidos.

El profesor aplaudió con una grotesta algarabía de guitarra; la *signora* Letizia hizo algunos trinos; el perrillo ladró; el Marqués y yo batimos las palmas como locos, y la *signora* Francesca se levantó y se inclinó en actitud de dar gracias.

—Es verdaderamente una hermosa comedia—me dijo—pero hace mucho tiempo ya que se estrenó: yo misma me he hecho ya más vieja. Adivine usted cuántos años tengo.

Pero sin aguardar mi respuesta dijo rápidamente:—Diez y ocho años—dando al mismo tiempo diez y ocho vueltas sobre uno de sus pies.—¿Y qué edad tiene usted, doctor?

—Yo, *signora*, he nacido en la primera noche del año 1800.

—Ya he dicho á usted—observó el Marqués—que es uno de los primeros hombres de nuestro siglo.

—¿Y cuántos años me echa usted á mí?—exclamó de pronto la *signora* Letizia, quien sin tener en cuenta su traje de Eva, que hasta entonces habían ocultado las ropas del lecho, se levantó de pronto al hacer esta pregunta, con tal entusiasmo, que no sólo exhibió el mar Rojo, sino también toda la Arabia, Siria y Mesopotamia.

Ante tan horrible espectáculo, dí aterrado un salto hacia atrás, balbuceando algunas frases hechas acerca de

la dificultad de contestar á semejante pregunta, no habiendo visto seguramente todavía más que á medias á la *signora;* pero como ella insistía, cada vez más impaciente, le confesé la verdad, que no sabía calcular la diferencia existente entre el año italiano y el año alemán.

—¿Es grande la diferencia?—preguntó la *signora* Letizia.

—Se comprende fácilmente—le contesté;—como el calor dilata los cuerpos, en la cálida Italia son mucho más largos los años que en la fría Alemania.

Pero el Marqués me sacó aun mejor del apuro, afirmando galantemente que su belleza no había hecho más que adquirir la más voluptuosa madurez. Y, *signora*, añadió, así como las naranjas cuanto más tiempo tienen se ponen más amarillas, sucede á su belleza que con los años se pone más madura.

La dama pareció satisfecha con esta comparación, y confesó al mismo tiempo que se sentía realmente más madura que antes, especialmente que cuando, siendo todavía una figurilla delgada, se presentó por primera vez en el teatro de Bolonia, y que no comprendía todavía cómo con aquel aspecto pudo hacer tanto *furore*. Y entonces contaba su estreno, en Ariadna, al cual, según descubrí después, solía volver con frecuencia, y en cuya ocasión el *signor* Bartolo tenía que declamar la poesía que entonces le arrojara á la escena. Era una buena poesía llena de conmovedora tristeza, en lo que se refiere á la deslealtad de Teseo, de ciego entusiasmo hacia Baco, y por la ardiente glorificación de Ariadna.

¡Bella cosa! exclamaba la *signora* Letizia á cada estrofa, y aun yo mismo elogié las imágenes, la factura de los versos y toda la concepción del mito.

—Sí, es muy bella—dijo el profesor—y se funda seguramente en una verdad histórica, pues según algunos autores refieren expresamente, Œneo, sacerdote de Baco, se casó con la inconsolable Ariadna al encontrarla abandonada en Naxos, y, como ocurre con frecuencia, en la tradición se ha convertido el sacerdote del dios en el dios mismo.

No pude adherirme á esta opinión, porque en Mitología me inclino más á la interpretación histórica (1), y repliqué:—En toda la fábula de Ariadna, después de ser abandonada por Teseo en Naxos, en lo de arrojarse en brazos de Baco, no veo yo otra cosa más que la alegoría (2) de que se entregó á la bebida, hipótesis que comparten conmigo muchos de mis eruditos compatriotas.—Usted, señor Marqués, sabrá quizá que el difunto banquero Bethmann hizo iluminar su Ariadna, con arreglo á esta hipótesis, de modo que parecía tener la nariz roja.

—Sí, sí, Bethmann de Francfort era un grande hombre—exclamó el Marqués; pero en el mismo instante pareció que alguna cosa de importancia se le pasaba por la imaginación, y suspirando dijo para sí:—¡Dios mío, Dios mío, he olvidado escribir á Rothschild á Franc-

(1) La versión francesa dice: *filosófica.*

(2) La versión francesa añade: *que significaba que en esta situación deplorable* se había entregado.....

fort!—y con el rostro seriamente preocupado, del que parecía haber desaparecido todo parodístico humor, saludó en abreviatura, sin largas ceremonias, y prometió volver por la tarde.

Cuando se hubo marchado y me disponía yo, según costumbre social, á hacer mis glosas sobre el hombre á cuya amabilidad debía haber hecho tan agradable conocimiento, me hallé, con gran admiración mía, con que todos ellos no sabían cómo elogiarle bastante, y que cada uno en particular elogiaba su entusiasmo por lo bello, su distinguido y fino trato y su desinterés, con las frases más encomiásticas. Hasta la *signora* Francesca unió su voz á este coro de alabanzas, si bien confesó que su nariz le inquietaba algo y le recordaba siempre la torre de Pisa.

Al despedirme le rogué nuevamente tuviese á bien permitirme besar su pie izquierdo, á lo que contestó sacándose con risueña seriedad, no sólo el zapato rojo, sino también la media, y cuando me arrodillé me alargó el blanco y brillante pie de azucena, el que oprimí contra mis labios quizá con más fervor que si hubiera sido el pie del Papa. Dicho se está que hice después de camarista, y le ayudé á ponerse media y zapato.

—Estoy contenta de usted—dijo la *signora* Francesca una vez terminada la operación, en la que no anduve muy de prisa, por más que puse en actividad todos mis diez dedos.—Estoy contenta de usted: me pondrá usted con frecuencia las medias. Hoy ha besado el pie izquierdo; mañana podré otorgarle el derecho.

Pasado mañana podrá usted besarme la mano izquierda, y al otro día la derecha. Pórtese bien y le presentaré después la boca, y así sucesivamente. Ya ve usted que tengo deseo de hacerle adelantar; y como es joven, aun puede abrirse camino en el mundo.

Y me le he abierto. Testigos sois de ello, ¡oh noches de Toscana! tú, cielo azul claro con tus grandes y argentadas estrellas; vosotros, bosquecillos de laureles silvestres y de mirtos misteriosos; vosotras, ¡oh ninfas de los Apeninos, que nos embriagabais con vuestras danzas nupciales, haciéndonos soñar en aquellos mejores tiempos de los dioses, cuando no existía ninguna mentira gótica de esas que no consienten más que placeres ocultos y furtivos y clavan la hipócrita hojita de higuera (1) á todo sentimiento libre!

No se necesitaba ninguna hoja especial de higuera, pues toda una higuera, con sus frondosas ramas, murmuraba sobre las cabezas de los felices.

---

(1) La versión francesa dice: *de parra*.

CAPÍTULO VII.

Se sabe lo que son palos, pero lo que es el amor, esto aún no lo ha descubierto nadie. Algunos filósofos naturalistas (1) han afirmado que es una especie de electricidad. Es posible, pues en el momento en que se le ocurre á uno enamorarse, siente que un rayo eléctrico, que parte de los ojos de la amada, hiere de pronto nuestro corazón. ¡Ah! estos rayos son los más perniciosos, y al que encontrara un pararrayos contra ellos, le honraría yo más que á Franklin.

¡Que no hubiera pequeños pararrayos que se pudieran llevar sobre el corazón, cuyo hilo conductor alcanzara á desviar el terrible fuego!

Pero me temo que no va á ser tan fácil arrebatar al pequeño Amor sus flechas como á Júpiter su rayo y á los tiranos su cetro. Fuera de que el Amor no obra como el rayo; á veces se oculta como una serpiente entre las rosas, y aprovecha el primer resquicio del corazón para introducirse en él; á veces no es más que una palabra, una mirada, la narración de un hecho insignificante, lo que

(1) La versión francesa dice: *modernos*.

cae en nuestro corazón cual diminuta semilla, se está allí todo un invierno, hasta que llega la primavera, y el granito de simiente brota y se convierte de pronto en una espléndida flor cuyo aroma se nos sube á la cabeza.

El mismo sol que en el valle del Nilo, en el Egipto, incuba los huevos de los cocodrilos, puede igualmente madurar por completo en Potsdam, junto al Havel, la semilla de amor en un corazón joven..... pues hay lágrimas en Egipto y en Potsdam. Pero las lágrimas (1) no darán en mucho tiempo luz alguna.

¿Qué es el amor? ¿Ha profundizado alguien su esencia? ¿Ha resuelto alguien el enigma? Acaso lleve consigo la tal resolución mayor tormento que el enigma mismo, y el corazón se aterre y petrifique ante él como á la vista de una Medusa. Serpientes se enroscan en torno de la terrible palabra que resuelve este enigma; ¡oh! jamás quisiera saber esta palabra; la miseria que consume mi corazón me será siempre preferible á esta petrificación fría. ¡Oh! no la pronunciéis, seres muertos que, privados de dolor como la piedra, pero también sin sentimientos como ella, vagáis por el jardín de rosas de este mundo, y con pálidos labios os burláis de vuestros insensatos compañeros, que elogian el aroma de las rosas y se quejan de las espinas!

Pero si yo, querido lector, no alcanzo á decirte lo que es propiamente el amor, sí puedo referirte con la mayor

---

(1) Añade la versión francesa: *ni las de los cocodrilos, ni las de las damas prusianas*..... darán.....

minuciosidad cómo se gesticula y cómo se siente uno cuando se está enamorado en los Apeninos. Se gesticula como un loco, se baila sobre colinas y rocas, y se cree que el mundo entero danza con uno; se le antoja á uno que el mundo acaba de ser creado, y que es uno el primer hombre.

—¡Ah, qué hermoso es todo!—exclamé yo al abandonar la morada de Francesca.—¡Qué bello y admirable es este nuevo mundo!—Parecíame que debía dar nombre á todas las plantas y animales, y lo denominaba todo con arreglo á su íntima naturaleza y á mi propio sentimiento, que estaba admirablemente confundido con las cosas externas. Mi pecho era una fuente de revelación; yo comprendía todas las formas y estructuras, el aroma de las plantas, el canto de las aves, el silbido del viento y el rumor de las cascadas. A veces oía también la voz divina:—Adám, ¿dónde estás?—Aquí estoy, Francesca—exclamaba yo entonces;—yo te adoro, pues sé de toda certeza que tú has creado el sol, la luna, las estrellas y la tierra con todas sus criaturas.—Entonces una risa burlona salía del bosquecillo de mirtos, y suspiraba yo interiormente:—¡Oh dulce locura, no me abandones!

Más tarde, cuando llegó la hora del crepúsculo, fué cuando comenzó verdaderamente la loca felicidad del amor. Los árboles danzaban sobre las montañas con sus pesadas cabezas, que se iluminaban de rojo á los rayos del sol poniente, como si se hubieran embriagado con sus propias viñas. Abajo, el torrente se precipitaba con

más fuerza y rugía lleno de inquietud, como si temiera que las montañas, embriagadas de entusiasmo, fueran á precipitarse al abismo. Al mismo tiempo la luz crepuscular era tan apasionada como un chispeante beso. — Sí— exclamé yo—el riente cielo besa á la amada tierra. ¡Oh Francesca, hermoso cielo, déjame ser tu tierra! Soy tan completamente terrestre, que suspiro por tí, cielo mío.

Así exclamaba yo, y extendía los brazos suplicantes (1), dándome con la cabeza contra algún árbol, al que abrazaba en vez de quejarme, y mi alma se estremecía en una embriaguez de amor..... cuando de pronto reparé en un bulto brillante de color escarlata, que me arrancó violentamente á todos mis sueños y me devolvió á la más refrigerante (2) realidad.

---

(1) La versión francesa dice: *en el éxtasis del deseo.*

(2) La versión francesa dice: *tibia*, pero la frase del original es *kühlsten*, cuya traducción es la que va en el texto.

CAPÍTULO VIII.

Sobre un verde manchón de césped, y bajo un laurel copudo, estaba sentado Jacinto, el criado del Marqués, y á su lado su perro *Apolo*. Este último se hallaba más bien de pie, con sus manos puestas sobre las rodillas del hombrecillo de color escarlata, mirando curiosamente cómo éste, que tenía en sus manos un libro de memorias, escribía en él de cuando en cuando, se sonreía melancólicamente, sacudía su cabecita, exhalaba profundos suspiros, ó lleno de placer se limpiaba la nariz.

—¡Qué diablo!—le grité—Hirsch, digo, Jacinto, ¿escribes versos? ¡Vive Dios que los augurios son favorables! *Apolo* está á tu lado, y el laurel se inclina ya sobre tu cabeza.

Pero fuí injusto con el pobre diablo, que me contestó con dulzura:

—¿Versos? No; soy amigo de la poesía, pero no la escribo. ¿Qué había de escribir? No tenía nada que hacer, y para entretenerme estaba redactando una lista de los nombres de mis amigos que en otro tiempo jugaron en mi colecta. Algunos de ellos hasta me han quedado á deber algo..... No vaya usted á creer, señor Doc-

tor, que quería recordarle..... Tiempo hay para esto; usted es bueno para mí. Si hubiera usted jugado la última vez el 1.365 en vez del 1.364, sería usted ahora un hombre que tendría 100.000 marcos banco (1), y no necesitaría andar corriendo por aquí, sino que se estaría quietito en Hamburgo, tranquilo y contento, y pudiera hacerse referir, sentado en su sofá, el aspecto de Italia.

Así Dios me auxilie, que yo tampoco hubiera venido aquí, á no haber sido por amor al señor Gumpel. ¡Ah, cuánto calor, peligro y cansancio tengo que sufrir, y donde hay que hacer una extravagancia ó una insensatez, allí está el señor Gumpel, y yo á hacerlas con él! Hace mucho tiempo que le hubiese abandonado si él pudiera pasarse sin mí. Pero ¿quién iba después á referir en el país cuánto se le ha honrado y cuánto se ha civilizado en el extranjero? Pues, si he de decir la verdad, yo mismo comienzo á civilizarme mucho. En Hamburgo, gracias á Dios, no tengo necesidad de ello; pero ¡quién puede saber dónde irá uno á parar! Ahora el mundo es completamente otro, y tienen razón: un poco de civilización adorna á cualquiera. ¡Y qué honor se adquiere con ella! ¡Viera usted, por ejemplo, cómo me ha recibido y honrado esta mañana Lady Maxfield! Completamente como si fuera un igual suyo, y me dió un *francesconi* de propina, aunque la flor no había costado más que cinco *paoli*. Además, es un verdadero

(1) Moneda contante que vale 1 franco 88 céntimos

placer tener uno en su mano el pequeño y blanco pie de una hermosa dama.

No fué poca mi sorpresa al oir esta última observación, y pensé al momento: ¿Será esto una burla? Pero ¿cómo puede este miserable tener conocimiento de la dicha que acabo de encontrar en este día, cuando al mismo tiempo se hallaba él al lado opuesto de la montaña? ¿Se habrá dado allí acaso una escena parecida, y se manifiesta en esto la ironía del gran poeta dramático universal de allá arriba, que acaso hace representar mil escenas análogas, que al mismo tiempo se parodian unas á otras para regocijo de los ejércitos celestiales?

Sin embargo, ambas suposiciones eran infundadas, pues tras largas y repetidas preguntas, y después de haberle hecho promesa de no decir nada al Marqués, me confesó el pobre hombre que Lady Maxfield estaba aún en el lecho cuando él le llevó el tulipán, en el momento en que se disponía á recitarle su precioso discurso, apareció al descubierto uno de sus desnudos pies, y como notara en él un ojo de gallo, le pidió al punto permiso para cortársele, el que le fué inmediatamente concedido, y después le recompensó por la entrega del tulipán con un *francesconi* (1).

—Pero yo siempre lo hago por el honor—añadió Jacinto—y esto se lo he dicho también al Barón Rothschild cuando tuve la honra de cortarle los callos. Esto

(1) La versión francesa dice: *Me han recompensado—añadió el buen hombre—por la cura y la entrega del tulipán, con un francesconi.*

ocurrió en su gabinete; estaba sentado en su sillón verde como sobre un trono; hablaba como un rey; en torno suyo estaban sus corredores; él daba sus órdenes, y enviaba estafetas á todos los reyes, y como yo entretanto le cortaba los callos, pensaba para mi capote:—Tienes ahora en tus manos el pie del hombre que tiene en las suyas el mundo entero; luego ahora eres un hombre importante; si cortaras un poco más abajo, en lo vivo, se pondría de mal humor y cortaría él por arriba más cruelmente á los grandes monarcas..... ¡Fué el momento más feliz de mi vida!

—Comprendo la belleza de ese sentimiento, señor Jacinto. Pero ¿á qué individuo de la dinastía de los Rothschild le amputó usted de tal modo? ¿Fué acaso al orgulloso inglés (1), al hombre de Lombardstreet, que ha fundado una casa de préstamos para reyes y emperadores?

—Claro está, señor Doctor, que me refiero al gran Rothschild, al gran Nathan Rothschild, á Nathan el Sabio, en cuya casa ha empeñado el Emperador del Brasil su corona de diamantes. Pero también he tenido el honor de conocer en Francfort al barón Salomón Rothschild, y aunque no tuve el gusto de ser íntimo de su pie, supo no obstante apreciarme. Cuando el señor Marqués le dijo que yo había sido colector de lotería, el Barón repuso con mucha gracia: Yo mismo soy algo de eso;

---

(1) La versión francesa dice *bretón*, como siempre, por *británico*, cosas que hoy son muy distintas.

soy, á fe mía, el colector en jefe de la lotería Rothschild, y por mi vida, que mi colega no ha de comer con los criados, sino que se ha de sentar conmigo á la mesa..... Y tan cierto como Dios me ha de conceder todos sus dones, señor Doctor, me senté al lado de Salomón Rothschild, que me trató completamente como á un igual suyo, con toda familiaridad. Estuve también con él en el célebre baile de niños que se puso en los periódicos. No volveré á ver en los días de mi vida tanto lujo. Estuve también en Hamburgo en un baile que costó mil quinientos marcos y ocho chelines; pero esto era lo que una privada de gallina junto á un montón de estiércol. ¡Cuánto oro, plata y diamantes he visto allí! Cuántas cruces y encomiendas! La Orden del Halcón, el Toisón de Oro, la Orden del León, la Orden del Aguila..... Hasta un niño muy chiquitín, lo que le digo; un niño chiquitín, llevaba la de la Orden del Elefante. Los niños estaban bellísimamente enmascarados y jugaban á los préstamos; estaban vestidos de reyes, con corona en la cabeza; pero un joven ya talludo estaba vestido precisamente como el viejo Nathan Rothschild. Hacía su papel muy bien: llevaba ambas manos metidas en los bolsillos de sus calzones; hacía sonar el dinero y movía la cabeza con mal humor cuando uno de los reyezuelos le quería pedir algo, y sólo al pequeño del traje blanco y los calzones colorados era al que daba cariñosos golpecitos en las mejillas, diciéndole en son de alabanza: «Tú eres mi placer, mi favorito, mi orgullo; pero tu primo Miguel me va á dejar en cueros; no prestaré nada á ese

loco, que diariamente pierde más hombres de los que deben consumirse en un año, y por él habrá de ocurrir una desgracia en el mundo y habrán de sufrir mis negocios.» Tan cierto como Dios me ha de conceder todos los bienes, el joven hacía perfectamente su papel, sobre todo cuando cogiendo al niño grande, que estaba envuelto en una tela de satén blanco con lises de verdadera plata, por debajo de los brazos, le enseñaba á andar, y de cuando en cuando le decia: «Anda, niño, anda..... condúcete bien; aliméntate con moderación; ten cuidado de que no te vuelvan á arrojar, y no vuelva yo á perder mi dinero.» Aseguro á usted, señor Doctor, que era un placer oir al joven y también á los otros niños. ¡Inocentes criaturitas! hacían su papel perfectamente..... Hasta que les trajeron un bollo y empezaron á pelearse por el pedazo mayor, se arrancaron las coronas de la cabeza, gritaron y lloraron, y hasta hubo alguno..... (1).

(1) Añade la versión francesa: *cuyos calzones.....* ¡Comprendido!

CAPÍTULO IX.

No hay nada más enojoso en este mundo que la lectura de la descripción de un viaje á Italia, á no ser quizá el escribirla, y sólo puede el autor hacerla hasta cierto punto llevadera, hablando lo menos posible de Italia.

A pesar de que hago bastante uso de este artificio, no puedo prometerte, querido lector, mucho entretenimiento en los capítulos que van á seguir. Si encuentras enojosas y pesadas las necedades que en ellos te ofrezca, consuélate pensando en mí que he tenido que escribirlas todas.

Te aconsejo que saltes de cuando algunas páginas, y así llegarás más pronto al fin del libro. ¡Ah, bien quisiera yo haber podido hacer lo propio! No vayas á creer que me bromeo; pues si fuera á decirte seriamente mi opinión sobre este libro, te aconsejaría cerrarle al momento y no leer una página más. Dentro de poco pienso escribirte algo mejor, y si en el libro siguiente nos volvemos á encontrar en la ciúdad de Lucca con Matilde y Francesca, te habrán de agradar mucho más sus graciosos tipos que en él presente y aun en los siguientes capítulos.

¡Dios sea loado! Ante mis ventanas toca un organillo alegres melodías. Necesitaba mi entristecido ánimo se-

mejante distracción, especialmente ahora que tengo que describir mi visita á Su Excelencia el Marqués *Cristoforo di Gumpelino*. Voy á referir esta conmovedora historia con la mayor exactitud, palabra por palabra, en toda su sórdida pureza (1).

Era ya tarde cuando llegué á la morada del Marqués; y cuando entré en el cuarto estaba Jacinto solo, y limpiaba las espuelas de oro de su señor, quien, según pude ver, á través de la puerta entreabierta de su dormitorio, estaba arrodillado ante una Madonna y un gran crucifijo.

Has de saber, querido lector, que el Marqués, este hombre distinguido, es ahora un buen católico, que cumple estrictamente las ceremonias de la única Iglesia en que puede hallarse la salvación, y que cuando está en Roma hasta tiene un capellán particular por la misma razón por que en Inglaterra tiene los mejores caballos de carrera, y en París la más hermosa bailarina.

—El señor Gumpel está ahora rezando sus oraciones—murmuró Jacinto, sonriéndose con cierta importancia—y señalando hacia el gabinete de su señor—añadió en voz aún más baja: Así se pasa dos horas de rodillas todas las tardes ante la *Prima donna* del Niño Jesús. Es una preciosa obra de arte que le cuesta seiscientos *francesconis*.

—Y usted, Jacinto, ¿por qué no se arrodilla detrás de él? ¿Ó quizá no es usted amigo de la religión católica?

---

(1) *In ihrer schmutzigsten Reinheit.*

—Soy amigo y no soy amigo de ella—contestó moviendo la cabeza con aire pensativo.—Es una buena religión para un Barón elegante que puede estar ocioso todo el día y también para un aficionado á las bellas artes; pero no es religión para un hamburgués, para un hombre que tiene sus negocios; no es una religión, en fin, propia de un colector de lotería. Yo tengo que apuntar con la mayor exactitud los números que salen; y si por acaso pienso en el *¡bom! ¡bom! ¡bom!* de una campana católica, ó flota ante mis ojos una nube de católico incienso, y me equivoco y escribo mal un número, puede suceder una gran desgracia. Con frecuencia le he dicho al señor Gumpel: Su Excelencia es un hombre rico y puede ser todo lo católico que quiera, puede incensar su conciencia de un modo completamente católico; hasta puede hacerse tan estúpido como una campana católica, porque usted tiene qué comer; pero yo soy un hombre de negocios que tengo que aplicar mis siete sentidos (1) para ganar algo. El señor Gumpel piensa, en verdad, que es necesario para civilizarse, y que si no me hago católico no comprenderé los cuadros que forman parte de la civilización, tales como los de Juan de Fiesel, de Correcchio, Carachio y Caravachio..... (2). Pero yo he pensado siempre que Correcchio y Carachio y Caravachio

(1) No sabemos cuáles serian los dos sentidos que tenía más este Sancho hebraico, á no ser el *práctico* y el de la *vanidosa necedad*, que también tenía el célebre gobernador de la *Ínsula Barataria*.

(2) Por *Juan de Fiesol*, *Correggio*, etc.

no me han de servir de nada cuando nadie juegue en mi colecta, y entonces haré bancarrota. Al mismo tiempo debo confesar á usted, señor doctor, que la religión católica no me agrada lo más mínimo, y como hombre razonable ha de darme usted la razón. No veo qué placer puede haber en una religión que considera al buen Dios ¡Dios nos libre! como si acabara de morir, que huele á humo de incienso como en un entierro, y hace zumbar una música fúnebre tan triste, que se vuelve uno melancólico..... Le digo á usted que no es religión para un hamburgués.

—Y bien, señor Jacinto, ¿qué le parece á usted la religión protestante?

—Esa es, á mi juicio, más razonable, señor doctor; mas si no hubiera órgano en la Iglesia protestante, no sería tampoco una religión. Dicho sea entre nosotros, esta religión no hace ningún daño, y es tan clara como un vaso de agua, pero tampoco sirve para cosa alguna. Yo la he probado y me costó la prueba cuatro *marcos* y catorce *schellings*..... (1).

—¿Cómo así, mi querido señor Jacinto?

—Vea usted, señor doctor, yo pensé: Esta es, en efecto, una religión muy ilustrada, y carece de extravagancias y milagros; no obstante debe tener su poquito de extravagancia, y debe también hacer algún milagrillo por pequeño que sea, si quiere pasar por una religión

(1) Veinte reales y céntimos el marco; cinco reales el schelling, análogo al schelling inglés.

decente. Pero ¿quién ha de hacer aquí milagros? Pensé al ver cierto día en Hamburgo una iglesia protestante que pertenecía á la clase de las completamente frías, donde no hay más que bancos obscuros y paredes encaladas, y no pende de la pared más que una tablilla negra, en donde hay una media docena de cifras blancas (1). Tú eres acaso injusto con esta religión, pensé otra vez: quizá esas cifras puedan hacer un milagro tan bien como la imagen de la madre de Dios ó como un hueso de su esposo San José, y para apurar la cosa me fuí en seguida hacia Altona y jugué aquellos mismos números en la lotería de este punto; á los ambos, puse ocho schellings; á los ternos, seis; á las cuaternas, cuatro, y á las quinternas, dos schellines. Pero aseguro á usted, por mi honor, que ni uno solo de los números protestantes salió. Ahora ya sé á qué atenerme; ahora me digo: vaya con Dios una religión que nada puede, en la que ni siquiera sale un ambo. ¿Sería yo tan tonto que confiara á esta religión mi felicidad eterna, cuando le he confiado cuatro marcos y catorce schellines, y los he perdido?

—¿A qué le parece á usted más apropiada la antigua religión judaica, querido mío?

—Señor Doctor, déjeme usted de antigua religión judaica; no se la desearía á mi más cruel enemigo. No se saca de ella más que injurias y vergüenza. Le digo á usted que eso no es una religión, sino una desventura. Yo

(1) Que expresan los números de los psalmos que han de cantarse.

evito todo lo que puede recordármela, y porque Hirsch es una palabra judaica, que se dice en alemán *Hyacinth*, he enviado á paseo el antiguo Hirsch, y me firmo ahora: «Jacinto, colector, operador y tasador.» Además tengo hasta la ventaja de que ya hay una H en mi sello y no tengo necesidad de hacerme grabar otro nuevo. Aseguro á usted que importa mucho en este mundo el cómo se llama uno, porque hace mucho el nombre. Cuando yo me firmo: «Jacinto, colector, operador y tasador», suena de diferente modo, que cuando escribía Hirsch á secas, y ya no puede tratárseme como á un harapiento vulgar.

—¡Mi querido señor Jacinto! ¿Quién puede tratar á usted así? Tanto parece usted haber hecho en pro de su civilización, que antes de abrir la boca para hablar, se reconoce en usted al hombre ilustrado.

—Tiene usted razón, señor Doctor, he dado en mi educación pasos de gigante (1). No sé realmente, cuando vuelva á Hamburgo, con quién podré tratarme; y en lo que toca á la religión, sé lo que me hago. Por lo pronto, puedo servirme aún del nuevo templo israelita: hablo del puro culto mosaico con cantos alemanes ortográficos, sermones conmovedores y algunas pequeñas extravagancias que, después de todo, necesita una religión. Así Dios me conceda todos los bienes, como yo no deseo ahora ninguna religión mejor, pues merece ésta que se la proteja. Yo haré lo que pueda, por mi parte, y cuando esté de vuelta en Hamburgo, iré todos los sábados por la tarde

(1) El original dice: *giganta (riesin)*.

al nuevo templo, con tal que no sean días de sorteo. Por desgracia hay hombres que echan mala fama al nuevo culto israelista y afirman, con respeto sea dicho, que da ocasión á un cisma. Pero yo puedo asegurar á usted que es una religión buena y limpia, aun demasiado buena para la gente vulgar, para la que siempre será quizá muy útil la antigua religión judaica. La gente vulgar tiene sus necedades que la hacen feliz, y en ellas feliz se siente. Así es que un viejo judío con su larga barba y destrozado traje, que no habla una palabra con ortografía y que es hasta algo tiñoso, quizá se siente más íntimamente feliz que yo con toda mi civilización.

Vive en Hamburgo y en Baeckerbreitengang (1), en un chirivitil, un hombre llamado Moisés Lump (2), á quien llaman también Moisés Lümpchen (3) ó, para acabar más pronto, Lümpchen; que anda corriendo durante toda la semana, sufriendo vientos y lluvias, con su fardo á la espalda, para ganarse un par de marcos; cuando el sábado por la noche vuelve á su casa, encuentra encendidas las siete luces de su candelabro y la mesa cubierta con blanco mantel; arroja lejos de sí su paquete y sus cuidados, se sienta á la mesa con su mal fachada mujer y aun más mal fachada hija, come con ellos pescado cocido en una agradable salsa blanca de ajo, canta los más magníficos psalmos del rey David,

(1) En la *Travesía de Panaderos*.

(2) *Moisés Pingajo*. La versión francesa traduce el apodo *Lump* por *Loque*, que tiene idéntico significado.

(3) El diminutivo *Pingajillo*.

celebra de todo corazón la salida de los hijos de Israel del Egipto, y se alegra también de que al fin se hayan muerto todos los malhechores; esto es, los que le han hecho mal; de que hayan muerto el rey Faraón, Nebucadnesar, Hamán, Antioco, Tito y todas las gentes de su calaña, y de que aun viva Lümpchen y coma pescado con su mujer y sus hijos.—Y yo digo á usted, señor Doctor, que el pescado está delicado (1) y que el hombre es feliz, no necesita atormentarse por adquirir educación, dentro de su religión y de su bata verde se siente como Diógenes en su tonel, y contempla con gusto sus luces que ni siquiera despavila. Y digo á usted que si las luces ardieran mal, la mujer que ha de despavilarlas no estuviera á mano, y entrara el gran Rothschild con todos sus corredores, descontadores, expedidores y jefes de escritorio, con que ha conquistado el mundo, y le dijera:—Moisés Lump, pídeme una gracia y se hará lo que quieras. Señor Doctor, estoy convencido de que Moisés Lump le hubiera contestado tranquilamente:—¡Despabílame las luces! Y el gran Rothschild hubiera dicho con admiración:—¡Si no fuera un Rothschild, quisiera ser un Lümpchen!

Mientras Jacinto desenvolvía de este modo, con épica amplitud, según costumbre, sus ideas, levantóse el Marqués de su reclinatorio, y vino hacia nosotros, murmurando todavía algunos Padres nuestros, en el fondo de su nariz. Jacinto corrió una gasa verde sobre la imagen

(1) La versión francesa añade: *con la vieja salsa judía.*

de la *Madonna* que pendía encima del reclinatorio, apagó las dos velas de cera que ardían ante ella, cogió el crucifijo de cobre, y viniéndose con él junto á nosotros, se puso á limpiarle con el mismo trapo y con la misma escrupulosa conciencia con que había limpiado las espuelas de su señor. Pero éste estaba como derretido por el calor y los tiernos sentimientos; en vez de sobretodo llevaba un amplio dominó de seda azul con franjas de plata, y su nariz brillaba melancólicamente como un luis de oro enamorado.

¡Oh Jesús! suspiró al dejarse caer en los cojines del sofá. ¿No observa usted, señor Doctor, que esta tarde parezco muy exaltado? Estoy muy conmovido, mi alma se disuelve, suspira por un mundo mejor:

¡Mis ojos ven el cielo abierto,
Se anega el alma en la beatitud! (1).

—Señor Gumpel, usted necesita purgarse—dijo Jacinto interrumpiendo la patética declamación—la sangre vuelve á correr vertiginosamente por sus entrañas; sé lo que usted necesita.....

—No sabes nada—suspiró el amo.

—Digo á usted que lo sé—replicó el criado—y su rostro bonachón y acuitado dibujó un extraño gesto. Le conozco á usted perfectamente, sé que usted es en un todo lo contrario que yo: cuando usted tiene sed, yo tengo

(1) Están bien mal hechos, lo mismo que los del texto alemán.

hambre; cuando usted tiene hambre, yo tengo sed; usted es demasiado corpulento, y yo demasiado flaco; usted tiene mucha imaginación, y yo tengo más bien el espíritu de los negocios; yo soy un práctico, y usted es un diarrético; para decirlo de una vez, usted es completamente mi antípoda.

—¡Ah Julia!—suspiró Gumpelino—si yo fuera la amarilla piel del guante que cubre tu mano y besa tu mejilla! ¿Ha visto usted alguna vez, señor Doctor, á la Crelinger en *Romeo* y *Julieta?*

—Sí, señor, y aun tengo el alma llena de entusiasmo.....

—Entonces—exclamó el Marqués inspirado, echando fuego por los ojos y relumbrándole la nariz—entonces me comprende usted, entonces sabe usted lo que quiero decir, cuando le diga: ¡Yo amo! Voy á franquearme á usted por completo. Jacinto, vete.....

—No tengo necesidad de irme—dijo éste con mal humor—no tenga usted ningún reparo por mí, conozco el amor, y sé ya.....

—¡No sabeś nada!—exclamó Gumpelino.

—En prueba, señor Marqués, de que lo sé, no necesito más que pronunciar el nombre de Julia Maxfiel. Tranquilícese, usted es correspondido, pero de nada le sirve. El cuñado de su amada no le quita ojo, y la guarda día y noche como un diamante.

—¡Qué desgraciado soy!—gimió Gumpelino.—¡Amo y soy correspondido, nos estrechamos las manos en secreto, nos pisamos el pie por debajo de la mesa, nos ha-

cemos señas con los ojos cuando encontramos ocasión! ¡Cuántas veces me pongo al balcón á la luz de la luna y me figuro que yo mismo soy Julieta, y que mi Romeo ó mi Gumpelino me ha dado una cita, y declamo lo mismo que la Crelinger:

¡Ven, noche; Gumpel, ven, de noche oh día,
A descansar so las nocturnas alas,
Cual la nieve del cuervo sobre el dorso!
Ven, dulce, amada y pardo-obscura noche,
Y mi Romeo dame ó Gumpelino..... (1).

—Pero ¡ah! Lord Maxfield nos espía continuamente, y ambos estamos muriendo de ansiedad! No veré el día que traiga una noche semejante, de esas en que las puras flores de la juventud se juegan todas á pérdida ó ganancia. ¡Ah! preferiría una noche así á ganar el premio grande de la lotería de Hamburgo.

—¡Qué disparate!—exclamó Jacinto—el premio grande, ¡cien mil marcos!

—Sí, preferible al premio grande—continuó Gumpelino—fuera para mí una noche así, y ¡ah! me la ha pro-

(1) *Romeo and Juliet;* act. III, escena 2.ª, verso 17 y siguientes. El último verso termina en el drama de Shakespeare: (*and, when he shall die*), *y cuando muera*, y el primero dice:

Come, night; come Romeo; come, thou day in night.

Por lo que se ve el banquero pone su nombre en vez del de Romeo. La versión alemana que el banquero cita, ofrece algunas variantes de adjetivación en el cuarto verso, y enemigos de las traducciones nietas, hemos acudido al original inglés, en esta cita y en las siguientes.

metido muchas veces, para la primera ocasión, y me he dicho que ella declamará á la mañana siguiente como la Crelinger:

—¿Quieres irte? La aurora aun no despunta;
Que fué del ruiseñor, no de la alondra,
La aciaga voz que penetró en tu oído;
Canta de noche allá sobre el granado:
Créeme, mi bien, el ruiseñor fué solo (1).

—¡El premio grande por una sola noche!—repetía entretanto Jacinto, que no podía darse por satisfecho.—Tengo un gran concepto, señor Marqués, de su ilustración, pero nunca hubiera creído que fuera usted tan allá en sus extravagancias. ¡El amor ser preferible al premio grande! Realmente señor Marqués, desde que le trato como criado me he ido acostumbrando mucho á la civilización; pero sé muy bien que yo no daría la octava parte del premio grande por el amor. ¡Dios me libre de ello! Aun cuando contara quinientos marcos de descuento, quedarían aun doce mil marcos. ¡El amor! Aun sumando todo lo que el amor me ha costado, no encuentro más que unos doce marcos y trece schelines. ¡El amor! He tenido también en amor mucha suerte gratis, pues no me ha costado casi nada; sólo de cuando en cuando y por complacencia le he cortado á mi amada los callos. Una sola vez he tenido una adhesión verdadera, sentimental y apasionada, y esta fué por la gruesa Gúdula de Dreckwall.

(1) Id. id., act. III, escena 5.ª, cinco primeros versos.

La mujer jugaba en mi colecta, y cuando iba á renovarle el lote, me ponía siempre en la mano un pedazo de bollo, pero de un bollo muy bueno; también me ha dado muchas veces confituras y un vasito de licor, y como me quejaba de estar molestado por los humores, me dió la receta de los polvos que usaba su marido. Uso estos polvos desde entonces hasta la hora presente, y hacen siempre su efecto. No tuvieron más consecuencia nuestros amores. He pensado, señor Marqués, que usted debía probar una vez dichos polvos. Lo primero que hice apenas llegué á Italia fué ir á una botica en Milán, mandar prepararlos, y los llevo siempre conmigo. Espere usted un poco, voy á buscarlos y si los busco los encuentro, y si los encuentro es preciso que Su Excelencia los tome.

Sería muy prolijo, si quisiera repetir el comentario con que el acuitado buscador acompañó cada uno de los objetos que encontraba en sus bolsillos. Salieron á luz: primero, un pedazo de bujía; segundo, un estuche de plata con los instrumentos para cortar callos; tercero, un limón; cuarto, una pistola, que aunque no estaba cargada, se hallaba envuelta en un papel, acaso para que su vista no ocasionara malos ensueños; quinto, una lista impresa de la última extracción de la gran lotería de Hamburgo; sexto, un librito en pasta negra, con los psalmos de David y las deudas activas; séptimo, una ramita de sauce seca, trenzada en forma de nudo; octavo, un paquetito envuelto en tafetán color de rosa desvaído, que contenía el pagaré de un billete de lotería que en otro tiempo ha-

bía ganado cincuenta mil marcos; noveno, un pedazo de pan plano semejante á una galleta con un agujerito en el centro; y, por último, décimo, los antedichos polvos que el hombrecillo contempló con cierta emoción y con un melancólico y admirativo movimiento de cabeza.

—Cuando pienso—suspiró—que hace diez años que la gruesa Gúdula me dió esta receta, que ahora estoy en Italia, la tengo en las manos y leo todavía las palabras: *sal mirabile Glauberi*, que en alemán quiere decir, sal extrafina de Glauber, de clase superior. ¡Ah! ¡se me figura que acabo de tomarla y que ya siento sus efectos! ¡Lo que es el hombre! ¡Estoy en Italia y pienso en la gruesa Gúdula de Dreckwall! ¡Quién lo hubiera pensado! Puedo figurarme que está ella ahora en el campo, en su jardín, donde se muestra la luna y quizá también canta un ruiseñor ó una alondra.....

—¡Es el suiseñor y no la alondra, suspiró Gumpelino, declamando para sí:

Canta de noche allá sobre el granado,
Créeme, mi bien, el ruiseñor fué sólo.

—Lo mismo da—continuó Jacinto—ó si quiere usted mejor un canario; pues las aves que se tienen en el jardín, son las que cuestan menos. Lo principal es la estufa, los tapices del pabellón y las estatuas que están delante de él, y allí hay, por ejemplo, un general de los dioses desnudo y la Venus *Urinia*, que las dos cuestan trescientos marcos. En medio del jardín se ha mandado hacer Gúdula una fuentecilla..... y allí está quizá en este

momento acariciándose la nariz y haciendo castillos en el aire, pensando en mí..... ¡Ah!

Tras este suspiro siguió una pausa sentimental, más al fin la interrumpió el Marqués, preguntando lánguidamente: —Dime por tu honor, Jacinto, ¿crees realmente que tus polvos son eficaces?

—Por mi honor le juro que obrarán—replicó aquél.— ¿Por qué no han de obrar? Obran sobre mí y ¿soy yo más que un hombre vivo y efectivo como usted? La sal de Glauber hace á todos los hombres iguales; y si Rothschild la tomara sentiría los mismos efectos que el más ínfimo de sus corredores. Voy á predecirle á usted todo: Echo los polvos en un vaso, vierto agua encima, los remuevo, y tan pronto como usted lo trague, hace un gesto de vinagre y dice: ¡brr! ¡brr! Después sentirá cómo se regodean allá dentro, se sentirá usted en un estado algo curioso. Se echa usted en la cama, y le doy mi palabra de honor, de que se vuelve á levantar, y á echarse otra vez y otra vez á levantarse, y así sucesivamente, pero á la mañana siguiente se siente usted tan ligero como un ángel de blancas alas, y baila usted de puro bienestar, sólo que estará un poco pálido; pero yo sé que á usted le gusta esa lánguida palidez, y cuando está lánguidamente pálido, le encuentran á usted bien.....

Aunque Jacinto disertaba de tal modo, y preparaba los polvos, hubiera dado todo ello poco resultado, si no se le pasara de pronto al Marqués por la imaginación el pasaje en que Julieta apura la fatal pócima.

—¿Qué piensa usted, Doctor—exclamó él—de la Müller de Viena? La he visto hacer de Julieta, y ¡Dios mío, Dios mío! ¡cómo lo interpretaba! Soy, no obstante, el mayor entusiasta de la Crelinger, pero la Müller, cuando apura la copa me arrebata. Vea usted—dijo tomando con gesto trágico el vaso en que Jacinto había desleído los polvos.—Vea usted, así tenía la copa y se estremecía de tal modo que todos nos estremecíamos con ella, cuando decía:

Lento y frío terror cunde en mis venas
Helando casi el fuego de mi vida (1).

Se ponía en la actitud en que yo ahora, llevaba la copa á sus labios, y al decir:

—¡Tente, Teobaldo!
¡Romeo, voy! ¡Lo bebo á tu salud! (2).

—¡Buen provecho, señor Gumpel!—dijo Jacinto en tono solemne; pues el Marqués, en su entusiasmo imitador, había apurado el vaso y dejádose caer en el sofá, fatigado por la declamación.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en esta postura; pues de pronto llamaron á la puerta y se presentó el pequeño jockey de Lady Maxfield, que saludando risueño al Marqués le entregó un billete y se retiró al momento. Apresuradamente abrió aquél la carta;

---

(1) *Romeo and Juliet;* act. IV, escena 3.ª, versos 15 y 16.
Romeo and Juliet; act. IV, escena 3.ª, últimos versos.

mientras la leía brillaban de entusiasmo su nariz y sus ojos, pero de pronto una palidez cadavérica cubrió su semblante, la consternación agitó todos sus músculos, se levantó de un salto, gesticulando desesperadamente, rió de rabia, y corriendo en torno de la habitación, gritó:

¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!

—¿Qué es eso, qué es eso?—preguntó Jacinto con voz temblorosa, y apretando convulsivamente en sus temblorosas manos el crucifijo que se había puesto á limpiar de nuevo.—¿Nos van á atacar esta noche?

—¿Qué le sucede, señor Marqués?—le pregunté yo á mi vez con no menos asombro.

—Lean ustedes, lean ustedes—exclamó Gumpelino, arrojándonos el billete recibido y volviendo á recorrer la habitación tan desesperadamente, que su dominó azul ondulaba como una nube tempestuosa.

¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!

En el billete leímos las siguientes palabras:

«¡Dulce Gumpelino, en cuanto amanezca tengo que partir para Inglaterra. Mi cuñado ha partido ya y me espera en Florencia. Ahora no me observa nadie, pero ¡oh desgracia, por esta sola noche!..... Aprovechémosla, apuremos hasta la última gota la copa de néctar que nos ofrece el amor. Espero, tiemblo..... Julia Maxfield.»

—¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!—gimió Gumpelino.—El amor quiere ofrecerme su copa de néctar, y

yo ¡ah! ¡yo, vil juguete del destino, he apurado ya la copa de sal de Glauber! ¿Quién me sacaría del estómago el maldito brevaje? ¡Auxilio, auxilio!

—Nadie en la tierra puede auxiliarle ya—surpiró Jacinto.

—Compadezco á usted de todo corazón—le dije yo también condolido.—Tomar en vez de una copa de néctar un vaso de sal de Glauber, es cosa muy triste. ¡En vez del trono del amor le espera á usted ahora la silla de noche!

—¡Jesús, Jesús!—gritaba el Marqués continuamente.....—Siento como recorre todas mis venas. ¡Honrado boticario, tu pócima obra rápidamente, pero no me dejaré detener por eso, volaré á sus pies y allí derramaré mi sangre!

—Si aquí no se trata de sangre—dijo Jacinto procurando calmarle—no tiene usted *homérides* (1). No se deje usted dominar por la pasión.....

—No, no; quiero ir á su lado, á sus brazos..... ¡oh noche, oh noche!.....

—Le digo á usted—continuó Jacinto con filosófica alma—que no podrá hallar descanso en sus brazos, sino que tendrá que levantarse lo menos veinte veces. No se deje usted llevar por la pasión. Cuanto más salte por el cuarto, y más se altere, más pronto obrará la sal de Glauber. Su agitación ayuda á la naturaleza. Debe usted

(1) Tal vez Jacinto confunda éste como otros vocablos, y querría decir *hemorroides*.

soportar como un hombre lo que el destino ha resuelto acerca de su persona; si esto ha ocurrido quizá sea bueno, y quizá sea bueno que esto haya ocurrido. El hombre es un ser terrestre y no alcanza los decretos de la Divinidad. El hombre piensa con frecuencia que va al encuentro de la dicha, y en su camino encuentra acaso á la desgracia armada con un palo, y cuando un palo plebeyo cae sobre una espalda noble, se deja sentir bien, señor Marqués.

—¡Ay de mí, vil escarnio de la suerte!—rugía siempre Gumpelino, pero su criado seguía diciéndole tranquilamente:

—El hombre espera con frecuencia una copa de néctar, y se encuentra con un jarabe de garrote, y si dulce es el néctar, los palos son muy amargos; y aun es una verdadera dicha que el hombre que apalea á otro al fin se canse, pues de otro modo no podría verdaderamente el apaleado soportarle. Pero aun es más peligroso, cuando la desdicha acecha al hombre en el camino del amor con puñal y veneno, hasta el punto de no estar segura su vida. Acaso, señor Marqués, sea realmente un bien lo que ha pasado, pues acaso en el fuego del amor hubiera usted corrido á casa de su amada, y en el camino le hubiera á usted atacado un italianillo con un puñal de seis varas de largo, y le hubiera á usted....., no quisiera que mi boca se abriera para mal, herido aunque no fuera más que en una pantorrilla. Pues aquí no se puede llamar á la guardia como en Hamburgo, que en los Apeninos no hay guardia nocturna. Ó acaso tam-

bién—continuó el inexorable consolador sin que le perturbase en lo más mínimo la desesperación del Marqués—acaso también, cuando usted se hallara en casa de Lady Maxfield, bien sentado y al calorcillo, llegara de pronto el cuñado, de vuelta de su viaje y le asertara al pecho su pistola cargada haciéndole á usted firmar una letra de cien mil marcos. No quiero abrir mi boca para mal, pero pongo el caso de que usted fuera un hombre hermoso, y Lady Maxfield se desesperara al tenerle que perder, y celosa, como lo son las mujeres, no quisiera que hiciera usted feliz á otra después..... ¿Qué haría? Tomar un limón ó una naranja, echar unos polvitos dentro, y decir: Refresca, amado mío, te has sofocado de tanto correr..... y á la mañana siguiente estaba usted hecho realmente un hombre fresco. Había un hombre, llamado Pieper, que estaba apasionado por una joven á quien llamaban Juanita, el angelito de la Trompeta (1), y que vivía en la calle de *Kaffemacherei* y el hombre vivía en la de *Fuhlentwiete*.....

—¡Hirsch—gritó furioso el Marqués, cuya intranquilidad había llegado á su grado máximo;—¡ojalá que tu Pieper de Fuhlenwiete y su ángel mofletudo de Kaffemacherei, y tú y tu Gúdula, tuvierais en el cuerpo mi sal de Glauber!

—¿Qué quiere usted decir, señor Gumpel?—replicó Jacinto, no sin cierto arrebato.—¿Qué culpa tengo yo

(1) La versión francesa le adjetiva: *bouffi*, mofletuda, porque sin duda tenía los carrillos abultados y rojos como se ponen al tocar la trompeta.

de que Lady Maxfield tenga que irse á Inglaterra esta noche precisamente, y de que precisamente hoy le invite á usted? ¿Podía yo preverlo? ¿Soy yo un Aristóteles? ¿Estoy empleado en la Providencia? Yo no he prometido más que los polvos han de obrar, y obrarán, tan seguramente como que he de salvarme, y usted con correr de acá para allá tan disparatada y violentamente, con esa rabia, no hace más que acelerar su efecto....

—¡Bien, me sentaré tranquilamente!—suspiró Gumpelino, golpeando el suelo con su pie, arrojándose furibundo en el sofá, y haciendo esfuerzos para reprimir su cólera. Largo rato se miraron en silencio amo y criado, hasta que al fin aquél, exhalando un profundo suspiro, y casi á media voz, dijo á éste:

—Pero, Hirsch, ¿qué pensará de mí esa señora, si no voy? ¡Me está esperando impaciente, temblorosa, encendida de amor!.....

—Tiene un hermoso pie—dijo Jacinto para sí, agitando melancólicamente su cabecita. Pero su pecho parecía agitarse con violencia; bajo su roja envoltura trabajaba visiblemente un atrevido pensamiento.....

—Señor Gumpel—dijo al fin en voz alta—envíeme usted á mí.

Y al decir estas palabras un rojo subido cubrió su pálido y acuitado semblante.

CAPÍTULO X.

Cuando Cándido llegó á Eldorado, vió en la calle algunos chicos que jugaban con grandes piritas de oro en lugar de piedras. Este lujo le hizo creer que fueran hijos de rey, y no fué menor su admiración cuando supo que en Eldorado las piritas de oro son tan comunes como los guijarros entre nosotros, y que juegan con ellas los muchachos de la escuela. Un amigo mío, extranjero, se encontró con algo parecido cuando fué á Alemania, y leyó por vez primera libros alemanes, pues se admiró mucho de la riqueza de ideas que encontró en ellos; pero pronto notó que son tan abundantes las ideas en Alemania como las piritas de oro en Eldorado, y que los escritores que consideró príncipes del ingenio, no eran más que vulgares chiquillos de escuela.

Siempre recuerdo esta anécdota, cuando me entran ganas de escribir las más bellas reflexiones acerca del arte y de la vida, y entonces me río y prefiero guardar mis pensamientos en la pluma, ó rasgueo en su lugar algún retrato ó figurilla sobre el papel y me persuado de que semejante tapiz es en Alemania, Eldorado intelectual, más útil que los más dorados pensamientos (1).

(1) La versión francesa modifica casi el fin de este párrafo.....:

En el tapiz que voy á mostrarte ahora, querido lector, volverás á ver los bien conocidos semblantes de Gumpelino y su Hirsch-Jacinto, y aunque esté presentado aquél con menos determinados rasgos, espero, no obstante, que serás suficientemente perspicuo para reconocer un carácter negativo sin contornos demasiado acusados. El haberlo dibujado de otro modo, pudiera haberme ocasionado un proceso por injuria, ó tal vez alguna cosa de más trascendencia (1). Pues el Marqués es poderoso por su dinero y sus relaciones. Al mismo tiempo es el natural aliado de mis enemigos, los protege con subsidios, es aristócrata, ultra-papista, no le falta más...., pero esto puede llegar á aprenderlo...., y para ello tiene el libro en la mano, como verás en este tapiz.

Otra vez está anocheciendo; sobre la mesa hay dos candelabros con bujías de cera encendidas; su resplandor juega sobre los dorados marcos de las imágenes de santos que penden de la pared, y á su vacilante luz y móviles sombras parecen cobrar vida. A la parte de afuera, ante la ventana, se yerguen á la luz argentada de la luna, misteriosos é inmóviles, los sombríos cipreses, y á lo lejos resuena un triste canto dedicado á la Virgen María, con entrecortados acentos, como emitidos por la voz de un niño enfermo. Reina en la habitación un calor sofocante *sui géneris*, el marqués *Cristoforo di Gumpe-*

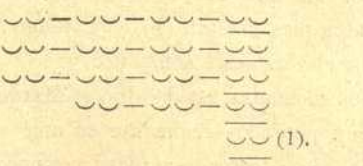
---

en Alemania, Eldorado de ideas más ó menos ociosas y á veces de un dorado intelectual muy equívoco.

(1) Aquí la versión francesa da un corte y pasa al párrafo siguiente.

lino, está sentado, ó más bien reclinado perezosa y elegantemente sobre los cojines del sofá, su noble y sudoroso cuerpo está cubierto aún con el ligero dominó de seda azul, tiene en las manos un libro encuadernado en tafilete rojo con adornos en oro, y declama en voz alta y lánguida. Sus ojos tienen en este momento cierto brillo húmedo, que suele ser propio de los gatos enamorados, y sus mejillas y hasta las dos alas de su nariz, tienen cierta palidez enfermiza. No obstante, querido lector, esta palidez puede explicarse filosófica y antropológicamente, si se piensa que el Marqués se había tomado la tarde anterior todo un vaso de sal de Glauber.

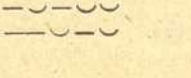
Pero Hirsch-Jacinto estaba inclinado sobre el piso de la habitación, y con un gran trozo de tiza blanca dibujaba sin duda en grande escala, sobre el bruñido pavimento los siguientes caracteres:



Esta ocupación parece ser bastante molesta para el hombrecillo, que desalentado cada vez que se pone como

---

(1) En la versión francesa es otra la combinación métrica, así:



un puente, murmura con mal humor: spondeo, troqueo, yambo, dactilo, anapesto y..... ¡la peste! Queriendo moverse con más comodidad, se despoja del rojo sobretodo y aparecen dos cortas y modestas piernas dentro de unos estrechos calzones de color escarlata, y dos brazos algo largos y demacrados en blancas y flotantes mangas de camisa.

—¿Qué son estas extrañas figuras?—le pregunté, después de contemplar un rato su trabajo.

—Son pies de tamaño natural—sollozó él por respuesta—yo, infeliz de mí, tengo que meterme estos pies en la cabeza, y ya me duelen las manos de tantos pies como he tenido que escribir. Son los verdaderos y propios pies de la poesía. Si no fuera por mi civilización echaría á paseo á la poesía con todos sus pies. Estoy dando lección particular de arte poética con el señor Marqués. El señor Marqués me lee antes los versos y me explica de cuántos pies constan (1), y yo tengo que anotarlos y contar si el verso está completo.

—Nos encuentra usted—dijo el Marqués, en tono didáctico y patético—realmente en una ocupación artística. Sé bien, doctor, que usted pertenece á esos poetas que tienen la cabeza testaruda, y no quieren ver que los pies son lo principal en la poesía. Pero una sensibilidad cultivada, sólo se encanta ante el pulimento de la forma, y esto sólo lo podemos aprender en los griegos y en los poetas modernos que se inclinan á los griegos, piensan

(1) En la v. fr. *Sobre cuantos pies van.*

en griego, sienten en griego, y en esta forma comunican sus sentimientos á los hombres.

—Claro, á los hombres, no á las mujeres, como lo suele hacer un poeta romántico y nada clásico, observó mi humilde persona (1).

El señor Gumpel habla á veces como un libro, me dijo en voz baja Jacinto por su parte, apretando sus delgados labios, guiñando sus ojillos con orgullosa satisfacción y sacudiendo su extrañísima cabecita. Digo á usted—añadió algo más alto—que habla á veces como un libro, y entonces ya no es un hombre, por decirlo así, si no un ser superior, y yo me hago más bestia cuanto más le escucho.

—¿Y qué tiene usted ahora en las manos? pregunté al Marqués.

—¡Brillantes!—contestó, alargándome el libro (2).

Al oir la palabra «brillantes» dió Jacinto un salto; pero al ver tan sólo un libro sonrió mirándole compasivamente. Pero el brillante libro llevaba en su primera hoja el título siguiente (3):

«Poesías de Augusto, Conde de Platen, Stuttgart y Tubinga.—Librería y casa editorial de J. G. Cotta, 1828 (4).»

---

(1) Esta contestación ha sido suprimida en la versión francesa.

(2) La versión francesa dice: *perlas*.

(3) La versión francesa dice: *Este collar de perlas llevaba por título*.

(4) Sustituído en la versión francesa por esta: *Poesías del conde Ramler, el menor, Stuttgart*, 1828. *En casa de Cotta*.

A la vuelta llevaba esta tierna inscripción (1):

«Presente de fervorosa y fraternal amistad.»

Al mismo tiempo trascendía el libro á ese extraño perfume que nada tiene que ver, ni mucho menos, con el agua de colonia, y acaso por esta circunstancia se podía calcular que el Marqués le había estado leyendo por la noche.

—No he podido pegar los ojos en toda la noche—me dijo quejumbrosamente.—Estaba tan agitado, que tuve que levantarme del lecho unas once veces, más, por fortuna, tenía á mi disposición esta excelente lectura, en la que no sólo encontré instrucción poética, sino también consuelos para la vida. Ya ve usted lo mucho que estimo el libro, puesto que no le falta una sola hoja, y, no obstante, cuando me sentaba, como me sentaba, tuve muchas veces tentaciones..... (2).

—A muchos les pasará lo mismo, señor Marqués.

—Juro á usted por Nuestra Señora de Loreto, y tan cierto como que soy un hombre honrado—continuó—que estas poesías no tienen igual. Yo estaba ayer tarde, como sabe usted, desesperado, es decir, *au deséspoir*, cuando el hado no me permitía poseer á mi Julia; entonces leí estas poesías, si bien á cada verso tenía que

---

(1) La versión francesa suprime esta línea, la siguiente y el párrafo que va á continuación.

(2) Falta en la versión francesa el último inciso, y la replica siguiente dice así:

—*Seguro estoy, señor Marqués, de que no han tenido todos las mismas consideraciones con ese libro.*

levantarme, y tal indiferencia me inculcaron respecto á las mujeres, que me llegué á poner en contra de mi propio dolor amoroso. Esto es precisamente lo bello de este poeta, que él solamente se enciende por los hombres en ardiente amistad; nos da la preferencia sobre el sexo femenino, y debemos estarle agradecidos por semejante honor (1). En esto es más grande que todos los demás poetas y no adula el gusto vulgar de las muchedumbres; él nos cura de nuestra pasión hacia las mujeres, que nos causa tantas desventuras. ¡Oh mujeres, mujeres! el que nos libra de vuestros lazos es un bienhechor de la humanidad! (2). Es una eterna lástima que Shakespeare no haya utilizado para esto su eminente talento dramático, pues según he leído hace poco, no debe haber sentido con menos grandeza que el gran conde Platen, quien en su soneto á Shakespeare, dice:

«No turbó la mujer nunca tu sueño,
Sólo por la amistad valiente luchas:
Por el amigo á la mujer no escuchas,
Su belleza es tu gloria y es tu ensueño» (3).

---

(1) Este punto es sustituído en la versión francesa por: *La belleza propia de este poeta, es que comprende, sobre todo, la amistad.*

(2) La versión francesa da un corte desde, *bienhechor de la humanidad*, hasta el párrafo que comienza: *Debo asegurar, etc.*

(3) La vaguedad del cuarto verso es del original que dice: *Und seine Schönheit ist dein Ruhm und Kummer.* Parece que el poeta quiere decir, *la belleza de la amistad.*

Mientras el Marqués declamaba estas frases con tal vehemencia, y el resbaladizo estiércol se le iba disolviendo en la lengua, hacía Jacinto los gestos más contradictorios, ya de mal humor, ya de asentimiento, y dijo por último:

—Señor Marqués, habla usted como un libro, y hasta esos versos van tan ligeros como usted lo ha estado esta noche, pero no me agrada su contenido. Me halaga como hombre que el conde Platen nos prefiera á las mujeres, pero como amigo de las mujeres soy opuesto á semejante señor. ¡Así es el hombre! Al uno le gusta la cebolla, en el otro predomina el sentimiento de la ardiente amistad, y yo, como hombre honrado, debo confesar que me gusta la cebolla, y que prefiero una destartalada cocinera á lo más hermoso de la hermosura del amigo. Sí, debo confesarlo, no veo tanta belleza en el sexo masculino para que se le deba preferir.

Estas últimas palabras las dijo Jacinto mirándose detenidamente al espejo; pero el Marqués, sin perturbarse lo más mínimo, siguió declamando:

«Der Hoffnung Schaumgebäude bricht zusammen,
Wir mühn uns, ach! und kommem nicht zusammen;
Mein Name klingt aus deinem Mund melodisch,
Doch reihst du selten dies Gedicht zusammen;
Wie Sonn'und Mond uns stets getrennt zu halten,
Verschworen Sitte sich und Pflicht zusammen,
Lass Haupt an Haupt uns lehnen, denn es taugen
Dein dunkles Haar, mein hell Gesicht zusammen!

Doch ach! ich träume, denn du ziehst von hinnen,
Eh' noch das Glück uns brachte dicht zusammen!
Die Seelen bluten, da getrennt die Leiber,
O wären 's Blumen, die man flicht zusammen! (1).

(1) Siendo imposible reproducir en castellano el defecto que en estos versos se censura, hemos optado por dejarlos en su original, acompañando las aclaraciones necesarias y dando, por fin, su versión castellana para que, una vez enterado el lector de lo que se refiere á la forma, pueda apreciar también el fondo.

Como el Sr. Gumpel ha calificado las poesías de que se trata, de un dechado de perfección en la forma, el maligno Heine cita este trozo donde, lejos de haber tal perfección, siete de los doce versos terminan en la partícula *zusammen* (que significa *reunión* en el espacio ó en el tiempo, en sentido recto y figurado), según en el texto puede verse: en el verso 1.º, *bricht zusammen* (se deshace); en el 2.º, *kommen (nicht) zusammen* (no) (nos encontramos); en el 4.º, *reihst..... zusammen* (recorres en conjunto); en el 6.º, *Verschworen..... zusammen* (conspiran uno contra otro, á la vez); en el 8.º y 9.º, *taugen..... zusammen* (armonizan, convienen uno con otro); en el 10.º, *brachte..... zusammen* (nos reuna) repetición del primero en otro tiempo; y en el 12.º, *flicht zusammen* (se entrelazan); á lo que viene todavía á añadirse el que los versos 5.º, 7.º y 9.º, terminan en la sílaba *en* y el undécimo en *er*, escapando sólo á esta sucesión casi monorrima el segundo verso.

Lo censurable aquí no es que un verso termine en *zusammen* ni en otra partícula, pues esto, que en castellano sería muy malo, por no ser una partícula palabra de importancia para finalizar un verso, no puede aplicarse á las lenguas germánicas, cuyas partículas componentes de verbos van pospuestas á ellos, generalmente al fin de la frase, dándoles esto gran importancia, como que son las únicas que resuelven el enigma de la significación del verbo, colocado á veces mucho antes; y he aquí explicada la imposibilidad de la traducción de los verbos anteriores con su capital defecto de forma, que es la monótona repetición final de una misma partícula, que en castellano se

—¡Vaya una poesía cómica—exclamó Jacinto, que iba repitiendo por lo bajo las rimas,—*Sitte sich und Pflicht zusammen, Gesicht zusammen, dicht zusammen, flicht zusammen!* ¡Qué poesía tan cómica! Mi cuñado, cuando lee poesías, hace con frecuencia la siguiente gracia, que consiste en añadir alternativamente al principio y al fin de cada línea las palabras «comienza» (*von vorn*) y «acaba» (*von ninter*), pero jamás tuve noticia de que las poesías que consisten en esto se llamaran Gacelas. Era cosa de probar á ver si la poesía que ha declamado el señor Marqués se embellecía aun más añadiéndole siempre, trás de la palabra *zusammen*, *von vorn* y *von hinter*. Seguro es que la composición gana así un veinte por ciento de energía.

Sin hacer caso de esta charla, seguía el Marqués declamando gacelas y sonetos, en que el amante canta la

---

prefija á su verbo, y tiene que desaparecer del sitio que desgraciadamente ocupa en alemán.

He aquí ahora su fiel versión castellana:

«La esperanza en espuma se deshace,
Nos buscamos, mas ¡ay! sin encontrarnos;
Mi nombre entre tus labios dulce suena,
Mas rara vez recorres estos versos;
Cual luna y sol van siempre separados,
Contra el deber conspira la costumbre;
¡Unamos las cabezas que armoniza
Tu obscuro pelo con mi claro rostro!
Mas ¡ay! deliro, ¡pues de mí te alejas
Antes de que la dicha bien nos una!
¡Sangran las almas, húyense los cuerpos:
Fuéramos flores que entre sí se enlazan!

belleza de su amigo, le elogia, se queja de él, le culpa de frialdad, le adula bajamente á fin de captársele, le hace guiños, le da celos, y muerto de amor le canta toda una escala de ternezas; pero tan ardientes, tan tentadoras y aduladoras, que podría uno creer que el autor fuera una muchacha loca de amor por un hombre. Sólo que, en este caso, sería extraño hasta cierto punto, que la muchacha se lamentara continuamente de que «su amor es contrario á las costumbres» cuando «contra estas costumbres separatistas» está ella tan mal dispuesta, como los pica-bolsas contra la policía; que quisiera estrechar amorosa «la región lumbal» del amigo, y «llena de deseos» se lamente «de una unión artera para después rechazarnos y apartándonos», y que después de tan mortal enfermedad» se queje de parte del amigo, á quien asegura, que sólo quiere mirarle á hurtadillas y prometerle «una sílaba no que su oído aterre», y al fin confiesa:

«¡Contradice á los de otros mi deseo;
Jamás oyeras tal, mas rechazarme
Tampoco sabrás tú, dulce bien mío!»

Debo testificar, que el Marqués recitó bien estas poesías, exhalando prolongados suspiros, sollozando, y que deslizándose de un lado á otro en el sofá, coqueteaba hasta con la parte posterior (1). Jacinto, sin descuidarse

(1) Aquí, la versión francesa, traduce: ..... *suspiró, en los buenos pasajes puso lánguidas actitudes y todas las coquetterias imaginables.*

un instante, siguió repitiendo las rimas y entremezclando, sin que nadie le hiciera caso, sus observaciones. Pero á lo que más prestaba atención era á las odas.

—En éstas—decía él—hay mucho más que aprender que en los sonetos y *gacelas*, pues en las odas van impresos detalladamente á la cabeza los pies de que constan, y así se pueden contar cómodamente en cada una de ellas. Todos los poetas debían, como el conde de Platen, imprimir los pies al frente de sus poesías de más difíciles versos, y decir á las gentes: ved, soy un hombre honrado, no quiero engañaros, estas líneas curvas y rectas que pongo á la cabeza de cada poesía, son, por decirlo así, un *conto finto* de cada pieza, y podéis calcular cuánto trabajo me ha costado; son, por decirlo así, la vara de medir de cada verso, podéis volver á medir, y si falta una sola sílaba, llamarme bribón, tan cierto como que soy un hombre honrado. Pero precisamente, á favor de este honrado aspecto, es como se engaña al público. Precisamente, cuando están consignados los pies á la cabeza de la poesía, piensa uno: no quiero ser hombre desconfiado. ¿A qué voy á contar, cuando ya lo ha hecho el autor? Es seguro que es un hombre honrado. No se cuenta y le engañan á uno. ¿Y puede uno contar siempre? Ahora estamos en Italia, y aquí tengo tiempo para escribir con tiza en el suelo los pies, y comprobar cada una de las odas. Pero en Hamburgo, donde tengo mis quehaceres (1), me falta tiempo

(1) La versión francesa, *mi establecimiento.*

para ello, y tengo que fiarme del conde Platen sin comprobación, como se fía uno de los saquillos de dinero de la caja corriente, que llevan escrito encima cuántos centenares de thalers contienen, y así pasan sellados de mano en mano, unos se fían de otros, creyendo que contienen la cantidad que llevan consignada, y ocurre, por ejemplo, que un ocioso, que nada tiene que hacer, abre un saquillo, recuenta, y se encuentra con un par de thalers menos: así se hacen también en la poesía muchas bribonadas. Especialmente, cuando pienso en los saquillos de dinero, me hago desconfiado, pues mi cuñado me contó que, en el correccional de Odenssee, cierto individuo que estaba empleado en Correos (1), abría el pícaro los saquillos de dinero que llegaban á sus manos, y sustraía el dinero, volviendo á coserlos diestramente para expedirlos después al punto. Cuando se oyen tales cosas, se pierde la fe en los hombres y se hace uno desconfiado. Se hacen ahora muchas bribonadas en el mundo, y seguramente se hacen en la poesía, como en todos los demás negocios.

—La honradez—siguió Jacinto mientras el Marqués continuaba declamando, sin hacer caso de nosotros, completamente absorto en sus sentimientos—la honradez, señor Doctor, es lo principal, y al que no es un hombre honrado le considero como un bribón, y al que considero como un bribón no le compro nada, ni leo nada suyo, en fin, no hago ningún negocio con él. Soy un

(1) *Bei der Post*, la versión francesa dice *à son poste.*

hombre, señor Doctor, que no se alaba de nada, pero podía alabarme de algo, podría alabarme de ser un hombre honrado. Voy á contarle á usted un rasgo de nobleza mío, que le va á usted á asombrar, digo á usted que le va á asombrar, tan cierto como soy un hombre honrado. Vivía en Hamburgo, en el *Speersort*, un hombre que es vendedor de hortalizas (1), llamado Klötzchen (2), es decir, á quien yo llamo Klötzchen, porque somos buenos amigos, para los demás se llama el señor Klotz. Su señora, á quien llamaré Mad. Klotz, no podía sufrir que su marido jugara en mi colecta, no podía yo ir á su casa con el billete de lotería, y él me decía siempre en la calle: «Quiero jugar tal ó cual número en tu casa, aquí tienes el dinero, Hirsch.» Y entonces le decía yo: ¡Bien, Klötzchen! Me iba á mi casa, ponía el número apartado para él bajo un sobre, y escribía encima en letra alemana: «A la cuenta del Sr. Christián Enrique Klotz.» Y ahora, oiga usted y admírese:

Era un hermoso día de primavera, los árboles de junto á la Bolsa estaban verdes, los céfiros soplaban agradablemente, y el sol brillaba en el cielo: yo estaba en el Banco de Hamburgo. Llega entonces Klötzchen, mi Klötzchen, trayendo del brazo á su gruesa Mad. Klotz; salúdame primero, y habla de la divina pompa de la primavera, hace algunas patrióticas observaciones acerca

(2) La versión francesa, *fruitier-épicier*.

(3) La versión francesa dice: *Bûchette*; traducción de la palabra alemana, *Zoquetillo*; diminutivo de *Bûche*, como *Klotzchen* de *Klotz*, zoquete.

de la Guardia nacional, me pregunta cómo van los negocios; le refiero que algunas horas antes han puesto á uno en la argolla, y, ya en conversación, me dice: «Ayer noche soñé que le va á tocar el premio grande al número 1538.» Y en el mismo momento, mientras Mad. Klotz contempla las estatuas de los emperadores que hay delante de la Casa Ayuntamiento, me desliza en la mano trece luises de oro legítimos. Me parece sentirlos todavía. Y antes que Mad. Klotz se vuelva, le digo: ¡bien, Klötzchen! y me marcho. Me voy directamente, sin mirar en torno mio, á la colecta principal y tomo el número 1538, le pongo en un sobre, me voy al punto á casa, y escribo en el sobre: «A cuenta del Sr. Christián Enrique Klotz.» ¿Y qué hace Dios? Catorce días después, para poner á prueba mi honradez, hace que salga el número 1538 con una ganancia de 50.000 marcos. ¿Pero qué hace Hirsch, el mismo Hirsch que ahora tiene usted delante? Este Hirsch se pone una camisola blanca y limpia, y una limpia corbata blanca; toma un fiacre y se dirige á la colecta principal á cobrar sus 50.000 marcos, y se va con ellos hacia *Speersort*. Cuando me ve Klotzchen, pregunta: Hirsch, ¿por qué vas hoy tan elegante? Pero yo no le contesto palabra; pongo un gran saco de sorpresa con oro sobre la mesa, y le digo con toda solemnidad: Sr. Christián Enrique Klotz, el número 1538, que ha tenido usted la bondad de jugar en mi casa, ha tenido la dicha de ganar 50.000 marcos. En este saquillo tengo el honor de presentar á usted el dinero, y me tomo la libertad de pedir á usted recibo.

Así que Klötzchen oye esto, comienza á llorar; cuando Mad. Klotz oye la historia, rompe á llorar; la rubicunda criada, llora; el mancebo cojo de la tienda, llora; los niños, lloran; y yo, que soy un hombre sensible, no puedo llorar, caigo primero sin sentido; y sólo, después de volver en mí, cayó de mis ojos un torrente de lágrimas: estuve llorando tres horas.

La voz del hombrecillo temblaba al hacer la narración. Sacó solemnemente de su bolsillo el paquetito ya citado, desenvolvió el tafetán color rosa desvahido y me mostró el recibo en que Christián Enrique Klotz firmaba haber recibido exactamente los 50.000 marcos.

Cuando yo muera—dijo Jacinto con lágrimas en los ojos—me enterrarán con este documento, y cuando allá arriba, el día del Juicio, tenga que ir á dar cuenta de mis actos, me adelantaré con él en la mano hasta la silla del Todopoderoso, y así que mi ángel malo haya leído las malas acciones que en este mundo he realizado, y mi ángel bueno se disponga á leer también la lista de mis buenas acciones, diré yo tranquilo:

¡Calla, sólo quiero saber si está bien este recibo, si es ésta la firma de Christián Enrique Klotz. Entonces vendrá volando un angelito muy pequeño, que conoce perfectamente la letra de Klötzchen, y referirá al punto la notable historia de la honradez con que obré aquel día. Pero el Creador de la Eternidad, el que todo lo sabe, el Omnisciente, se acuerda de esta historia y me alaba en presencia del sol, la luna y las estrellas, echa la cuenta de memoria, y después de haber restado mis ma-

las acciones, de los 50.000 marcos de honradez, aún queda un saldo á mi favor, y entonces dice:—Hirsch, te nombro ángel de primera clase, llevarás alas con plumas rojas y blancas (1).

---

(1) Aquí terminan los Baños de Lucca en la versión francesa, que suprime el largo capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI.

¿Quién es, pues, el conde Platen, á quien en el capítulo precedente hemos dado á conocer como poeta y fervoroso amigo? ¡Ah, querido lector! esta pregunta hace tiempo que la leía en tu semblante, y no he de contestarla sin vacilaciones. Es, en efecto, la desgracia de los escritores alemanes el que así que ponen sobre el tapete á un loco, malo ó bueno, tienen que darle á conocer ya, por medio de una árida pintura de su carácter y de la descripción de su persona, con lo cual se sabe: primero, que ha existido, y, segundo, se conoce el sitio donde se le puede aplicar el látigo, si abajo, arriba, delante ó detrás.

Otra cosa sucedía entre los antiguos, y otra sucede ahora en los pueblos modernos, por ejemplo, entre los ingleses y franceses, cuya vida es popular, y tiene, por tanto, *carácter público*. Pero nosotros los alemanes, si bien tenemos todo un pueblo de locos, tenemos pocos locos ilustres que sean bastante conocidos para poder utilizarles como caracteres para todo el mundo inteligibles, en prosa ó verso.

Los pocos hombres que de esta clase poseemos tienen

realmente derecho á echárselas de importantes; son de inestimable valor y dignos de las más altas consideraciones. Así, por ejemplo, el señor Schmalz, consejero íntimo y profesor de la universidad de Berlín, es un hombre que no se paga con dinero. Un escritor humorístico no puede prescindir de él, y hasta él mismo conoce su importancia personal y su imprescindible necesidad en tan alto grado, que no desaprovecha ocasión de dar materia á la sátira de los escritores de humor, y día y noche anda buscando cómo puede hacerse risible como hombre de Estado, servil, decano, antihegeliano y patriota, para con ello dar enérgico impulso á la literatura, por la que, por decirlo así, se sacrifica.

Se debe elogiar, sobre todo, á las universidades alemanas el que proporcionan á los escritores alemanes más locos de todas clases que todas la demás corporaciones, y especialmente á la de Goettinga, he sabido siempre estimarla en este sentido, razón por la cual me declaro en pro de la conservación de las universidades, por más que siempre he predicado la libertad de profesión y la supresión de las corporaciones.

En tan sensible carencia de locos esclarecidos no se me podrá agradecer bastante que ponga en mi tapiz uno nuevo y le haga de uso general. Voy á hablar con algún detenimiento á los literatos esclarecidos del conde Augusto de Platen-Hallermünde.

Debo decir para ello, que se dió á conocer oportunamente y se ha hecho célebre en cierto modo; voy, por decirlo así, á cebarle literariamente, como los iro-

queses hacen con los prisioneros que se han de comer en los últimos banquetes. Voy á proceder en un todo leal y honradamente, y sobre todo, de un modo cortés, como cumple á un buen ciudadano, y no tocaré á lo material de la mal llamada personalidad más que en todo aquello que pueda arrojar luz sobre la fisonomía de su espíritu, y diré siempre con toda precisión el punto de vista desde que le miro, desde que le vi, y á veces hasta los anteojos con que le vi.

El punto donde por vez primera descubrí al conde Platen fué Munich, teatro de sus esfuerzos, donde es muy celebrado por cuantos le conocen, y donde, de seguro, será inmortal mientras viva. Los anteojos con que le vi pertenecían á algunos vecinos de Munich que en sus buenos ratos lanzaban de cuando en cuando algún gracioso epigrama sobre su exterior apariencia.

Jamás le vi á él mismo, y cuando quiero figurarme su persona me acuerdo siempre de la graciosa diatriba que una vez mi amigo el doctor Lantenbacher disparó contra la locura de los poetas en general, citando especialmente á un conde Platen, á quien se encontraba en los paseos públicos de Erlangen con su corona de laurel en la cabeza y la nariz provista de anteojos elevada al cielo, simulando estar poéticamente inspirado.

Otros han hablado mejor del pobre Conde, y sólo lamentaban su escasez de medios, pues dada su ambición de distinguirse, al menos como poeta, los necesitaba, á más de la recompensa de su laboriosidad; y alababan especialmente su agasajo para con los jóvenes, entre

los cuales era la misma modestia, pues con la más bondadosa humildad iba á visitarlos de cuando en cuando, y tan allá llevaba su benevolencia, que seguía volviendo hasta cuando le manifestaban claramente lo molesto de su visita. Tales cosas me han conmovido hasta cierto punto, aunque encontraba muy natural esta falta de personal éxito. En vano se lamentaba con frecuencia el Conde.

«Tu blonda juventud, oh dulce joven,
Desdeñe á melancólicos coetáneos.
Quiero en broma escribir, de burlas sólo,
Si lágrimas hasta hoy me alimentaron,
Y he decidido el implorar al cielo
Esa jovialidad, don á mi extraño.»

En vano aseguraba el pobre Conde que un día había de ser el poeta más célebre; que ya era visible en su frente la sombra de una hoja de laurel; que también podría inmortalizar á sus dulces jóvenes en imperecederas poesías. ¡Ah! esta celebridad no la quisiera nadie, y, en efecto, no era digna de ser envidiada.

Aun me acuerdo con qué depresiva sonrisa era mirado un candidato á tal celebridad por algunos alegres amigos bajo las arcadas de Munich. Un ingenioso mal bicho hasta pensaba ver entre el cuello del levitón de dicho individuo la sombra de una hoja de laurel. Por lo que á mi toca, querido lector, no soy tan malo como piensas, y compadezco al pobre Conde cuando los otros se burlan de él, y dudo que él se haya vengado en las odiosas «cos-

tumbres», por más que en sus dolientes canciones se entrega á ciertas venganzas; creo más bien en las dolorosas enfermedades, injuriosas reservas y negaciones que él mismo tan conmovedoramente canta.

Convencido estoy de que procedió contra las costumbres desde luego más honradamente de lo que él mismo quería, y pudo acaso decir en elogio suyo, como el general Tilly: «Nunca me embriagué, nunca toqué á una mujer, y nunca perdí una batalla.» Por lo cual, de seguro, dijo por él el poeta:

«Eres tan sobrio cuan modesto joven.»

El pobre joven, ó más bien el pobre viejo joven—pues tenía ya algunos lustros tras de sí—estaba entonces metido, si no me equivoco, en la universidad de Erlangen, donde le habían proporcionado alguna ocupación; pero esto no satisfacía las altas aspiraciones de su espíritu, pues con los lustros más y más le aguijoneaba la concupiscencia de hacerse ilustre, y el Conde estaba cada día más entusiasmado con su futura grandeza, así es que abandonó su puesto y determinó vivir de la pluma, de los dones de la casualidad y algunas otras adventicias ganancias; pues el condado del Conde radica también en la luna, de donde, á causa de las malas comunicaciones con Baviera, según el cálculo de Gruithuisen, dentro de veinte mil años, cuando la luna se acerque á la tierra, podrá él cobrar sus enormes rentas.

Ya antes había publicado el D. Augusto Platen de

Colibrados (1) Hallermünde, en casa de Brockaus, en Leipzig, una colección de poesías con su prólogo, titulada: «*Hojas líricas*, Núm. 1.º», la que seguramente no llegó á ser conocida, aunque, según nos asegura el autor, los siete sabios le prodigaron sus alabanzas.

Más tarde publicó algunos cuentos dramáticos y narraciones á lo Tieck, que tuvieron igualmente la dicha de quedar ignorados de la iliterata muchedumbre, y sólo fueron leídos por los siete sabios. No obstante, con el fin de captarse algunos lectores además de los siete sabios, se dedicó el Conde á la polémica, y escribió una sátira contra célebres escritores, principalmente contra Müllner, que ya se veía entonces aborrecido y aniquilado moralmente por doquiera; así es que el Conde llegó precisamente á tiempo para dar aún al difunto consejero de la corte Oerindur el golpe de gracia, pero no en la cabeza, sino á la manera de Falstaff, hiriéndole en la pantorrilla.

Llenaba todos los nobles corazones la antipatía hacia Müllner; la polémica del Conde no desagradó por tanto, y «*El fatal bidente*» encontró acá y allá benévola acogida, no del público en general, sino entre los escritores y la misma gente escolar, principalmente entre esta última, porque en dicha sátira no imitaba ya sólo al romántico Tieck, sino también al clásico Aristófanes.

Creo que por entonces fué cuando el Sr. Conde hizo un viaje á Italia; no dudaba ya de poder vivir de su

---

(1) *Colibrados* es el apellido de un español fanfarrón, héroe de una comedia sueca, traducida al alemán por Müllner.

poesía, pues Cotta le hacía la usual y prosaica honra de darle dinero á cuenta de ella; pues la poesía, la hija del cielo, la de elevada cuna, jamás tiene dinero, y en tal necesidad se dirige siempre á Cotta.

El Conde versificaba día y noche, y no seguía encerrado en el marco de Tieck y de Aristófanes, sino que imitaba también á Goethe en sus canciones (*lieder*), á Horacio en las odas, al Petrarca en los sonetos y al poeta Hafis en sus pérsicas gacelas; nos daba, en fin, en cierto modo, una especie de Florilegio, y al mismo tiempo sus propias *Hojas líricas* bajo el título de *Poesías del conde Platen*, etc.

Nadie en Alemania es más benévolo con las producciones poéticas que yo, y concedo seguramente de todo corazón á un pobre hombre como Platen el pedacito de gloria que tan trabajosamente ganara á la faz de Suiza. Nadie está más dispuesto que yo á elogiar sus esfuerzos, á alabar su laboriosidad y su erudición poética, y á reconocer sus méritos como medidor de sílabas. Mis propios ensayos me hacen más apto que cualquiera otro para apreciar los méritos métricos del Conde.

El ímprobo trabajo, la indecible tenacidad, los nocturnos rechinamientos de dientes, los rabiosos esfuerzos con que ha trabajado sus versos, los descubre uno de nosotros mucho antes que el lector vulgar, que tiene por cosa sencilla la facilidad, elegancia y pulidez de cada uno de los versos del Conde, y se recrea en sus juegos de palabras, fáciles, pero vacíos, como se recrea uno con los saltos de los acróbatas, con los balanceos de los funám-

bulos y con los que hacen bailar los huevos y se los ponen sobre la cabeza, que divierten durante algunas horas, sin que uno piense en que aquel pobre hombre sólo á fuerza de años de torturas y atroces sufrimientos de hambre ha adquirido cierta destreza artística, cierta métrica material.

Yo, que no he sufrido tanto por la poesía, pues siempre me he ejercitado en ella estando en relación con una buena comida, para mejor premiar al conde Platen, que tantas amarguras y ayunos sufriera, he de decir en su alabanza que ningún funámbulo de Europa se balancea tan bien como él en sus soporíferas gacelas; que ninguno de los que hacen bailar los huevos al compás de

⏑⏑—⏑⏑⏑———
⏑⏑———⏑⏑⏑, etc.,

ejecuta tan bien como él; que nadie como él se los pone sobre la cabeza.

Hasta cuando las musas no le son propicias, tiene aún en su poder el genio de la lengua, ó más bien le somete á su poder; pues le falta el libre amor de este genio, tiene que perseguir también tenazmente á este joven, y sólo sabe apoderarse de la forma externa, que, á pesar de su hermosa redondez, jamás se sabe expresar noblemente. Nunca son profundas voces de la Naturaleza, como las encontramos en los cantos populares, en los niños y en otros poetas, las que brotan del alma de un Platen, ya estallen violentamente ó se manifiesten con tranquilidad; á las angustiosísimas torturas

á que tiene que someterse para decir algo las llama él «gran hecho en palabras».

Tan completamente desconoce la esencia de la poesía, que no sabe siquiera que la palabra sólo es un hecho para el retórico, pero para el verdadero poeta es una expresión. Ó de otro modo: para el verdadero poeta nunca se ha hecho la lengua maestra en él; él es, al contrario, el que se ha hecho maestro en la lengua, ó más bien de la lengua, como un *virtuoso* de un instrumento.

Cuanto más allá iba de este modo en la técnica, tanto más grande idea se formaba de su *virtuosità;* sabía seguramente tocar de todas maneras; componía, por decirlo así, muchas veces sólo sobre la cuarta cuerda, y se enfadaba cuando el público no aplaudía. Como todos los *virtuosi* que cultivan un talento especial, iba sólo tras el aplauso; veía con secreta rabia la gloria de otros; envidiaba á sus colegas sus ganancias, y á Claúren, por ejemplo, le escribió al mismo tiempo cinco pasquines, cuando sólo podía atraerse un solo *xenie* de censura; comparaba todas las críticas en que se alababa á otros, y gritaba continuamente: «Nunca seré bastante alabado ni bastante recompensado, pues yo soy el poeta de los poetas, etc.»

Jamás ningún verdadero poeta mostró tal hambre y sed de alabanza y utilidad. Jamás la mostraron Klopstock ni Goethe, cuyo tercero se llamaba á sí propio el Conde de Platen, aun cuando cualquiera comprende que sólo forma triunvirato con Ramler y quizá con Augusto Guillermo de Schlegel.

El gran Ramler, como se le llamaba en su tiempo, cuando él, acaso sin corona de laurel en la cabeza, pero con mucha más gran coleta y redecilla, alzaba los ojos al cielo, y con su paraguas de tela raída bajo el brazo, vagaba midiendo versos por el jardín zoológico, se tenía entonces por el representante de la poesía en la tierra, sus versos eran los más acabados que existían en lengua alemana, y sus admiradores, entre los que no sé cómo se encontraba hasta un Lessing, pensaban que no se podía ir más allá en materia de poesía. Casi lo mismo sucedió más tarde con Augusto Guillermo de Schlegel, pero cuya insuficiencia poética se hizo visible desde el momento en que la lengua alemana se perfeccionó, hasta el punto de que los que un tiempo consideraron al cantor de Arión como un verdadero Arión, ahora sólo ven en él al profesor de mérito.

Pero si fué permitido al conde Platen reirse del en otro tiempo celebrado Schlegel, como éste á su vez se rió de Ramler, cosa es que yo no sé. Mas lo que sé es que en poesía todos tres son iguales, y, cuando el conde Platen tan lindamente muestra su arte de balanceo en sus gacelas; cuando en sus odas ejecuta tan á la perfección la danza de los huevos, y cuando en sus comedias se los pone en la cabeza, todavía no es un poeta. «No es poeta», dice hasta la ingrata juventud masculina que él tan tiernamente canta. «No es poeta», dicen las mujeres, que acaso, y debo manifestarlo en su honor, no le son del todo contrarias; y quizá por la abnegación que en él descubren experimen-

tan ciertos celos, ó bien porque la tendencia de sus poesías creen que pone en peligro su hasta hoy ventajosa posición social. Críticos escrupulosos, que se equivocan con anteojos de muchos grados, convienen en este juicio ó le manifiestan aún con más lacónica reflexión.

—¿Qué halla usted en las poesías del conde Platen Hallermünde?—pregunté hace poco á un individuo.

—¡Carne de asentaderas!—fué la contestación.

—¿Habla usted con respecto á la forma penosamente trabajada?—repliqué yo.

—No—contestó él;—carne de asentaderas en el recto sentido de la palabra.

Ahora bien, por lo que toca al contenido de las poesías de Platen, quizá no pudiera yo alabar al pobre Conde, pero tampoco entregarle incondicionalmente al furor de sus censores, porque como nuestro Catón dice: ó hablar de ello ó callarse. *Chacun a son gôut* (1), á unos les gusta el buey y á otros la vaca de Wasischta.

Yo también censuro la radamántica severidad con que se ha juzgado el contenido de las poesías de Platen en el *Anuario de crítica científica de Berlín*. Pero así son los hombres; les es muy fácil aconsejar austeramente, cuando se trata de pecados que ningún placer pueden proporcionarles.

En la *Hoja de la mañana* leí hace muy poco un artículo, encabezado: «Del diario de un lector», en el cual se pronuncia el conde de Platen contra tan severa censura de

(1) *Cada uno tiene su gusto.*

su amor de la amistad, con su consabida modestia, diciendo que jamás supo mentir; propiedad que aun hoy se le reconoce. Cuando dice que la *Hoja semanal hegeliana* le acusa de «risible *pathos*» (1), de un secreto vicio, quiere, como es fácil adivinar, prevenir solamente la censura de otras gentes, cuyo juicio pretende explorar por tercera mano. No obstante, se le ha juzgado mal, en este respecto no llegaré nunca á acusarle de tal pasión; el noble Conde es para mí un fenómeno curioso, y en sus ilustres manías veo sólo algo anacrónico, una tímida y vergonzosa parodia de una soberbia antigua.

Esto es, en efecto. Dicha extravagancia no estaba en la antigüedad en contradicción con las costumbres, y esto se manifiesta con heroica franqueza, cuando, por ejemplo, el emperador Nerón dió un banquete nupcial en un buque incrustado de oro y de marfil, que costó algunos millones, haciéndose casar solemnemente con uno de los jóvenes de su serrallo, llamado Pitágoras (*cuncta denique spectata quae etiam in femina nox operit*), y después, con las antorchas nupciales, puso fuego á Roma, para, á su chisporroteo, poder cantar mucho mejor la destrucción de Troya. Entonces no existía ningún compositor de *gacelas* de quien pudiera yo hablar apasionadamente; sólo puedo reirme del nuevo pitagorista, que en la moderna Roma emprende sediento, en ayunas y lleno de inquietudes, el sendero de la amistad; pálido el sem-

(1) Del griego πάθος, enfermedad, caso *patológico*, en especial designa en griego á la mujer que padece algún trastorno del aparato genital.

blante, á causa de los desdenes de jóvenes desamorados, para irse después, á la luz de entristecedora lamparilla de aceite, á suspirar sus *gacelas*.

Es interesante en tal sentido la comparación de las composicioncillas de Platen con las de Petronio. En éste domina una franqueza ruda, antigua, plástica y pagana; el conde Platen, al contrario, á pesar de sus bravatas de clasicismo, trata su asunto más bien de un modo romántico, velado, anheloso, beato..... y aun pudiera añadir, hipócrita; pues el Conde se disfraza á veces bajo sentimientos piadosos y esquiva la precisa determinación de los sexos, pudiendo sólo verse claramente los masculinos; cree haberse encubierto bastante respecto al vulgo, con omitir á veces la palabra amigo, y le pasa lo que al avestruz que se cree suficientemente escondida así que oculta la cabeza en la arena, y no queda visible más que la parte posterior.

Nuestro ilustre avestruz hubiera hecho mejor en esconder en la arena la parte posterior y enseñarnos la cabeza. En efecto, es más bien un hombre de posaderas que de cabeza; pero sobre todo el nombre de varón no le conviene; su amor tiene un carácter pasivo, pitagórico, es en sus poesías un *pathicos* (1), una mujer, y seguramente una mujer que se regocija femenilmente; una *tribade* (2) masculina.

---

(1) Del griego παθικος, que padece, en especial de los órganos genitales.

(2) Del griego τριβάς, άδος, tribade, mujer entregada al libertinaje.

Esta naturaleza perturbada y rebajada se manifiesta á través de todas sus poesías eróticas; siempre encuentra un nuevo amigo de la belleza (1); en estas poesías vemos por doquiera poliandria, y cuando prorrumpe en su sentimentalismo:

—«¡Amas y callas! ¡Si yo tal hiciera,
Prodigándote sólo mis miradas!
¡A no ser por las frases pronunciadas,
Ninguna enfermedad cual hoy sufriera!
¡Bien aún este amor vencer quisiera;
Tiemblo en hielo sus llamas ver trocadas
Que del cielo nos fueron enviadas,
De caricias angélicas esfera»,

piensa uno en los ángeles que llegaron á casa de Loth, el hijo de Haarám, y á quienes sólo á costa de apuros y fatigas pudo librar de los más tiernos ataques, según leemos en el Pentateuco, que por desgracia no nos trasmite las *gacelas* y sonetos que se compusieron entonces á las puertas de Loth.

Por doquiera vemos en las poesías de Platen al avestruz que sólo esconde la cabeza, á la desatentada y débil avestruz que, teniendo las más hermosas alas, no puede volar, y se arrastra iracunda por el arenoso desierto de la polémica literaria. Con sus hermosas plumas y sin fuerza para moverse, con sus hermosos versos y sin vuelo poético, contrasta con aquel noble de la canción, que

(1) *Schönheitsfreund*, calófilo.

tiene menos brillantes alas, *pero con ellas hasta el sol se eleva*..... Vuélvome á mi estribillo: el conde Platen no es poeta.

Dos cosas se exigen á un poeta: en sus poesías líricas debe haber acentos naturales, en sus poesías épicas ó dramáticas debe haber caracteres. Si no puede legitimarse en este sentido, le será negado el título de poeta, aun cuando sus demás papeles de familia y diplomas de nobleza sean de la más alta categoría.

Esto último ocurre tal vez al conde Platen, pues no dudo, y aun estoy convencido, de que se reiría compasiva y tranquilamente cuando se quisiera hacer despreciar su título de Conde; pero que se atrevan sólo á manifestar en un solo *xenie* la más mínima duda acerca de su título de poeta, se sentará al punto furioso y hará imprimir contra uno cinco sátiras. Pues los hombres se aferran tanto más tenazmente á un título, cuanto más dudoso é incierto es el que de tal modo se defiende.

Pero acaso el conde Platen sería poeta si viviera en otra época, y cuando además fuera otro de lo que es ahora. La carencia de acentos naturales en las poesías del Conde se funda acaso en que vive en un tiempo en que no se atreve á expresar sus verdaderos sentimientos, en que las mismas costumbres, que están siempre en guerra declarada con su amor, hasta le impiden manifestar de un modo descubierto sus quejas en este punto, en que tiene que encubrir con inquietud todo sentimiento, para al menos no herir el oído del público como el de un «*bello difícil*» con una sola sílaba.

Esta inquietud no permite que aparezcan en él verdaderos acentos naturales; le condena á no poner en verso los sentimientos que otros poetas consideran como materia intachable y escogida, y en caso de necesidad, para usarlos, tiene que enmascarar sus propios sentimientos. Quizá se es injusto con él cuando se ha afirmado, conociendo su desgraciada posición, que el conde Platen hasta en poesía quiere mostrarse conde y atenerse á la nobleza y presentarnos por tanto solamente sentimientos de familia distinguida, sentimientos que tengan ya sus sesenta y cuatro abuelos. A vivir en tiempo del romano Pitágoras, hubiera acaso dado libre curso á sus propios sentimientos, y quizá hubiera sido juzgado poeta.

Al menos entonces no se hubieran echado de menos los acentos naturales en sus poesías líricas; pero hubiera quedado la escasez de caracteres en sus dramas, hasta tanto que cambiara su naturaleza intelectual, y no se convirtiera en otro. Los caracteres, que yo pienso que son esas espontáneas creaciones que surgen del espíritu creador del poeta, como Pallas Athene de la cabeza de Kronion completa y armada, seres fantásticos y vivientes, cuyo místico nacimiento está más de lo que se cree en extraña y condicionada relación con la naturaleza intelectual del poeta, así que tales partos espirituales no son permitidos á los que se abandonan con fanfarrona dulzura á creaciones tan infructuosas como las *gacelas*.

No obstante, estas son opiniones personales de un poeta, y su importancia depende de la competencia que á éste se conceda.

No puedo menos de mencionar que el conde Platen también asegura con frecuencia al público que más tarde escribirá cosas importantísimas, de las cuales hasta ahora no se tiene sospecha alguna; sí, escribirá Iliadas y Odiseas, tragedias clásicas y además poesías colosales destinadas á la inmortalidad, cuando se haya preparado convenientemente tras tantos y cuantos lustros. Querido lector, acaso has leído ese desbordamiento de la propia conciencia en trabajosos y limados versos, y la promesa de tan hermoso porvenir te era acaso tanto más grata, cuanto que el Conde pintaba al mismo tiempo á todos los poetas de Alemania, excepto Goethe, ya muy anciano, como un enjambre de malos embadurnadores, que sólo hallaba en su camino, en el camino de la gloria, y eran tan desvergonzados que le despojaban de algunos laureles y recompensas que á él sólo correspondían.

Omitiré lo que oí decir sobre esto en Munich; pero obligado por la cronología, debo dar cuenta de que, por aquel tiempo, el rey de Baviera expresó el designio de conceder á algunos poetas alemanes un sueldo anual, sin asignarles por esto cargo alguno, cuyo desusado ejemplo podía tener hermosas consecuencias para toda la literatura alemana. Me dijeron.....

Pero no quiero abandonar mi tema: hablaba de las jactancias del conde Platen que exclamaba continuamente: Yo soy el poeta, el poeta de los poetas; yo compondré Iliadas y Odiseas, etc., etc. No sé qué diría el público de tales jactancias, pero lo que sé con toda exac-

titud, es lo que de ellas piensa un poeta, pero un verdadero poeta, que ha sentido la púdica dulzura y el secreto terror de la poesía, y no se jactaría de seguro en la plaza pública de la felicidad que proporciona este sentimiento, cual no lo hace el paje feliz que goza del secreto favor de una princesa.

Ya se han burlado más frecuentemente y á más no poder, del conde Platen, con motivo de semejantes ridículas jactancias, pero él ha sabido siempre disculparse á lo Falstaff. En tales disculpas pone de manifiesto, un talento extraordinario en su clase, y que merece mención especial. Sabe el conde Platen descubrir en el pecho de algunos grandes hombres la huella, por pequeña que sea, de las manchas que hay en su propio pecho, y compararlos á sí propio mediante la elección de las manchas que con las suyas tienen afinidad. Sabe, por ejemplo, que los sonetos á Shakespeare están dirigidos á un hombre y no á una mujer, y, á causa de su continua selección, elogia á Shakespeare comparándole consigo mismo....., y esto es lo único que ha dicho de él.

Se pudiera escribir una apología negativa del conde Platen, y afirmar, que tampoco puede culpársele de este ó el otro error, porque no se haya comparado con este ó el otro grande hombre que de él hablaron mal. Pero lo más genial y más digno de admiración en él, consiste en la elección del hombre, en cuya vida descubre inmodestos discursos, con cuyo ejemplo quiere embellecer sus jactancias, y seguramente con este objeto cita de él palabras que jamás se citaron..... Pero esto no es nada para

lo que hizo el propio Jesucristo á quien hemos tenido hasta ahora por un modelo de humildad y modestia. ¿Acaso Cristo fué jactancioso? ¿el más modesto de los hombres lo fué tanto más por ser el más divino? Sí, lo que hasta ahora han evitado descubrir todos los teólogos, lo descubrió el Conde Platen, pues él nos insinúa que Cristo, al hallarse en presencia de Pilatos, no se portó tampoco con modestia, ni contestó modestamente, ni mucho menos, cuando al preguntarle éste:—¿Eres el rey de los judíos?—replicó:—Tú lo dices. Y por eso dice El, el conde Platen:—¡Yo lo soy! ¡yo soy el poeta!—Lo que jamás lograra el odio de un despreciador de Cristo, lo ha logrado la exégesis de la vanidad enamorada de sí misma.

Sabemos á qué atenernos, cuando uno grita continuamente:—¡Yo soy el poeta! Y también sabemos qué relación tiene esto con las extraordinarias poesías que el Conde quiere componer, cuando consiga la madurez conveniente, y que han de sobrepujar, de tan inaudito modo, en importancia á sus obras maestras hasta hoy escritas. Sabemos perfectamente que las obras posteriores de un verdadero poeta no son, en modo alguno, más importantes que las primitivas, del mismo modo que una mujer, porque dé á luz con más frecuencia, no por eso da á luz niños más perfectos; no, el primer niño es ya tan bello como el segundo; sólo se hace más fácil el parto. La leona no pare primero un conejo, luego un lebrato, después un perrillo, y por último, un león. Madama Goethe dió á luz desde luego un leoncillo, y éste nos dió del

primer parto sus leones de *Berlichingen* (1). Así también Schiller produjo desde luego sus *Bandidos* (2), donde ya se reconoce al león por las garras. Después viene solamente la pulidez, la fluidez, la lima, la *Hija natural* (3) y *La Desposada de Messina* (4). No ocurrió esto con el conde Platen, que empezó con una artificiosidad escrupulosa, y cantaba acerca del poeta:

«Tú, que brotaste raudo de la nada,
Con cara tan lamida y barnizada,
Pareces un juguete hecho de corcho.»

Sin embargo, si he de expresar mi íntima convicción, confieso, que no tengo al conde Platen por tan rematado loco, como se le cree, á causa de su anhelosa jactancia y del continuo incienso que se dedica. Claro es, que siempre acompaña á la poesía un poquillo de locura: pero sería terrible que la Naturaleza hubiese impuesto á un solo hombre tan considerable porción de locura que fuera suficiente para cien grandes poetas, y al propio tiempo sólo le hubiera dado una dosis de poesía insignificante de puro pequeña. Tengo mis razones para creer que el señor Conde no ha creído en su propia jactancia, y que él, sediento en la vida como en la literatura, y más bien por la necesidad del momento, tuvo que ser su

(1) *Götz von Beslichingen*, drama de Goethe.
(2) *Die Raüber*, ídem de Schiller.
(3) *Die natürlischer Tochter*, ídem de Goethe.
(4) *Die Braut von Messina*, ídem de Schiller.

propio *ruffiano* (1) encomiador, tanto en la literatura como en la vida. De aquí que pudiera decirse que en ambas, las manifestaciones se refieren más á un interés psicológico que estético; de aquí al mismo tiempo el deplorabilísimo relajamiento del alma y la mentida soberbia; de aquí la lamentable vaciedad de pronta muerte, y la amenazadora hinchazón de futura inmortalidad; de aquí la inflamable altivez de mendigo y la desmayada sumisión; de aquí las continuas quejas de «que Cotta le deja morir de hambre», y vuelta á quejarse de que Cotta le deja morir de hambre; de aquí los accesos de catolicismo, etc., etc.

Dudo que sea serio el catolicismo del Conde; ante todo ignoro si se ha hecho católico como algunos de sus ilustres amigos. Que quiere serlo, lo deduzco sobre todo de los periódicos, que hasta han llegado á afirmar que el conde Platen se va á hacer monje y retirarse al claustro. Y aun dicen malas lenguas que no le sería muy difícil hacer el voto de pobreza y el de abstenerse de mujeres.

Como es natural, en Munich, al oir tales noticias doblan las piadosas campanas en el corazón de sus amigos. Sus poesías se verían elogiadas en los periódicos eclesiásticos con *kyrie eleison* y *aleluya;* y en efecto, los santos hombres del celibato habrían de regocijarse ante unas poesías en las que se favorece la abstención del

(1) Palabra italiana, cuya forma es la de la española *rufián*, y cuya significación es la de *galeoto* ahora, ó sea *Celestino*, si bien aquí no parece llevar tanto alcance.

sexo femenino. Por desgracia mis poesías tienen otra tendencia, y que no las reivindiquen los clérigos y niños de coro, podrá seguramente entristecerme, pero no extrañarme.

Tampoco me extrañó el saber, el día antes de mi partida á Italia, por mi amigo el Doctor Kolb, que el conde Platen se había decidido á declararme la guerra, y había preparado ya mi perdición en una comedia titulada *Edipo rey*, que ya se había puesto en Augsburgo en casa de algunos príncipes y condes, cuyos nombres he olvidado ó quiero olvidar. Otros me contaron también que el conde Platen me aborrecía y se me declaraba enemigo; y esto me fué en todo caso más agradable que si me hubieran repetido que el Conde me quería como un amigo, sin que yo lo supiera.

Por lo que respecta á los santos hombres, cuya piadosa furia se manifestaba al mismo tiempo contra mí, y no puramente por mis poesías anticelibáticas, sino también por los *Anales políticos* que yo entonces publicaba, no podía menos de ganar con ella también, pues se vió claramente que yo no era uno de los suyos. Por eso al manifestar que nada bueno de ellos se dice, tampoco digo de ellos nada malo. Hasta soy de opinión de que sólo por amor al bien, por ilusión piadosa y mediante calumnias agradables á Dios pueden quitar fuerza á la palabra de los malos, y que sólo con tan noble objeto, que todos los medios santifica, no sólo tratan de secarles las fuentes de la vida espiritual, sino también de la material.

Se ha honrado á esas buenas gentes, que se presentaban en Munich hasta públicamente como congregación, con el nombre de jesuítas; pero realmente no son jesuítas, al contrario, de serlo, hubieran penetrado que yo, por ejemplo, uno de los malos, poseo, en último caso, el arte literario alquímico de convertir á mis mismos enemigos en ducados, quedándome yo con los ducados y mis enemigos con los golpes; hubieran penetrado que tales monedas no pierden nada de su ley, aun cuando se envilezca el nombre de los acuñadores, como el pobre criminal no siente menos fuertes los azotes, aunque el despiadado juez que le sentencia sea declarado un infame. Y, lo que es más importante, hubieran visto en mí cierta preferencia por Voss el antiaristocrático y algo del ingenuo espíritu de la madre de Dios, por lo que primero me atacaron con barro y bestialidad, y no á consecuencia de mi anticatólico celo.

Verdaderamente, no son jesuítas, sino solamente compuestos de barro y bestialidad, y tampoco he podido aborrecerlos más que á un carro de estiércol y á los bueyes que de él tiran; pues con todas sus tiranteces sólo consiguen lo contrario de lo que se proponen, y sólo podrán obligarme á que les muestre cuán protestante soy, y cómo ejercito mi buen derecho protestante en toda su amplitud, y empuñó su buena hacha de combate con íntima alegría. Hasta, para ganarse al vulgo pudieran hacer que los poetas de la corporación pusieran en verso los antiguos cuentos de comadres de mi incredulidad, y en los bien característicos golpes reconocieran á los her-

manos en fe de un Lutero, de un Lessing y de un Voss. Mas de seguro no blandiría yo con la seriedad de estos héroes la vieja segur, pues el aspecto de mis amigos me hace reir fácilmente, tengo algo de la naturaleza de *Eulenspiegel*, y gusto de mezclar mis burlas; pero no por eso golpearía con menos fuerza en la cabeza de esos bueyes de estercolero, aunque coronara antes mi hacha con risueñas flores.

Pero no quiero profundizar demasiado el tema. Creo que fué por esta época, cuando el rey de Baviera, con el antes mencionado designio, dió al conde Platen una pensión anual de seiscientos *gulden*, y seguramente, no de las cajas del Estado, sino de su bolsillo particular, según el Conde, por gracia especial, pidiera. Esta última circunstancia, que caracteriza á la casta, por lo insignificante que en ella aparece, la cito sólo como un dato para el naturalista, que por acaso haga observaciones sobre la nobleza. En la ciencia todo es importante. A quien me objetara que doy demasiada importancia al conde Platen, que vaya á París y vea cuán cuidadosamente el minucioso y tierno Cuvier pinta en sus lecciones con sus más mínimos detalles al más impuro de los insectos. Fuera, por tanto, una lástima que yo no pudiera probar debidamente el dato de los 600 *gulden;* pero también sé que el conde Platen compuso antes *El Rey Edipo*, y que no se hubiera hecho tan mordaz, si el autor se hubiera hecho más á morder.

En la Alemania del Norte, donde me había hecho volver apresuradamente la muerte de mi padre, recibí al

fin la monstruosa criatura, salida del gran huevo que nuestro avestruz de hermoso plumaje tan largo tiempo incubara, y los nocturnos buhos de la congregación, con piadosos graznidos, y los nobles pavos reales, haciendo alegremente la rueda, le habían saludado con mucha antelación. No podía menos de ser un pernicioso basilisco. ¿No conoces, querido lector, la leyenda del basilisco? Cuenta el pueblo que cuando un ave humana pone, como una mujer, un huevo, nacerá de él una venenosa criatura, cuyo aliento emponzoñará el aire, y que se le puede dar muerte con sólo presentarle un espejo, pues al punto muere de terror, á la vista de su propia fealdad.

Los sagrados dolores, que no me era posible arrojar de mí, permitiéronme, ya dos meses más tarde, cuando tomaba baños en la isla de Helgoland, leer *El Rey Edipo*, y allí, elevado con la continua vista del grande y atrevido mar, se me hizo más visible la pequeñez de concepción y la vieja zurcidura del ilustre autor. Aquella obra maestra me le mostró al fin tal como es, con toda su florida marchitez, con su exuberante falta de ingenio, con su imaginación sin fuerza imaginativa; tal como es, esforzado sin fuerza, intencionado sin intención, un alma sin jugo, un triste joven alegre. ¡Y este trovador de la queja, debilitado de cuerpo y alma, trataba de imitar á los poetas más poderosos, más ricos de imaginación y más dotados de ingenio del mundo juvenil de Grecia!

Nada hay en verdad más repugnante que esa debi-

lidad convulsiva que quisiera alardear de atrevimiento, que esas invectivas laboriosamente recolectadas, á las cuales va adherido el moho de antiguos resentimientos y esa vacilación de ingenio encajador de sílabas, y escrupulosamente imitador.

Como es natural, no se encuentra en la obra del Conde huella alguna de una profunda idea de ese aniquilamiento social en que descansan las comedias aristofánicas, y de la que se eleva como un árbol encantado, fantástico é irónico, adornado de floridos pensamientos, nidos de canoros ruiseñores y de trepadores monos. Semejante idea, unida al júbilo de la muerte y á los fuegos de artificio de la destrucción final, que son correlativas, no debíamos esperarlo, en verdad, del pobre Conde. El núcleo, la primera y última idea, la razón y el objeto de su mal llamada comedia, estriba, como en el *Fatal bidente* (1), otra vez en un insignificante tráfico literario, y el pobre Conde sólo podía imitar de Aristófanes algunas exterioridades, como delicados versos y groseras palabras. Digo palabras groseras, por no emplear otra que lo sea aún más. Como una mujer regañona, vierte todos los tiestos llenos de injuriosos discursos sobre la cabeza de los poetas alemanes.

Yo perdono de todo corazón al Conde su odio, pero él hubiera tenido que reflexionarlo algunas veces. Al menos hubiera debido respetar en nosotros el sexo, porque no somos mujeres, sino hombres, y por consiguiente per-

(1) *Verhängnisvolle Gabel.*

tenecemos á un sexo que, según su opinión, es el sexo bello y el que él más ama. Siempre habrá en esto una falta de delicadeza, por cuya razón, más de un joven no se habrá decidido á admitir sus homenajes, pues cualquiera comprende que el verdadero amante debe respetar á todo el sexo. El cantor de las alabanzas de las mujeres nunca fué seguramente grosero con ninguna de ellas, y un Platen debía, por lo mismo, tener más consideración con los hombres. Pero él, sin delicadeza, sin recato, cuenta al público que los poetas de la Alemania del Norte tenemos todos «sarna

Por lo que hicimos uso de un ungüento
Que él antes cual mefítico apreciara.»

La rima es buena. Contra Immermann está durísimo. Ya al principio de su poesía le hace hacer cosas que no me atrevo á nombrar, y que tampoco son para repetidas. Tengo, no obstante, para mí que es verosímil que Immermann las haya hecho, pero es característico que la fantasía del conde Platen hasta sepa espiar *á posteriori* á sus enemigos. No perdonó siquiera á Houwald, á esa buen alma, dulce como una doncella..... ¡Ah! acaso precisamente por esta amable femenilidad le aborrece un Platen. Müllner, á quien él, según dice, hace tiempo

«Con real ingenio original matara»,

difunto ya, nuevamente le destierra. No respeta á los hijos ni á los hijos de los hijos. Raupach es un judío:

«El judío Raupel.....
Que lleva, hecho Raupach, la nariz alta»,

«borrajea tragedias en guardilla» Aun le va mucho peor al «bautizado Heine».

Sí, sí; no te equivocas, querido lector, soy yo el que cita, y puedes leer en *El Rey Edipo* cómo yo soy un verdadero judío; cómo, después de haberme pasado algunas horas escribiendo canciones amorosas, me siento en el suelo y me pongo á recontar ducados; cómo el sábado me acurruco en compañía de otros judíos de larga barba á salmodiar el Talmud; cómo en la víspera de pascua acogoto á un Cristo impúber, y siempre por malicia elijo para ello á un infeliz escritor.

No, querido lector, no quiero engañarte, no están en *El Rey Edipo* estos bien pintados cuadros, y no es sólo la falta que censuro el que no estén allí. El conde Platen tiene á veces las mejores ideas, pero no sabe utilizarlas. Si tuviera tan sólo un poco más de fantasía, me hubiera pintado al menos como un prestamista vergonzante; ¡qué escenas cómicas se le hubieran ofrecido! ¡Lástima me da cuando veo cómo deja escapar el pobre Conde los momentos oportunos para emplear felices ocurrencias! ¡Qué lindamente hubiera podido aprovechar á Raupach, considerándole un trágico Rothchild, á cuya casa fueran á recibir sus préstamos los regios teatros! Al Edipo mismo, protagonista de su comedia, también le hubiera podido utilizar mejor, introduciendo algunas modificaciones en la fábula de la obra. En vez de que él

mate á su padre Layo y de hacerle casar con su madre Yocasta, debió haber hecho al contrario, que Edipo matara á su madre y se casara con su padre.

Lo dramático drástico hubiera sido tratado de mano maestra en dicha composición por un Platen, que hubiera encontrado ocasión en ella de expresar sus sentimientos propios, y hubiera á veces necesitado cantar como un ruiseñor los movimientos de su propio pecho; hubiera dado una obra, que, aun cuando viviera el gacelero Iffland, de seguro la hubieran estudiado al punto en Berlín y se hubiera representado hasta hoy en los teatros particulares. No puedo figurarme nada más perfecto que el comediante Wurm en el papel de semejante Edipo. Se hubiera sobrepujado á sí propio.

Mas no encuentro político de parte del Conde, que asegure en su comedia que él tiene «verdadero ingenio». ¿Trabaja acaso los efectos sorprendentes y golpes de teatro que el público continuamente espera de su ingenio, el cual, al fin, no ha de aparecer? ¿O quiere más bien excitar al público á buscar en la obra el verdadero ingenio oculto, y sólo hace que resulte el conjunto un juego de la gallina ciega, donde tan escondido está el ingenio de Platen, que nadie puede descubrirle? Acaso por esto también el público, que suele reirse de las comedias, se pone de mal humor leyendo la obra de Platen; no puede encontrar la gracia oculta, en vano pía ésta desde su escondite, y pía cada vez más alto: ¡Aquí estoy! ¡aquí estoy realmente! En vano, el público es torpe, y pone cara seria. Pero yo que sé donde se esconde el ingenio, me he reído

de buena gana, cuando leí del «poeta Conde y ansioso de supremacía», que se ciñe aristocrático nimbo, que se celebra, que afirma celebrándose á sí mismo, «que cada aliento que sale de entre sus dientes tritura algo», y dice á todos los poetas alemanes:

«Cual Nerón, os deseara una cabeza,
Por cortarla de un tajo de epigrama.....»

El verso es malo, pero la gracia oculta consiste en desear propiamente el Conde que todos fuéramos Nerones efectivos, y él, al contrario, nuestro único y querido amigo Pitágoras.

Acaso debiera yo hacer resaltar en bien del Conde alguna otra gracia oculta, cuando me toma por su cuenta en su *Rey Edipo* y con la mayor amabilidad dice: — Pues, ¿qué podía ser preferible á mi cristianismo? —Si esto no es por censurarme, pensando humanamente, el Edipo, ese «gran hecho en palabras», es menos digno de ser tomado en serio que las actividades primitivas.

No obstante, el verdadero mérito siempre ha encontrado su recompensa, y el autor del Edipo no dejará de encontrar la suya, por más que ahora, como siempre, sólo confía en su influencia aristocrática y en los legados eclesiásticos. Sí, corre una antiquísima tradición entre los pueblos orientales y occidentales, acerca de que toda acción buena ó mala tiene sus inmediatas consecuencias para el autor. Y llegará el día..... como llegan—te choca, sin duda, querido lector, que ahora ande algo extraviado por la *pasión* y me ponga lúgubre;—llegará el día en que

salgan del Tártaro las terribles hijas de la noche, «las Euménides». ¡Voto á la Stigia!—por sus ondas no juramos los dioses nunca en falso; —llegará el día en que aparezcan las sombrías y justicieras hermanas, y aparecerán con su cabellera de serpientes, los rostros encendidos por la ira, con los mismos látigos de serpientes con que un día flagelaran á Orestes, el desnaturalizado criminal que asesinó á su madre, la tindarídica Clitemnestra.

Acaso oye ya el Conde silbar á las culebras—ruégote lector que pienses ahora en el *Desfiladero del lobo* (1) con música de Samiel;—acaso sobrecoge al Conde el secreto terror de la culpa; el cielo se obscurece, graznan las aves nocturnas, rueda lejano el trueno, relampaguea, huele á colofana (2). ¡Ay de tí, ay de tí! los ilustres antepasados se levantan de sus tumbas y tres y cuatro veces exclaman: ¡ay de tí, ay de tí! dirigiéndose á su quejumbroso descendiente; le juran volverse á vestir sus antiguas pernerías de hierrro, para defenderle de los terribles látigos; pues las Euménides le abrirán con ellos las carnes, los látigos de culebras se cebarán en él en son de burla, y como el galante rey Rodrigo, cuando estaba encerrado en la torre de las sierpes, se quejará y lamentará también el pobre Conde:

¡Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había! (3).

(1) *Die Wolfsschlucht.*
(2) Resina.
(3) Cervantes; *Don Quijote*, Parte 2.ª, Cap. XXXIII. Puestos en boca de D.ª Rodríguez.

No te horrorices, querido lector, todo esto es una broma. Estas medrosas Euménides no son más que una alegre comedia que bajo este título he de escribir dentro de algunos lustros, y los trágicos versos que te han amedrentado, están precisamente en el libro más alegre del mundo, en *Don Quijote de la Mancha*, donde una vetusta y respetable dama los recita en presencia de toda la corte. Ya veo que vuelves á sonreirte. Alegrémonos y riamos antes de despedirnos. Si este último capítulo es algo fastidioso, consiste sólo en el objeto que en él me propuse: pues le escribí más para utilidad que para recreo, y si he logrado que la literatura pueda aprovecharse de un nuevo loco, la patria habrá de agradecérmelo. He roturado el campo en que ingeniosos escritores sembrarán y cogerán, y mi más bella recompensa es la modesta conciencia de este mérito.

A algún monarca, que por ello quiera enviarme una tabaquera, le advierto, que en la librería «Hoffmann y Campe, en Hamburgo», tienen orden de recibir cuanto se me remita.

Escrito ya bien entrado el otoño del año de 1829.

III.

LA CIUDAD DE LUCCA.

Debemos reirnos de los ingleses, que á este su segundo poeta (pues tras Shakespeare ganó Byron la palma) le han juzgado tan lastimosa y tenderilmente porque se burlaba de su pedantería y de sus costumbres á lo Krähwinkel (1); porque no pudo participar de su helada fe, porque le disgustaba su sobriedad, y se quejaba de su orgullo y de su hipocresía. Muchos hacen aún la cruz así que se le nombra, y hasta las mujeres, aunque colora el entusiasmo sus mejillas, cuando lo leen, toman en público el partido de hacer la más violenta oposición al que en secreto aman.....

Cartas de un difunto. Fragmentos de un diario inglés. Munich, 1830.

(1) Población alemana, blanco de todas las burlas de los poetas cómicos, que le atribuyen las autoridades más pedantescas y chapadas á la antigua y las ocurrencias más ridículas.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO DE TERUEL

CAPÍTULO I.

La Naturaleza que le rodea influye en el hombre, ¿por qué no ha de influir también el hombre sobre la Naturaleza que le rodea? En Italia es tan apasionada ésta como el pueblo en que ella vive; entre nosotros, en Alemania, es más severa, más sensata y más cachazuda. ¿Tuvo un tiempo también la Naturaleza, como los hombres, más vida interior? La fuerza de inspiración de un Orfeo, dícese que pudo poner en movimiento á árboles y piedras al compás de sus ritmos más entusiastas. ¿Pudiera suceder ahora lo mismo? Hombres y Naturaleza se han hecho flemáticos y bostezan mutuamente al contemplarse. Un poeta real prusiano (1), jamás podría hacer bailar con los acentos de su lira á la montaña de Templow ó á los tilos de Berlín.

También la Naturaleza tiene su historia, y ésta es una historia natural muy diferente de la que se enseña en las escuelas. Se debería colocar en una de nuestras universidades á uno de esos lagartos grises que hace milla-

(1) Poeta laureado de la corte, como los hay también en Inglaterra.

res de años viven en las quebraduras de las rocas de los Apeninos, convertirle en todo un profesor extraordinario, y llegaríamos á oir cosas completamente extraordinarias. Pero el orgullo de algunos señores de la facultad de Derecho se sublevaría contra semejante promoción. Ya algunos de ellos tienen secretos celos del pobre perro sabio Fido, pues temen que les reemplace algún día en sus explicaciones académicas.

Los lagartos con sus expertas colitas y ojitos sutiles, me han referido cosas extrañas, cuando yo trepaba sólo de acá para allá por entre las rocas de los Apeninos. La verdad es que hay cosas entre cielo y tierra que no pueden comprenderlas, no sólo nuestros filósofos, sino ni aun las cabezas redondas más vulgares.

Me han contado los lagartos que es corriente entre las piedras la tradición, de que Dios quiso una vez convertirse en piedra, con objeto de salvarles de su endurecimiento. Pero un lagarto viejo pensaba que esta petrificación sólo tendrá lugar cuando ya Dios haya transmigrado á todas las especies animales y vegetales y les haya salvado.

Sólo algunas piedras tienen sensibilidad, y sólo respiran á la luz de la luna. Pero estas pocas piedras que sienten su existencia son horriblemente desgraciadas. Los árboles están mucho mejor en este punto, pueden llorar. Pero los animales están favorecidos en alto grado, porque pueden hablar cada uno á su manera, y los hombres de la mejor. Un día, cuando todo el mundo esté salvado, todas las demás criaturas podrán hablar tam-

bién como en los primitivos tiempos que cantan los poetas.

Los lagartos son una familia burlona y se divierten en engañar á los demás animales. Pero conmigo estuvieron bien humildes, suspiraban bien sinceramente, contándome historias de la Atlántida, que en breve he de escribir para provecho y edificación de las gentes. En tal intimidad intelectual estaba yo con los pequeños seres que conservan los anales secretos de la Naturaleza. ¿Son acaso familias sacerdotales encantadas, como las de los antiguos egipcios que habitaban también espiando á la Naturaleza en las laberínticas grutas de sus rocas? En sus cabecitas, cuerpecillos y colitas, brillan extraños símbolos como en los gorros jeroglíficos egipcios, y en los trajes de sus hierofantas.

Me enseñaron también mis amiguitos un lenguaje de signos por medio del cual llegué á hablar con la muda Naturaleza. Esto me aligeraba con frecuencia el alma, especialmente por la tarde cuando las montañas se ven ceñidas de tristes y dulces sombras, y suenan las cascadas, y todas las plantas exhalan sus aromas, y se encienden acá y allá relámpagos fugaces.

¡Oh Naturaleza, oh virgen muda, bien comprendo tus relámpagos, intentos fustrados de hablar que se encienden en tu hermoso semblante, y me conmueves tan profundamente, que me haces llorar! Pero entonces también me entiendes tú, te alegras y me sonríes con tus áureos ojos! ¡Hermosa virgen, yo entiendo á tus estrellas y tú entiendes mis lágrimas!

CAPÍTULO II.

—Nada quiere ir hacia atrás en el mundo—me dijo el lagarto viejo—todo tiende hacia adelante, y al cabo se verificará un gran progreso en la Naturaleza. Las piedras se harán plantas, las plantas se harán animales, los animales se harán hombres y los hombres se harán dioses.

—Pero—exclamé yo:—¿qué va á ser entonces de esas buenas gentes, de esos pobres y viejos dioses?

—Eso se arrreglará, querido amigo—contestó aquél—probablemente abdicarán ó serán jubilados de una manera honrosa.

Aprendí aún de mi filósofo naturalista de jeroglífica piel, muchos otros secretos; pero le dí palabra de honor de no descubrir nada. No obstante, sé ahora más que Schelling y Hegel.

—¿Qué piensa usted de estos dos?—me preguntó el lagarto viejo con burlona sonrisa, así que hube pronunciado, dirigiéndome á él, estos nombres.

—Cuando se piensa—contesté—que son meramente hombres y no lagartos, tiene uno que admirarse mucho del saber de esta gente. En el fondo enseñan una misma filosofía, sólo divergen en la manera de exponerla. Cuan-

do Hegel expone los principios de su filosofía cree uno ver las lindas figuras con que un hábil maestro de escuela, por medio de una artística combinación, sabe formar toda clase de cifras, de modo que un espectador vulgar no ve absolutamente más que la superficie, las casitas, los barcos ó los soldados que forman los números, mientras que un escolar reflexivo ve más bien en la figura la solución de un profundo ejemplo de cálculo. Las exposiciones de Schelling se parecen más á esos cuadros indios de animales, que están compuestos de toda clase de seres, culebras, aves, elefantes y otros ingredientes vivos, entrelazados de la más extraña manera. Esta forma de exposición es mucho más agradable, más clara, más animada, todo vive en ella, mientras que las abstractas cifras de Hegel son tan obscuras tan glaciales que hacen que nos invada el frío de la muerte.

—¡Bien, bien!—replicó el viejo lagarto—veo que piensa usted; pero dígame, ¿esos filósofos tienen muchos oyentes?

Entonces le pinté cómo en las caravanas de sabios á Berlín, se reunen los camellos en torno de la fuente de la sabiduría hegeliana, se arrodillan ante ella, se dejan cargar las preciosas ostras, y parten con ellas á través del arenoso desierto de la Marca (1). Pintéle después cómo los nuevos atenienses se estrechan en torno del manantial del espiritual brebaje de Schelling (2),

(1) De Brandenburgo.
(2) En Munich.

como si fuera la mejor cerveza, el *breihahn* de la vida, ó el elixir de la inmortalidad.

La amarilla envidia manchó la piel del pequeño filósofo naturalista, al oir que sus colegas eran tan visitados, y me preguntó, ya de mal humor:—¿A cuál de los dos tiene usted por más grande?

—No puedo decidirlo—contesté—como tampoco podría decidir si la Schechner es más grande artista que la Sonntag; y pienso.....

—¡Pienso!—exclamo el lagarto en tono breve y altanero, del más profundo menosprecio—¡pensar! ¿Quién de vosotros piensa? Mi sabio señor; hace tres mil años que estoy haciendo disquisiciones sobre el funcionalismo espiritual de los animales; he hecho principalmente objeto de mi estudio á hombres, monos y culebras, he consagrado tanta aplicación á estas extrañas criaturas, como Lyonnet á sus orugas de sauce, y como resultado de todas mis observaciones, experimentos y comparaciones anatómicas, puedo á usted asegurar determinadamente que ningún hombre piensa, que sólo de cuando en cuando se les ocurre alguna cosa, y á estas ocurrencias completamente involuntarias las llaman pensamientos, como á la coordinación de las mismas le llaman pensar. Pero en mi nombre puede usted repetir: ningún hombre piensa, ningún filósofo piensa, ni Schelling ni Hegel piensan, y por lo que toca á su filosofía, es tan aire vano y agua, como las nubes del cielo. Yo he visto innumerables nubes orgullosas y seguras de esta clase pasar sobre mi cabeza, y á la mañana próxima el sol las

ha disuelto en su nada primitiva. No hay más que una sola filosofía verdadera, y ésta está consignada en eternos jeroglíficos sobre mi propia cola.

Y el viejo lagarto, al decir estas palabras, que fueron pronunciadas con desdeñoso énfasis, me volvió la espalda, y como avanzaba coleando lentamente, vi los más admirables caracteres que se extendían en abigarrado simbolismo todo á lo largo de su apófisis caudal.

CAPÍTULO III.

Tuvo lugar el díalogo que he referido en el capítulo anterior, en el camino que media entre los baños de Lucca y la ciudad de este nombre, no lejos del gran castaño cuyas extensas y verdes ramas sombreaban el arroyo, y en presencia de un viejo macho cabrío de larga barba blanca, que paseaba solitario por allí. Me dirigía á la ciudad de Lucca en busca de Francesca y Matilde, con quienes debí haberme reunido hacía ocho días, según conviniéramos de antemano. Pero en vano fué que llegara á ella el día prefijado, y ahora me había puesto por segunda vez en camino.

Marchaba á pie, á lo largo de las bellas montañas y los grupos de árboles en que brillaban las naranjas, cual divinas estrellas bajo su sombría verdura, y guirnaldas de vides extendían leguas y leguas sus festones, cual dispuestas para una festividad. Todo el país es allí un verdadero jardín, está tan adornado como entre nosotros las escenas campestres que se representan en el teatro; hasta los campesinos parecen á esos abigarrados personajes que nos regocijan cantando, riendo y bailando como en espaldera. Ninguna cara de filisteo, y si hay

aquí también filisteos, son filisteos italianos, naranjeros, y no toscos filisteos patateros alemanes. Hasta las gentes son pintorescas é ideales como el país, y cada hombre lleva en su rostro una expresión individual, y sabe en su actitud, en el modo de llevar la capa, y en caso necesario, en el manejo del cuchillo, hacer valer su personalidad; al contrario que entre nosotros, donde sólo se ven en el campo hombres de fisonomías vulgares y uniformes; cuando se reunen doce, forman una docena, y si uno los ataca entonces, llaman á la policía.

Me chocó que en Lucca, como en la mayor parte de Toscana, las mujeres llevaban grandes sombreros de fieltro negro, del que pendían negras plumas de avestruz; hasta las tejedoras de paja llevaban el mismo pesado sombrero. Los hombres, al contrario, en su mayor parte, llevaban un ligerísimo sombrero de paja, que los jóvenes recibían como presente de una muchacha que, al tejerle, tejía en él sus amorosos pensamientos y acaso algunos supiros. Así se sentaba un día Francesca entre las doncellas y las flores del valle del Arno, y tejía un sombrero para su *caro Cecco*, besaba cada brizna de paja al tomarla, y cantaba sus lindos *occhi*, *stelle mortale*. Mas la rizosa cabeza, que llevó el lindo sombrero tan gallardamente, ahora está tonsurada, y el sombrero, usado y viejo, colgado en un rincón de una triste celda de abate, en Bolonia.

Yo pertenezco á esas gentes que prefieren siempre tomar el atajo á seguir por la carretera, y á las que suele suceder que se extravíen por estrechos desfiladeros

entre árboles y rocas. Esto me sucedió aquí, y empleé de seguro en mi viaje á Lucca doble tiempo del que emplea el vulgo de los mortales siguiendo el camino real. Un gorrión (1), á quien pregunté si iba bien, silbó y charló sin poderme dar respuesta alguna precisa. Acaso no lo sabía él mismo. No pude sacar tampoco una palabra á las mariposas y libelas que estaban posadas sobre grandes campanillas, pues se echaron á volar antes de enterarse de mi pregunta, y las flores movieron sus acompasadas cabezas sin producir sonido. Muchas veces me llamaban los mirtos (2) silvestres, que se burlaban á lo lejos con sus tenues vocecillas. Me encaramé entonces apresuradamente á los más altos picachos de las rocas, y exclamé: ¡oh nubes del cielo, pilotos del aire! decidme, ¿por dónde va el camino que conduce hasta Francesca? ¿Está en Lucca? Decidme lo que hace. ¿Está bailando? ¡Decidmelo todo, y cuando todo me lo hayáis dicho, volvedmelo á decir!

Á tal flujo de tonterías bien podía suceder que un águila grave, á quien mi exclamación había perturbado en sus solitarios ensueños, me mirase con despreciativo malhumor. Pero se lo perdono de buena gana, pues jamás vió á Francesca, y por eso podía seguir posada de un modo tan altanero sobre su firme roca, y con alma tranquila contemplar el cielo, ó mirarme con tan impertinente calma.

(1) La versión francesa dice *estornino*, pero el original *Sperling*.

(2) *Myrten* dice el original.

Cuando un águila le mira á uno de un modo tan insoportablemente orgulloso, es como si le dijera: ¿Qué especie de pajarraco eres tú? Bien sabes que soy siempre un monarca, lo mismo que en aquellos tiempos heroicos en que llevaba el rayo de Júpiter, y adornaba las banderas de Napoleón. ¿Quizá eres un instruído papagayo que ha aprendido de memoria las antiguas canciones, y las repite pedantescamente? ¿O bien una tórtola regañona de hermosos sentimientos y detestable orgullo? ¿O eres un ruiseñor de almanaque, ó un ganso degenerado, cuyos mayores salvaron el Capitolio, ó bien un servil gallo doméstico, á quien por ironía han puesto al cuello el emblema del atrevido vuelo, es decir, mi retrato en miniatura, y que se pavonea por esto como si fuera una verdadera águila?

Tú sabes, querido lector, cuán poca razón tengo para sentirme herido porque mi águila pensara de mí tales cosas; mas creo que la mirada que le dirigí fué aún más orgullosa que la suya, y como pidió informes al primer laurel que halló á su paso, ya sabe ahora quién soy yo.

Realmente me había extraviado en la montaña cuando ya se adelantaba el crepúsculo, las confusas canciones del bosque se extinguían por doquiera, y los árboles murmuraban cada vez con más seriedad. Un misterio sublime, una solemnidad íntima se esparcía como el soplo de Dios á través de tan religiosa calma. Acá y allá, en el suelo, brillaba un hermoso ojo sombrío que me miraba y desaparecía al momento. Tiernos susurros jugueteaban en torno de mi corazón, é invisibles besos

rozaban aéreos mis mejillas. La roja luz de la tarde envolvía las montañas como un manto de púrpura, los postreros rayos del sol iluminaban sus cumbres, semejando reyes cuyas cabezas ciñeran áureas coronas, y yo estaba en pie, como un emperador del mundo, en medio de estos vasallos coronados que me rendían silencioso homenaje.

CAPÍTULO IV.

Yo no sé si el monje que me encontré no lejos de Lucca es un hombre piadoso; pero sé que su envejecido cuerpo está todo el año miserable y desnudo (1), encerrado en un tosco sayal. Las destrozadas sandalias no pueden proteger bastante sus desnudos pies, cuando trepa por entre espinas y malezas á las rocas, para subir á las aldeas de la montaña á consolar á los enfermos, á enseñar á orar á los niños (2). Y queda satisfecho cuando, en recompensa, se pone en su saquillo un pedacito de pan, y se le da un poco de paja sobre qué dormir.

—No quiero escribir contra este hombre, me dije á mí mismo. Y cuando de vuelta en Alemania, me hallaba en mi casa sentado en mi sillón de brazos, junto á la bien encendida chimenea, caliente y bien alimentado, teniendo á mi alcance una agradable taza de té, y escribía contra los sacerdotes católicos, volví á decirme: No escribiré contra ese hombre.

Para escribir contra los sacerdotes católicos es preciso conocer sus semblantes; pero los semblantes origi-

(1) La versión francesa: *sin camisa.*
(2) La versión francesa: *A enseñar á los niños el Ave María.*

nales sólo se ven en Italia. Los curas y monjes católicos alemanes no son más que malas imitaciones, muchas veces hasta parodias de los italianos; y la comparación de unos con otros haría el mismo efecto que si se quisieran comparar los cuadros religiosos romanos ó florentinos con esos piadosos mamarrachos, á modo de langostas, que deben su triste existencia quizá al vulgarísimo pincel de un pintor del Ayuntamiento de Nurenberg, ó á la amable simplicidad de algún sentimental discípulo de la melenuda y cristiana escuela neoalemana.

En Italia hace tiempo ya que los sacerdotes han transigido con la opinión pública, y el pueblo hace mucho que está acostumbrado á distinguir la dignidad eclesiástica, de la persona indigna, á venerar á aquélla, aun cuando ésta sea despreciable. Precisamente el contraste que por necesidad forman los deberes ideales y las exigencias del estado eclesiástico con las ineludibles necesidades de la sensual naturaleza, ese primitivo y eterno conflicto que existe entre el espíritu y la materia, hace á los sacerdotes italianos perpetuos caracteres explotados por el humorismo popular en sátiras, cantares y novelas. Fenómenos análogos se nos ofrecen doquiera existe un análogo estado, como, por ejemplo, en el Indostán.

En las comedias de esta tierra antiquísimamente piadosa, según hemos observado en el *Sacúntala*, y hallamos confirmado en el *Vasantasena*, últimamente traducido, siempre hay un Brahman, que es, por decirlo así, el *gracioso sacerdote*, sin que por esto se dirija el menor ataque al respeto que se debe á sus funciones de sacri-

ficador y á su santidad privilegiada; como tampoco en Italia se oye con menos devoción la misa ó se confiesa con un sacerdote á quien el día antes se ha encontrado uno ebrio y tirado en medio de la calle.

En Alemania ya es otra cosa, el sacerdote católico quiere representar, no solamente su dignidad mediante su ministerio, sino también su ministerio mediante su persona; y porque acaso al principio tomó su vocación completamente en serio, y después, aun cuando sus votos de castidad y de humildad pugnaron algo con el viejo Adán, no obstante, no quiere violarlos públicamente, sobre todo por no dar motivo alguno de censura á nuestro amigo Krug de Leipzig, y procura al menos conservar la apariencia de una santa conducta. De aquí la afectada santidad, la hipocresía y la falsa piedad de los curas alemanes, mientras en los italianos, al contrario, la máscara es mucho más transparente, hay en ellos cierta bien cebada ironía y una agradable digestión del mundo.

Mas ¡de qué sirven estas reflexiones generales! De poco pueden servirte, querido lector, si acaso tienes el capricho de escribir contra el clero católico. Si tal cosa te propones, necesitas, como digo, ver por tus propios ojos las caras de sus individuos. No basta, en verdad, haberles visto en el teatro Real de la Opera en Berlín. El Intendente general anterior es cierto que hizo cuanto pudo para presentar el cortejo de la coronación de la *Doncella de Orleans* (1) con la mayor fidelidad, y para

(1) *Jungfran von Orleans*, drama de Schiller.

realizar á la vista de sus compatriotas la idea de una procesión con sus sacerdotes de todos colores. Pero el traje más fiel no puede sustituir á los rostros originales, y se malgastaron más de 100.000 thalers en mitras de obispos, sobrepellices festoneadas, casullas de bordados multicolores y otros análogos adminículos, pues las narices razonablemente protestantes, que, en son de protesta, aparecían bajo aquellas mitras, las delgadas y filosófico-creyentes piernas que, bajo los blancos picos de las albas, se asomaban, los esclarecidos abdómenes, que abultaban aquellos ternos, todo nos hacía recordar que no eran clérigos católicos, sino seglares berlineses los que desfilaban por la escena.

He reflexionado muchas veces si el Intendente general no hubiera podido presentar mucho mejor y con más fidelidad á la vista el cuadro de una procesión, no dando los papeles de sacerdotes católicos á los comparsas ordinarios, sino habiéndolos confiado á esos eclesiásticos protestantes, que en la facultad de Teología, en la *Gaceta de la Iglesia* y en el púlpito, saben predicar del modo más ortodoxo, contra la razón, los placeres del mundo, Gesenio y el dominio del diablo. Se verían aparecer entonces rostros cuyo sello eclesiástico seguramente produciría más ilusión en dichos papeles.

Es una observación ya conocida que los sacerdotes de todo el mundo, rabinos, muftis, dominicanos, consejeros consistoriales, papas, bonzos, en fin, todo el cuerpo diplomático de Dios, tienen en su rostro cierto aire de familia, que se encuentra siempre en las personas que

ejercen la misma profesión. Los sastres se distinguen en todo el mundo por la delicadeza de sus miembros; los carniceros y los soldados tienen por doquiera el mismo aspecto feroz; los judíos tienen su honrada (1) fisonomía característica, no por descender de Abrahan, Isaac y Jacob, sino por ser comerciantes, y el comerciante cristiano de Francfort se parece al comerciante judío de la misma ciudad como un huevo podrido se parece á otro. Los comerciantes espirituales que ganan su sustento con los negocios religiosos adquieren también por lo mismo cierto parecido fisiognómico; pero el modo y forma de llevar á cabo sus negocios origina en aquél algunos matices.

El sacerdote católico se parece más á un comisionista de un gran comercio; la Iglesia, la gran casa cuyo jefe es el Papa, le designa ocupación determinada y le asigna por tanto un determinado salario; él trabaja á sus anchas, como quien no trabaja por cuenta propia (2), tiene muchos colegas y nadie se fija en él, á causa del gran movimiento de los negocios; solamente toma á pechos el sostener el crédito de la casa, ó más bien su provecho, porque en caso de bancarrota perdería su subsistencia. El sacerdote (3) protestante, al contrario, él mismo es en todas partes principal, y lleva por cuenta

---

(1) La versión francesa dice: *calculadora*, pero el texto *ehrliche*.

(2) En la versión francesa falta este inciso.

(3) En la versión francesa *El gazmoño* (*cafard*), pero en el texto *Pfaffe*.

propia los negocios religiosos; pero no comercia en grande como su colega católico, sino solamente al por menor, y como él solo ha de atender á todo, no puede descuidarse, y tiene que ponderar la calidad de sus artículos de fe, desacreditar los de sus concurrentes, y como verdadero traficante á la menuda, estarse en su tienda, lleno de celos industriales contra toda gran casa, y sobre todo con la gran casa de Roma, que paga muchos miles de tenedores de libros y embaladores, y tiene factorías en todas las partes del mundo.

Todo esto influye, sin duda, en sus fisonomías, pero estas influencias no son visibles desde el parterre, pues el aire de familia que tienen los rostros de sacerdotes católicos y protestantes sigue invariable, pero sólo en sus principales rasgos; y si el Intendente general paga bien á los precitados señores, representarán, como siempre, sus papeles á maravilla. Hasta su andar contribuirá á aumentar la ilusión; aunque un ojo práctico nota bien que se distinguen igualmente por pequeñísimas diferencias en el andar, los sacerdotes y los monjes católicos.

Un cura católico viene hacia uno como si el cielo le perteneciera; uno protestante anda dando vueltas como si se le llevara bajo el brazo (1).

---

(1) *Wenn er..... gepachet habe* (como si le hubiera empaquetado).

CAPÍTULO V.

Ya era de noche cuando llegué á la ciudad de Lucca. ¡Cuán completamente otra me pareció la semana antes! ¡Cuando recorrí en pleno día sus calles desiertas y resonantes, haciéndome creer que habia sido transportado á una de esas ciudades malditas, de las que mi nodriza me referia tantas cosas en otro tiempo! Entonces estaba toda la ciudad silenciosa como una tumba, todo estaba pálido y muerto; sobre los tejados jugaba la luz del sol semejando pajitas de oro sobre la cabeza de un cadáver; acá y allá pendían de las ventanas de una casa vieja y ruinosa algunas ramas de hiedra cual verdes lágrimas desecadas; por doquiera ennegrecidas ruinas y medrosa y paralizada muerte; no parecía la ciudad más que un espectro de ciudad, un duende de piedra á la clara luz del día.

En vano busqué allí largo tiempo la huella de un ser viviente. Sólo recuerdo que á la puerta de un viejo palacio dormía un mendigo con su mano extendida y abierta. También recuerdo que arriba, á la ventana de una casita negruzca y fragil, vi un monje cuyo enrrojecido cuello y piel grasosa y brillante, se destacaba

de su obscuro sayal, y á su lado una mujer de abultado seno y harto ligera de ropa; abajo, por la puerta entreabierta vi penetrar á un jovencillo que vestía negro traje de abate con ambas manos sosteniendo una poderosa y ventruda botella de vino. En el mismo momento se oyó, no muy lejos, el fino é irónico sonido de un esquiloncillo, y retozaron en mi pensamiento las novelas de Boccaccio. Pero no pudieron éstas en modo alguno disipar el terror extraño que invadió mi alma. Me sentí quizá más poderosamente impresionado, porque el sol arrojaba mucha luz y calor sobre los misteriosos edificios, y observé perfectamente que aun son los espectros más medrosos cuando arrojando el negro manto de la noche, se dejan ver á la clara luz del mediodía.

Cuando ahora, á los ocho días volví á Lucca, ¡qué admirado quedé ante el cambio de aspecto de la ciudad! ¿Qué es esto? exclamé al deslumbrar las luces mis ojos y ver que las calles estaban inundadas por inmenso gentío. ¿Es todo un pueblo que cual nocturno fantasma se levanta de la tumba, para imitar la vida en su más loca mascarada? Las altas y sombrías casas están adornadas con lámparas, por doquiera cuelgan de las ventanas pintados tapices que casi cubren los muros grises y resquebrajados, y, por encima de ellos, se adelantan lindos rostros de muchachas, tan frescos, tan lozanos, que hube de notar que aquello era la vida misma, que celebraba sus bodas con la muerte y había invitado á ellas á la belleza y la juventud. En efecto, era una viva fiesta de la muerte—no sé cómo en el calendario se la llama;—en

todo caso debía ser el aniversario de algún paciente mártir, pues vi á poco venir una santa calavera y algunos huesos además, adornados con flores y piedras preciosas, y conducidos al compás de música nupcial. Era una bella procesión.

Iban á la cabeza los capuchinos, que se distinguían de los demás monjes por su larga barba, siendo al mismo tiempo como los zapadores de aquel ejército de la fe. Seguían después capuchinos sin barba, entre los que se veían muchos semblantes nobles y varoniles, hasta algunos juveniles y bellos, á quienes estaba muy bien la tonsura, porque la cabeza parecía como ceñida por elegante corona de cabellos, y salía con gracia el desnudo cuello del sombrío sayal. Venían después hábitos de otros colores, negros, blancos, amarillos, multicolores, sombreros de tres picos rebajados, en fin, todos aquellos hábitos monacales, que, gracias á los esfuerzos de nuestro Intendente general, hace tiempo no son conocidos.

Detrás de las órdenes monásticas venía el clero, propiamente dicho, con blancas sobrepellices sobre calzones negros y solideos de color; tras ellos venían eclesiásticos de más alta jerarquía envueltos en sotanas de seda de colores, llevando en la cabeza una especie de gorro elevado, que probablemente descendía de los egipcios, y que aun podemos ver en las obras de Denon, en la *Flauta encantada* y en *Belzoni* (1); tenían cara de largos años de servicio, y parecían representar una especie

(1) En su viaje.

de guardia veterana. Venía, por último, el verdadero estado mayor, el palio, y bajo él un anciano con su elevada mitra envuelto en una capa aún más ostentosa, cuya cola, dividida en dos, era llevada por dos ancianos, ambos vestidos á manera de pajes.

Los monjes que iban á la cabeza, marchaban serios y silenciosos, con los brazos cruzados; pero los de los bonetes altos cantaban una desdichada salmodia tan nasal, tan arrastrada, tan mugiente, que convencido estoy de que á ser judíos los que formaban la muchedumbre, y su fe religión de Estado, se hubiera designado dicha salmodia con el nombre de *mauscheln* (1). Por fortuna no se podía oir más que á medias, pues detrás de la procesión venían algunas compañías militares con pitos y cajas vivas, como también á ambos lados de los clérigos marchaban granaderos de dos en dos. Había casi más soldados que eclesiásticos; pero para proteger la religión se necesitan hoy muchas bayonetas, y hasta cuando se da la bendición, deben tronar á lo lejos los cañones de un modo harto significativo.

Cuando veo una procesión así, en que van los sacerdotes tan triste y desoladamente acompañados de una fiera escolta militar, me afecto siempre dolorosamente, y me parece ver á nuestro propio Salvador conducido al

---

(1) En la versión francesa se ha suprimido, desde, *convencido estoy*, hasta fin del punto. *Mauscheln* es un verbo formado sobre *Mauschel*, nombre con que se denomina vulgarmente á los judíos en Alemania, y que parece formarse de *Mausche*, diminutivos de *Maus* (*lat.*, *mus*) ratón.

suplicio rodeado de lanzas. Las estrellas de Lucca pensaban seguramente como yo, pues cuando elevaba suspirando mi vista hacia ellas, me miraban con sus piadosos ojos tan brillantes y claros. Pero no se necesitaba de su luz; millares y millares de lámparas, cirios y rostros de muchachas llameaban desde todas las ventanas, en los ángulos de las calles se habían colocado hachas de viento encendidas, y además cada clérigo llevaba á su lado su portacirio.

Los capuchinos tenían, en su mayor parte, muchachos que les llevaban el cirio, y cuyas frescas y juveniles caritas contemplaban á veces con plácida curiosidad sus envejecidas y severas barbas; que un pobre capuchino no puede pagar un portacirio de cierta edad, y el muchacho á quien enseña el *Ave María* ó á cuya tía confiesa, debe desempeñar este oficio gratis en las procesiones; no obstante, seguro es que no le desempeña con menos gusto. Los siguientes monjes no llevaban muchachos mucho mayores; pero algunas órdenes más distinguidas los tenían más crecidos, y los sacerdotes del bonete alto llevaban de portacirios verdaderos ciudadanos. Por último, el señor Arzobispo..... que este era el hombre que con altiva humildad iba bajo el palio, y se hacía llevar la cola de su manto por los encanecidos pajes....., éste tenía á cada lado un lacayo, ambos con libreas azules cubiertas de galones amarillos, que llevaban los cirios blancos tan gallarda y ceremoniosamente, como si hubieran servido en la corte.

Después de todo, aquella ostentación de cirios me pa-

reció una buena disposición, pues así pude ver más claramente los rostros propios del catolicismo, y seguramente á la mejor luz. ¿Y qué vi, pues? Primero, que no se echaba de menos en parte alguna el sello clerical; pero á parte de esto, los rostros diferían entre sí como los rostros de los demás. El uno era pálido, el otro rubicundo; esta nariz se elevaba orgullosa, aquella se humillaba; aquí centelleaba un ojo negro, allí brillaba uno gris.....: pero en todos estos semblantes se veían las huellas de la misma enfermedad, de una terrible é incurable enfermedad, que quizá sea causa de que mi nieto, cuando dentro de cien años venga á ver la procesión de Lucca, no vuelva ya á encontrar uno sólo de dichos semblantes.

Temo estar yo mismo atacado de dicha enfermedad, y consecuencia de ello es ese enternecimiento tan extraño que me asalta al contemplar una cara consumida de monje, pues reconozco en ella los síntomas de esas enfermedades que se ocultan bajo el hábito: amor enfermizo, gota, ambición no satisfecha, consunción, arrepentimiento, hemorroides, heridas del corazón causadas por la ingratitud de los amigos, la calumnia de los enemigos y nuestras propias culpas; todo esto y mucho más, que con igual facilidad se encuentra bajo un tosco sayal que bajo un elegante traje de moda. ¡Oh, no es una exageración la del poeta cuando exclama en su dolor: ¡La vida es una enfermedad, todo el mundo un lazareto!

«¡Y la muerte es nuestro médico!»—¡Ah! no voy á

hablar mal de él, ni á perturbar la confianza de otros; puesto que es el único médico, creamos siempre que es el mejor, y que el único remedio que aplica, su eterno tratamiento por la tierra, es también el mejor. Al menos puede decirse en elogio suyo, que siempre le tenemos á mano, y, á pesar de su gran clientela, jamás se hace esperar mucho tiempo cuando se le llama. A veces sigue al enfermo hasta á la procesión y le lleva el cirio.

De seguro que era la muerte en persona la que vi al lado de un pálido y acuitado sacerdote; en sus demacradas, temblorosas y huesudas manos llevaba el cirio, cuya luz hacía vacilar; le saludaba, tranquilizándole benévolamente con su cabecita completamente calva, y por más que apenas podía sostenerse sobre sus piernas, todavía ayudaba á veces al pobre clérigo, que á cada paso que daba se ponía más pálido y estaba á punto de desvanecerse. Mas aquél parecía decirle interiormente:—Aguarda todavía algunas horas. Cuando estemos en casa, apague el cirio, te recline en el lecho, y las frías y cansadas piernas puedan descansar, te dormirás tan profundamente que no oirás el triste doblar de las campanas de San Miguel.

No quiero escribir contra aquel hombre, pensaba yo, al ver al pobre y pálido sacerdote que la muerte en persona alumbraba hasta su lecho.

¡Ah, realmente no se debía escribir en este mundo contra nadie! Cada uno de nosotros está suficientemente enfermo en este gran hospital, y muchas lecturas polémicas me recuerdan sin quererlo una repugnante riña

de que fuí casualmente testigo en un pequeño hospital de Krakau (1), donde era horrible escuchar cómo se echaban mutuamente en cara los enfermos, en son de burla, sus propias enfermedades; cómo el tísico, que moría por consunción, se burlaba del hinchado hidrópico; cómo uno se reía del pólipo de otro, y éste á su vez de la luxación de la mandíbula inferior y de la oftalmía de sus vecinos, hasta que al fin, los exaltados por la fiebre saltaron desnudos del lecho, arrancaron á los otros enfermos sábanas y mantas de sus lastimados cuerpos, y no se vieron más que horribles miserias y mutilaciones (2).

(1) En la versión francesa, *de Berlín.*

(2) En la versión francesa, *espectáculo horrible, no se vió entonces más que úlceras purulentas, innobles mutilaciones, y todas las plagas del pobre (hombre) Lázaro.*

CAPÍTULO VI.

. . . . . .

Aquél escancia al resto de los dioses,
Por la derecha, el néctar de honda urna;
Alzan los dioses risa interminable
Viendo á Vulcano que al servir se apura:
El día entero, hasta que el sol declina
Se prolonga el festín, do todo abunda;
Busca Apolo en su lira dulces notas,
Y su canto divino alzan las Musas.

VULGATA (1).

Cuando de pronto entra jadeante un pálido y ensangrentado judío, coronado de espinas y con una gran cruz de madera al hombro; arroja la cruz sobre la espléndida mesa de los dioses; tiemblan las copas de oro

(1) La versión francesa, dice: *Iliada*, y en efecto, los versos citados son de dicho poema de Homero, canto I, al fin. La traducción francesa, aunque en prosa, es muy libre. Los versos citados, de una alemana, en el texto, más fieles, son ocho pretendidos exámetros alemanes, que trasladan otros tantos griegos.

Pensé al pronto poner en esta versión castellana, los correspondientes de la traducción de Hermosilla, pero me encontré con que en ella constaba el trozo de doble número de versos libres, que no producían el efecto de rápido contraste que deben producir con el principio del capítulo, y me decidí á traducir el trozo en ocho endecasílabos, sin perder idea alguna del original griego, pero con más concisión y rapidez. El poner Vulgata por Ilíada tiene su intención humorística.

y los dioses callan, palidecen y va en aumento su palidez, hasta que al fin se disipan como la niebla.

Hubo entonces una época triste y el mundo se puso gris y sombrío. Ya no hubo más dioses felices; el Olimpo se convirtió en un hospital donde se pasearon enojosamente dioses desollados, asados y agujereados que ligaban sus heridas cantando tristes himnos. La religión no proporcionó ya alegría alguna, sino consuelos; fué una entristecedora y ensangrentada religión de delincuentes (1).

¿Era acaso necesario esto á la enferma y magullada humanidad? Quien ve sufrir á su Dios, sobrelleva más fácilmente sus propios dolores. Los antiguos y alegres dioses, que no sentían dolor alguno, tampoco sabían lo que sufre un atormentado mortal, y un atormentado mortal tampoco podía, en caso de necesidad, suponerles un buen corazón (2). Eran dioses de día de fiesta, en torno de los cuales se danzaba alegremente, y á los que sólo se podian dar gracias. Por lo mismo nunca fueron amados de todo corazón; pues para serlo..... se necesita sufrir. La compasión es la última consagración del amor, acaso el amor mismo. De cuantos dioses fueron amados, es por esto Cristo el Dios que lo ha sido más, sobre todo por las mujeres..... (3).

---

(1) *De ajusticiados*, en la versión francesa.

(2) En la versión francesa: *no podia uno dirigirse con confianza á ellos en sus dolores.*

(3) Esta idea ha sido magníficamente desenvuelta por nuestro Galdós en su *Gloria*.

Huyendo del estruendo de la muchedumbre, fuí á perderme en un templo solitario, y lo que acabas de leer, querido lector, es, más bien que mi propio pensamiento, una serie de palabras que involuntariamente se me escaparon, mientras reclinado en un antiguo banco daba entrada en mi pecho á los acordes del órgano. Allí me estuve fantaseando y componiendo para aquella extraña música una letra más extraña todavía.

De cuando en cuando vagaba con la mirada por la vaporosa nave, buscando las sombrías y clamorosas figuras correspondientes á las melodías del órgano.

¿Quién es aquella mujer envuelta en su velo, que está allí arrodillada ante la *Madonna?* La lámpara que ante ella pende ilumina con dulce claridad á la bella madre dolorida de un amor crucificado, á la Venus dolorosa; más á veces van á caer, como á hurtadillas, algunos lascivos (1) y misteriosos rayos de luz sobre las bellas formas de la velada devota. Sigue ésta inmóvil sobre las gradas de piedra, pero su sombra se mueve á la oscilante luz, corre á veces hacia mí y retrocede rápidamente, cual en un harem un mudo negro mensajero de ardiente amor..... y lo comprendo. Me anuncia la presencia de su señora, la sultana de mi corazón.

Pero poco á poco iba aumentando la obscuridad en el solitario templo; acá y allá se deslizaba por entre los pilares una figura indeterminada; de cuando en cuando se elevaba leve murmullo en alguna capilla lateral, y el

(1) *Kupplerisch*, apareadores.

órgano gemía en prolongados acordes como los suspiros del corazón de un gigante.....

Parecíame que aquellos acordes jamás cesaban; que aquellas moribundas voces, aquella agonía iba á durar eternamente; sentía una opresión indecible, una angustia sin nombre, como si hubiera sido enterrado vivo, y tras largo tiempo de aparente muerte, me hubiera levantado de la tumba, y con mis lúgubres compañeros acudiera al templo de los espíritus á oir el oficio de difuntos y confesar las culpas póstumas.

A veces me parecía ver que efectivamente se sentaban junto á mí, envueltos en una media luz fantástica, los difuntos feligreses con sus antiguos y ya olvidados trajes florentinos, sus demacrados semblantes y sus devocionarios guarnecidos de oro en las enflaquecidas manos, orando susurrantes y saludándose con melancólicas inclinaciones de cabeza. El quejumbroso tañido de un esquilón lejano me recordó de nuevo al enfermo sacerdote que viera en la procesión, y me dije á mí propio: Sin duda acaba de morir, y se dirige aquí á decir su primer misa nocturna; sin duda ha llegado ya el triste espectro (1).

Pero de pronto alzóse de las gradas del altar la graciosa figura de la recatada devota.

Sí, era ella, su vivida sombra (2) desvaneció los pálidos fantasmas; ya no vi nada más que á ella, la seguí rápidamente fuera del templo, cuando ya en la puerta

(1) En la versión francesa, *este será el colmo de las tristes apariciones.*

(2) En la versión francesa, *el reflejo de su falda.*

echó el velo hacia atrás, miré el lloroso semblante de *Francesca*, que parecía una soñadora rosa blanca cubierta de perlas de rocío que la hacen brillar á la luz de la luna.

—¿Me amas, Francesca?

Le pregunté muchas cosas y me contestó pocas

La acompañé al *Hotel Croce di Malta*, donde estaban hospedadas ella y Matilde. Las calles se habían vuelto á quedar desiertas; las casas dormían, cerrados los ojos de sus ventanas, y sólo á través de sus párpados de madera relampagueaba una que otra lucecilla. Arriba, en el cielo, destacábase entre las nubes un ancho jirón verde-claro en el que bogaba la luna creciente como una góndola de plata en un mar de esmeraldas. En vano rogué á Francesca que elevase la vista una vez siquiera para mirar á nuestra antigua y querida confidente, pues continuó con la cabecita baja y soñadora.

Su andar, en otro tiempo tan suelto y vaporoso, era ahora religiosamente acompasado, su paso era sombríamente católico (1), ajustado al ritmo solemne del órgano, y como noches antes los pecados, llevaba ahora la religión en las piernas (2). Por todo el camino iba santiguándose rostro y pecho al pasar ante cada imagen de santo; en vano procuré ayudarla. Pero cuando llegados á la plaza pasamos por delante de la iglesia de San Miguel, donde del fondo obscuro de su hornacina se destaca

(1) En la versión francesa, *humilde*.
(2) En la versión francesa, falta este inciso.

una marmórea Virgen de los Dolores con sus espadas doradas en el corazón y su corona de lamparillas sobre la cabeza, me echó Francesca los brazos al cuello y me besó murmurando: *¡Cecco, Cecco, caro Cecco!*

Al principio recibí tranquilamente estos besos, por más que sabía bien que en el fondo iban dirigidos á un abate boloñés, funcionario de la Iglesia católica. Como protestante no tuve escrúpulo alguno de apropiarme los bienes del clero católico, y al punto secularicé los piadosos besos de Francesca. Sé que los sacerdotes se escandalizarán y clamarán, de seguro, contra el robo de cosas sagradas, y me aplicarían gustosos la francesa ley del sacrilegio (1).

Por desgracia, debo confesar que los citados besos fueron lo único que pude embolsarme aquella noche. Francesca había decidido aprovecharla en bien de su alma, pasándola arrodillada y en oración. En vano pedí que me dejara tomar parte en sus ejercicios piadosos; tan luego como llegó á su cuarto, me dió con la puerta en las narices. En vano estuve una hora larga á la parte de afuera, pidiéndole me dejara entrar, exhalando todos los suspiros imaginables, afecté piadosas lágrimas y pronuncié los más santos juramentos—entiéndase que con reservas mentales—pues me iba poco á poco convirtiendo en jesuíta, haciéndome completamente malo (2), y hasta

(1) En la versión francesa falta la palabra *francesa*.

(2) En la versión francesa: *llegando al jesuítismo más insinuante.*

prometí hacerme católico por aquella sola noche (1).

—¡Francesca!—exclamaba—¡estrella de mis pensamientos! ¡pensamiento de mi alma! *¡vita della mia vita!* ¡mi bella, multi-besada, esbelta y católica Francesca! ¡Por esta sola noche que me concedas, te prometo hacerme católico.....; pero por esta sola noche! ¡Oh, qué bella, feliz y católica noche! ¡Descanse yo en tus brazos y creeré, con estricto catolicismo, en el cielo de tu amor; sellemos con nuestros labios la dulce confesión, el Verbo se hará carne, la fe tomará cuerpo y forma! ¡Qué religión! ¡Clérigos, entonad entretanto vuestro *kyrie eleison*, tocad, incensad, sonad las campanas, preludiad al órgano, y haced oir la misa de Palestina!..... ¡Este el cuerpo! ¡Yo creo, yo soy feliz, yo sueño! (2).

(1) En la versión francesa: .....*llegué á prometer á mi* **inamorata** *que al abrazarla abrazaría al mismo tiempo su creencia y su culto.*

(2) He aquí cómo están redactados estos dos últimos párrafos en la versión francesa:

—*¡Francesca—exclamé—estrella de mis pensamientos, pensamiento de mi alma, mi muy amada, excelente bailadora y devotísima Francesca, ábreme tu puerta! ¿Será para mí la puerta* (a) *del cielo, de tu bello cielo católico? Yo te prometo abandonar la fe protestante, esa fea y fría religión que he profesado sin jamás amarla..... A tus blancos y adorables pies abjuraré los errores de Lutero, á los cuales he estado ligado por una necesidad mundana y por las prusianas astucias de Satán. ¡Ábreme tu puerta y entraré en el seno de la Iglesia católica,*

(a) La versión francesa dice *palabra* (*parole*) en la edición de 1858 que hemos tenido presente, pero Strodtmann, en su nota, dice *puerta*, que sin duda ha leído en otra edición ó corregido, pues es la que el autor debió poner.

Mas cuando desperté á la mañana siguiente, me froté los ojos, entumecidos por el sueño y el catolicismo, volví á ver claro en el sol y en la Biblia, y volví á ser tan concienzudo protestante y á encontarme tan en ayunas como hasta entonces.

---

apostólica y romana! ¡En tus ortodoxos brazos gustaré la beatitud de los elegidos! ¡En tus labios, en tus besos, se revelará á mi el dulce símbolo; el milagro del santo misterio se operará entonces..... el Verbo se hará carne!..... ¡Dios es el amor!..... Pero, ¡ábreme por amor de Dios!

¡Ay! la puerta de salvación no se abrió para mi aquella noche; volví á mi casa pálido, aburrido, renegando y tan protestante como hasta entonces.

CAPÍTULO VII.

Cuando al día siguiente volvió á brillar en el cielo el risueño sol, se desvanecieron por completo las lúgubres ideas y sensaciones que despertó en mí la procesión de la tarde precedente, y me hicieron considerar la vida como una enfermedad, y como un hospital el mundo.

Alegre muchedumbre, pintorescamente engalanada, hormigueaba por toda la ciudad, y acá y allá cruzaba de pronto algún negro cleriguillo. Todo eran rumores, risas y charlas, de modo que apenas se oía el repique de las campanas que invitaba á la misa mayor de la Catedral.

Es ésta una hermosa y sencilla iglesia, cuya fachada de mármoles de colores está adornada con esas columnitas cortas, unas sobre otras colocadas, que ofrecen un aspecto espiritual y melancólico. En el interior, pilares y muros estaban revestidos de rojos paños, y una alegre música se derramaba sobre la ondulante multitud.

Llevaba yo del brazo á la *signora Francesca*, y cuando al entrar le ofrecí el agua bendita, al dulce contacto de nuestros dedos se electrizaron nuestras almas, y sentí al mismo tiempo una eléctrica sacudida en una pierna, tal, que la impresión me hizo dar un traspiés sobre las arro

dilladas campesinas, completamente vestidas de blanco y cargadas con largos pendientes y cadenas al cuello, todo de oro amarillo, que en apretada muchedumbre cubrían el pavimento.

Al mirar en torno mío, vi una señora, arrodillada también, abanicándose, y tras el abanico reconocí los burlones ojos de *milady*. Inclinéme hacia ella, y murmuró lánguidamente á mi oído: *¡Delightful!* (1).

—¡Por amor de Dios!—le dije por lo bajo—esté usted formal, no se ría, pues, de lo contrario, de seguro nos echan de aquí.

Pero en vano rogué y supliqué. Por fortuna nadie entendía nuestro idioma. Mas levantándose *milady*, nos siguió, por entre el apiñado concurso, hasta el altar mayor, y allí se entregó á sus locas humoradas, sin la menor consideración, como si estuviéramos solos en los Apeninos. Se burlaba de todo; ni aún los pobres cuadros pintados en los muros estaban seguros de sus flechazos.

—Vea usted—exclamó—á *lady* Eva, nacida de la costilla, cómo discute con la serpiente. Fué buena la ocurrencia del pintor de poner á la serpiente una cabeza con rostro humano; pero hubiera sido aún más ingeniosa si hubiera adornado ese rostro seductor con un bigote militar. Vea usted, doctor, allí al ángel que anuncia su estado á la benditísima Virgen; ¿pues no se sonríe irónicamente? ¡Ya sé lo que piensa ese *ruffiano!* Y esa

(1) ¡Delicioso!

María, á cuyos pies se postra la santa alianza de Oriente con regalos de oro y de incienso, ¿no se parece á la Catalani?

La *signora Francesca*, que por ignorar el inglés, de toda aquella charla no había entendido más que la palabra *Catalani*, se apresuró á hacer la observación de que la dama de quien hablaba nuestra amiga, al presente había perdido gran parte de su reputación. Pero nuestra amiga no se desconcertó por esto, y siguió comentando los cuadros de la pasión, el de la crucifixión inclusive, hermoso cuadro, en el que había pintados tres semblantes estúpidos é inactivos que contemplaban indiferentes el martirio del Señor, y de los cuales afirmó por esto *milady* que eran los ministros plenipotenciarios (1) de Austria, Rusia y Francia.

Hizo las más locas observaciones acerca de una *Huida á Egipto*, donde María iba con el niño montada en el asno, en tanto que San José marchaba tras ellos de espolista. Afirmaba *milady* que el pintor había querido expresar cierta semejanza entre el espolista y el cuadrúpedo; pues, en efecto, de las cabezas melancólicamente inclinadas de ambos, pendían largas orejas.

—¡En qué inaudito apuro se encuentra el pobre hombre!—exclamó Matilde.—Si cree que Dios ha desdeñado hacerse colaborador suyo, razón tiene para darse al diablo; pero si no lo cree, es un hereje y se va al diablo de la misma manera. ¡Qué dilema tan terrible! por eso inclina

(1) En la versión francesa *comisarios subdelegados*.

tan tristemente la cabeza; y hasta se la han adornado con una gloria que no deja de parecer una radiante corona de cuernos. ¡Qué lástima me inspira la suerte del pobre arriero! Nunca, hasta hoy, me he sentido tan profundamente impresionada en una iglesia.

No obstante, los antiguos frescos que se dejaban ver en los muros, por entre los rojos paños, lograron, en cierto modo, reducir al silencio, con su íntima severidad, á la burla británica.

Había en ellos figuras de los tiempos heroicos de Lucca, de los que tanto se habla en los libros históricos de Machiavello, el Salustio romántico y cuyo espíritu se exhala tan fogosamente de los cantos del Dante, el Homero católico.

Bien expresan en sus fisonomías los rígidos sentimientos y bárbaras ideas de la Edad Media; hasta se siente aún flotar sobre más de una muda boca juvenil la risueña confesión de que no todas las rosas de entonces fueron completamente pétreas y recatadas, y aun á través de los párpados piadosamente bajos de alguna *Madonna* de aquel tiempo, relampaguea una artera mirada amorosa, como si aun quisiera regalarnos un segundo niño Jesús (1). Pero siempre hay un elevado espíritu que nos habla en esas antiguas pinturas florentinas, eso propiamente heroico que aun reconocemos en las marmóreas estatuas de los dioses de los antiguos, y que no

(1) En la versión francesa: *.....un guiño amoroso tan picarón (fripon) como el que se descubre en los ojos de alguna santa de nuestros dias.*

consiste, como piensan nuestros estéticos, en una eterna calma exenta de pasión, sino en una eterna pasión sin intranquilidad.

También en algunos cuadros al óleo más modernos, que se ven en el Domo de Lucca, se revela, acaso como un eco tradicional, aquel antiguo espíritu florentino. Sobre todo, me agradó una *Boda de Chanaan* de un discípulo de Andrea del Sarto, pintada con alguna dureza y modelada groseramente. El Salvador está sentado entre la tierna y bella novia y un fariseo, cuyo semblante, como una roquiza tabla de la ley, admira al genial profeta que se mezcla alegremente en las filas de los alegres, y obsequia á la reunión con milagros, aun mayores que los milagros de Moisés, pues éste, por mucho que aporreó la roca, no pudo sacar más que agua, mientras aquél no necesitó más que pronunciar una frase, y los cántaros se llenaron del mejor de los vinos.

Mucho más tierno, casi de colorido veneciano, es el cuadro de un desconocido que está al lado del anterior, y en el que la feliz combinación de los colores hace que se exhale de un modo extraño un agitante dolor. Representa cómo María Magdalena tomó una libra de ungüento del más legítimo y precioso nardo, y ungió con él los pies de Jesús, enjugándolos después con sus cabellos. Cristo está sentado en medio de sus discípulos, Dios hermoso y espiritual, humanamente afectado, sintiendo conmovedora piedad hacia su propio cuerpo, que bien pronto ha de sufrir mucho, y al que se tributa el honor de ser ungido, reservado á los difuntos, que ya

le corresponde. Sonríe enternecido á la arrodillada mujer que, impulsada por amorosa inquietud, cumple aquel acto de caridad, acto que no será olvidado mientras existan hombres que sufran y cuyo aroma, á través de millares de años, mitigará todos los humanos dolores (1).

A excepción del discípulo predilecto de Cristo, que nos ha transmitido el hecho, ninguno de los apóstoles parece comprender su significado, y el de la barba roja, según consta en la Escritura, parece observar malhumorado:—«¿Por qué no se ha vendido ese bálsamo á trescientos *groschens*, y se ha repartido el producto á los necesitados?» Este apóstol económico es precisamente el que lleva la bolsa, y la costumbre de los negocios de dinero le ha hecho incapaz de apreciar todo el desinteresado aroma de nardo del amor que él cambiaría por *groschens* con un objeto utilitario; y precisamente este cambiante de *groschens* fué quien vendió al Salvador..... por treinta dineros de plata.

Así el Evangelio ha expresado simbólicamente, en la historia de este banquero de los apóstoles, el misterioso poder de seducción que nos acecha en un saquillo de dinero, y nos advierte la deslealtad de la gente de negocios. Todo rico es un Judas Iscariote.

—Tiene usted un aspecto de fe mal disimulada, querido doctor—me dijo *milady* por lo bajo.—Le he obser-

(1) En la versión francesa: *Y sus perfumes, que han embalsamado ya tantos siglos, se esparcirán también sobre las generaciones venideras.*

vado bien, y perdone si en algo le ofendo, pero parece usted un buen cristiano.

— Acá para *inter nos*, diré á usted que lo soy; así. Cristo.....

—¿Cree usted también que es Dios?

—Claro está, mi buena Matilde. Es el dios á quien más amo..... no porque sea un dios legítimo, cuyo padre ya era dios y gobernaba el mundo desde tiempo inmemorial, sino porque, aunque nacido *delfín* del cielo, es, no obstante, de ideas democráticas; no gusta del ceremonioso aparato de las cortes, porque no es el dios de una aristocracia de tonsurados intérpretes de la Escritura (1), ni de galoneados lansquenetes, porque es un modesto dios popular, un dios burgués, *un bon dieu citoyen*. La verdad es que si Cristo no fuera Dios, le daría mi voto para serlo, con mucho más gusto le obedecería que á un dios absoluto impuesto, á él, dios electo, dios predilecto por mí.

---

(1) En la versión francesa de *fariseos doctrinarios*.

CAPÍTULO VIII.

Dijo la misa el Arzobispo, que era un grave anciano, y confieso honradamente, que no sólo yo sino también *milady*, nos conmovimos íntimamente ante el espíritu que mora en este sagrado acto, y ante la dignidad del anciano que le cumplía. Todo anciano es ya de por sí un sacerdote, y las ceremonias de la misa católica son tan antiquísimas, como que quizá ellas son lo único que se ha conservado desde la infancia del mundo, y como recuerdo de los primeros padres de todos los hombres reclama nuestra piedad.—Fíjese usted, *milady*—le dije —cada movimiento que usted ve, la manera de juntar las manos y de extender los brazos, esas genuflexiones, ese lavatorio de manos, ese incienso, ese cáliz, hasta la vestidura entera de ese hombre, desde la mitra hasta la franja de la estola, todo ello es del Egipto antiguo y restos de un sacerdocio de cuya admirable existencia nos proporcionan pocos datos los más antiguos documentos; de un primitivo sacerdocio que investigó la sabiduría, inventó los primeros dioses, determinó los primeros símbolos, y por quien la joven humanidad.....

—Por primera vez fué engañada—añadió *milady* en

tono amargo—y creo, doctor, que desde la primitiva edad del mundo no nos han quedado más que algunas tristes fórmulas del engaño, que no siempre son ya eficaces. Si no, vea usted ahí esas caras sombríamente estúpidas, y hasta ese individuo que está sobre sus toscas rodillas con la boca tan abierta que le da un aspecto ultra-imbécil.

—¡Por amor de Dios!—rectifiqué dulcemente—¿qué influye el que esa cabeza esté tan poco iluminada por la razón? ¿Qué nos importa eso? ¿Por qué se irrita usted por ello? Todos los días ve usted bueyes, vacas, perros, asnos, que son tan estúpidos como él, sin que su aspecto le quite á usted el buen humor ni le obligue á hacer esas manifestaciones malhumoradas.

—¡Ah, eso es otra cosa—interrumpió *milady*—esas bestias llevan cola en la parte posterior, pero me irrita ver que ese jayán, tan bestialmente estúpido, no obstante, no la lleve.

—Sí, eso ya es otra cosa, *milady*.

CAPÍTULO IX.

Después de la misa hubo aún que ver y oir cosas de todo género, sobre todo el sermón de un monje grueso y cuadrado, cuyo imperioso y atrevido rostro de romano antiguo pugnaba de un modo extraño con su grosero sayal de mendicante, hasta el punto de que parecía el hombre un emperador de la pobreza. Predicó sobre el cielo y el infierno, llegando á veces á poseerle el más furioso entusiasmo. Su pintura del cielo estuvo algo bárbaramente recargada, y hubo allí mucho oro, plata, piedras preciosas, manjares exquisitos y vinos de las mejores cosechas, siendo de ver su gesto manifiestamente ansioso y la delicia con que se agitaba de un lado á otro en su hábito, cuando al hablar de los angelitos de blancas alas se consideraba á sí mismo como uno de ellos.

Menos divertida, pero también de una severidad muy práctica, fué su pintura del infierno. Allí estaba el hombre mucho más en su elemento, y se ensañó, sobre todo en los pecadores que no creen ya, como buenos cristianos, en el antiguo fuego infernal, y hasta pretenden que en tiempos modernos se ha enfriado algo y que en uno cercano se habrá extinguido del todo.

—«Aunque estuviera el infierno á punto de apagarse —exclamó—yo avivaría con mi aliento los últimos tizones, los volvería á encender y hacer despedir sus antiguas llamas.»

Al oir aquella voz que, cual la del viento Norte, aullaba estas palabras, al ver su encendido semblante, su rojo cuello, como el de un búfalo, y los forzudos puños de aquel hombre, no le parecía á uno hipérbole la infernal amenaza.

—*J like this man* (1)—dijo *milady*.

—Tiene usted razón—contesté—también á mí me agrada más que muchos de nuestros homeopáticos médicos del alma, que disuelven en un cántaro de agua de moral una diezmilésima de razón, y nos lo propinan para el descanso del domingo.

—Sí, doctor, tengo respeto á su infierno; pero no tengo en su cielo entera confianza; como que, sobre todo, respecto á éste ya muy pronto concebí íntimas dudas. Siendo todavía pequeña, en Dublín, me echaba de espaldas en el césped, miraba al cielo, y pensaba si contendría el cielo tantas magnificencias como se le celebraban. Pero, me decía yo: ¿cómo es que nunca cae ninguna de esas cosas magníficas, aunque no fuera más que un pendiente de brillantes, una sarta de perlas ó al menos un pedacito de bollo de ananas, y no que no nos regala nunca más que granizo, nieve ó la ordinaria lluvia? Esto no está bien, pensaba yo.....

---

(1) Pronúnciese: *Ai laike dzis man.* (*Me gusta ese hombre*).

—¿Por qué dice usted eso, *milady*? ¿Por qué no prefiere usted ocultar esa duda? Los descreídos, que no tienen fe en el cielo, no deben hacer prosélitos; al menos es digno de censura, ó más bien de aplauso el proselitismo de estas gentes que, teniendo un cielo soberbio, no quieren gozar ellos solos egoístamente sus magnificencias, é invitan al prójimo á aceptar una parte, sin darse por satisfechos hasta que es admitida su bondadosa invitación.

—Pero siempre me he admirado, doctor, de que mucha gente rica de esa clase, que vemos trabajar celosa como presidentes, vicepresidentes ó secretarios (1) de las sociedades de conversión, acaso para hacer digno del cielo á un viejo y roñoso mendigo judío, y para allí gozar de su compañía en otro tiempo, no obstante, nunca pensaron en hacerle aceptar ahora en la tierra parte de sus goces, y, por ejemplo, no le invitan jamás á pasar el verano en sus casas de campo, donde hay de seguro bocados exquisitos, que al pobre diablo le habrían de saber tan bien como si los disfrutara en el mismo cielo.

—Eso se explica, *milady*, porque los goces celestiales no les cuestan nada, y es un doble placer el que experimentamos al poder hacer feliz á nuestro prójimo á ninguna costa. Pero los incrédulos ¿á qué goces pueden invitar á nadie?

—A ninguno, doctor, como no sea á un prolongado

(1) En la versión francesa faltan las tres denominaciones de cargo.

y tranquilo sueño, que á veces bien pudiera desearle algún infeliz, sobre todo, después de haberse visto muy molestado por apremiantes invitaciones al cielo.

Esto dijo la hermosa dama con acento punzante y amargo, á lo que contesté no sin cierta seriedad:

—Querida Matilde, en mis acciones de este mundo no me preocupa nunca la existencia del cielo y del infierno; soy demasiado grande y orgulloso para dejarme llevar por la codicia de una celeste recompensa, ó por el temor de infernal castigo. Me inclino al bien, porque es bello y me atrae de un modo irresistible, y detesto el mal porque es feo y me repugna. Siendo todavía muchacho, cuando leí á *Plutarco*—y aún le leo todas las noches en la cama, sintiendo á veces afanes de saltar de ella y tomar al punto la posta para convertirme en grande hombre—ya me agradó la tradición de aquella mujer que recorría las calles de Alejandría, llevando un odre de agua en una mano y una antorcha encendida en la otra, y gritaba á las gentes que con el agua iba á apagar el infierno y con la antorcha á incendiar el cielo, para que así no se dejara de obrar mal por temor al castigo, y no se hiciera el bien por avidez de la recompensa. Todos nuestros actos deben surgir de la fuente de un amor desinteresado, exista ó no tras la muerte una segunda vida.

—Entonces ¿tampoco cree usted en la inmortalidad?

—¡Qué sutil es usted, *milady*! ¿Yo dudar de ella? ¿Yo, cuando mi corazón echa raíces cada vez más profundas en los más remotos siglos del pasado y del porvenir; yo, que soy uno de los hombres más eternos, pues

cada aliento mío es una eterna vida, y cada pensamiento una eterna estrella....., podría no creer en la inmortalidad?

—¡Pienso, doctor, que se necesita una dosis considerable de vanidad y presunción, para pedir á Dios la inmortalidad, después de haber gozado en la tierra tantas cosas buenas y bellas! El hombre, el aristócrata entre los animales, que se cree mejor que todas las demás criaturas, quisiera obtener ante el trono del rey del universo ese privilegio á la eternidad, por medio de cortesanas alabanzas, cantos laudatorios y genuflexiones. ¡Oh! bien sé lo que significa ese estremecimiento de labios, señor inmortal!

CAPÍTULO X.

Nos rogó la *signora* que fuéramos con ella al convento donde se conserva la milagrosa cruz, la más notable que habia en toda Toscana. Bien era que abandonásemos el domo, pues las locuras de *milady* habían acabado por ponernos en cierto apuro. No cesaba en sus ingeniosas burlas, ocurrencias deliciosamente extravagantes, tan temerarias como gatitos que saltan en todas direcciones retozando al calor del sol de Mayo. A la salida del domo mojó tres veces el dedo índice en el agua bendita y me aspergeó otras tantas murmurando:—*¡Dem zefardeyim Kinnim!* —que, según afirmaba, es la fórmula árabe con que las hechiceras convierten á un hombre en asno.

En la plaza que está frente al domo maniobraba numerosa fuerza militar uniformada casi á la austriaca, y mandada en alemán. Al menos oí estas voces alemanas: *Präsentiert's Gewehr! Fuss Gewehr! Schultert's Gewehr! ¡Rechtsum! ¡Halt!* (1). Creo que en todos los pueblos italianos, como también en algunos otros de Europa, se manda en alemán. ¿Debemos envanecernos algo por

(1) *¡Presenten arm! ¡En su lugar, descanso! ¡Armas al hombro! ¡Media vuelta á la derecha! ¡Alto!*

esto? ¿Hemos mandado tanto en el mundo que la lengua alemana haya venido á ser la propia del mando? ¿Ó tanto nos hemos dejado mandar que la lengua alemana sea la que mejor exprese la obediencia?

No parecía *milady* ser amiga de paradas y revistas; pues nos apartó de allí con cierto burlesco temor.

—No me gusta—dijo—estar cerca de tales hombres armados de sable y fusil, sobre todo, cuando marchan en gran número, como ocurre en las maniobras extraordinarias, en fila. Pues puede ocurrir que uno entre tantos miles de ellos se vuelva de pronto loco y me deje en el sitio con el arma que lleva en la mano; ó bien que se vuelva de pronto cuerdo y reflexione: «¿Qué tienes que arriesgar ó qué perder aun cuando te quiten la vida? Posible es que ese otro mundo que nos prometen después de la muerte no sea del todo tan brillante como se le pondera; quizá sea tan malo; pero menos de lo que ahora te dan, menos de seis *kreuzer* por día, tampoco pueden darte allí. Por tanto, haz tu gusto y trincha á esa inglesilla de la impertinente nariz.» ¿No estoy aquí en grave peligro de muerte? Si yo fuera rey, dividiría mis soldados en dos clases. A los unos les haría creer en la inmortalidad, para que fuesen animosos en el combate y no temieran la muerte, y á éstos los emplearía solamente en la guerra. Pero á los otros les reservaría para revistas y paradas, y, á fin de que no se les pasara por las mientes que nada arriesgaban si les daba la humorada de matar á alguien, les prohibiría bajo pena de muerte creer en la inmortalidad; hasta les daría un poco de man-

teca con el pan de munición, para que así cobraran más amor á la vida. A los primeros, al contrario, á aquellos héroes inmortales les haría la vida muy amarga, para que así aprendiesen bien á despreciarla y á considerar la boca de los cañones como la entrada de un mundo mejor.

—Milady—le dije—sería usted un mal gobernante. Sabe usted poco de gobierno, y no entiende una palabra de política. ¡Si hubiera usted leído mis *Anales políticos!*

—Comprendo todo eso acaso mejor que usted, querido doctor. Desde muy joven procuré instruirme en ello. En Dublín, cuando yo era pequeña.....

—Y me echaba de espaldas en el césped..... y reflexionaba, ó aun no, como en Ramsgate.....

Una mirada, á modo de dulce reproche de ingratitud, partió de los ojos de *milady*, pero pronto volvió á reirse y continuó:

—En Dublín, siendo todavía pequeña, cuando lograba sentarme en una esquinita del taburete en que se apoyaban los pies de mi madre, le hacía yo siempre toda clase de preguntas: ¿Qué hacen el sastre, el zapatero, el panadero?..... en fin, ¿qué tienen que hacer las gentes en el mundo? Y cuando le preguntaba, ¿qué hacen los reyes? me contestaba mi madre: Pues, gobernar. ¿Sabes, madre mía, le decía entonces, lo que yo haría si fuera rey? pues me estaría á veces un día entero sin gobernar, sólo por ver lo que parecía entonces el mundo. Querida niña, contestaba mi madre, eso hacen también muchos reyes, y es cosa que bien se ve, después de todo.

—En verdad, *milady*, su madre tenía razón. Sobre todo aquí, en Italia, hay reyes tales, y bien se nota esto en el Piamonte y en Nápoles..... (1).

—Pero, querido doctor, no hay que enfadarse con un rey italiano porque se esté algún día sin gobernar á causa de lo excesivo del calor. Sólo es de temer que los *carbonari* se vayan á aprovechar de ese día; pues en los tiempos modernos he observado sobre todo, que en tales días es cuando siempre estallan las revoluciones, en los días en que no se gobierna. Mas si se equivocan una vez los *carbonari*, y creen que no hay un día gobierno, y contra toda presunción le hay, pierden la cabeza. Por esto nunca serán bastante previsores los *carbonari*, y deben espiar con gran perspicacia el momento oportuno. Pero, al contrario, la suprema política de los reyes consiste en tener muy callado en qué días no gobiernan, y en sentarse por lo menos alguna vez en tales días en la silla gubernamental, aunque no sea más que á cortar plumas, sellar sobres de carta ó rayar papel blanco, todo esto por cubrir las apariencias, y porque cuando el pueblo mire desde fuera con curiosidad á las ventanas de palacio, crea con toda seguridad que está gobernado.

En tanto que tales observaciones salían retozando de la boquita de *milady*, una sonrisa satisfecha flotaba en torno de los gruesecitos labios de rosa de Francesca. Hablaba poco; pero su paso no era ya tan contrito ni de tan místico abandono como en la noche precedente. Mar-

(1) En la versión francesa falta *Piamonte*.

chaba más bien como vencedora; cada paso suyo era un toque de trompeta: pero era más bien una victoria espiritual que mundana la que se manifestaba en sus movimientos, era casi la imagen de una iglesia triunfante, y ceñía su cabeza una invisible aureola. Pero sus ojos, que sonreían como á través de lágrimas, habían recobrado toda su mundana niñería, y no se escapaba á su mirada escrutadora una sola prenda de vestir en la pintoresca muchedumbre, cuyas oleadas pasaban ante nosotros. *¡Ecco!* era entonces su exclamación. ¡Qué chal! El Marqués tiene que darme una cachemira así para hacerme un turbante, cuando baile en la Roxelana. ¡Ah, también me ha prometido una cruz de diamantes!

¡Pobre Gumpelino, te decidirás fácilmente en lo del turbante, pero la cruz te ha de dar muy malos ratos: más la *signora* te importunará tanto, te someterá á tal tortura, que al fin te acomodarás á comprársela!

CAPÍTULO XI.

La iglesia en que se enseña la cruz milagrosa de Lucca pertenece á un convento cuyo nombre no recuerdo en este instante.

Cuando entramos en la iglesia estaban arrodillados delante del altar mayor una docena de monjes que oraban en silencio. Sólo de cuando en cuando, como á coro, se dirigían algunas frases entrecortadas que resonaban lúgubremente en las solitarias naves. La iglesia estaba obscura, sólo á través de las pequeñas vidrieras pintadas caían algunos rayos de luz de diversos colores sobre las cabezas calvas y los sombríos hábitos. Algunas mortecinas (1) lámparas de cobre alumbraban avaramente los ennegrecidos frescos y los cuadros de los altares; surgían acá y allá de los muros cabezas de santos de madera, toscamente pintadas, y á la dudosa luz parecían animarse y sonreir burlonamente.

Milady lanzó un grito, señalándonos á sus pies una losa sepulcral, en la que estaba representada en relieve

(1) Falta este adjetivo en la versión francesa.

la rígida imagen de un obispo con mitra y báculo, con las manos juntas y la nariz rota.

—¡Ah!—murmuró—yo misma he puesto nada dulcemente mi pie en su nariz de piedra, y quizá se me aparezca esta noche en sueños y vea una nariz.

El sacristán, que era un monje joven y pálido, nos mostró la milagrosa cruz y nos refirió las maravillas que había obrado. Por más que soy humorista, quizá no puse cara de incrédulo, pues de cuando en cuando tengo accesos de fe en los milagros, sobre todo, donde, como aquí, son favorables á ello el sitio y la hora. Entonces creo que el mundo todo es un milagro, y toda su historia una leyenda. ¿Se me había contagiado la credulidad de *Francesca* que besó la cruz con transporte de exaltación? Lo cierto es que me disgustó la ensañada burla de la ingeniosa inglesa. Quizá me hirió tanto más, cuanto que yo mismo no me sentía libre de ella, y en modo alguno la juzgaba loable.

No se puede negar que la burla, el placer de la contradicción de las cosas, lleva consigo cierta maldad, así como la seriedad se compagina más con los mejores sentimientos: pues la virtud, el instrumento de la libertad, el amor mismo son muy serios. Sin embargo, hay corazones en los que broma y seriedad, maldad y santidad, entusiasmo y frialdad se unen entre sí de un modo tan extraño, que sería difícil juzgar acerca de ellos. Un corazón así latía en el pecho de Matilde; á veces era una fría isla de hielo, en cuyo suelo, brillante como un espejo, crecían los melancólicos bosquecillos de

palmeras (1), á veces era un entusiasta y ardiente volcán que se apagaba de pronto bajo el alud de nieve de una carcajada. No obstante, no era mala; á pesar de todo su desbordamiento, no era sensual; creo que no había comprendido más que el lado cómico de la sensualidad, y se divertía con ella como con una loca comedia de autómatas. Era un deseo humorístico, una dulce curiosidad de ver en momentos de pasión las gesticulaciones de este ó aquel extraño buho.

¡Cuán completamente otra era Francesca! En sus pensamientos y sentimientos dominaba la unidad católica. De día era una lánguida y pálida luna; de noche era un ardiente sol.—¡Oh luna de mis días, sol de mis noches, no volveré á verte jamás.

—Tiene usted razón—dijo *milady*—creo también en la eficacia milagrosa de la cruz. Estoy convencida de que si el Marqués no regateara tanto los brillantes de la cruz prometida, de seguro obraba un brillante milagro en casa de la *signora*, pues al fin quedaría tan deslumbrada, que acabaría por enamorarse de su nariz. Como también he oído hablar con frecuencia de la virtud milagrosa de algunas cruces que podían hacer de un hombre honrado un miserable.

Así se burlaba de todo la linda joven: coqueteó con el pobre sacristán, dió al obispo de la nariz rota cómicas excusas, rogándole políticamente que no le devolviera la visita, y cuando llegamos á la pila del

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

agua bendita, me quiso otra vez convertir en asno.

Ó era realmente una disposición mía en que influía el lugar ó es que quería yo rechazar en el fondo aquellas burlas, con toda la viveza posible. En fin, que me lancé en el patético sagrado y dije:

—*Milady*, no me gustan las mujeres que desprecian la religión. Las hermosas que no tienen religión son como flores sin aroma; se parecen á esos fríos y vanos tulipanes, que nos miran en sus chinescos tiestos de porcelana, cual si fueran de esta misma materia, y que si pudieran hablar, nos asegurarían todos, tan cierto como que han nacido naturalmente de cebolla, que es bastante que aquí abajo no se huela mal, y que, respecto al aroma, una flor de buen sentido no necesita ninguno.

Pero al oir la palabra tulipán, fué presa *milady* de la más violenta agitación, y mientras yo seguía hablando, obró su idiosincrasia contra esta flor con tal fuerza, que en su desesperación se tapaba los oídos. En parte era esto comedia y en parte verdadero pique, hasta que mirándome con amargura, y con el sentimiento de la más acerada burla me preguntó:

—¿Y usted, querida flor, cuál de las religiones existentes profesa?

—Yo, *milady*, las profeso todas, el aroma de mi alma se remonta al cielo y marea hasta á los eternos dioses.

CAPÍTULO XII.

Como la *signora* no podía comprender nuestra conversación, sostenida en su mayor parte en inglés, juzgó, Dios sabe cómo, que disputábamos sobre la superioridad de nuestras respectivas patrias, y se puso á alabar á los ingleses y á los alemanes, por más que en el fondo de su pecho tuviera á los primeros por no muy cuerdos y á los últimos por unos bestias. Muy mal pensaba de los prusianos, cuyo país, según su geografía, estaba mucho más allá de Inglaterra y de Alemania, y sobre todo, pensaba mal del rey de Prusia, del gran *Federigo*, que su enemiga, la *signora* Serafina, había bailado el año anterior en su beneficio. Siendo bastante extraño que este rey Federico el Grande siga viviendo en los teatros italianos y en la memoria de este pueblo.

—No—dijo *milady*, sin escuchar la dulce charla de la *signora*—no, á este hombre no se necesita ya convertirle en asno; no sólo porque á cada diez pasos cambia de opinión y se contradice continuamente, sino porque ahora hasta se hace catequista, y creo que es un jesuíta disfrazado. Por mi propia seguridad tengo que hacer gestos devotos, no sea que me vaya á entregar á

sus co-hipócritas en Cristo (1) á los *dillettanti* de la Santa Inquisición, que me quemarían en efigie, ya que la policía no les consiente que arrojen al fuego á la propia persona. ¡Ah, venerable señor! no crea usted que soy tan cuerda como parezco, y que no tengo una religión. ¡No soy un tulipán! ¡Por vida mía que no lo soy! ¡Por amor de Dios, antes de ser un tulipán, prefiero creerlo todo! Desde ahora creo ya las cosas más principales que consigna la Biblia. Creo que Abraham engendró á Isaac, Isaac á Jacob y Jacob á su vez á Judá; como también que éste conoció á su nuera Tamar en un camino. Creo también que Loth bebió demasiado con sus hijas. Creo que la mujer de Putifar se quedó con la capa del casto José entre las manos. Creo que los dos viejos que sorprendieron á Susana en el baño eran muy viejos. Creo además que el patriarca Jacob engañó primero á su hermano y después á su suegro, que el rey David asignó un buen puesto en el ejército á Urías, que Salomón se procuró mil mujeres y después se quejaba de que todo es vanidad. También creo en los diez mandamientos y observo el mayor número de ellos: no deseo los bueyes del vecino, ni su criada, ni su vaca, ni su asno. No trabajo en sábado, día séptimo en que Dios descansó; más por precaución, como no sé precisamente cuál fué el séptimo día de reposo, con frecuencia no hago nada en toda la semana. Pero respecto á los mandamientos de Cristo, he practicado siempre el más im-

(1) En la versión francesa, *en Loyola*.

portante, esto es, el de que se debe amar hasta á sus enemigos; pues ¡ay! los hombres á quienes más he amado, fueron siempre, sin que yo lo supiera, mis más crueles enemigos.

—Por amor de Dios, Matilde, no llore usted—exclamé al percibir un tono de dolorosa amargura á través de sus más graciosas burlas, cual una culebra surge de un lecho de flores. Conocí, en efecto, este tono en que vibraba siempre con fuerza el ingenioso y cristalino corazón de la extraña joven, si bien no por largo tiempo, y yo sabía que tan fácilmente como se origina es ahogado por la primera buena y graciosa ocurrencia que se le ofrece ó que á ella misma se le pasa por la imaginación.

En tanto que apoyada en el pórtico del convento oprimía su ardiente mejilla contra la fría piedra, y se enjugaba con sus largos cabellos las huellas de las lágrimas de sus ojos, trataba yo de volver á despertar su buen humor, procurando reproducir la manera propia de sus burlas para embromar á la pobre Francesca, refiriéndole las noticias más importantes de la guerra de los siete años que parecían interesarla mucho, pues creía que aun no se había acabado.

Le referí muchas cosas interesantes del gran *Federigo*, del ingenioso dios con polainas de *Sans souci* (1), el inventor de la monarquía prusiana, que en su juventud tecaba la flauta lindamente, y hasta hacía versos en fran-

(1) La versión francesa dice: *el ingenioso galopín* (*cuistre*), *César con polainas.*

cés. Me preguntó Francesca quiénes vencerían, si los prusianos ó los alemanes. Pues como ya antes hice notar, consideraba á los prusianos como un pueblo completamente distinto, y aun es común en Italia no comprender bajo el nombre de alemanes más que á los austriacos.

No poco se admiró la *signora* cuando le dije que yo mismo había vivido mucho tiempo en la *capitale della Prussia*, esto es, *in Berlino* (1), ciudad que está situada muy arriba en la geografía, no lejos del polo glacial (2). Se estremeció cuando le pinté los peligros á que se ve uno allí expuesto á veces, cuando se encuentra uno en el camino á los osos del mar glacial.—Pues, querida Francesca, le explicaba, en Spitzberg hay demasiados osos de guarnición, y éstos suelen venirse á Berlín á pasar un día, quizá por patriotismo, á ver *el Oso y el Bajá* (3), ó á casa de Beyermann al *Café royal*, á comer bien y á beber *Champagne*, lo que á veces les cuesta más dinero del que han traído consigo, en cuyo caso uno de los osos queda atado allí hasta tanto que sus camaradas vuelven y pagan, de donde proviene la frase «amarrar al oso». Hasta viven en la ciudad muchos osos, y se dice que Berlín trae su origen de *Bären*, y se llama propiamente *Bärlein* (4). Pero los osos de la ciudad están por lo demás muy domesticados, y son tan ins-

(1) La versión francesa: *a Berolino*.
(2) Así dice el texto y la versión francesa.
(3) La versión francesa: *el Oso y el Pachá*.
(4) De *Bar*, oso; *Bären*, osos, y *Bärlein* ó *Bärlin*, como dice el texto, osito.

truídos algunos de ellos que escriben bellísimas tragedias y componen la música más sublime. También son allí comunes los lobos, y como á causa del frío gastan pieles de cordero de Varsovia, no es fácil reconocerlos. Las ocas del Norte vuelan allí de un lado para otro cantando arias de bravura, y los renos corren en torno suyo como artistas *dilettanti*. Por lo demás, los berlineses viven con mucho arreglo y laboriosidad; los más se meten en la nieve hasta medio cuerpo y escriben de dogmática, libros edificantes, historias de religión para señoritas bien educadas, catecismos, sermones para todos los días del año, poesías de Eloha, y por esto son muy morales, pues se meten hasta medio cuerpo en la nieve.

—¿Son, pues, cristianos los berlineses?—exclamó la *signora* llena de admiración.

—Hay cierta particularidad en su cristianismo. En el fondo no lo son del todo, y son demasiado racionales para practicarle seriamente. Pero como saben que el cristianismo es necesario al Estado, para que los súbditos obedezcan con deliciosa humildad, y para que además no se robe y asesine demasiado, procuran al menos con grandes esfuerzos de elocuencia convertir á sus prójimos al cristianismo, y quieren, por decirlo así, buscar reemplazantes en una religión cuyo sostenimiento desean y cuyo ejercicio estricto les es á ellos mismos harto trabajoso. En este apuro aprovechan el fervor de los pobres judíos, los cuales ahora se hacen cristianos en su lugar, y como este pueblo deja que hagan lo que

quieran de él á cambio de dinero y buenas palabras, se han ejercitado ya tanto los judíos en el cristianismo, que ya vociferan ordinariamente contra la incredulidad, se pelean por la Trinidad hasta morir, creyendo en ella hasta en los días de la canícula, en los que se enrabian contra los racionalistas, y, deslizándose por todo el país en calidad de misioneros y espías religiosos, divulgan libritos edificantes, ponen los ojos en blanco en la iglesia como ninguno, haciendo los gestos más hipócritas, y se la echan de piadosos con tan gran éxito que ya inspira celos su industria en muchas partes, y los antiguos maestros de la corporación se quejan ya en secreto de que el cristianismo ha pasado por completo á manos de los judíos.

CAPÍTULO XIII.

Si no me entendió la *signora*, de seguro, querido lector, me has comprendido mejor tú. También me comprendió *milady*, y esto volvió á despertar su buen humor. Mas cuando, no sé si poniendo cara seria, quise rendir tributo á la opinión de que el pueblo necesita una religión positiva, no pudo menos de oponérseme en su estilo acostumbrado.

—¡El pueblo necesita tener una religión!—exclamó ella.—Eso oigo predicar celosamente á miles y miles de estúpidos é hipócritas labios!.....

—Y sin embargo, es verdad, *milady*. Como una madre no puede contestar á todas las preguntas de su hijo con la verdad, porque su fuerza de comprensión no lo permite, así es preciso también una religión positiva, una Iglesia que pueda contestar á todas las preguntas superiores á la inteligencia del pueblo, con un sentido bien determinado y con arreglo á su fuerza de comprensión.

—¡Ay, doctor, precisamente su comparación me hace recordar una historia que, al fin y al cabo, no hablaría

mucho en favor de su parecer! En Dublín, cuando yo era pequeña.....

—Y me echaba de espaldas.....

—Pero, doctor, no se puede hablar palabra formal con usted. No se ría usted tan desvergonzadamente, y escuche. En Dublín, cuando yo era pequeña, y me sentaba á los pies de mi madre, le pregunté una vez qué se hacía con las viejas lunas llenas. Querida niña, dijo mi madre, las antiguas lunas llenas las parte Dios en pedazos con el martillo de partir azúcar, y hace de ellas estrellitas. No se puede reprochar á mi madre esta explicación á todas luces falsa, pues, aun poseyendo los mejores conocimientos astronómicos, no hubiera logrado hacerme comprender todo el sistema de sol, luna y estrellas, y contestó de un modo sensible y determinado á mi metafísica pregunta. Pero hubiera sido mejor que hubiese aplazado la explicación para edad más madura, ó al menos no inventar una mentira, pues habiéndome encontrado á la niña Lucía, á tiempo que brillaba en el cielo la luna llena, cuando le expliqué que pronto se convertiría en estrellitas, soltó la carcajada, y me dijo que su abuela, la anciana O'Meara, le había contado que en el infierno se comían las lunas llenas como si fueran melones de fuego, y como allí no hay azúcar, tenían que sazonarlas con pimienta y sal (1). Empezó Lucía por reirse de mi opinión, que era algo inocentemente evangélica, y yo me reí todavía más de su som-

(1) En la versión francesa, *con azufre y betún.*

brío y católico parecer; tras de las risas vino una seria pelea: nos dimos de cachetes, nos arañamos sangrientamente, nos escupimos como polemistas, hasta que el niño O'Donnell, que venía de la escuela, se interpuso entre nosotras. Este muchacho estaba más enterado en astronomía, entendía de matemáticas, y nos demostró tranquilamente el error en que ambas estábamos y la locura de nuestra riña. Mas, ¿qué ocurrió? Que las dos chiquillas aplazamos por el pronto nuestra lucha de opiniones, nos unimos al momento y dimos una paliza al pequeño y tranquilo matemático.

—*Milady*, estoy de mal humor, porque tiene usted razón. Mas no puede evitarse esto; los hombres lucharán siempre por la superioridad de las ideas religiosas que les hayan inculcado en la infancia, y el razonable tendrá siempre que sufrir doble. En otro tiempo era diferente; á nadie se le ocurría exaltar en particular la doctrina y el culto de su religión, ni importunar á los demás. La religión era una tradición querida, una serie de historias sagradas, de fiestas conmemorativas y misterios, transmitida por sus mayores; era, por decirlo así, las *sacra* de familia del pueblo, y hubiera sido una abominación para un griego que un extranjero, no perteneciente á su raza, le hubiera propuesto establecer entre ellos comunidad de religión; por otra parte, hubiera considerado como una inhumanidad el obligar á alguno, por la fuerza ó la astucia, á abjurar la religión en que naciera y aceptar una extraña. Pero entonces vino un pueblo del Egipto, la patria del cocodrilo y del sacerdocio, y además de

la lepra y del oro y plata robada, llevó consigo una llamada religión positiva, una iglesia, un conjunto de dogmas en que se tenía que creer y sagradas ceremonias que había que celebrar, un tipo de las posteriores religiones de Estado. Entonces se originó la «correduría humana», el proselitismo, la intolerancia y todos esos santos horrores que tanta sangre y lágrimas ha costado á la humanidad.

—*¡Goddamn* á ese pueblo origen de los males! (1).

—¡Oh, Matilde, ya hace mucho tiempo que está condenado y lleva consigo su anatema á través de millares de años! ¡Oh, ese Egipto!..... Sus productos desafían al tiempo, sus pirámides se mantienen aún tan inconmovibles como siempre, sus momias en tan buen estado como en lejanos días, y tan imposible es destruir ese pueblo de momias, como que vaga por la tierra, envuelto en sus antiquísimas ligaduras jeroglíficas, cual endurecido trozo de historia del mundo, espectro que, para mantenerse, trafica en letras de cambio y calzones viejos (2). Vea usted, *milady*, allí á aquel anciano de la

---

(1) La versión francesa traduce la imprecación inglesa, á seguida, dentro de la frase, así:

—*¡Goddamn!* (sic)—*exclamó milady—¡que Dios condene á ese pueblo instigador de tales azotes!*

(2) La versión francesa dice: *espectro jeroglífico á la vez risible y espantoso que para sostenerse trafica en letras de cambio y en antcojos.....*

Aquí el autor habla de los egipcios, y la alusión es indudable que se refiere á los judíos. Ya antes ha confundido en uno ambos pueblos. No sabemos hasta donde podrá ser legítima esta confusión, por más que haya entre ambos ciertas analogías.

barba blanca, cuya punta parece volver á ennegrecerse, y con sus ojos de aparecido.

—¿No están allí las ruinas de las antiguas tumbas romanas?

—Sí, en el mismo punto donde el viejo está sentado, y acaso, Matilde, recitando su plegaria, horrible plegaria, en que se queja de sus dolores, y acusa á pueblos que hace ya mucho desaparecieron de la tierra y sólo viven en los cuentos de las nodrizas. Pero él, en su dolor, apenas si repara en que está sentado sobre las tumbas de los enemigos cuya ruina está pidiendo al cielo.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

CAPÍTULO XIV

He hablado en el capítulo anterior de las religiones positivas sólo en cuanto ellas como Iglesias, bajo el nombre de religiones de Estado, son especialmente privilegiadas por éste. Pero hay una dialéctica piadosa, amado lector, que te probará del modo más riguroso, que un enemigo del clero de una religión de Estado es también enemigo de la religión y del Estado, enemigo de Dios y del Rey, ó como dice la fórmula vulgar, enemigo del altar y del trono. Pero te digo que esto es una mentira, pues yo venero la interna santidad de toda religión, y me someto á las exigencias del Estado.

Aun cuando no rindo particular homenaje al antropomorfismo, creo en la omnipotencia de Dios, y aun cuando los reyes son tan locos que resisten al espíritu del pueblo, ó son tan innobles para ahogar á los órganos del mismo entre intrigas y persecuciones, yo permanezco, no obstante, á causa de mi profundísima convicción, adicto á la monarquía, al principio monárquico. No aborrezco el trono, sino solamente á los fanfarrones insectos de la nobleza, que anidan en las grietas de los viejos tro-

nos (1), y cuyo carácter nos ha pintado con toda precisión Montesquieu en las siguientes palabras: «Ambición enlazada con la holganza, vulgaridad unida á la altivez, deseo de enriquecerse sin trabajo, aversión á la verdad, adulación, traición, infidelidad, incumplimiento de la palabra, desprecio de los deberes del ciudadano, miedo á las virtudes de los príncipes é interés por hacerlos pecadores.» No odio el altar, sino que odio á las serpientes que se ocultan bajo las ruinas de los antiguos altares; sierpes astutas que saben sonreir como inocentes flores, en tanto que derraman secretamente su veneno en el cáliz de la vida, y deslizan la calumnia al oído del piadoso devoto; brillantes gusanos de tiernas palabras..... (2).

Mel in ore, verba lactis,
Fel in corde, fraus in factis.

Precisamente porque soy amigo del Estado aborrezco ese mal engendro que se llama religión de Estado, creación irrisoria nacida del concubinato del poder temporal y el espiritual; á ese mulo engendrado por el caballo blanco del anticristo y la asnilla de Cristo (3). Si no hubiera tal religión de estado ni privilegio para un

(1) La versión francesa: *de la silla cubierta de terciopelo rojo.* Después salta á donde dice: *No odio al altar*, etc., suprimiendo la definición de Montesquieu.

(2) La versión francesa dice: *en el cáliz de la vida: sus tiernas palabras recuerdan aquellos versos.*

(3) En la versión francesa, *del Salvador.*

dogma y un culto, Alemania sería una y fuerte y sus hijos grandes y libres. Pero nuestra pobre patria está desgarrada por las disidencias religiosas, el pueblo dividido en partidos religiosos contrarios; súbditos protestantes se querellan con sus príncipes católicos y viceversa; por doquiera sospechas de un cripto-catolicismo ó cripto-protestantismo, por doquiera acusación de herejía, espionaje de opiniones, pietismo, misticismo, delaciones de periódicos eclesiásticos, odio de secta (1), proselitismo, y mientras disputamos por el cielo nos vamos á pique en la tierra. El indiferentismo en materia religiosa sería acaso lo único que pudiera salvarnos, y la debilitación de la fe podría dar á Alemania la fuerza política.

Por la religión misma, por su sagrada esencia, es precisamente tan pernicioso que se halle revestida de privilegios, que sus ministros estén pagados por el Estado privilegiadamente, y que, para el sostenimiento de estas dotaciones, se vean comprometidos á sostener al Estado, que en cierto modo una mano lava á otra, la espiritual á la temporal y viceversa, y de esto resulta un lavatorio, que á Dios le parece una locura y á los hombres una abominación. Ahora bien; tiene el Estado enemigos, pues también lo son éstos de la religión que el Estado privilegia y por lo mismo es su aliada; y hasta el cándido creyente se hace desconfiado cuando presiente en la religión un designio político. Pero lo más repul

(1) La versión francesa añade: *chalanería religiosa*.

sivo es la soberbia de los sacerdotes, cuando por el servicio que creen prestar al Estado, hasta se atreven á contar con su protección, y creen poder disponer de sus bayonetas á cambio de las cadenas espirituales que le prestaran para aherrojar al pueblo (1).

Nunca puede rebajarse más la religión que cuando de este modo se eleva á religión de Estado, pues entonces llega á perder, por decirlo así, su inocencia íntima, y se enorgullece públicamente como una favorita declarada. Sin duda entonces se le dedican más homenajes y se le dan más pruebas de respeto, celebra ordinariamente nuevas victorias en brillantes procesiones, en tales triunfos hasta llevan sus cirios generales bonapartistas, los espíritus más altivos juran su bandera, y todos los días se convierten y bautizan incrédulos..... Pero toda este agua lustral no hace mejor caldo, y los nuevos reclutas de la religión oficial parecen á los soldados alistados por Falstaff....., llenan la Iglesia. De sacrificios no hay que hablar, pues los misioneros van de acá para allá con sus trataditos y libritos de conversión, como los comisionistas mercantiles con sus muestrarios; no corren ya peligro alguno en este negocio, y todo se verifica en forma mercantil y económica.

Sólo mientras las religiones tienen que rivalizar con otras, y son más bien perseguidas que perseguidoras, es cuando son sublimes y respetables; entonces hay entusias-

(1) En la versión francesa falta desde: *Ahora bien*..... hasta *aherrojar al pueblo.*

mo, sacrificios, mártires y palmas. ¡Cuán bello, cuán santamente amable, cuán íntimamente dulce era el cristianismo de los primeros siglos, cuando aun se parecía á su divino fundador en el heroísmo del sufrimiento! Entonces era aún la hermosa leyenda de un Dios oculto bajo la dulce forma de un joven que vagaba por entre las palmeras de Palestina predicando el amor al prójimo y difundía aquella doctrina de libertad é igualdad, que más tarde ha reconocido como verdadera la inteligencia de los más grandes pensadores, y que entusiasma á nuestro siglo, en la forma de un evangelio francés. Compárase con esta religión de Cristo los cristianismos diferentes que se han constituído en diversos países como religiones de Estado, por ejemplo, la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ó ese catolicismo sin poesía que vemos dominar en concepto de *High Church of England* (1), esqueleto de la fe más frágil cada día (2), en el que se ha extinguido toda lozanía vital. Como á las industrias, es fatal á las religiones el sistema de monopolio; mediante la libre concurrencia se fortalecen, y sólo volverán á recuperar su esplendor primitivo cuando se haya decretado la igualdad política de los cultos religiosos, es decir, la libertad industrial de los dioses.

Las más nobles individualidades de Europa hace mucho tiempo han manifestado que este es el único medio

---

(1) *Alta Iglesia de Inglaterra.*

(2) En la versión francesa, *esqueleto de fe horriblemente descarnado.*

de salvar á la religión de su ruina completa; más sus servidores sacrificarán antes el altar que consentir en la pérdida de lo más mínimo de lo que en él se sacrifica; lo mismo que la nobleza, antes abandonaría á la más segura perdición al trono y al personaje que en él se sienta, que renunciar voluntaria y seriamente al más ilegítimo de sus privilegios. Ese afectado interés hacia el altar y el trono, no es más que una farsa con que se engaña al pueblo. El que está en el secreto sabe que el clero respeta mucho menos á Dios que los laicos, pues saben amasarle á su arbitrio y en su propio provecho, de pan y palabras, y que los nobles respetan menos al rey que le respetaría un plebeyo, y aun á la monarquía, á que tanto respeto muestran en público, y á la que tanto mandan respetar en ajena casa, pues en el fondo de su pecho se burlan de ella y la desprecian.

Parécense, en verdad, á esas gentes que en los puestos de una feria enseñan á un embobado público un hércules, un enano, un salvaje, un traga-fuego ó algún otro individuo notable, encomiando con la más pomposa charlatanería su fuerza, estatura, atrevimiento é invulnerabilidad, ó, si se trata del enano, su sabiduría (1), todo esto vistiendo chillona casaca y aturdiendo á trompetazos; mientras que en su interior se ríen de la fácil credulidad del admirado vulgo y bromean acerca del pobre á quien tales encomios tributaran, cuando á fuerza de verle todos los días les ha venido á ser completamente indife-

(1) La versión francesa añade: *profunda*.

rente, ó cuya debilidad y juegos de mera destreza conocen á fondo.

No sé si el bueno de Dios tendrá paciencia para sufrir por mucho tiempo aún que le dé el clero por un lastimoso espantajo (1) y con él se gane el dinero; mas no me admirara, por lo menos, leer un día en la *Correspondencia imparcial de Hamburgo*, que el viejo Jehová advierte á todo el mundo que no se crea en su nombre á nadie, sea quien quiera, ni aun á su propio hijo. Convencido estoy de que tenemos que ver con el tiempo que los reyes no se pondrán como maniquíes en manos de sus nobles despreciadores, sino que romperán la etiqueta, huirán de sus barracas de mármol y arrojarán coléricos lejos de sí los brillantes oropeles que debían imponer al pueblo; el rojo manto que asustaba cual si fuera de un verdugo; la corona de diamantes que le encasquetaron hasta las orejas, para que no se abrieran á la voz del pueblo; el dorado cetro que le pusieron en las manos como símbolo aparente de soberanía (2); y emancipados los reyes serán libres como los demás hombres, andarán libremente entre ellos, sentirán y se casarán libremente, darán á conocer libremente su opinión, y esta será la emancipación de los reyes.

(1) La versión francesa dice: *malvado ogro*, pero el original: *leidigen Popanz*.

(2) La versión francesa dice: *de la schlague*, cuya última palabra es alemana, y significa *maza, cachiporra* ó cosa así.

CAPÍTULO XV (1).

Pero, ¿qué les quedará á los aristócratas cuando se les hayan arrebatado sus coronados medios de subsistencia, cuando los reyes sean propiedad del pueblo, y gobiernen honrada y establemente, con arreglo á la voluntad popular, única fuente de todo poder? ¿Qué hará el clero cuando vean los reyes que un poquito de óleo no puede librar de la guillotina á ninguna cabeza humana, é igualmente el pueblo siga notando cada día más que no se sacian de oblaciones? Pues bien, no queda otro recurso á aristocracia y clero que aliarse y promover cábalas é intrigas en el nuevo orden de cosas.

¡Inútil trabajo! Una flameante giganta impulsa tranquilamente hacia adelante al tiempo, sin cuidarse de que ladren á sus pies los mordaces clérigos y los hidalguillos. ¡Cómo aullan cada vez que se queman el hociquillo al contacto de uno de los pies de la giganta, ó cuando, sin verlos, les pisa la cabeza, haciéndoles expeler su obscuro veneno! Su odio se vuelve entonces traidoramente en contra de algún hijo de la época, é impotente para

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

proceder contra la masa, procura saciar su cobarde deseo de venganza contra el individuo.

¡Ah! ¡debemos confesarlo; cuántos desdichados hijos de la época no sospechan siquiera por dónde ha de venir la herida de que sabrán matarles, ocultos en la sombra, clero y nobleza! Y ¡ah! ¡aun cuando se ciña una aureola en torno de las heridas del vencedor, no obstante, sangran y duelen! Es un extraño martirio el que semejante vencedor sufre en nuestros días, que no acaba con una atrevida confesión, como en antiguos tiempos, en que los mártires encontraban un rápido suplicio, ó la divertida horca. La esencia del martirio de todos los seres terrestres sacrificados á las genialidades del cielo es siempre la misma; pero ha perdido mucho de aquella íntima satisfacción de la fe, convirtiéndose más bien en una resignada perseverancia, en un sufrimiento obstinado, en una muerte lenta; sucediendo á veces que hasta los santos mártires de la duda son sorprendidos en esas frías y nebulosas horas. ¡No existe nada más horrible que esas horas, en que un Marco Bruto empieza á dudar de la eficacia de la virtud, á que lo ha sacrificado todo! Y ¡ah! ¡este era un romano y vivía en la época en que florecieron los estóicos; pero nosotros somos de moderna y más débil estofa, y además presenciamos la difusión de una filosofía que asigna á cada arrebato de entusiasmo una importancia relativa, y de este modo se aniquila á sí propia, ó en todo caso neutraliza una donquijotería consciente!

¡Oh, fríos y prudentes filósofos! ¡Cual sonríen compa-

sivamente al ver cómo se atormentan á sí mismos, y cuál es el estado de locura de un pobre Don Quijote; y con toda su criminal subiduría no observan que esa donquijotería es, no obstante, lo más digno de premio que en la vida hay, que es hasta la misma vida, y que esa donquijotería extiende sus poderosas alas por el universo hacia todo lo que filosofa, musita, trabaja y bosteza! Pues la gran masa popular, unida á los filósofos, es, sin saberlo, nada más que un colosal Sancho Panza, que á pesar de su prudente miedo á los azotes y su despejo casero, sigue en todas sus peligrosas aventuras al caballero extraviado, atraído por la prometida recompensa, en que cree, por desearla; pero atraído aún más por el místico poder que siempre ejerce el entusiasmo sobre las muchedumbres, según podemos verlo en todas las revoluciones políticas y religiosas y hasta en los más mínimos sucesos que todos los días ocurren.

Así, por ejemplo, querido lector, tu eres involuntariamente el Sancho Panza del poeta loco á quien sigues á través de los laberínticos giros de este libro, cierto que meneando la cabeza, pero, no obstante, le sigues.

CAPÍTULO XVI (1)

¡Cosa rara! La *Vida y aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, fué el primer libro que cayó en mis manos, siendo yo ya un muchacho de cierta edad y algo experto en la lectura. Me acuerdo perfectamente de aquella época de mi infancia en que por la mañana temprano me salía de casa, me iba al jardín de la corte y allí, sin que nadie me interrumpiera, leía el *Don Quijote*.

Era una hermosa mañana de Mayo, en el silencio matinal espiaba la florida primavera y dejábase alabar por el ruiseñor, su amable cortesano, entonaba éste tan tierna y acariciadoramente su amoroso canto, tan derretido y entusiasta, que los más desvergonzados botoncillos se abrían, y las lascivas hierbecitas se besaban apasionadamente á los aromados rayos del sol; árboles y flores se contemplaban con vanidosa coquetería.

Sentábame en un viejo y musgoso banco de piedra del paseo llamado de los Suspiros, no lejos de la cascada, y regocijaba mi pequeño corazón con las grandes aventu-

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

ras del atrevido caballero. En mi infantil honradez tomaba todo aquello en serio; cuanto más burlonamente se portaba el destino con el pobre héroe, tanto más pensaba yo, que así debió ocurrir, que aquello pertenecía á la edad heroica, y tanto las burlas como las heridas del cuerpo, si aquéllas me ponían de mal humor, éstas parecía sentirlas en mi alma. Yo era un niño y no conocía la ironía que Dios creara con el mundo y el gran poeta reproducía en su impreso microcosmos, y podía derramar amarguísimo llanto, cuando el noble hidalgo, en pago de sus nobles sentimientos, sólo recibía ingratitudes y golpes; y como poco ejercitado aún en la lectura, pronunciaba en alta voz las palabras, y pájaros y árboles, arroyo y flores, todos podían oir, y estas inocentes criaturas que, como yo, nada de la ironía del mundo saben, tomábanlo todo igualmente en serio, y lloraban conmigo los sufrimientos del pobre hidalgo; hasta una encina desgastada y vieja sollozaba, y movía con violencia la cascada su barba blanca, pareciendo todos clamar contra la maldad del mundo.

Sentimos que el heroico esfuerzo del caballero no merece menos admiración, cuando volvió la espalda al león sin exigirle combate, y que sus hechos son tanto más dignos de alabanza, cuanto más débil y flaco de cuerpo era, cuanto más frágil la armadura que le protegía, y más miserable el caballejo que le llevaba. Despreciamos al bajo pueblo que trataba á puros golpes al pobre héroe; pero mucho más al alto populacho, adornado con vistoso manto de seda, maneras distinguidas de expresarse y tí-

tulo de duque, que se burlaba de un hombre que le era muy superior en ánimo esforzado y elevación de sentimientos.

El caballero de Dulcinea iba captándose cada vez más mi consideración y mi cariño, á medida que adelantaba en la lectura del admirable libro, lo cual hacia diariamente en el mismo jardín, hasta que ya, hacia el otoño, llegué al cabo de la historia; y ¡jamás olvidaré el día en que leí el temeroso duelo en que el caballero hubo de ser tan ignominiosamente vencido!

Era un día triste, feos nubarrones plomizos entoldaban el cielo, las amarillas hojas caían dolorosamente de los árboles, pesadas gotas de llanto se desprendían de las últimas flores que ya tristemente marchitas inclinaban su moribunda cabeza; hacía tiempo que los ruiseñores habían callado, por doquiera me quedaba mudo ante el espectáculo de la muerte....., y mi corazón pareció querer romperse de dolor, cuando leí cómo el noble caballero, desvanecido y mal trecho, cayó por tierra, sin levantarse la visera, y cual si hablase desde la tumba, con voz débil y lastimosa le dijo á su vencedor: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra» (1).

---

(1) *Cervantes. Quijote.* Parte 2.ª, cap. LXIV. Siguiendo en nuestro propósito, restablecemos aquí el texto original, pues su

¡Ah! ¡el brillante caballero de la Blanca Luna, el que acababa de vencer al hombre más esforzado y noble de la tierra, era un barbero disfrazado!

---

retroversión sería, á más de diferente en las palabras, inexacta; pues la versión alemana citada por Heine, suprime á Dulcinea la determinación *del Toboso*, dice al fin: *atravesadme con la lanza, caballero,* y suprime: *quítame la vida, pues me has quitado la honra.*

CAPÍTULO XVII (1).

Esto pasó hace mucho tiempo. No obstante, muchas nuevas primaveras han florecido, aunque siempre les faltaba su más poderoso encanto, pues, ¡ah! ya no creo en las dulces mentiras del ruiseñor, de ese cortesano de la primavera, porque sé cuán rápidamente se marchita su esplendor, y cuando veo un temprano botoncillo de rosa, me le representa la imaginación abriéndose dolorosamente rojo, palideciendo y arrastrado por el vendaval. Por doquiera veo un invierno disfrazado.

Pero en mi pecho arde aún ese flameante amor que se eleva melancólico de la tierra, vuela á la ventura por el extenso y bostezante espacio del cielo, allí es rechazado por las frías estrellas, vuelve á caer sobre la diminuta tierra, y entre suspiros y ayes tiene que confesar que no existe en toda la creación nada más bello ni mejor que el corazón humano. Ese amor es el entusiasmo, siempre divino, ya ejerza actos de necedad ó de cordura.

Y de ningún modo malgastó el niño inútilmente las

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

lágrimas que derramara sobre los sufrimientos del loco caballero, como tampoco más tarde el joven, cuando más de una noche, en su gabinete de estudio, lloró la muerte del sacratísimo héroe de la libertad, del rey Agis de Esparta, ó de Cayo y Tiberio Gracco en Roma, ó de Jesús en Jerusalén, ó de Robespierre y Saint-Just en París.

Ahora, que quiero vestir la toga viril y hasta ser un hombre, halla su término el llanto; hay que portarse como un hombre, imitando á los grandes antepasados; quiera Dios que en lo porvenir llore también por niños y jóvenes. Sí, éstos son con los que todavía se puede contar en nuestra fría época; pues éstos son los que aun se encienden al ardiente hálito de los antiguos libros, y, por tanto, conciben aún los corazones de fuego de la actualidad.

La juventud es desinteresada en sus pensamientos y sentimientos, y por esto piensa y siente la verdad del modo más profundo, y no va en busca de donde se necesita una imprudente complicidad de palabra ó de obra. La gente vieja es egoísta y estrecha de miras; piensa más en los intereses de sus capitales que en los de la humanidad; deja correr tranquilamente su esquife por el canal de la vida, y se cuida poco del marino que en alta mar lucha con las olas; ó escala con tenaz empeño la altura de una burgomaestría ó la presidencia de su *club*, y se encoge de hombros ante las estatuas de los héroes que el vendabal arroja del pedestal de la gloria, contando á este propósito que ellos también, en su ju-

ventud, habían atacado de frente las murallas, pero que después se reconciliaron con ellas, porque la muralla es lo absoluto, la ley, lo que es en sí y por sí, lo que, por ser esto, es también racional; por lo que es irracional todo el que no quiere soportar un absolutismo que, siendo supremamente racional, incontrovertible, está arraigado sólidamente.

¡Ah! pero estos sofistas que nos quieren filosofar acerca de una suave servidumbre, son siempre más dignos de atención que esos infames que, al defender el despotismo, no se fundan en prudentes razones, sino que le defienden con datos históricos como un derecho consuetudinario al que se hayan ido acostumbrando poco á poco los hombres en el transcurso de los tiempos, y, por tanto, como válido en derecho, con fuerza de ley, como indestructible.

¡Ah! no quiero, como Ham, alzar el velo que cubre la vergüenza de la patria, pero es horrible cómo entre nosotros se ha entendido la esclavitud hasta hacerse charlatana, y cómo filósofos é historiadores alemanes martirizan su cerebro para defender todo despotismo, por necio y desatentado que sea, como racional ó como legítimo. El callar es la honra del esclavo, dice Tácito; pues aquellos filósofos é historiadores afirman lo contrario, y muestran cintajos condecorativos en el ojal.

Acaso tengan razón, y yo sea solamente un Don Quijote, á quien la lectura de toda clase de libros raros ha trastornado la cabeza, precisamente como al hidalgo manchego; siendo Juan Jacobo Rousseau mi Amadis de Gaula, Mirabeau mi Roldán ó Agramante, y he es-

tudiado demasiado á fondo los heroicos hechos de los paladines franceses y de los de la Tabla redonda de la Convención nacional. Pero la verdad es que mi locura y las ideas fijas que he adquirido de esos libros, son en un todo opuestas á la locura y á las ideas fijas del manchego; éste quería resucitar la difunta Edad Media, yo, al contrario, quiero aniquilar cuanto queda existente de aquella época, así es que perseguimos fines completamente distintos. Mi colega tomaba los molinos de viento por gigantes, yo, al contrario, sólo puedo ver en nuestros gigantes de hoy jactanciosos molinos de viento; aquél tomaba los pellejos de vino por poderosos encantadores, pero yo no veo en nuestros encantadores de hoy más que pellejos de vino; aquél tomaba las cortes de los milagros por castillos, los arrieros por caballeros, los mozos de mulas por damas cortesanas, yo, al contrario, tengo nuestros castillos por cortes de los milagros, á nuestros caballeros por arrieros, á nuestras damas cortesanas por vulgares mozos de mulas; como aquél tomaba una comedia de autómatas por un acto político, yo tomo los actos políticos por lamentables comedias de autómatas.....; pero doy de cintarazos al retablo de madera tan valientemente como el valiente manchego.

¡Ah! pero tal heroismo me produce tan malos resultados como á él, y tengo que sufrir tanto como él por el honor de mi dama. Si yo quisiera engañarles, por vano temor ó vil deseo de lucro, pudiera vivir cómodamente en ese mundo sensato y cubierto de seda, pudiera llevar al altar á alguna bella maritornes y hacerme casar por

gordos hechiceros, banquetear con arrieros nobles, publicar sin peligro novelas y aun tener algunos esclavitos. Mas en vez de esto, adornado con los tres colores de mi dama, tengo que estar en guardia continuamente, hallando á mi paso indecibles tormentos, sin alcanzar victoria que no me haya costado sangre del corazón. Día y noche estoy en apuro; pues mis enemigos son tan fuertes, que muchos, á quienes de muerte herí, se siguen dando aires de vivos, y, metamorfoseándose de todas suertes, me dan continuos disgustos. ¡Cuántos dolores me quedan que sufrir á causa de esos fatales espectros! Doquiera empezó para mí á florecer un poquito de amor, allí se deslizaron siempre las misteriosas y tenaces sombras y marchitaron sus más inocentes botoncillos.

Doquiera, y donde menos podía imaginarlo, descubro en el suelo su metrificada y vizcosa huella, y no tomo en consideración que puedo resbalarme con desgracia hasta en casa de mis más queridos parientes. Quizá esto haga reir, y se tengan tales cuitas por las vanas imaginaciones de Don Quijote. Pero los dolores imaginados no hacen por eso sufrir menos, pues se figura uno haber tomado cicuta y hasta se puede uno volver tísico, pero en ningún caso engordar. Y es una calumnia decir que me he puesto gordo, al menos no he contraído todavía ninguna plétora de grasa, aunque por otra parte sea cosa propia del talento. Tampoco se nota en mí la gordura del nepotismo.

Me figuro que se ha hecho todo lo posible para ponerme flaco; cuando tenía hambre se me daban á comer ser-

pientes, cuando tenía sed se me daba á beber absinto, se derramaba el infierno en mi corazón para que llorase veneno y suspirase fuego; se arrastraban hacia mi hasta en los sueños de mis noches, y veía entonces temerosas larvas con nobles rostros de lacayos rechinando sus dientes, medrosas narices de banqueros, matadores ojos que salían de bajo las capuchas, pálidas manos que bajo sus bordados puños hacían brillar sus puñales.

Hasta la anciana señora que vive á mi lado, pared por medio, me tiene por loco, y asegura que digo en sueños las mayores insensateces, y que la noche anterior oyó claramente que exclamaba: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra» (1).

(1) Véase nota, pág. 389.

POST-SCRIPTUM.

(Noviembre 1830.)

No sé qué extraña piedad me impidió alterar en lo más mínimo algunas expresiones que me parecieron harto duras, al revisar últimamente las anteriores páginas (1). El manuscrito estaba ya tan amarillo y pálido como un muerto, y tuve escrúpulo en mutilarle (2). Todo escrito de larga fecha tiene cierto derecho inmanente á la inviolabilidad, y más estas páginas que, en cierto modo, pertenecen á un sombrío pasado, pues fueron escritas apenas un año antes de la tercera hegira borbónica, en un tiempo más acerbo aún que las más acerbas expresiones, en un tiempo en que ganaba terreno la opinión de que el triunfo de la libertad aun se había de retardar un siglo.

Era por lo menos de temer que así sucediera, al ver á nuestros caballeros (3) de tan tranquilo semblante,

---

(1) En la versión francesa: *al revisar las pruebas de los capítulos precedentes.*

(2) Estas palabras debieron haber sido suprimidas en la versión francesa, donde bien maltrecho y mutilado sale, hasta en este mismo y en el siguiente capítulo.

(3) En la versión francesa: *caballeros alemanes.*

como que se mandaban pintar de nuevo los ya pálidos blasones, como que justaban con lanza y escudo en Munich y en Potsdan, como que cabalgaban tan orgullosos sobre sus elevados corceles, como para dirigirse hacia Quedlinburgo, para ir á prestar juramento al lado de Godofredo Bassa (1). Más insoportables aún eran las ojeadas de nuestros cleriguillos, que tan diestramente sabían esconder sus largas orejas bajo la capucha, que debíamos esperar de ellos las más malas pasadas.

No se podía prever que los nobles caballeros fueran á disparar sus flechas de un modo tan lamentable, y en su mayor parte anónimamente, ó al menos para salir del paso, con la cara vuelta, como los baschiros en retirada. Tampoco se podía prever que la astucia de nuestros cleriguillos viniera á convertirse en vergüenza suya... ¡Ah, da casi lástima ver cuán mal saben usar su mejor veneno, pues, en su rabia, nos arrojan á la cabeza en grandes pedazos el arsénico, en vez de disolverlo de media en media onza (2), y con la mayor dulzura, en nuestra sopa; verlos revolver de entre la ropa vieja de los niños los añosos pañales de sus contrarios, para desenterrar la porquería, y hasta exhumar á los padres de sus enemigos, para ver aún si acaso estaban circuncidados!

---

(1) En la versión francesa: *cual si fueran otros tantos valientes de la antigua caballería feudal, ó héroes de la Tabla redonda del rey Arturo.*

(2) En el original, *Lothweis;* en la versión francesa, *por dracmas*

¡Oh necios, que piensan haber descubierto que el león pertenece propiamente á la raza felina, y tanto tiempo han estado cacareando este descubrimiento histórico-natural, hasta que el gran gato (1) les pruebe en su propia carne que participa *ex ungue leonem!* (2) ¡Oh pobres obscurantistas, que no veréis claro hasta que no os cuelguen en la *linterna!* ¡Tendría que encordar mi lira con los intestinos de un asno para cantar dignamente á esos tonsurados imbéciles!

¡Inmenso placer se apodera de mí! En tanto que sentado á mi mesa escribo, suena música bajo mis ventanas, y en el elegiaco furor de su amplia melodía reconozco el himno marsellés con que el bello *Barbaroux* y sus compañeros saludaron á la ciudad de París, ese *Ranz des vaches* (3) de la libertad, á cuyos sonidos contraían la nostalgia los suizos de las Tullerías, ese canto triunfal de muerte de la Gironda, el viejo y dulce canto con que nos mecieran en la cuna.....

¡Qué canto! ¡Penetra en todo mi ser fogoso y alegre, y enciende en mí las brillantes estrellas del entusiasmo y las raquetas burlescas, sí, que éstas no faltan nunca en los grandes fuegos artificiales! ¡Los sonorosos torrentes de fuego de este canto se derramarán desde lo alto del placer de la libertad en atrevidas cascadas, como el

(1) La versión francesa añade: *se enfade y.....*

(2) La versión francesa dice: *con sus uñas su* **ex ungue leonem**.

(3) En el original, *Kuhragen*. Lo traduzco en francés porque así es más conocido.

Ganges se precipita desde el Himalaya! ¡Y tú, sátira amiga, hija de la inflexible Themis y de Pan, el de pie de macho cabrío, préstame tu auxilio! ¡Tú provienes, en efecto, por línea materna de la estirpe de los gigantes y aborreces como yo á los enemigos de tu parentela, á los débiles usurpadores del Olimpo! ¡Préstame la espada de tu madre, con que castigue á la aborrecible ralea, y dame la flautilla de tu padre, para silbarlos hasta morir!.....

Ya escuchan el mortífero silbido, les sobrecoge pánico terror y vuelven á ponerse en fuga metamorfoseados en animales, como en otro tiempo, cuando pusimos el Pelión al Osa por cobertera.....

Aux armes, citoyens! (1)

¡Gran injusticia se comete con nosotros, pobres titanes, cuando se censura la sombría ferocidad con que nos lanzamos con estruendo tempestuoso á escalar el cielo!..... ¡Ah! horrible obscuridad reinaba allá abajo en el tártaro; allí oíamos sólo los aullidos del Cerbero y el resonar de las cadenas, y es disculpable que apareciéramos algo groseros en comparación á aquellos dioses *comme il faut*, que refinados y cultos han saboreado tanto en los claros salones del Olimpo el agradable néctar y el dulce concierto de las musas.

No puedo escribir más, pues la música resuena bajo

(1) Falta este verso de la Marsellesa en la versión francesa.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE TERUEL

mis ventanas, se me sube á la cabeza, y cada vez con más fuerza me domina el *rittornello:*

Aux armes, citoyens! (1)

---

(1) En la versión francesa: *sube hasta mi el terrible estribillo que sabéis.* Suprímese de nuevo el verso de la Marsellesa, y después de tres líneas de suspensivos, sin nuevo epígrafe, hay un corte de cerca de tres páginas.

EPÍLOGO.

(Escrito en 29 de Noviembre de 1830.)

Era una época de atropellos y prisiones en Alemania, la en que escribía el segundo tomo de los *Cuadros de viaje* (1), y en que se imprimía lo escrito. Mas antes de que apareciera corrió ya entre el público cierto rumor de que mi libro quería despertar el espíritu liberal adormecido, y se recurrió al expediente de prohibirle también. Tales rumores eran á propósito para despachar rápidamente la obra y que fuera arrebatada de las prensas; más como tenía que retener cierto número de pliegos, para evitar las pretensiones de una laudabilísima censura, me encontré en el mismo apuro que Benvenuto Cellini, cuando no teniendo bastante bronce para la fundición del Perseo, á fin de llenar el molde, arrojó al horno cuantos platos de estaño encontró á mano. Era seguramente fácil distinguir el estaño, sobre todo el final de estaño del libro, del mejor bronce; mas el inteligente en el arte no delató al maestro.

Como todo en el mundo puede repetirse, sucedió tam-

(1) Véase el prólogo del primer tomo de la presente edición.

bién que casualmente me encontré en análogo apuro en este tomo, teniendo, á mi vez, que arrojar á la fundición una gran cantidad de peltre, y sólo deseo que esto se atribuya tan sólo á la premura del tiempo.

¡Ah! todo el libro ha aparecido con precipitación, como también los anteriores escritos del autor que llevaban análoga tendencia; los próximos amigos de éste saben cuántos sacrificios le ha costado cada palabra independiente que desde entonces ha dicho..... ¡y, Dios quiera que aun pueda decirlas! Ahora la palabra es un hecho, cuyas consecuencias no pueden precisarse; nadie puede saber con seguridad si al fin no será un mártir de la palabra.

Muchos años hace que en vano espero la palabra de un atrevido orador, que un día en las reuniones de la *Juventud escolar alemana* (1) nos pedía la palabra con frecuencia y con más aún me venció con su talento retórico, cuyo lenguaje hacía esperar mucho; ¡entonces era tan irreflexivo y ahora tan prudente! ¡Cómo hacía sufrir entonces, á los franceses, á la Babel italiana, y á los malos alemanes, frívolos traidores á su patria que alababan á Francia! Mas aquella alabanza se confirmó en la gran semana.

¡Oh, gran semana de París! El hálito de libertad que desde él soplaba hacia Alemania, derribó acá y allá seguramente nocturnas lamparillas que prendieron fuego á los rojos cortinajes de algunos tronos, y las áureas co-

(1) *Burschenschaft.*

ronas se caldearon bajo los encendidos gorros de dormir.....; pero los viejos corchetes de quienes se fiaba la policía del reino aun llevan arrastrando los cubos de servicio de incendios, y se beben los vientos vigilando y forjando secretamente sólidas cadenas, y aun observo que, sin que nadie lo note, rodean al pueblo aleman los espesos muros de una cárcel.

¡Pobre pueblo prisionero! ¡no desmayes en tu triste situación! ¡Oh, que mis palabras no fueran catapultas! ¡Que de mi corazón no pudiera disparar faláricas!

Se funde la agradable corteza de hielo de mi pecho, deslízase en el una extraña melodía..... ¿es el amor, el amor por el pueblo alemán? ¿ó es una enfermedad?

—Mi alma se agita, se encienden mis ojos, y esto es una circunstancia desfavorable para un escritor que debe dominar su asunto y permanecer lindamente objetivo, según lo exige la escuela artística, y como lo hizo Goethe.....—que ha llegado á los ochenta años á ministro, á una posición desahogada.—¡Pobre pueblo alemán! ¡Este es tu hombre más grande! (1)

Aun me faltan algunas páginas en octavo, y para llenarlas voy á referir una anécdota, que desde ayer me anda dando vueltas en la imaginación. Es una anécdota de la vida de Carlos V (2). Pero ha pasado ya mucho

(1) Desde el principio del epílogo hasta aquí falta en la versión francesa.

(2) La versión francesa dice: *de la vida del Emperador Maximiliano*, y Strodtmann asegura que esto es lo cierto (*richtig*,) en su nota al original. Véase también cap. VIII del «Viaje de Munich á Génova».

tiempo desde que la oí, y no recuerdo con toda exactitud las principales circunstancias. Esto se olvida fácilmente, cuando no se percibe un sueldo determinado por leer, con el correspondiente cuaderno, todos los semestres viejas historias. Mas nada importa que se hayan olvidado nombres de lugar y fechas de una anécdota, con tal que se conserve en la memoria su íntima significación, su moral. Y esto es precisamente lo que en ella se agita y me entristece hasta hacerme derramar lágrimas.

El pobre Emperador había caído en manos de sus enemigos y yacía en duro calabozo. Creo que era en el Tirol. Hallábase sentado, en solitaria tristeza, abandonado de todos sus caballeros y magnates, pues ninguno de ellos vino en su auxilio. Yo no sé si tenía ya antes aquel rostro de la palidez del queso, según se le ve representado en los cuadros de Holbein (1). Pero su labio inferior, que parece despreciar al género humano (2), se destacaba aún más vigorosamente que en dichas pinturas. Debía despreciar á las gentes que á la luz del sol de la dicha le acosaran con su adhesión, y ahora le dejaban solo en su sombría desventura.

En este instante se abre de repente la puerta de su encierro y entra un hombre embozado, más al caer el embozo de aquella capa, reconoció el Emperador á su fiel Conrado de la Rosa (3), el bufón de la corte.

---

(1) La versión francesa dice: *del segundo período de su vida.*

(2) La versión francesa añade: *y que se encuentra en todos los príncipes de la casa Habsburgo.*

(3) *Kunz von der Rosen.*

¡Oh, patria alemana! ¡Oh, querido pueblo alemán! yo soy tu Conrado de la Rosa. El hombre, cuya verdadera profesión es hacer chistes, y que sólo puede proporcionarte placer en los días venturosos, penetra en tu prisión el día de la desgracia. Aquí, bajo el manto te traigo tu fuerte cetro y tu bella corona. ¿No me reconoces, mi Emperador? Ya que no pueda libertarte, quiero al menos darte consuelos, y tendrás á tu lado con quien charlar acerca de tus más angustiosas torturas, quien te ame, y ponga á tu disposición sus más felices ocurrencias y lo mejor de su sangre.

Pues tú, pueblo mío, eres el verdadero emperador, el verdadero señor del país—pues tu voluntad es soberana y mucho más legítima que ese purpurado *Tel est notre plaisir*, que se jacta de un derecho divino sin otra razón que el linimento (1) de esos tonsurados juglares (2); tu voluntad, pueblo mío, es la única legítima fuente de todo poder. Por más que hoy yazgas aherrojado, vencerá al fin tu buen derecho; se acerca el día de la liberación, una nueva era comienza..... ¡Mi Emperador, la noche ha terminado, y allá afuera lucen las rojas tintas de la aurora!

—Conrado de la Rosa, mi bufón, tú te equivocas, y tomas quizá una brillante segur por un sol, y la roja aurora no es más que sangre.

—No, mi Emperador, es el sol, por más que se eleva por el Occidente; pero hace seis mil años que se le ve

(1) *Salbadereien.*
(2) *Gaukler.*

siempre salir por el Oriente, y ya es tiempo de que introduzca una variación en su carrera.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, has perdido los cascabeles de tu roja caperuza, y tiene ahora un aspecto extraño.

—¡Ah! mi Emperador, á causa de vuestro infortunio sacudí la cabeza con tan furiosa seriedad que los cascabeles de la locura se desprendieron de mi gorro; más no ha empeorado por eso.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, ¿qué se rompe y cruje allá afuera?

—¡Estad tranquilo! Es la sierra y el hacha del carpintero. ¡Pronto se romperán las puertas de vuestra cárcel y seréis libre, mi Emperador!

—¿Soy aún acaso realmente emperador? ¡Ah, es el bufón quien me lo dice!

—¡Oh, no suspiréis, mi querido señor, el ambiente de esta cárcel os ha acobardado; más cuando hayáis recobrado vuestro poder, volveréis á sentir en vuestras venas la atrevida sangre imperial, y seréis altivo como un emperador, arrogante y benigno, injusto y risueño, desagradecido como lo son los príncipes!

—Conrado de la Rosa, mi bufón, cuando yo sea otra vez libre ¿qué harás tú?

—Haré coser nuevos cascabeles á mi caperuza.

—¿Y cómo recompensaré tu fidelidad?

—¡Ah! querido señor, ¡no me hagáis quitar la vida!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DE LOS CUADROS DE VIAJE.

ÍNDICE.

ITALIA.

	PÁGS.
I. Viaje de Munich á Génova	5
II. Los baños de Lucca	163
III. La ciudad de Lucca	299
Post-scriptum	397
Epílogo	403

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO DE TERUEL

HEINE

CUADROS DE VIAJE

F A
4084/3